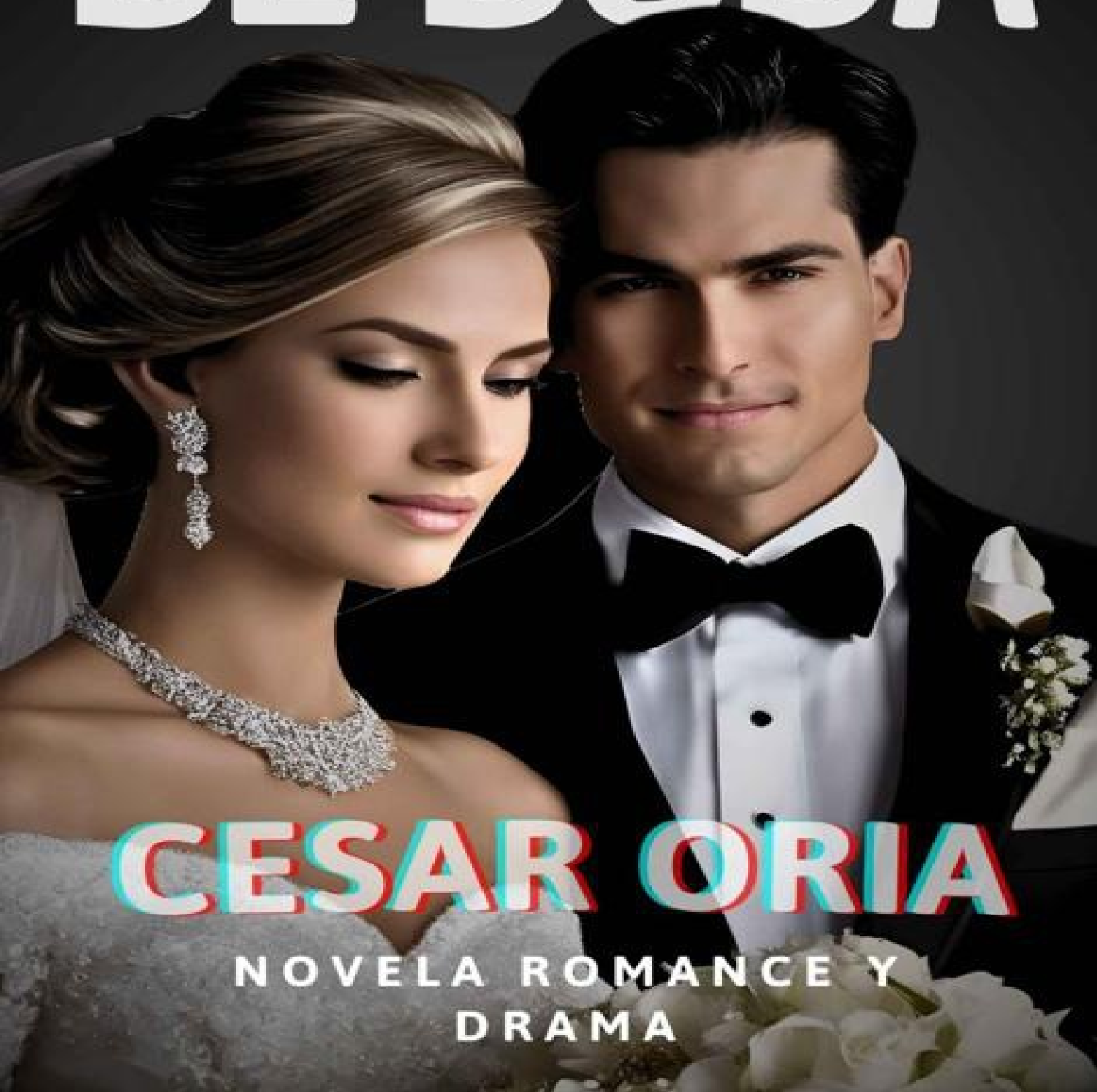
SUEÑOS DE BODA



CESAR ORIA

NOVELA ROMANCE Y DRAMA

Sueños de boda

Cesar Oria

Título: Sueños de boda
© 2025, Cesar Oria
©De los textos: Cesar Oria
Ilustración de portada: Cesar Oria
Edición emitida por: Cesar Oria
Todos los derechos reservados

GRACIAS POR COMPRAR ESTE EBOOK.

Contenido

Capítulo 1
Capitulo 2
Capitulo 3
Capitulo 4
Capitulo 5
Capitulo 6
Capitulo 7
Capitulo 8
Capitulo 9
Capitulo 10
Capitulo 11
Capitulo 12
Capitulo 13
Capitulo 14
Capitulo 15
Capitulo 16
Capitulo 17
Capitulo 18
Capitulo 19
Capitulo 20
Capitulo 21
Capitulo 22
Capitulo 23
Capitulo 24
Capitulo 25
Capitulo 26
Capitulo 27
Epílogo

Capítulo 1

Margareth Julia Hugen se miraba en el espejo durante muchos minutos y llegó a la conclusión de que simplemente no tenía ningún rasgo particularmente fuerte que la hiciera destacar. Su cabello y sus ojos eran de un castaño suave, pero nada seductor. Su pecho no era pequeño, pero tampoco sobresalía. Y sus labios eran demasiado finos y con poco volumen para causar seducción. Ni siquiera su nariz era interesante, pensó contemplándola de perfil. Era demasiado perfeccionista para ser una persona sensible, pero no lo suficientemente perfeccionista para ser aristocrática. En resumen, era un físico muy decepcionante para alguien de su edad, por lo que no esperaba ninguna mejora. Se apartó del espejo con un resoplido, agarrándose la parte delantera del vestido con ambas manos mientras salía corriendo de su habitación y recorría el pasillo en busca de su hermano. Como era de esperar, estaba en su estudio. La puerta estaba entreabierta (algo que tampoco era raro) y llamó antes de entrar. Señor Antonio Hugen, duque de Granulia, se parecía mucho a su hermana, aunque los rasgos que en ella resultaban aburridos eran, al parecer, bastante llamativos en él, si uno se fijaba en las otras damas que Margareth conocía. Su cabello despeinado le daba un aspecto encantador, sus ojos de color chocolate eran muy atractivos y su nariz, sin duda, aristocrática. A pesar de su sonrisa de bienvenida, Margareth sintió que se le fruncía el ceño por la irritación. De repente, antes de que él pudiera hablar, declaró:

—No me casaré —y colocó las manos en las caderas.

Las cejas de Antonio se alzaron levemente, alarmado por la proclamación no provocada. Pero, una vez más, ella habló antes de que él pudiera hacerlo.

"No me dejaré convencer de esta decisión" dijo, y asintió con la cabeza. Sin embargo, de haberla presionado, habría admitido que no era del todo cierto. Habría sido muy fácil hacer que cambiara de opinión, si tan solo algún querido familiar tuviera alguna sugerencia sobre cómo podría encontrar a un hombre dispuesto a ser su pretendiente. Pero ella hizo una pausa y esperó expectante. —Nunca te obligaría a casarte, hermanita —dijo Antonio con dulzura, curvando ligeramente la boca—. Si dices que no quieres casarte, no tienes por qué hacerlo. Ella no se sorprendió al ver que su expresión se ponía seria. Miró a Antonio desde la puerta con el ceño fruncido, pero sin encontrar las palabras adecuadas para expresar su indignación (ya que, evidentemente, Antonio había respondido con perfecta ironía) y resopló exasperada, saliendo del estudio en busca de alguien que la escuchara con más comprensión. A continuación, Antonio la dejó marchar con calma y serenidad, apartando la mirada de la puerta cuando escuchó un profundo suspiro a su lado. Entonces, la niña se levantó de su asiento en el suelo y se puso de pie para apoyarse en el escritorio. Se agarró la cabeza con una mano y suspiró de nuevo: «Si Margareth no se casa, ¿vivirá aquí para siempre?». La voz era delicada y apropiada para una niña de 8 años, pero el tono era el de una mujer mucho mayor y más cansada. Él no se ríe de sus preguntas; desde hacía muchos años, tenía la costumbre de no reírse nunca de ella. "Claro que sí"

Otro suspiro profundo. "No tendremos paz si eso sucede". Antonio hizo una mueca de cariño. "Sé amable con nuestra hermana, Phil". Ella está preocupada por su futuro. 22 años es una edad muy temerosa para una mujer soltera. Phil (Phillia Frances Hugen, aunque rara vez lo reconocía) miró a Antonio a los ojos sin apartar la mirada, desafiando su ligero desaire. "Me dijiste lo

mismo el año pasado, ¡señor! Háblame de esa edad tan especial" Supongamos que celebramos su cumpleaños dos veces al año, ¿llegaríamos antes?

Entonces, su hermano sacudió la cabeza y se pasó una mano por la cara para ocultar su sonrisa. «Creo que tiene ocho años, en realidad», dijo, mientras le alborotaba el cabello con la mano. Se inclinó para apoyar la cabeza en ambas manos y miró hacia la puerta con melancolía. "Entonces estamos condenados". "No tenemos tiempo para estar pendientes de eso" la apartó suavemente de su escritorio para recoger unos cuantos fajos de papeles. Ahora, ¿dónde están las cuentas...?

Un golpe sordo lo interrumpió cuando ella colocó un libro de contabilidad frente a él y señaló una fila de números en la página correcta. Los estudió brevemente y luego la miró de reojo:

—¿Estás segura de que son correctos? Si no recuerdo mal, la declaración de Margareth quedó a un lado. Sin embargo, ella no debía saberlo, ya que había acorralado a otros dos hermanos en el salón. Fidel William Hugen era el hijo menor de los Hugen, excepto Phil. A pesar de no haber heredado un título, no había ejercido ninguna profesión y generalmente pasaba el tiempo en su casino o en bailes. Tenía una reputación de libertino, lo que irritaba muchísimo a Margareth, y casi nunca le quitaba la sonrisa de la cara. Incluso ahora, mientras repetía lo que le había dicho a Antonio, él le sonrió por encima de su copa de licor. "Lo que tú digas, Margareth", dijo alegremente, levantando su bebida hacia ella. Margareth frunció los labios. «¿Y por qué exactamente estás borracho a las cuatro de la tarde?» Él negó con la cabeza. "No lo estoy. Solo soy un muchacho —le dijo con un guiño.

Desde el otro lado de la habitación, su otro hermano negó con la cabeza, sin siquiera molestarse en levantar la vista del periódico y prestar atención a las payasadas de Fidel. Con un suspiro de frustración, Margareth se movió con determinación por la habitación hasta sentarse en la otra mitad del sofá que él ocupaba. Se giró lentamente hacia él, con las manos entrelazadas firmemente sobre el regazo.

—Homero —imploró, con la mirada fija en su severo perfil—. Por favor, ayúdame.

Homero Lenny Hugen, conde de Humper, cerró el periódico con cierta renuencia después de heredar el título de su tío y dedicó toda su atención a su hermana menor. Era el segundo en edad después de Antonio, y mientras que su hermano mayor los consolaría y apoyaría hasta quedarse azul, Homero movería montañas por ellos. De mandíbula cuadrada y musculoso, era un hombre de acción.

—¿Por qué a nadie le divierte mi broma sobre el «cachorrito»? A mí me pareció bastante divertida».

Y Fidel era apenas un hombre.

Lo ignoraron.

—Pensé que no querías casarte, Margareth. ¿Cómo puedo ayudarte si ese es el caso?

Ella hizo una mueca de dolor. —Quizá exageré —concedió, sin mirarlo a los ojos—. Deseo casarme más que cualquier otra cosa, pero... —dudó—. ¿Pero? —dijo Homero con rotundidad.

Ella se retorció en su asiento. «Pero... ¡Soy demasiado simple! ¡Y me estoy haciendo demasiado vieja! ¡Y todas mis amigas están comprometidas esta temporada, así que no tendré nada con qué ocuparme en los bailes! ¡Y estaré completamente sola!» Una vez que sus miedos comenzaron a salir de su lengua, no pudo detenerlos. Tampoco pudo modular su tono, aunque sabía que se

estaba volviendo cada vez más estridente a medida que avanzaba. Al final, jadeaba buscando aire y, al echar una rápida mirada a Fidel, vio que su volumen lo había despejado bastante bien.

Homero la miró rápidamente. —No eres atractiva, es cierto. —Antonio nunca habría estado de acuerdo con eso, por eso necesitaba a Homero—. Pero no eres nada fea, Margareth. Tienes una buena posición social y vienes de una familia muy respetable. Estoy seguro de que hay más interés del que crees.

Margareth respiró profundamente y le hizo la pregunta más dolorosa a la única persona que sabía que le daría una respuesta honesta. «Sé sincero, Homero; ¿crees que podré encontrar un buen partido esta temporada?»

Su mirada era firme. —Sin duda. Antonio y yo conocemos a muchos hombres decentes, así que si excluimos a cualquiera que sea lo suficientemente tonto como para ser amigo también de Fidel, entonces deberíamos tener una lista manejable con la que empezar.

Su hermana no pudo contener la risa cuando Fidel dejó escapar un gruñido de protesta:

—¿Y qué pasa con Vinicius? —preguntó ella riendo de nuevo—. ¿Sus amigos deberían estar incluidos o excluidos de la lista?

Como si lo hubieran convocado, su último hermano entró en la habitación con una pila de libros bajo el brazo. Se detuvo torpemente en la puerta, mirando a sus hermanos y al techo mientras formulaba una pregunta. Así era Daniel Vinicius Hugen, y esperaron pacientemente su respuesta. «Tú... ¿Qué pasa con mis amigos?», preguntó finalmente.

Margareth le sonrió con dulzura. —¿Deberían utilizarse para seleccionar o ampliar la lista de pretendientes potenciales que Homero está compilando actualmente para mí?

Si Fidel era el hijo más feliz de Hugen, Vinicius era el más solemne. Se reía con lentitud y fruncía el ceño con facilidad, y frustraba a cualquiera que no fuera de la familia inmediata con su forma de hablar. No era tonto (sin duda era el más inteligente de los hermanos), pero solía tardar mucho en pronunciar una frase. Sin embargo, cuando finalmente hablaba, lo hacía de una manera increíblemente perspicaz e inteligente. En esencia, valía la pena la espera.

Tal como estaba ahora. «Yo... creo... Es...». Tomó aire. «Casi todos mis amigos íntimos están casados ahora, y como no puedo dar fe del carácter de mis conocidos, creo que lo mejor sería eliminarlos también de tu lista. ¿Quizás podríamos hacer una lista breve de rasgos o atributos deseables que limitara considerablemente la búsqueda?»

Margareth aplaudió contentísima. «¡Una idea espléndida!». Sus dos hermanos, extraordinariamente útiles, la alegraron mucho. Incluso se sentía lo suficientemente generosa como para estar agradecida por el constante, aunque inútil, amor de Antonio.

La risa burlona de Fidel resonó en el salón y ella recordó que había un hermano al que nunca se sentiría lo suficientemente benévola como para agradecérselo.

—Sí, sí, ¡es una idea perfecta! —gritó, mientras el coñac se derramaba peligrosamente en su copa—. Podrías ponerlo en carteles y pegarlos por toda la ciudad: «Se busca marido: vivo o muerto».

—¡No quiero un marido muerto, tonta! —espetó Margareth, levantándose de su asiento. Fidel imitó su movimiento con ojos burlones. Por un momento, Margareth se preguntó si tal vez era el

hecho de que él era el más guapo de todos lo que estaba provocando su ira ese día. Pero supuestamente Homero también era bastante guapo, así que no podía ser eso.

—Permítame reformularlo: «¡Se busca marido; rico o con título!»

—No, no era su apariencia, ¡era simplemente que era un canalla sin escrúpulos!

—En realidad, no tiene por qué ser ninguna de las dos cosas, así que te agradecería que no pusieras palabras en mi boca. Solo tiene que ser razonablemente guapo, rico y amable. —Asintió con la cabeza, pero luego se sintió obligada a corregirse—. No, he cambiado de opinión; tiene que ser completamente amable.

Fidel no la desafió y ella miró por encima del hombro justo a tiempo de ver la mirada que Homero le dirigía. Luego volvió a centrar su atención en ella. —Es razonablemente rico, guapo y amable. —Su mirada se desvió hacia ella—. —Estoy seguro de que podemos encontrar a alguien que se ajuste a esos estándares entre todos nuestros conocidos, ¿no crees, Si?

Se dio la vuelta y vio a su hermano mayor, junto con Alicent, de pie en la puerta, junto a Vinicius. Él le sonrió, lleno de consuelo y apoyo.

—Sin duda.

El ánimo de Margareth mejoró gracias al apoyo de sus hermanos y pasó el resto del día con una leve sonrisa optimista. Habló brevemente con las criadas y la ama de llaves para comprobar que todo iba bien en la casa y luego habló con la institutriz de Phil. La mujer solo llevaba allí casi dos meses, pero la tensión en su rostro no presagiaba nada bueno. Margareth se dirigió entonces a las cocinas, preparada para hablar con la cocinera sobre el pedido de comida semanal. Al pasar por el estudio de Antonio, miró por la puerta abierta, como de costumbre. Aunque ni él ni ninguno de sus otros hermanos estaban dentro, su mirada se detuvo en el retrato que colgaba sobre la repisa de la chimenea, en la pared más alejada de la habitación. Se enganchó una mano en el marco de la puerta y se detuvo de golpe.

La pareja del cuadro eran, sin duda, sus padres. Había algo de ella en cada uno de ellos, aunque tal vez no tanto como en sus hermanos. Su madre era hermosa y femenina, con un brillo en los ojos que el artista había plasmado a la perfección. Su padre la había pintado mientras estudiaba a su mujer; no se podía negar el cariño que había en sus ojos. No era la primera vez que Margareth se preguntaba qué pensarían de ella ahora. ¿Estarían contentos?

Ella negó con la cabeza; no tenía tiempo para preguntas tan melancólicas y sin respuesta.Cuando Margareth entró en la cocina, su sonrisa se congeló al instante. El alboroto ordenado del personal que preparaba el almuerzo desapareció, Se reemplazó por un círculo preocupado en el centro de la habitación y un sonido débil que solo podía ser llanto. La entrada de Margareth pasó desapercibida, incluso cuando la puerta se cerró detrás de ella.

—Dios mío, ¿está todo bien? —preguntó.

El personal reaccionó al instante, enderezándose o poniéndose en pie de un salto. Se quedaron firmes, con los ojos muy abiertos y el rostro visiblemente pálido, mientras la joven del centro se levantaba a toda prisa y se secaba las lágrimas de las mejillas.

—Señorita Margareth —dijo la cocinera, una mujer mayor y corpulenta que se adelantó—, ¿en qué podemos ayudarla?

Margareth se acercó a ella. —Solo quería ver el menú de la semana, pero puede esperar hasta más tarde. Tomó el antebrazo de la cocinera con delicadeza y le dio un suave apretón mientras pasaba a su lado y se acercaba a la temblorosa criada de la cocina.

—Bridget, ¿qué te pasa?

El labio inferior de la joven tembló mientras negaba con la cabeza. —¡Nada, milady! Me disculpo y volveré a trabajar ahora», dijo Bridget, y Margareth suspiró, pero tan levemente que solo ella lo oyó. —No tienes por qué disculparte, Bridget. Puedes volver a trabajar si quieres, pero está claro que estás enfadada. ¿Quizás pueda ayudar?

—Todo está bien, señorita.

Margareth dudó, pues no quería obligar a la muchacha a confesar nada, pero, afortunadamente, la cocinera estaba dispuesta a compartir la información en nombre de la criada. —Su hija está enferma, señorita Margareth."¡Oh, lo siento mucho! ¿La ha visto algún médico?"

Bridget negó con la cabeza mientras le brotaban más lágrimas. Margareth tomó sus manos con suavidad y la hizo volver a sentarse en el taburete, después se volvió hacia la cocinera. —Por favor, envíe a uno de los lacayos a buscar al médico —dijo Margareth.

Bridget la apretó con más fuerza. —Pero, señorita, no puedo... no podemos... —intentó decir la cocinera, pero Bridget la interrumpió.

—Señora Hall —dijo la cocinera, girándose hacia la puerta en busca de un lacayo—, asegúrese de que el doctor sepa que vamos a recibir la factura por su tiempo.

El autocontrol que Bridget había logrado se derrumbó y estalló en lágrimas, encorvada y sin soltar las manos de Margareth. Con cierta dificultad, Margareth se soltó y se movió para darle una palmadita en la espalda. Vio a otra criada al otro lado de la habitación, que observaba con preocupación, y le hizo un gesto para que se acercara.

—Geraldine, ¿podrías acompañar a Bridget a casa? Creo que es mejor que pase el día cuidando de su hija. —Cuando las mujeres se marcharon, Margareth se volvió hacia la cocinera. No podía creer que la mujer hubiera ido a trabajar estando tan claramente angustiada por la salud de su hija, y se lo dijo a la otra mujer.

El cocinero dejó escapar un profundo suspiro. «No han tenido mucha suerte últimamente en la granja. Hay demasiada tierra y muy pocos trabajadores. Creo que es mejor que esté aquí ganando dinero de manera constante».Margareth hizo una mueca de dolor; qué obtusa era. Era consciente de sus privilegios (dinero, seguridad, familia), pero a veces olvidaba la lucha de los demás. Algunos tenían demasiados hijos, otros no los suficientes. Algunos tenían demasiada tierra, otros no.

Margareth levantó la cabeza de golpe. —Debo encontrar a mi hermano —le dijo a Antonio, que estaba en los establos, con el caballo ensillado y esperando pacientemente mientras se preparaba para montar. Margareth trotó por la grava con el dobladillo ligeramente levantado hasta llegar a su hermano, que se sorprendió al verla y se giró para mirarla con las manos todavía apoyadas en la silla de montar, sonriendo con preocupación. —¿Estás bien, Margareth? —le indicó con un gesto de que se marchara—. Solo tengo dos preguntas para usted.

Él asintió amablemente y ella continuó:

—¿Me oíste decir el otro día que hay un inquilino que necesita más tierra?

—Señor Bailey —dijo Antonio, apartándose por completo de su montura para mirarla—. Esto supone un desafío, ya que las granjas vecinas a la suya están todas alquiladas.

La sonrisa de Margareth le salió del estómago. «Creo que he encontrado una solución. Eso me lleva a mi segunda pregunta: ¿te importaría que le añadiera un poco de compañía y propósito a tu viaje?»

Capitulo 2

A última hora de la tarde, regresaron a su casa y Margareth llevó a su hija, completamente exhausta, escaleras arriba. La niña se encontraba muy mal, pero cuando el médico se fue, dormía con relativa comodidad. Esa noticia había tranquilizado a sus padres, aunque también lo había hecho la conversación entre ellos y Antonio, en la que le explicaron que podrían bajar el alquiler si no les importaba disponer de menos terreno. Margareth suspiró al ver que su empleada ya había pedido que le prepararan un baño. Se desnudó y se sumergió en el agua, reflexionando sobre lo que había sido un día inesperado y algo agitado. Se sintió realizada, pero también se sentía innegablemente nerviosa.

Aunque la idea de que sus hermanos la ayudaran a buscar marido la reconfortaba, no contribuía a apaciguar su temor de no encontrarlo. Sería casi vergonzoso morir solterona cuando provenía de una familia adinerada, con título y buena reputación. Pero eso no era todo. Quería la vida que prometía el matrimonio: hijos y una casa que administrar. Tal vez si tuviera una profesión o responsabilidades, no tendría tanto tiempo para desear un esposo. ¡Sus hermanos claramente no! Los cuatro tenían la edad legal para casarse, pero ninguno de ellos había considerado siquiera la posibilidad de casarse. Y, sin embargo, allí estaba ella, esperando que llegara ese día.

Finalmente, salió de la bañera y se vistió con la ayuda de la doncella antes de bajar a cenar. Asomó la cabeza por la habitación de Phil al pasar y comprobó que la chica se estaba preparando para pasar la noche. Estaba sentada en la cama, con un grueso libro sobre el regazo y una vela parpadeando junto a su codo.

Al echar un vistazo a la habitación, Margareth vio que su institutriz estaba tumbada en un rincón con el ceño fruncido, incluso mientras dormía.

Margareth suspiró, llamando la atención de su hermana. «Ya han empezado, ¿sabes?», dijo, cerrando el libro con suavidad y empujándolo hacia el lado libre de su cama.

Su hermana se acercó a ella. «¿Cómo dices?», preguntó, y en lugar de la institutriz, le hizo un gesto con la mano a la niña hasta que esta se deslizó hacia abajo en la cama y dejó que Margareth le subiera las sábanas hasta la barbilla.

—La lista.

—¿Qué...? Margareth se quedó quieta. Una oleada de mariposas revoloteó en su estómago. —Oh. Se sentó pesadamente en el borde de la cama, tratando de recordarse a sí misma que eso era lo que quería.

—¿Por qué quieres un marido? —La pregunta parecía surgir directamente de los pensamientos de Margareth, que soltó una carcajada incómoda. Milagrosamente, la institutriz no hizo mucho más que moverse en su silla.

—¡Qué pregunta más extraña, Phil! —dijo la muchacha, frunciendo el ceño.

Así lo esperaba. «Hay muchos tipos distintos de amor», dijo en voz alta, pero Phil estaba lo suficientemente distraído como para no darse cuenta de su vacilación. Su siguiente pregunta fue en voz baja: «¿Madre y padre se amaban?». Margareth la miró con sorpresa y entrecerró los ojos. Era una pregunta muy sencilla, pero un claro recordatorio de lo que su hermana menor se había

perdido. —Desde el momento en que se vieron —dijo con dulzura, tragándose la vaga insinuación de lágrimas que se acumulaban en su garganta. Le colocó un mechón de pelo suelto detrás de la oreja—. Y tú eres la prueba de ello hasta el último momento. Y, en efecto, lo era. Aunque Fidel era el que más se acercaba a Phil en edad, todavía había once años de diferencia entre ellos. Margareth siempre había tomado la existencia de Phil como un feliz milagro y una indicación de que sus padres todavía se querían después de tantos años de matrimonio.

Ella se aclaró la garganta. "Ya basta de eso. Debes irte a dormir y yo debo ir a controlar a nuestros hermanos".

Phil le lanzó una mirada deseándole suerte, pero se giró hacia un lado a regañadientes y cerró los ojos. Margareth se levantó, apagó la vela y salió de la habitación de su hermana. Luego se quedó de pie en el pasillo, con la espalda apoyada contra la pared, y reunió valor. Sabía que era una tontería tener tanto miedo de una simple lista, pero era importante. Su futuro esposo podría ser nombrado esa misma noche. O peor aún, podría no serlo.

Respiró lentamente, enderezó los hombros y bajó al comedor. Un lacayo inclinó la cabeza hacia ella y abrió la puerta desde su puesto en el exterior. Al instante, la luz y las risas la envolvieron. Cuando entró, sus hermanos se volvieron hacia ella al unísono y exclamaron:

—Ah, la dama del momento.

Fidel le sonrió desde el otro lado de la mesa, pero con los años de práctica pertinentes, ella lo ignoró.

Antonio se levantó rápidamente y apartó la silla. —Acabo de informar a nuestros hermanos sobre nuestro viaje de hoy.

Mientras estaba sentada, miró a cada hermano para ver cuál había sido su reacción ante la historia. Vinicius fruncía el ceño, pero eso no era nada digno de mención, y Fidel admiraba el líquido de su vaso. Homero, sin embargo, asentía con la cabeza, claramente satisfecho con su trabajo. Antonio y Homero eran los hombres de negocios de su padre: valoraban a sus inquilinos.

Antes de que Margareth pudiera comentar los acontecimientos del día, un movimiento llamó su atención y se giró para ver a Vinicius pasarle una hoja de papel a Homero. Sintió que se le sonrojaba el rostro, de ansiedad o de terror, no estaba segura.

—¿Esa es la lista?

La boca de Vinicius se abrió, pero nunca sabrían qué iba a decir.

—Oh, discutámoslo después de comer —gruñó Fidel—. ¡De lo contrario arruinará mi apetito!

Solo después de que se terminaron los platos, volvió a plantearse el tema de su futuro marido. Margareth tomó un sorbo de vino y observó atentamente a sus hermanos mientras intercambiaban nombres de caballeros elegibles, temerosa de que la razón pudiera dar paso a la alegría en cualquier momento y dejaran de tomarse en serio su situación. Homero, ella lo sabía, nunca haría eso. Tenía una copa de brandy en una mano y una pluma en la otra, anotando cuidadosamente los nombres a medida que los aprobaban para su posterior consideración:

—¿Qué pasa con Señor Francis Thatcher, marqués de Sloane? —preguntó Antonio en el silencio, mirando el candelabro que hacía las veces de centro de mesa—. Su propiedad es muy cómoda, rara vez está en casa de Percy y nunca he oído hablar nada malo de él.

Fidel tuvo que aprender a girarse hacia la izquierda para mirar con enojo a su hermano, que estaba al otro lado de la mesa. —El hecho de que rara vez asista a clubes de caballeros de buena reputación no es un punto a su favor, señor. Más bien, es una indicación de que frecuenta menos... —Su mirada se dirigió a su hermana—. Más bien, es una indicación de que frecuenta menos establecimientos aprobados.

Su hermano mayor abrió la boca para refutar, reprender o retractarse, algo que nunca sabrían, pero se calló cuando Vinicius comenzó a hablar. Era casi cómico el silencio que el joven podía generar en su familia mientras esperaban su opinión.

—Él... quizá... —sus palabras iniciales siempre se murmuraban en voz baja, sin que nadie supiera por qué, antes de que enderezara la barbilla y soltara un discurso entero—. También he oído rumores de que Señor Thatcher hace algunas conexiones comerciales bastante indeseables y de que es cruel con sus amantes.

Margareth observó a todos sus hermanos fruncir el ceño con confusión. «¿Qué significa eso?» Como era de esperar, fue Homero quien le respondió: «Significa que tiene deudas de juego y que golpea a sus amantes».

Las mejillas de su hermana se sonrojaron y levantó una mano para taparse la boca. —¿Por qué no pudiste decir eso, Vinicius? —dijo, espetando para ocultar su vergüenza. Las amantes no eran un tema del que se hablara entre mujeres bien educadas y se dio cuenta de que no sabía muy bien qué más decir. Sabía cuál era su propósito (después de todo, no era una niña), pero simplemente no reconocía su existencia en la sociedad educada.

Vinicius la miró directamente por encima del hombro izquierdo durante un largo rato. «Sí», dijo finalmente. Si alguien hubiera dicho eso, la respuesta habría sido superficial, pero la confusión en su tono era suficiente para que la ira de Margareth se desvaneciera al instante.

—No le cortes la cabeza a Vin, Margareth. Ahora está estudiando Derecho y es un requisito de la profesión que siempre suene así de pomposo. —Fidel sonreía ampliamente para mitigar el impacto de sus palabras.

Vin puso los ojos en blanco. A pesar de lo diferentes que eran, sus dos hermanos menores siempre habían sido muy unidos. Los separaba casi un año y habían pasado juntos casi toda su vida. Cuando Vinicius comenzó sus estudios universitarios dos años antes, Fidel eligió un camino diferente, pero su vínculo nunca se había tensado.

—Tú... yo... Tal vez puedas confirmarnos algunos de estos rumores, hermano mío, cuando visites algunos de tus propios establecimientos «menos aceptables».

—Muy bien, ustedes dos —interrumpió Antonio con una sonrisa cuando pareció que Fidel había terminado de atragantarse con su bebida—. Ya basta —miró a Homero—. En este momento nuestra lista incluye tres nombres. No es una cantidad abrumadora de opciones, pero es un buen punto de partida: Señor Omar Nicazio, Señor Anthony Marriaga y Señor Fabio Lopez». Homero asintió con firmeza para indicar que apoyaba a sus candidatos.

Fidel gimió. «¿No podemos eliminar a Marriaga de la lista? Su hermana es una verdadera carga».

Sus hermanos volvieron a debatir y Margareth sintió una ligera punzada en el corazón. No se hacía ilusiones de que esto fuera inusual, pero se preguntó si tal vez se trataría de una conversación similar a las que otras jóvenes mantenían con sus madres y hermanas. Phil era

inteligente, pero no era un buen confidente y su madre... Ninguno de sus padres había vivido lo suficiente para verla salir del armario, y mucho menos para ofrecerle consejos sobre caballeros, cortejo y matrimonio. Otra punzada de anhelo recorrió su pecho y se puso de pie de repente.

—Les estoy muy agradecida a todos —dijo a regañadientes, incluyendo a Fidel en ese sentimiento—, pero es hora de que me retire por esta noche. Espero con ansias las presentaciones que me harán en el baile de Quentin este fin de semana. Buenas noches, hermanos».

Mientras salía de la habitación, escuchó a Fidel gruñir de nuevo: «¿Quieres decir que estamos obligados a ayudar más?». Se había desatado una tormenta mientras estaban encerrados en el comedor y las puertas y ventanas temblaban cuando cruzaba el vestíbulo. Las cortinas estaban corridas, pero de vez en cuando algún relámpago iluminaba la habitación. En conjunto, era suficiente para ponerla nerviosa y comenzó a subir ansiosamente las escaleras hacia su dormitorio.

Apenas había subido tres escalones cuando se unió otro sonido al coro y se quedó congelada en el sitio. Parecía un gemido y se giró muy lentamente para mirar hacia la puerta. Se le erizaron los pelos de la nuca y contuvo la respiración mientras esperaba oírlo de nuevo.

Un lacayo, preocupado, salió de la pared del comedor y le hizo una reverencia:

—¿Puedo ayudarla en algo, lady Margareth?

Se abrazó a sí misma, tragó con dificultad y no pudo apartar la mirada de la puerta. —¿Has oído algo extraño hace un momento?

—Parecía confundido. —¿Qué extraño, señorita?

Margareth respiró profundamente y obligó a sus brazos a volver a su sitio. —No importa. —Buenas noches. —Ni siquiera se había dado la vuelta del todo cuando lo oyó de nuevo—. ¡No me lo estoy imaginando! —dijo con brusquedad, alarmando al lacayo mientras bajaba las escaleras—. —Abre esta puerta —dijo, dando un paso hacia ella, vacilante. «La tormenta, señorita, es...» Ella le hizo un gesto con la mano y él se quedó en silencio. —Ábrela. Escuchó su propio tono y se estremeció. Se tragó el miedo y respiró profundamente—. Abre la puerta un momento, por favor, Harry.

El mayordomo, obviamente, todavía no estaba seguro, pero hizo lo que le pidió: giró la llave en la cerradura y abrió la puerta tirando del viejo aro de hierro. El viento entró de inmediato, azotando su cabello y sus faldas, y arrastrando hojas y tierra. Harry recorrió con resignación la estancia, pero Margareth tenía la mirada centrada en la noche, buscando cualquier señal de ese gemido siniestro. Tal vez esta había sido una decisión tonta, pensó, mientras se encogía y la lluvia le empapaba las delicadas zapatillas. Miró hacia abajo para evaluar los daños y entonces ella gritó.

Capitulo 3

Homero y Antonio fueron los primeros en levantarse de las sillas cuando oyeron el grito de Margareth, pero Vinicius fue el primero en salir de la habitación, ya que estaba sentado cerca de la puerta. En contraste, Fidel terminó su bebida antes de moverse. No era indiferente; a pesar de su actitud arrogante, se preocupaba profundamente por todos sus hermanos, aunque confiaba en dos cosas: que Margareth estaba exagerando y que sus hermanos tendrían el asunto bajo control. Se puso de pie, la curiosidad más que la preocupación lo llevaron al vestíbulo. Pasó por encima de algunas doncellas atónitas, sin duda atraídas por el grito de su hermana, y descubrió que su confianza estaba parcialmente equivocada: sus hermanos sí que tenían la situación bajo control. Antonio estaba sentado junto a Margareth en la escalera, con la cara de ella hundida en su hombro mientras le acariciaba la espalda con una mano para consolarla. Ella temblaba; Fidel no podía estar seguro de si estaba llorando o de si se había emocionado, pero su hermano mayor era, sin duda, la persona más indicada para consolarla en ambos casos. Vin estaba dirigiendo a los sirvientes, una tarea para la que también estaba bien preparado, y enviaba a las doncellas y a los lacayos corriendo en todas direcciones. Un lacayo se le acercó desde la puerta de servicio, envuelto en una pesada capa engrasada y unas botas resistentes. Vin le señaló la puerta.

Fue solo cuando miró a Homero que Fidel admitió que su hermana podría haber reaccionado adecuadamente. Su hermano se tambaleó hacia atrás en la casa, empapado de pies a cabeza y luchando contra el peso que llevaba entre él y otro lacayo. Homero no era en absoluto un hombre pequeño y Fidel estiró el cuello para ver qué era tan pesado. Nunca lo admitiría, pero él también estuvo a punto de dejar escapar un graznido de sorpresa.

Entre ellos, colgando como un saco de harina de formas peculiares, se encontraba un hombre semidesnudo y empapado. Estaba inerte en sus brazos, con la cabeza colgando sin vida hacia un lado y mostrando la paliza que seguramente había recibido en el rostro. Su ojo izquierdo estaba hinchado y descolorido, y su mejilla y su labio estaban partidos y manchados de sangre, sangre que ni siquiera la lluvia podía lavar. Y, si Fidel fuera un apostador, habría apostado a que al hombre le faltaba una oreja.

Finalmente, el sentido común hizo su aparición y se apresuró a agarrar al hombre por la cintura. A excepción de los pantalones, no llevaba ropa y era bastante difícil de agarrar; la mezcla de sangre, barro y agua que lo cubría amenazaba con hacer que se le escapara de las manos. Fidel terminó rodeando la cintura del hombre con los brazos y apretando sus manos en un esfuerzo por evitar que cayera. Era evidente que el hombre ya estaba muy dañado. Su pecho estaba lleno de rasguños y un corte particularmente profundo en las costillas comenzaba a sangrar profusamente cuando lo movieron.

Homero los condujo hacia las escaleras y, asintiendo agradecido por la ayuda de su hermano, dijo:

—Quizás yo...

La mano de Vin en su hombro lo detuvo. —Mientras los músculos de Fidel empezaban a temblar, deseó —no por primera vez— que Vin pudiera ir al grano un poco más rápido. Las habitaciones de los sirvientes son más convenientes. Como si se lo hubieran indicado, su mayordomo, el señor Gilberto, apareció a su lado y dijo:

—Gilberto tiene una habitación libre que sería apropiada.

Fue bastante complicado hacer pasar al hombre corpulento por el pasillo de servicio y Fidel se sintió aliviado de que no intentaran subir las escaleras. Afortunadamente, la habitación de invitados estaba cerca y lo subieron a la cama en menos de un minuto. Cuando se alejó, Fidel se dio cuenta de que las heridas de la parte superior del cuerpo eran superficiales en comparación con las de las extremidades inferiores. La pierna izquierda de sus pantalones estaba empapada en sangre y no podía estar seguro de si la pierna estaba doblada en un ángulo completamente natural.

Mientras se le revuelve el estómago, Fidel se giró hacia la puerta y vio a Alicent parada a su lado. Abrió la boca para reprenderla (se suponía que estaba dormida), pero ella habló primero:

—Sería mejor que alguien le pusiera un torniquete en la pierna.

Homero se puso rígido al oír su voz y se giró bruscamente para mirarla con el ceño fruncido. «¿Qué estás haciendo aquí abajo? ¿No deberías estar durmiendo?».

Pasó junto a Fidel y señaló la pierna del hombre herido. «Átala aquí». Nadie en la habitación se movió y ella suspiró profundamente. «Hay que frenar la hemorragia o morirá antes de que puedan traer al médico», explicó.

3. —Fidel, sácala de ahí. Mientras daba la brusca instrucción, Homero sacaba la funda de una almohada y la rasgaba en tiras lo suficientemente largas como para rodear el muslo del paciente.

Fidel agarró a su hermana pequeña por los hombros y la hizo salir de la habitación. Era una niña bastante inusual, pensó mientras esperaba una palabra de protesta o resistencia que nunca llegó. Casi se podría decir que se portaba bien, excepto porque nunca estaba exactamente donde uno esperaba que estuviera. Fidel había sido —y seguía siendo— el mismo, aunque sus ausencias siempre habían sido sinónimo de travesuras, mientras que Phil normalmente estaba leyendo o simplemente observando.

Vinicius pasó en dirección contraria, asintiendo con firmeza hacia ellos, sin mostrar ninguna sorpresa por la presencia de Phil. De vuelta en el vestíbulo, Antonio se levantó al ver a su hermano. «¿Cómo está?» Mirando con preocupación a su otra hermana, que todavía estaba sentada en los escalones con la cabeza entre las manos, se alejó unos pasos y preguntó en un tono más suave: «¿Vivirá?». Entonces pareció notar a Phil, frunciendo ligeramente el ceño, pero sin parecer del todo sorprendido. Extendió los brazos y ella se soltó del agarre de Fidel para correr hacia él. Se acercó aún más a Fidel, con Phil sentado en su cadera, las cejas arqueadas mientras esperaba una respuesta. Ninguno de los dos puso en duda dejarle escuchar de qué estaban protegiendo a su hermana mayor.

—Todavía respira —murmuró Fidel—, pero está gravemente herido. Parece que le hubieran dado una paliza en el cuadrilátero.

Antonio frunció el ceño aún más. —¿Crees que lo atacaron? ¿No podría haberlo arrojado su caballo con esta tormenta? El viento rugió como si estuviera de acuerdo, y él se encogió de hombros. «Podemos preguntarle cuando despierte». Ninguno de los dos expresó su preocupación por la posibilidad de que no despertara en absoluto.

Phil puso una mano sobre la mejilla de Antonio y él la miró solemnemente con una sonrisa. Su relación era curiosa: Antonio era en parte su hermano, en parte su padre y, curiosamente, en parte

su igual. Nunca lo trató como a una niña, para gran desconcierto de sus hermanos, y en esos momentos parecía como si fuera ella quien lo cuidaba.

—Acompañaré a nuestras hermanas a sus habitaciones —dijo Antonio después de un largo rato —. ¿Quizás podrías esperar al doctor Williams? Vin envió a un lacayo a buscarlo antes.

—Por supuesto —dijo, extendiendo la mano para alborotar el cabello de Phil—. Esta vez intenta quedarte en la cama, hermana mía.

Ella sonrió, luciendo por fin como la niña que era. Mantuvo la expresión en su rostro mientras Antonio se alejaba de Fidel y comenzaba a hablar rápidamente y en voz baja antes de llegar a Margareth:

—Tenemos un acuerdo, Phil, y eso implica que te vas y te quedas en la cama cuando te lo ordenen. —No sonaba decepcionado ni enfadado, probablemente por eso Phil le levantó las cejas.

—Estaba en la cama —dijo, agarrando su camisón con ambas manos como prueba—, leyendo, hasta que me interrumpió una banshee. —Puso los ojos en blanco hacia Margareth y Antonio tuvo que toser para ocultar su sonrisa.

La bajó hasta el escalón, manteniendo una de sus manos en la suya para asegurarse de que no desapareciera de nuevo. «Ven, Margareth», dijo con dulzura, ofreciéndole su otro brazo.

Margareth levantó la cara y su mirada angustiada se posó en Antonio. —El doctor Williams hará todo lo que esté a su alcance para asegurarse de que sobreviva, pero no puede pensar en eso ahora. Déjeme que la acompañe arriba y encontraremos a Katherine. —Esperaba que su doncella pudiera calmarla. Se inclinó hacia delante para agarrarla del codo, levantándola, y luego envolvió su mano alrededor de su brazo. Ella dejó que la arrastrara con dulzura y sus ojos se posaron en la puerta principal. Tragó saliva.

—¿Quién es, Antonio? ¿Por qué estaría en nuestra puerta en esas condiciones? —se estremeció levemente y se envolvió la cintura con el brazo libre—. Su hermano empezó a subir las escaleras arrastrándola consigo. «Esas son preguntas para cuando se despierte mañana, Margareth. Apenas lo vi, pero tal vez nuestros hermanos le hayan puesto nombre. Por ahora, todo lo que podemos hacer es esperar al médico y rezar por la pronta recuperación de su paciente».

Alicent se movió a su lado y él miró hacia abajo para encontrarla mirando a Margareth. «Homero está aplicando un torniquete mientras hablamos. Estoy segura de que eso mejorará enormemente sus posibilidades de supervivencia». Ella sonaba bastante alegre.

Margareth frunció el ceño. —¿Un torniquete? ¿Qué es eso?

Mientras doblaban la parte superior de las escaleras, en dirección a los aposentos familiares, la conversación se desvió fuera del alcance auditivo de Fidel. No le gustaba estar atrapado entre dos hermanas encantadoras, pero contradictorias. Al mirarse, notó que sus mangas y chaleco estaban mojados y manchados de sangre. Se veía espantoso, aunque admitió que no se comparaba con el hombre tendido en las habitaciones de los sirvientes. Sin embargo, su ayuda de cámara seguramente estaría desconsolado por el estado de su vestuario esa noche.

Al otro lado del pasillo, la puerta de servicio se abrió de golpe y el viento la atravesó y golpeó la pared con gran fuerza. Las hojas y el agua, así como dos hombres desaliñados, fueron arrastrados hacia el interior y uno de ellos se dio la vuelta para obligar a la puerta a cerrarse. Fidel le tendió

la mano al segundo y le dijo: «Doctor Williams», a modo de saludo, mientras le estrechaba la mano.

—Buenas noches, maestro Fidel. Espero que se encuentre bien. —El doctor era bastante mayor, su postura era encorvada y el bastón en su mano era un Era un compañero constante, pero les había servido bien durante muchos años. Había traído al mundo a Fidel y a todos sus hermanos sin ningún problema.

—Gracias, doctor. Al menos, mucho mejor que mi paciente a estas horas —se giró ligeramente —. Sígame, por favor.

Mientras el doctor Williams lo seguía, le hacía preguntas sobre el estado del hombre, para las cuales no tenía respuesta. Incluso su origen era un misterio, como Antonio le había señalado a Margareth.

—Me temo que no sabemos quién es. Y aunque lo conociéramos de cara, está tan golpeado que no podríamos reconocerlo fácilmente. Si no se hubiera contado con todos mis hermanos, no podría decir con certeza que no se trata de uno de ellos. —A pesar de la inquietante imagen de sus hermanos heridos, se me ocurrió una idea divertida. Bueno, quizá no sea Vinicius, no tiene el físico adecuado.

Se alegró de ver que habían llegado a la altura de la puerta cuando hizo la broma y su hermano salió con una mirada cansada en dirección a Fidel. Él también estrechó la mano del doctor, pero no dijo nada, simplemente se hizo a un lado para dejarle entrar a la habitación. Esa era una de las mejores cosas de Vin: hablaba con tanta precisión que solo lo hacía cuando era completamente necesario. Se unió a Fidel para esperar en el pasillo:

—¿Alguna teoría, Vinny? —preguntó el más joven después de un rato, mirando fijamente la habitación para ver al doctor encorvado sobre su paciente. Homero se había quedado, con las mangas arremangadas y listo para ayudar, y fue él quien aceptó el cuenco de agua caliente de la criada que entró corriendo. Una segunda criada los siguió con toallas, casi pisoteando a Vin y Fidel, por lo que avanzaron más por el pasillo y se alejaron de la entrada.

El movimiento le dio a su hermano un momento para pensar. «Es... Alguien... No sé cómo terminó en nuestra puerta, pero me atrevo a decir que llamaremos a la policía al amanecer. Sus heridas parecen deliberadas; alguien no quería que sobreviviera a esta noche. ¿Reconoces algo en su persona? Su anonimato no me brinda ningún consuelo».

Fidel lo miró con preocupación, una expresión poco común en su rostro. «¿No crees que podría representar una amenaza para nosotros?»

«En... —dijo Fidel, sorprendido por el cambio de tema—. ¿No crees que podría representar una amenaza para nosotros?

—Cuando... Te vimos envueltos en varias peleas durante nuestro tiempo en St. Michael's, ¿no?»

Su hermano se sintió confundido por el cambio de tema y luego ofendido por su pregunta. «¡Menos que Homero!», dijo a la defensiva. Luego puso los ojos en blanco, dejando que la tensión de sus hombros se disipara. «Pero sí, me pusieron un ojo morado o dos durante el tiempo que estuvimos fuera del colegio».

—Y... —¿Y cuántos instigaste y perdiste? —Fidel arqueó las cejas ante lo que insinuaba

Vinicius—. El hecho de que pudiera morir no significa que fuera algo inocente.

Se quedaron en silencio por un momento. Vinicius se ajustó los puños de la camisa. —Creo que deberíamos turnarnos para velar junto a su cama esta noche, Antonio y Homero también. —Dijo antes de que Fidel pudiera preguntar—. Sé que no se moverá mañana, pero dudo que se pueda persuadir a Phil para que se mantenga alejado de un misterio de este tipo. Lo mejor es que uno de nosotros esté presente para cuando ella llegue, en caso de que no sea tan inocente como desearíamos.

Fidel asintió. «Sí, sin duda querrá un informe completo sobre la importancia que tuvo el torniquete para su supervivencia».

Capitulo 4

La noche parecía transcurrir demasiado lentamente para Margareth. Se quedó despierta, mirando el hueco de las cortinas para ver cómo se despejaban las nubes de tormenta y contando los latidos de su corazón para conciliar el sueño. Sucumbió dos veces, pero las dos veces la despertaron las pesadillas. La primera fue simplemente el recuerdo de haber encontrado al hombre, con el rostro maltrecho mirándola cuando miró hacia abajo, a sus zapatos. Debía de haber estado apoyado contra la puerta, pero no lo habían oído caer durante la violenta tormenta. Ella lo había creído muerto y se despertó erguida en la cama, con las sábanas retorcidas alrededor de los pies.

La segunda pesadilla fue mucho peor, porque su imaginación se había desbocado. No soñaba con las heridas de él, sino con cómo las había recibido. En el sueño, la sujetaban y la sujetaban, pero la obligaban a ver cómo el extraño caía bajo los puñetazos, se estremecía bajo los cortes y finalmente gritaba cuando una fuerte patada le hacía torcer la rodilla hacia un lado de forma antinatural. Había cometido el error de levantar la vista cuando sus hermanos la habían ayudado a pasar al hombre junto a ella la noche anterior y habían visto la pierna ensangrentada que el lacayo intentaba no empujar. Una sola mirada en la realidad, pero un montaje de roturas, fracturas y desmembramientos en su pesadilla.

Cuando la luz empezó a filtrarse por la rendija de las cortinas, Margareth renunció por completo a dormir. Sacó las piernas de la cama, se ajustó la bata a la cintura y salió de la habitación. Normalmente no saldría sin ponerse al menos un vestido de día y sin peinarme, pero no iba a esperar a Katherine ni a despertarla. Todo lo que necesitaba, argumentó, era confirmar que el hombre no estaba muerto. Tal vez entonces dejaría de atormentarla.

La casa estaba en silencio, solo se oía el sonido de sus pies descalzos pisando suavemente el suelo de madera. Se detuvo en lo alto de las escaleras, con la mirada fija en la puerta principal. Su corazón empezó a latir con fuerza. Con mucho esfuerzo, enderezó la columna, levantó la barbilla y comenzó a descender, incapaz de apartar los ojos de la imagen que había ocupado un lugar destacado en su pesadilla. Al llegar abajo, se alegró de haberse dado la vuelta y se apresuró a ir al pasillo de servicio.

La puerta que se encontró al final del pasillo, la entrada a la habitación a la que habían llevado al extraño, también era intimidante. Eso era inapropiado; estar sola en una habitación con un hombre, y más aún con un completo desconocido, era indecente en el mejor de los casos. Pero tenía que saberlo, así que se abrió paso hacia dentro. No habría podido decir si estaba contenta o decepcionada por encontrar a Homero allí sentado. Él la miró a los ojos con una ligera sorpresa reflejada en el levantamiento de su ceja, pero ella le hizo un gesto para que se callara poniéndose un dedo sobre los labios. Phil estaba acurrucado en su regazo, con la cabeza apoyada en su hombro y las piernas colgando sobre el brazo del sillón. Mientras Margareth miraba alrededor de la habitación, notó que también habían colocado una camilla contra una pared, con una figura que supuso que era el doctor roncando suavemente sobre ella.

Al cerrar la puerta suavemente, se movió hasta el lado de Homero.

—¿Cómo está? —preguntó en voz baja, sentándose de rodillas a su lado y poniéndole una mano reconfortante en el hombro. «Tiene la pierna rota y está cubierto de cortes y moretones, pero el

doctor Williams dice que vivirá».

Un poco de la tensión desapareció de sus hombros y una sonrisa de alivio se dibujó en su rostro. «Me alegro».

Homero le dio otro apretón. —Si no te importa esperar aquí un rato, puedo llevar a esta niña a su cama. —dijo, inclinando la barbilla hacia el bulto que tenía en el regazo. Vio preocupación en sus ojos—. No tendrás que hacer nada. Si se mueve, simplemente despierta al médico.

Margareth miró hacia atrás y observó con atención a cada uno de los hombres que estaban boca abajo. Ambos parecían dormidos profundamente. Ella asintió antes de que se decidiera. Su hermano sonrió y prometió volver en breve. Homero colocó una mano debajo de las rodillas de Phil y la otra detrás de sus hombros, y levantó a su hermana con facilidad. Margareth se quedó con él y se adelantó para abrir la puerta. La cerró, apoyó la frente contra la madera y respiró profundamente. Luego se dio la vuelta y se acercó rápidamente al hombre herido antes de que el sentido común venciera a su curiosidad.

Sus pies estaban más cerca de la puerta, así que comenzó su evaluación allí. Estaba envuelto en una sábana ligera que le rodeaba los dedos de los pies. Sin embargo, la habían apartado para que su pierna herida estuviera al descubierto, excepto por la madera y el cuero que habían atado alrededor de la extremidad para formar un soporte. Levantó la mirada y, con un sobresalto, se dio cuenta de que podía ver su muslo desnudo antes de que la sábana volviera a cubrirlo por completo. Sus ojos se dirigieron más hacia adelante y se abrieron de par en par al darse cuenta de que también estaban desnudos donde la sábana no los cubría, y se llevó una mano escandalizada a la boca. ¡Homero no solo la había dejado sola con un hombre extraño, sino que además era un hombre extraño desnudo!

Cuando su sorpresa se atenuó un poco, no pudo evitar el dolor que bullía en su pecho. Entendió que el hecho de que Homero la dejara allí era una muestra de su confianza en ella, pero no era el momento de dejar a una hermana si se sentía amenazada en lo que a su reputación se refiere. Las jóvenes habían sido abandonadas por mucho menos. O incluso peor; tal vez, aunque nunca lo diría, Homero pensaba que ningún hombre la desearía lo suficiente como para arruinarla y que la sociedad nunca lo creería de todos modos.

Margareth se secó la única lágrima que se le escapó, sacudió la cabeza con fuerza para apartar los pensamientos tristes y enderezó los hombros. ¡Eso era una tontería y ella lo sabía! Homero estaba cansado y tenía cosas más importantes en las que pensar que en la opinión de la sociedad sobre su virtud. Para distraerse, continuó con el examen del paciente, manteniendo deliberadamente los ojos fijos en las regiones cubiertas por la sábana. Eso resultó ser todo un desafío, ya que era un hombre muy ancho y la sábana no estaba diseñada para cubrir a alguien de su tamaño. Al menos, ella lo imaginaba tan alto como Homero e incluso más fornido, si eso era posible.

La tela terminaba en sus clavículas y ella cerró los ojos brevemente antes de continuar. Su cabeza estaba inclinada, mostrando el lado dañado de su rostro. Margareth soltó un chillido al ver su ojo. Era de un azul oscuro, apenas se asomaban sus pestañas entre los párpados hinchados y el moretón se extendía desde la sien hasta el pómulo. También le habían cosido el labio y se veían algunos hilos finos en la esquina inferior izquierda. Margareth no podía imaginar qué había causado ese daño.

Extendió la mano con cuidado y le puso la palma sobre la frente. Se aseguró de que simplemente

quería comprobar si tenía fiebre mientras apartaba algunos rizos oscuros de su rostro. Supuso que podría ser bastante atractivo sin todos los moretones.

Sus párpados temblaron y Margareth apenas logró contener un grito mientras daba un paso atrás. Apartó la mano, apretándola contra su pecho, y la observó con los ojos muy abiertos mientras él abría los suyos. Su mirada pareció centrarse en el techo antes de emitir un gemido bajo y girarse hacia un lado, agarrándose la pierna con una mano. Margareth tosió levemente y se acercó más. —Quizás sea mejor que te quedes quieta —dijo suavemente, mientras su mirada se posaba en ella y la sorpresa casi totalmente silenciada por el dolor. Intentó hablar, pero le salió un ronquido, así que se lamió los labios y lo intentó de nuevo:

—¿Dónde estoy? ¿Quién eres tú? Su discurso era refinado, y Margareth supuso que él también pertenecía a la clase alta.

—Estás en la finca Hugen y yo soy Lady Margareth Hugen. —Intentó concentrarse solo en su ojo bueno, pero resultó demasiado difícil y su mirada se posó en su frente—. ¿Y tú quién eres?

En lugar de responder, apretó la mandíbula y dejó escapar un gemido de agonía. Margareth se acercó de inmediato al médico y sacudió suavemente el hombro del anciano:

—Doctor Williams, su paciente lo necesita.

Afortunadamente, Homero volvió a entrar en la habitación en ese momento. En dos zancadas estaba junto al hombre herido y gritaba el nombre del médico. Williams entró en acción y casi derribó a Margareth, pero ella se agarró a la camilla.

—Ah, me alegro de verte despierto, jovencito. —Soy el doctor Williams. ¿Puedes decirme tu nombre? —Apretó una mano sobre la frente del paciente.

—No... no estoy seguro —volvió a gruñir. Por favor, ¿qué pasó?

El doctor emitió un sonido indeterminado mientras se giraba para levantar un candelabro de la mesa. —Me temo que no estamos muy seguros. Lo encontraron gravemente herido en esta finca durante una tormenta terrible. Acercó la luz a los ojos de su paciente y asintió pensativamente mientras este parpadeaba para mostrar su incomodidad. Bajó la vela con otro murmullo de satisfacción. Está bastante bien, para ser sinceros. Tiene una pierna muy rota, pero se curará con el tiempo, al igual que los hematomas alrededor de las costillas. El daño en su rostro debería desaparecer en quince días.

El hombre apretó los dientes. «Pero... no recuerdo...».

—Sí, bueno... —El doctor Williams abrió su maletín y empezó a buscar algo dentro de él—. Al igual que tu cara, es probable que tu cerebro también haya sufrido algunos hematomas. El tiempo y el descanso harán maravillas y deberían devolverte la memoria rápidamente.

—¿Debería? —preguntó Homero, con el ceño fruncido.

El médico sacó un pequeño frasco de su maletín. «El cerebro puede ser un órgano temperamental», explicó mientras sacaba el gotero y lo sostenía sobre la cara de su paciente. «Ábralo». Dejó caer tres gotas antes de volver a tapar el tubo. «Casi todos los casos de amnesia son temporales y se resuelven por sí solos, pero hay algunos casos raros en los que los recuerdos perdidos nunca regresan».

Siempre práctico, Homero preguntó:

—¿Hay algo más que podamos hacer para acelerar el proceso?

—Para el dolor —dijo el doctor Williams, ofreciéndole el frasco a Homero—. Dos o tres gotas en la lengua, tres veces al día. —Una vez que recibió las instrucciones, cerró la bolsa y consideró la cuestión—. Normalmente, aconsejaría rodear al paciente de algo familiar con la esperanza de que desencadene un recuerdo, pero las peculiaridades de este caso lo impiden claramente.

Los párpados del paciente se cerraron, la tensión se reflejaba en el ceño fruncido y la mandíbula apretada. Margareth solo podía imaginar lo aterrorizado que debía de estar. Antes de poder pensarlo mejor, extendió la mano y le dio un suave apretón en la muñeca. Los ojos de él se posaron en los de ella. Margareth tragó saliva y dijo:

—Entonces tendremos que averiguar quién eres. —De repente, cohibida, miró a su hermano—. Podemos hacerlo, ¿no crees, Homero? Él le sonrió con dulzura. «Podemos intentarlo. ¿Quizás deberíamos empezar por un nombre?». Era difícil saber si el hombre se sintió reconfortado por sus palabras, pero cuando Margareth lo miró, su mirada seguía fija en ella. De repente, se dio cuenta de que todavía lo tocaba y apartó la mano bruscamente. Sintiendo que un rubor de colegiala subía por sus mejillas, miró hacia abajo avergonzada, solo para ver el anillo que rodeaba su dedo meñique.

—¡Tu anillo de sello! —finalmente apartó la mirada de ella y levantó la mano con cierta dificultad para dejarla sobre la cadera y que todos los presentes pudieran verla. El anillo era bastante grande, ocupaba casi todo el nudillo y brillaba con un dorado opaco bajo la luz de las velas. Un borde estaba cubierto de barro y la banda estaba bastante rayada, pero la intrincada letra del centro todavía se veía con claridad: «J». —murmuró Margareth, mirando a su hermano y al hombre herido—. ¿Alguien lo reconoce?

Este último dejó caer la cabeza sobre la mesa con un golpe, respondiendo a su pregunta, y Homero también negó con la cabeza. «Lamento decir que no reconozco el emblema, por lo que dudo que los dos nos hayamos escrito alguna vez, pero lo comprobaré con mis hermanos».

El hombre le ofreció una débil sonrisa, una mueca de desgana en la comisura de los labios. Tenía los párpados entrecerrados, era evidente que el analgésico estaba haciendo efecto, y la tensión se le escapaba de la mandíbula mientras ella lo observaba. Homero también se dio cuenta. «Te dejaremos descansar». Miró al doctor. «Pide a los sirvientes lo que necesites». El doctor Williams asintió agradecido, mientras Margareth fruncía el ceño. —Pero... —se retorció un poco, con toda la atención sobre ella—. No podemos dejarte sin nombre. ¿Qué te parece Enrique?

Él asintió débilmente. El golpe de Antonio en la puerta perturbó la habitación y se inclinó hacia adentro en señal de disculpa. «Nuestra tía Jennifer ha venido a ver a nuestros primos». La petición estaba implícita.

Margareth asintió con suavidad y siguió a Homero hacia la puerta. Se detuvo para volverse y sonreírle al paciente, sonrojándose levemente cuando se dio cuenta de que la había seguido con la mirada hasta la puerta. «Adiós, Enrique».

Capitulo 5

Margareth se desvió hacia su dormitorio de camino al salón, mientras su doncella la ayudaba a ponerse un delicado vestido de día. Esta vez, se concentró en la tela amarilla mientras bajaba las escaleras y llegó hasta el final sin ver la puerta principal. La tía Jennifer era la cuñada de su difunto padre y también viuda. Cuando Margareth entró en el salón, su tía le dio un beso en la mejilla y la tomó de las manos.

—¡Ah, querida Margareth! —le dio un beso en la mejilla—.

—¡Estás preciosa hoy!

Su tía era una mujer muy hermosa, con rizos rubios recogidos en la nuca y unos ojos azules penetrantes que la observaban de arriba abajo. Sus curvas albergaban un corazón enorme que había amado y apoyado incondicionalmente a cada uno de sus sobrinos y sobrinas desde la muerte de sus padres.

—Gracias, tía —respondió Margareth. Margareth no dudaba de la sinceridad del cumplido, pero la mujer era conocida por ver a todas las personas a las que quería a través de lentes color de rosa. Antes de que pudiera corresponder, unos brazos delgados la agarraron por la izquierda y la envolvieron en un fuerte abrazo. Ella rió e hizo todo lo posible por devolver el abrazo.

—Victoria, déjala respirar —oyó decir desde más lejos, y Margareth miró por encima de los rizos rubios de una prima para ver a la otra parada recatadamente detrás de su madre. Rosemary apenas tenía veinte años, lo que hizo que el corazón de Margareth doliera aún más al verla con luto. Su vestido de satén oscuro caía en pesados pliegues que exageraban su delgada figura y su piel pálida, hasta hacerla parecer enferma. Su cabello era de un tono más oscuro que el de su madre y estaba recogido con dramatismo hacia atrás, pero aun así era hermosa.

Margareth sintió que la envidia le punzaba el pecho y la dejó de lado; ninguna cantidad de belleza compensaba el dolor que había soportado su gentil prima.

La mujer que la abrazaba la soltó con un resoplido, sin rendirse del todo, y tomándola de las manos. «Mamá tiene razón, Margareth, ¡te ves muy bien!». Victoria y Rosemary siempre habían sido muy diferentes, pero el contraste nunca había sido tan claro. La más joven llevaba ropa de tonos pastel, el pelo recogido en un elaborado moño y una sonrisa radiante. Nunca sería tan bonita por naturaleza como Rosemary, pero en ese momento la eclipsaba.

—Ven a sentarte conmigo, prima, y cuéntame todo lo que me he perdido desde la última vez que te vi —dijo Victoria, llena de entusiasmo.

Margareth se dejó llevar hasta el sofá riendo. «¡Solo ha pasado una semana!» —¡Oh! —Su prima se llevó una mano a la boca y soltó una risita mientras se sentaba pesadamente—. ¡Ay, Dios! Parece mucho más tiempo. ¡El tiempo pasa volando cuando estás planeando tu boda! Eso me recuerda que he estado en negociaciones muy tediosas con el florista esta semana. No te lo vas a creer...

Margareth escuchaba con un oído mientras Victoria la deleitaba con historias sobre la lista de invitados, el vicario, el menú y, aparentemente, todas las conversaciones relacionadas con la boda que había tenido en los últimos siete días. No pudo evitar mirar a Rosemary en más de una

ocasión y se quedó muy impresionada al ver la insípida diversión reflejada en el rostro de su prima mayor. Estaba segura de que ella no estaría tan serena en su lugar. Rosemary había encontrado a su media naranja cuando era muy joven y se había casado a los dieciocho años. Menos de dos años después, se había convertido en viuda y veía a su hermana menor aceptar todo lo que había perdido. Margareth estaba segura de que Victoria no hablaba de su inminente boda tan abiertamente como para ser vengativa; era demasiado ingenua y estaba demasiado emocionada como para entender el dolor que podría estar infligiendo a su afligida hermana. Si Margareth estuviera en su lugar, pensó que también estaría encantada de ser el centro de atención, fuera de la hermosa sombra de Rose.

Que ambas fueran más jóvenes que ella también la molestaba un poco, pero Margareth sonreía ante cualquier historia que Victoria contaba y trataba de alegrarse por ella. ¡Y después de eso ni siquiera pude pensar en invitarla! —Al fin, haciendo una pausa para respirar, su prima le apretó la mano—. Pero, sinceramente, quiero saber cómo has estado.

Margareth tardó un momento en comprender que era su turno de hablar, lo que le valió una risa suave de su tía. «Estoy bien», dijo finalmente, sonriendo a las mujeres. No estaba dispuesta a admitir que había reclutado a sus hermanos para que la ayudaran a buscar marido; era demasiado vergonzoso decirlo en voz alta. «Tenemos una visita bastante inusual en este momento», dijo en cambio.

Con una sincronización impresionante, la puerta del salón se abrió y el resto de sus hermanos entró caminando. Las cuatro mujeres se levantaron mientras las dos ramas de su familia se fundían en fuertes abrazos y besos en las mejillas.

—Le pido disculpas, tía Jennifer —dijo Antonio mientras hacía un gesto para que las mujeres volvieran a sus asientos. Él y Homero se acomodaron en sillones y Phil se sentó a sus pies. Me llevó un momento encontrar a todos.

Margareth frunció levemente los labios ante su excusa, mientras observaba la forma en que sus hermanos menores merodeaban junto a la puerta. Tal vez no mentía del todo, pero no tenía dudas de que se habían mantenido alejados deliberadamente el tiempo suficiente para evitar lo peor de las conversaciones de Victoria sobre el matrimonio. Todos estaban muy comprometidos con su estilo de vida de solteros y preferían evitar ese tipo de conversaciones.

Para demostrarlo, Fidel la vio fruncir el ceño y le guiñó un ojo:

—No le des importancia, querida. Margareth estaba a punto de contarnos sobre tu inusual invitado cuando, de repente, todos los ojos se centraron en ella y se le secó la boca. Fue Homero quien la rescató. «Por supuesto, es muy extraño». Resumió rápidamente los acontecimientos de la noche anterior, pasando por alto la gravedad de las heridas del hombre para centrarse en el misterio de su identidad. Mantuvo a su audiencia extasiada y todos se quedaron sin aliento por la amnesia de Enrique y el anillo de sellado tan vago.

—¡Dios mío! —susurró la tía Jennifer cuando terminó el relato—. ¡Qué momento tan maravilloso habéis pasado!

—¿Estás bien, querida Margareth?

La preocupación de su tía hizo que se le hicieran los ojos agua, pero antes de que pudiera responder fue interrumpida por los alegres aplausos de Victoria:

—¡Es todo tan emocionante! Parece sacado de una novela. —Se inclinó hacia Margareth—. ¿Es guapo? Los piratas siempre son guapos en las novelas.

No logró bajar la voz y Margareth notó cómo se sonrojaba mientras sus hermanos se reían. No iba a responder a eso, especialmente no delante de ellos.

Afortunadamente, Rose suspiró y sacudió la cabeza. «Estamos a un día de viaje del mar, como mucho, Victoria. ¿Cómo crees que un pirata llegó hasta aquí?»

—Bien —respondió ella, emocionada—. ¡Un bandido entonces!

Margareth se sorprendió al ver que tanto Vinicius como Fidel se movían en el otro lado de la habitación. Seguramente no pensaban que el hombre que yacía maltratado en el cuarto de servicio era un criminal. Decidió preguntarles al respecto más tarde. Por ahora, se limitó a reírse de su primo y a sonreírle a Rose por encima del hombro.

—Envidio tu imaginación, Victoria —dijo con dulzura. La mujer le devolvió su sonrisa exasperada y Margareth decidió que era hora de cambiar de tema:

—¿Tendremos el placer de verlas a todas en el baile de Quentin?

La tía Jennifer asintió alegremente, con la atención desviada. —¡Sí, por supuesto! El marqués y la señora Maquinista de Westley son muy amables al invitarnos todos los años.

—Será maravilloso tener a todos nuestros primos en la misma habitación de nuevo —dijo. Si bien las damas que se encontraban en ese momento en su sala eran parientes de su padre, los Quentin eran hijos de su tía materna. A pesar de no tener parentesco de sangre, las familias se habían unido tras la muerte de sus padres para apoyar a los hermanos Hugen.

—En efecto —respiró para tranquilizarse, su tía les sonrió a todos y comenzó a levantarse—. Y con ese recordatorio, será mejor que nos vayamos. Tenemos una cita con el sastre esta mañana y, si la perdemos, es posible que no podamos asistir al baile.

Victoria lanzó una breve mirada de miedo y se puso de pie rápidamente. Rosemary también se puso en pie, aunque no con el mismo entusiasmo que su hermana. Los hermanos Hugen siguieron su ejemplo y Antonio dio un paso adelante para escoltarlas hasta la salida, tras otra ronda de abrazos y besos.

Margareth acorraló rápidamente a sus hermanos menores y se interpuso entre ellos y la puerta. «Explíquense».

Intercambiaron una mirada; la confusión se reflejaba en el ceño fruncido de Fidel, pero el rostro de Vinicius seguía siendo ilegible como siempre. El primero se pasó los dedos por su cabello oscuro. —¿Explicar qué? Ella lo miró frunciendo el ceño. —Tu reacción cuando Victoria mencionó a los bandidos... ¡Seguramente no crees que Enrique pudiera tener malas intenciones!». Vinicius parecía estar a punto de hablar, pero la irritación de Fidel le pudo. —Por supuesto que es una posibilidad, no sabemos nada sobre él. ¡Sería ingenuo suponer lo contrario!

Margareth se enfureció. «¡No te atrevas a llamarme ingenua! Enrique ni siquiera es su verdadero nombre».

—¡Enrique ni siquiera es su verdadero nombre! —gritaron ambos, y Vinicius se interponía entre ellos, resignado a sus temperamentos. Si él era el hermano más tranquilo, ellos eran los más volátiles, así que pensó que lo mejor sería dejar que se cansaran. Se cruzó de brazos, apoyó el

peso en un pie y los observó con expresión anodina.

Margareth respiraba con dificultad y tenía las mejillas enrojecidas por la rabia. Luchó contra el impulso de abofetear al joven. «Creía que la ley insistía en asumir la inocencia hasta que hubiera pruebas de culpabilidad», dijo Fidel, con la mandíbula tan apretada que los músculos palpitaban visiblemente.

—Entonces, ¿lo condenas?

—No, no lo somos, aunque pareces decidido a condenarme. —Un leve dejo de dolor se dibujó en su tono y Margareth sintió que el mundo se le venía encima al verle sonreírle de esa manera tan descarada, que había puesto ranas en su cama. Se quedó sin aliento y dio un paso adelante, rodeándole la cintura con los brazos.

—Lo siento —susurró en su pecho.

Él se quedó rígido por un momento antes de abrazarla y apoyar su barbilla sobre su cabeza. «Yo también». Si era sincera consigo misma, Margareth ni siquiera sabía por qué defendía con tanta vehemencia a Enrique. Fidel tenía razón: no sabían quién era ni cómo había resultado herido. Lo mejor para su familia era tratarlo con cautela. Se apartó de él con suavidad y le dijo:

—Te propongo un trato, hermano mío. Yo seguiré adelante con cautela si tú sigues adelante con optimismo.

Fingió pensar un momento antes de asentir con una sonrisa burlona. «Un trato muy justo por parte del tercero más inteligente de la familia». Puede que sonara extraño, pero fue un cumplido muy bonito y Margareth sintió que se le encendían de nuevo las mejillas, esta vez de felicidad. No dijo nada más, simplemente tomó el brazo de su hermano y dejó que la escoltara fuera del salón. Vinicius los observó marcharse, sintiéndose un poco desconcertado, pero nada sorprendido. De repente, las llamas volátiles chispearon, pero se apagaron con la misma rapidez.

Capitulo 6

Margareth hizo todo lo posible para no aburrirse el resto del día. Fue a la cocina para hablar del menú de la semana con la cocinera (con la que no había logrado mantener una conversación el día anterior) y para comerse una de sus deliciosas galletas de jengibre. Luego, organizó con los lacayos que los carruajes llegaran a las ocho de la tarde del sábado para el baile. Ella y su doncella, Katherine, también eligieron su vestido y lo colgaron para que se aireara mientras hablaban sobre el peinado, las joyas y los zapatos. Y, a pesar de todo, todavía estaba en el vestíbulo cuando el señor Gilberto escoltó a un par de agentes. Se le heló el corazón y tropezó con el borde de la alfombra, apoyándose en una mesa de exposición. El jarrón que estaba encima se tambaleó peligrosamente, pero afortunadamente no se derramó nada. Trató de recordar que era necesario llamar a la policía, independientemente de que Enrique fuera la víctima o el agresor. ¡Incluso podrían haber recibido un aviso de desaparición que podría revelar su identidad! A pesar de sus propias garantías, no pudo evitar la mirada ansiosa que lanzó por encima del hombro mientras subía las escaleras. El resto de la tarde transcurrió con una lentitud tediosa, mientras intentaba encontrar tareas que la mantuvieran cerca del vestíbulo. Era difícil leer, coser o tocar el piano con un ojo puesto en la puerta principal, pero hizo lo mejor que pudo. Poco después de intentar esto último, Phil apareció en la puerta del salón. Margareth miró el gallo que estaba sobre la repisa; aún no tenía cuatro años. —¿No deberías estar todavía con tu institutriz?

La niña se acercó y sacudió la cabeza. —Afortunadamente, ya he agotado los conocimientos de suma de la señorita Nancy; de lo contrario, imagino que le estaría haciendo muy difícil concentrarte. Se detuvo a unos pasos de distancia, con las manos apretadas en las caderas, y preguntó:

—¿Qué te pasa?

Su hermana se irritó. —¿Cómo dices? Es una grosería pedirte eso, Alicent.

La chica la miró parpadeando con el ceño fruncido. Una criada pasó por el vestíbulo y el movimiento llamó la atención de Margareth. Cuando bajó la mirada hacia Phil, el rostro de su hermana se iluminó con comprensión. Era sorprendente, no solo para Margareth, sino para todos sus conocidos, lo rápido que funcionaba su mente.

Sin hacer ruido, Phil se volvió hacia las estanterías y se puso de puntillas para examinar los títulos. Tras un momento, sacó uno y miró la tapa con un gesto de aprobación. Cogió dos más y se movió rápidamente de un extremo a otro de la habitación antes de volverse hacia su hermana mayor y ofrecerle los tomos:

—Toma. Ella los agitó suavemente. Margareth la miró y parpadeó lentamente. —¿Para qué sirven? —Su mano se movió para posarse sobre la novela que había dejado sobre el piano—. Puedo elegir mi propia diversión, si no te importa.

Phil se acercó con un resoplido y prácticamente los dejó caer en el regazo de Margareth, sin importarle su jadeo de protesta. «No puedes leerle esas tonterías al hombre herido. Ya está débil; ¡podrías aburrirlo hasta la muerte!».

Su hermana se quedó con la boca abierta de indignación y luego la vergüenza la mantuvo así porque no sabía qué decir. ¿Había sido tan evidente su curiosidad por el hombre que hasta su

hermana de ocho años se había dado cuenta? Se sonrojó al pensar en lo que los sirvientes o sus hermanos pensaban de su comportamiento.

—No creo que eso sea apropiado, Alicent —dijo después de un largo rato, frunciendo los labios en un delicado ceño.

La niña se encogió de hombros. —Como quieras. —Se dio la vuelta, se alejó y se detuvo para mirar hacia atrás desde la puerta—. He oído que leerles a las personas con lesiones en la cabeza puede ayudarles a recuperar la función y la memoria. Parece casi ofensivo no acudir a él. Su ceño fruncido se frunció de nuevo—. Sea lo que sea lo que decidas, deja el piano en paz, por el bien de todos.

Margareth volvió a indignarse, pero su hermana ya había desaparecido. Bajó la mirada hacia los libros que tenía en el regazo, intentando ignorar el revoloteo de emoción que sentía en el estómago. Tal vez no fuera del todo inapropiado ir a ver cómo estaba el hombre, ya que podría ayudarlo a recuperarse. No era por curiosidad, sino por su propio bien.

Ella estaba en la puerta antes de que Margareth decidiera ir.

Mientras cruzaba el vestíbulo, examinó los libros que su hermana había seleccionado. El primero era un tomo de poesía náutica, el segundo una historia de la región y el último una novela sobre un aventurero. Margareth negó con la cabeza. ¿Esa era la lectura preferida de los hombres?

«¡Margareth!» Se detuvo al oír su nombre y se quedó congelada a medio paso, como si la hubieran pillado haciendo algo malo. Tragó saliva, se puso incómoda, se metió los libros bajo el brazo y se alisó la falda con la otra mano. Alzó la vista y vio a sus hermanos mayores bajando las escaleras al trote. Antonio llegó primero, todavía con un guante de montar en la mano. —Lamento asustarte. Homero y yo vamos a visitar a uno de los inquilinos del lado este, ese tipo que quiere más tierras de cultivo, pero volveremos a tiempo para la cena. Si no te importa, te agradecería que te aseguraras de que Phil le lleve la cena en algún momento. —Me temo que la institutriz ha vuelto a renunciar... Algo sobre un dolor de cabeza... —Sacudió la cabeza, pero se le notaba una risa clara en los ojos.

Homero no se divirtió tanto. —No pasará mucho tiempo antes de que también renuncie. Hay que hacer algo.

Los hombres se miraron con el ceño fruncido.

—No es culpa de Phil: simplemente no están preparados para tratar con mujeres jóvenes e inteligentes.

—Pero tal vez se esforzarían más si ella no disfrutara tanto siendo más lista que ellos —respondió Antonio, soltando una carcajada sin demasiado humor y sacudiendo la cabeza. «Sí, tienes razón. Quizá lo hagan».

Una vez dicho esto, Homero volvió a centrar su atención en su hermana y levantó la ceja al ver los libros:

—Uh, ¿un poco de lectura ligera, Margareth? —Margareth miró a cada uno de sus hermanos y notó que el rubor se le iluminaba en las mejillas conforme pasaba el tiempo sin responder. Decidió decir la verdad... o mejor dicho, no se le ocurrió otra excusa:

—Phil sugirió que leerle a un paciente con amnesia puede restaurar la memoria. Pensé en

probarlo.

Homero asintió, tomó los libros con cuidado y evaluó los títulos.

Antonio sonrió y dijo: «Qué amable por tu parte, Margareth».

Su hermano asintió en señal de aprobación. «Y excelentes selecciones». Se las devolvió mientras Antonio le daba una palmada en el hombro.

—Será mejor que nos vayamos —dijo.

Margareth miró los libros con un ruido de sorpresa, murmurando en voz baja:

—Tal vez esto es lo que leen los hombres.

No fue hasta que llegó a la habitación y se paró frente a la puerta cerrada que Margareth recordó que no se había dado cuenta de que los policías se habían ido. Extendió la mano para tocar la puerta, pero luego cambió de idea y sus zapatillas giraron en el suelo debido a su indecisión. Su vacilación hizo que se quedara allí parada, con el brazo parcialmente levantado, cuando el señor Gilberto abrió la puerta. Dio un paso atrás abruptamente, casi chocando con los policías que lo habían estado siguiendo, antes de inclinarse levemente y murmurar una disculpa. Margareth retiró la mano rápidamente. —No, la culpa es mía, señor Gilberto. No era mi intención estorbar. Se apartó, dejó pasar a los tres hombres y aceptó sus sombreros con un gesto de la cabeza. Se volvió hacia la habitación y vio a otro dentro: Vinicius.

Este era el problema de tener cuatro hermanos: siempre aparecían donde menos te lo esperabas.

Entró con cautela y notó que el hombre, Enrique, estaba recostado sobre almohadas. La sábana estaba recogida hasta la cintura, pero afortunadamente había conseguido un camisón desde la madrugada. Tenía el brazo levantado por encima de la cabeza y la cara hundida en el hueco del codo, por lo que supo que estaba despierto a pesar de no poder verle la cara. No había señales del médico.

Se acercó con cuidado al cartel de Vinicius. «¿Qué dijeron los policías?» Su voz tranquila recorrió la habitación aún más, y el cuello de Enrique se irguió de golpe, y su brazo cayó. Margareth tuvo que ahogar un jadeo al ver su rostro; en todo caso, los moretones se habían oscurecido desde la última vez que los había visto. Sus ojos (o, mejor dicho, el ojo, ya que uno todavía estaba firmemente hinchado y cerrado) se posaron primero en los de ella, antes de mirar rápidamente hacia la puerta y regresar. Margareth se preguntó brevemente a quién buscaba y trató de no dejar que la decepción que se instaló en su pecho la invadiera.

—Ellos... allí... —Vinicius se frotó la cara—. Nada de importancia. No ha habido informes de hombres desaparecidos, pero preguntarán por ahí. Miró los libros que ella tenía en los brazos y la miró con la cabeza en señal de interrogación. Cuanto más lo repetía, más tonta se sentía. «Uh, Phil dijo que...» fijó su mirada en su hermano y se negó a mirar más allá de la habitación. «¿Phil dijo que leerle a la gente con amnesia podía restaurar los recuerdos?» No pretendía ser una pregunta, pero sonaba como tal.

Afortunadamente, Vinicius ya estaba asintiendo. Sin más comentarios, se dirigió hacia la salida, abriendo la puerta todo lo que pudo. Desde la entrada, les hizo un gesto con la cabeza. —Si... yo... enviaré un sirviente si me necesitan. —Miró a Enrique—. A cualquiera de ustedes.

A solas con el hombre herido, Margareth no tuvo más remedio que mirarlo a los ojos. Su

expresión era seria, pero no amenazante, así que agarró los libros y se acercó un poco más.

—¿Cómo te sientes? —preguntó suavemente, deteniéndose a uno o dos pasos del borde de la cama.

Él asintió con la cabeza. —Bien, dadas las circunstancias. —Su mano se deslizó distraídamente hacia su pierna apoyada. Su cabeza se inclinó ligeramente—. Me temo que todavía tengo la cabeza un poco confusa; no recuerdo tu nombre...

—Margareth Hugen —lo interrumpió con una exclamación de sorpresa—. Margareth —al darse cuenta de su informalidad, se sonrojó y lo intentó por tercera vez—. Lady Hugen.

Su confusión arrancó una pequeña sonrisa de sus labios. —¿Hugen? Entonces, Phil no es tu marido.

Ella parpadeó.

—¿Phil?

Él asintió hacia los libros.

—¡Oh! —Se referían a Alicent con tanta frecuencia como Phil, que a menudo olvidaban que no era un nombre femenino—. —Phil es Alicent; mi hermana —Margareth se rió levemente—. Solo tiene 8 años, pero tiene la personalidad y los intereses de una solterona. Últimamente está muy interesada en las revistas médicas, así que aquí estoy. —Movió los libros que agarraba, tratando de evitar que su boca se moviera—: «Es muy amable por su parte. Los dos —dijo, mirando hacia la puerta—. En realidad, toda su familia ha sido muy amable.

Margareth se sonrojó y no supo qué decir. Le tendió los libros. «¿Quieres que te lea algo?». Y durante las siguientes horas ambos se familiarizaron profundamente con la poesía náutica.

Capitulo 7

La familia Hugen volvió a sus rutinas habituales sorprendentemente bien en los días siguientes. Vinicius se estaba preparando para volver a la universidad y, aunque no tenía clases, pasaba la mayor parte del tiempo en la biblioteca. Antonio y Homero se ocupaban de sus propiedades, administraban sus finanzas y visitaban a los inquilinos, pero siempre aparecían a la hora de la cena para hablar con sus hermanos. Phil echó a la institutriz y, mientras Antonio buscaba otra víctima, ella quedó abandonada a su suerte. Para ser justos con ella, eso significaba que pasaba la mayor parte del tiempo leyendo en la biblioteca con Vinicius o estudiando con sus hermanos mayores, lo que posiblemente era una mejor educación que cualquier cosa que una institutriz joven pudiera proporcionar. Y Fidel... Quién sabía cómo pasaba Fidel sus días.

Margareth también encontró un patrón. Las mañanas las dedicaba a lo esencial: administrar la casa y el personal, visitar a sus tías y primas y practicar el piano. Los comentarios de Phil la habían molestado, ¡y estaba decidida a demostrar que realmente sabía tocar el piano razonablemente bien! Nadie vino a quejarse, así que lo consideró un logro.

Sin embargo, después de comer, cogió un libro y fue a sentarse junto a la cama de Enrique. La cocinera solía enviarle un cuenco de sopa a esa hora, lo que le daba una excusa para ponerle una mano en el hombro y sacudirlo suavemente hasta que recobrara el conocimiento. Sus ojos estaban permanentemente nublados por las medicinas que le había recetado el médico, pero la reconoció y sonrió.

—Ah, lady Hugen. Has vuelto.

Su sonrisa apareció por sí sola como respuesta. —Soy, señor... ¿Señor...? Ah, Enrique». Frunció el ceño. «Tal vez deberías llamarme Margareth...» Su mano se elevó hasta posarse sobre la de ella, sujetándola contra su hombro con un suave apretón. «Margareth».

Su nombre, exhalado suavemente, provocó un escalofrío en la columna de Margareth y le costó tragar saliva.

—Disculpe, señorita Margareth. —Cuando la criada habló detrás de ella, Margareth casi se lanzó al suelo de susto y rápidamente sacó su mano de debajo de la de Enrique mientras se daba la vuelta. La joven sirvienta le hizo una reverencia—. —Traje el almuerzo —dijo Hannah.

—Sí, gracias, Hannah —respondió Margareth en voz muy alta, mientras respiraba profundamente y se alejaba un poco más de la cama. «Colócala aquí, ¿quieres?», dijo Margareth, y la criada se fue después de que Margareth y Enrique le dieran las gracias. Mientras él comía, Margareth se sentó en la esquina y continuó con la poesía náutica.

El día siguiente fue muy parecido, aunque los moretones que rodeaban la cara de Enrique estaban remitiendo. Su almuerzo la había adelantado en llegar a la habitación, pero antes de despertarlo, Margareth estudió sus rasgos y fingió que intentaba recordarlo. Su ojo todavía estaba enmarcado en amarillo y morado, pero la hinchazón había desaparecido casi por completo. Su mandíbula también había perdido parte de los moretones, lo que dejaba al descubierto un mentón notablemente anguloso y unos labios que siempre mostraban una sonrisa amable. A ella le gustaba eso: a pesar de todo, él todavía sonreía mientras dormía.

La noche anterior, durante la cena, Fidel había comentado que le faltaba una oreja, y la

curiosidad pudo más que ella. Le colocó el pelo con delicadeza detrás de la oreja más cercana y no encontró nada más que un apéndice entero y sin daños. Miró hacia la otra oreja, pero, mientras recorría su rostro con la mirada, sus ojos se encontraron con los de él.

Ella soltó un chillido y se apartó, ruborizándose furiosamente con la espalda contra la pared, mientras él se incorporaba y se sentaba. Él esbozó una mueca de dolor y ella no pudo evitar dar un paso adelante. Finalmente, su expresión se desvaneció y él le devolvió la sonrisa.

—Hola —dijo de alguna manera Margareth todavía estaba sorprendida. «¡Solo estaba revisando tu oído!», dijo, un poco más a la defensiva de lo que le habría gustado. Miró al suelo. «Fidel mencionó una lesión y yo... lo siento».

—No hay necesidad de disculparse. Es esta oreja. La encontré yo mismo ayer».

Levantó la vista y vio que su cuello estaba torcido de forma extraña, con una mano sujetando su cabello hacia atrás para dejar al descubierto la mitad de una oreja. Faltaba toda la sección superior y el borde estaba áspero, como si estuviera desgarrado, pero completamente curado. Tras un momento, se relajó de nuevo en la cama.

—Esa es una vieja herida —dijo Margareth, acercándose un poco más, moviéndose hacia el final de la cama y apoyando el libro que sostenía sobre las mantas cerca de sus pies—. ¿Recuerdas cómo lo conseguiste?

Su sonrisa se alargó débilmente. «Desafortunadamente, no». Ella asintió, llevó su comida y se sentó a leer.

El tercer día fue diferente. El baile de Quentin era esa tarde y toda la mañana transcurrió entre preparativos. Su doncella la atrapó después del desayuno e insistió en lavarle, peinarle y sujetarle el pelo. Salió de su habitación justo antes del almuerzo y Antonio le pidió que hiciera que Phil practicara el piano. Conseguir que Phil hiciera algo, especialmente cuando se trataba de una orden de Antonio, nunca fue difícil, pero conseguir que ella mostrara entusiasmo... Margareth se quedó casi dormida después de una hora, así que dejó que la niña volviera a la biblioteca.

Para entonces, ya era la primera hora de la tarde y era hora de comer algo ligero antes de empezar a vestirse para el baile. Margareth había quedado con su doncella en su habitación y se desvió un poco hacia las dependencias de servicio. Se sentía maleducada por no haber visitado a Enrique, o al menos por no haberle dicho por qué no lo había hecho.

Cuando se acercó a la puerta, esta estaba cerrada, así que golpeó suavemente y la abrió un poco cuando él la llamó. Tratando de ocultar su cabello envuelto en una bufanda y sintiéndose una tonta, miró por el borde.

—Hola, Enrique.

Él inclinó la cabeza para igualar la suya. —Hola, Margareth. Le hizo un gesto con la mano. —¿Qué estás haciendo? —le preguntó ella, tratando de sonreír dulcemente e ignorarlo. «Me temo que no podré leerte hoy. Nuestros primos van a celebrar un baile esta noche y debo prepararme». Él sonrió suavemente. «Lo entiendo». La risa volvió a sus ojos. «Pero ¿por qué estás ahí parado en la puerta de esa manera?», preguntó Margareth, y sintió cómo le ardían las mejillas, por lo que levantó un poco la barbilla en señal de defensa. —Solo tengo el pelo a medio peinar. Esperaba comentarios burlones como los que habían hecho sus hermanos durante el almuerzo, pero Enrique simplemente asintió y dijo: «Estoy seguro de que todavía se ve muy bonito».

¿Todavía? Se quedó helada. Quizá ese fuera el primer cumplido que había recibido de un hombre que no fuera su familiar. No sabía qué hacer ni qué decir y notó que se le subía el rubor a la cara. Sin esperar su respuesta, el silencio se prolongó y, aunque Margareth se esforzó por hablar, Enrique parecía casi... contento. Finalmente, continuó:

—Espero que disfrutes tu velada.

—Y tú.

La puerta estaba casi cerrada cuando Enrique gritó:

—Podría venir si me visitas. Cuando regreses, quiero decir».

Margareth no volvió a abrirla, sino que se quedó mirando un lado de la puerta con asombro, imaginando su rostro en el otro. Su tono era educado y tal vez un poco vacilante, pero aun así, debía decir que no.

—Puede que sea muy tarde —dijo ella sacudiendo la cabeza, mientras apoyaba la frente contra la madera y se preguntaba por qué aquello era más emocionante que el baile al que pronto asistirían.

—Está bien —dijo con voz más relajada y ella oyó un crujido, como si cambiara de posición en la cama—. Sin ventanas, aquí no tengo noción del tiempo. He empezado a contar los días según tus visitas.

—Eso sonaba así... Margareth no estaba segura, pero miró a su alrededor para cerciorarse de que no hubiera nadie cerca que pudiera escucharlo. Esta noche se suponía que debía comenzar a reunirse con los hombres de la lista que habían escrito sus hermanos, que con suerte incluiría a su futuro esposo. ¿Qué pensaría él de que ella visitara la cama de Enrique a primera hora de la mañana? De hecho, ¿qué pensarían sus hermanos?

Le latía el corazón a mil por hora y entró en pánico, gritando «Está bien» antes de cerrar la puerta con demasiada fuerza entre ellos. Razonó que no tenía por qué marcharse. Podría volver a verlo por la tarde como siempre y decirle que había estado demasiado cansada o que se había olvidado por completo. Había un zumbido en sus venas que no quería explicar y que sugería que ninguna de las excusas sería ni de lejos correcta.

El resto de la tarde transcurrió en un torbellino de preparativos hasta que Margareth se encontró sentada en un carruaje frente a Homero y Fidel. Los otros hermanos estaban en el carruaje de delante. Viajaron en silencio durante buena parte del trayecto, mientras Margareth trataba de calmar las mariposas en su estómago. Cuando se acercaron a Westley Manor, Homero se inclinó hacia adelante en su asiento y dijo:

—No estamos seguros de quién de los hombres estará allí esta noche, pero sabemos que al menos estará Fabio Lopez. Es un buen tipo y amigo de nuestro primo Lucas. De todos modos, todos nos esforzaremos por presentarnos. —Miró a Fidel—. Todos nosotros.

El hombre más joven encorvó los hombros, pero asintió petulantemente con la cabeza en el momento en que el carruaje se detenía. Un lacayo abrió la puerta, dejando entrar un remolino de luz y música, y Margareth se recogió las faldas a tiempo para que Homero la ayudara a bajar. Del brazo, con sus otros hermanos un poco más adelante, entraron en la casa de los Quentin. El edificio era muy parecido al suyo, con la puerta principal que daba a un vestíbulo palaciego. Había lacayos apostados cada pocos metros para guiarlos hasta el salón de baile, pero los Hugen

conocían la casa tan bien que no eran necesarios. Cuando entraron en el salón de baile, el heraldo (uno de los lacayos en cualquier otra noche) no les preguntó sus nombres, simplemente les hizo un gesto con la cabeza y se volvió hacia la sala ya abarrotada.

«El duque de Granulia, el conde de Humper, lady Margareth Hugen, Señor Vinicius Hugen y Señor Fidel Hugen».

Sus anfitriones los recibieron de inmediato. El marqués de Westley era el primo paterno de Lucas Quentin, un hombre serio y llamativo que tenía unos diez años más que Antonio. Su esposa, Lucinda, siempre se mostró enérgica, a pesar de tener tres hijos pequeños, y abrazó a Margareth mientras los hombres se estrechaban la mano. Homero se desenredó con eficacia y dejó a las mujeres juntas:

—¡Margareth, estás preciosa! —exclamó, agarrándola de las manos y extendiéndolas para que pudiera ver su apariencia. Margareth tuvo que admitir que el vestido era precioso. Su prima Victoria la había convencido para que encargara la tela de color berenjena intenso, pero una vez que el vestido estuvo hecho, se emocionó. Le quedaba ajustado en la cintura, hasta los codos, donde se ensanchaba en elegantes mangas drapeadas. Las faldas eran de capas, pero fluidas, y con el encaje blanco fruncido en el escote y ensartado en el cabello; incluso Margareth podía admitir que se veía bastante bonita.

Antes de que ella pudiera devolverle el cumplido (Lucinda siempre lucía deslumbrante), el resto de la familia Quentin se acercó. Lucas le dio un beso en la mejilla mientras su hermano menor, Miguel, se acercaba a ella y la abrazaba. Si la seriedad de Lucas le recordaba a Homero, entonces el humor de Miguel le recordaba a Fidel.

Margareth se rió cuando la bajaron, pero nuevamente no tuvo tiempo de hablar porque Helena, la esposa de Miguel, juntó sus manos y le dirigió una suave sonrisa a su esposo, que en ese momento estaba dándole palmaditas en la espalda a cada uno de sus primos varones.

«Actúa como si no los hubiera visto en años», comentó a modo de disculpa, inclinándose para besar a Margareth en la mejilla. «Debe de haber pasado como mucho un mes». Margareth apretó las manos y se dio cuenta, al igual que Helena, de la atención que atraía su estridente marido. «Su entusiasmo es contagioso. ¡Un bonito añadido para cualquier baile!», pensó la mujer, y luego se dirigió hacia Miguel con una expresión de determinación. Margareth la observó mientras se iba, pero tuvo que apartar la mirada cuando otra mano suave la agarró del brazo.

—¡Tía Delia! Ver a esta mujer en particular siempre le traía una mezcla de alegría y tristeza al corazón de Margareth; se parecía mucho a su madre. Los mismos ojos marrones le sonreían ahora y ella sentía como si estuviera a punto de llorar.

—¡Te ves muy bien!

Su tía sonrió y le guiñó un ojo.

«No tan bien como tú, me imagino», dijo.

La mujer era esbelta y delgada, y llevaba un vestido azul ajustado que se ajustaba a la cintura. El único indicio de su edad eran las canas que le salpicaban el pelo y las líneas de expresión que se le formaban en las comisuras de los ojos. Un hombre de su edad apareció a su lado y Margareth le estrechó la mano.

—¡Y el tío Juanes! —exclamó él, y Margareth se rió y le devolvió el apretón. —¿No me veo

bien también, Margareth?

Ella le devolvió la sonrisa. «Por supuesto que sí, tío. Muy bien, de verdad».

Margareth siempre se quedaba un momento confusa cuando veía a su tío Juanes después de una larga separación. No por culpa suya, sino porque su llamativa apariencia no coincidía con la del resto de su familia. La piel de ellos estaba ligeramente bronceada, la de él era casi negra, y el pelo de ellos rayaba en el rubio; el de él era negro como la noche. Su tía y su tío habían estado casados tanto tiempo como cualquiera de los hermanos Hugen había vivido, pero todos ellos a menudo olvidaban que los hermanos Quentin eran fruto del primer matrimonio de la tía Delia. Él había muerto cuando los chicos eran muy pequeños y, cuando Delia se volvió a casar, Juanes había criado a Lucas y Miguel como si fueran suyos. Eran familia... solo que no lo parecían.

Margareth miró a su alrededor y luego a su tía y a su tío con confusión. «¿Alexander no está aquí?» Su primo final, el único hijo legítimo de su tío Juanes, brillaba por su ausencia. La tía Delia sonrió, aunque no lo miraba fijamente. —A él no le interesan este tipo de acontecimientos —dijo de repente—. Pero ven, querida Margareth, tomemos un poco de ponche.

Y con eso, Margareth se dejó arrastrar por la multitud y se dejó absorber por la felicidad que era el baile de Quentin.

Capitulo 8

Tras un rato, Margareth se alejó de su tía y su tío y se acercó a unas mujeres más jóvenes que conocía y que estaban agrupadas junto a la pista de baile. Estas se entusiasmaron cuando se acercó, le estrecharon las manos y le dijeron lo bien que se veía, pero Margareth no pudo evitar desconfiar de sus opiniones. Una se había casado recientemente y otras dos estaban comprometidas, pero los cumplidos que ellas le dedicaron nunca habían sido particularmente sinceros. La última mujer, que a Margareth le pareció muy joven, fue presentada como Lady Valeria Estevez. Valeria era bajita y regordeta, y llevaba su fino cabello oscuro recogido en románticas ondas en la nuca. Su sonrisa era rosada y genuina, y parecía notablemente cómoda en el bullicioso baile.

—¿Es este tu primer baile de Quentin? —le preguntó la chica asintiendo suavemente. «Lo es». Echó un vistazo a la habitación, en la que había mesas llenas de comida y bebida, telas que cubrían las paredes y una elegante lámpara de araña que colgaba en el centro. La banda tocó las últimas notas de una canción, lo que provocó algunos aplausos mientras se volvía hacia Margareth. «Todo está muy bien». La mirada de la muchacha se desvió hacia ella y sus ojos se abrieron ligeramente. Margareth sintió una mano en su codo antes de poder darse la vuelta.

—Margareth —dijo Homero a modo de saludo—. Lady Valeria Estevez, este es mi hermano, Señor Homero Hugen, conde de Humper. —Hicieron un gesto entre ellos. La joven hizo una reverencia y su hermano le correspondió con otra.

—¿Bailamos, Margareth? Ella aceptó, así que él tomó su mano entre las suyas y volvió a asentir en dirección a Valeria. Lady Estevez.

Cuando comenzó la siguiente canción, se unieron a la multitud en la pista de baile. La rutina los hacía separarse y regresar varias veces, pero, cuando estaban cerca, Homero le susurraba una o

dos frases: «Señor Lopez está en el balcón. Te lo presentaré después de este baile. Es un hombre muy bueno y muy respetado. De los que están en la lista, él es mi favorito personal».

Margareth arqueó las cejas ante la posibilidad de que sus hermanos tuvieran preferencias, pero luego le gustó la idea de que estuvieran tan involucrados.

La canción terminó rápidamente y, de repente, Margareth fue escoltada a través de la sala hacia un hombre muy atractivo. Señor Lopez era casi tan alto como Homero, con el pelo rubio rojizo peinado hacia atrás y una amplia sonrisa. Por un momento, le recordó a Enrique. Le costaba imaginar que estuviera en un baile con el hombre herido. Él estaría relajado, por supuesto, y probablemente se reiría como Señor Lopez. Se preguntó si la invitaría a bailar, pero sacudió la cabeza bruscamente para apartar esos pensamientos, volviendo en sí justo a tiempo para que su hermano la presentara:

—Margareth, este es Señor Fabio Lopez. —Ben, esta es mi hermana, Lady Margareth Hugen.

Le dedicó una cálida sonrisa. —Es un placer conocerla, lady Hugen.

—Y el tuyo, Señor Lopez. —Hizo una reverencia cuando él hizo lo mismo y sintió los primeros remolinos de posibilidades surgiendo en su pecho.

—En realidad, tenía pensado encontrarte esta noche, Homero. —Su voz era firme y cálida; Margareth podía imaginársela mientras leía poesía junto a una hoguera. Y le gustaba su hermano; si le gustaba uno, al menos los toleraba a todos. Quería presentarte a la señorita Josefina Figueroa. —Una morena escultural apareció a su lado y le lanzó una mirada de desagrado a Margareth. Margareth esperaba que Señor Lopez no estuviera creando una puesta en escena con su hermano; ya podía darse cuenta de que no quería a esa mujer como cuñada. La señorita Figueroa es mi prometida.

La expresión de Margareth se congeló en ese momento, cuando el resentimiento que sentía por la señorita Figueroa se transformó en superioridad. Su mirada se dirigió a Homero y vio su propia sorpresa reflejada en su rostro. Sin embargo, no parecía tan avergonzado como Margareth, probablemente porque aún no había mencionado a sus hijos en su monólogo interno.

Se recuperó rápidamente. «Felicidades, anciano», dijo, estrechando la mano lentamente y ofreciendo a la pareja una sonrisa firme. «¿Cuándo sucedió esto?» Señor Lopez sonrió, evidentemente emocionado por la noticia. Margareth deseó que su entusiasmo no le doliera. «Solo esta última semana».

—Estoy muy feliz por ti —dijo Homero, asintiendo con la cabeza en dirección a la señorita Figueroa—. Las dos. Margareth, incapaz de hablar, asintió en señal de apoyo. La señorita Figueroa todavía no había dicho nada, así que no se sentía tan mal por tener la lengua atrofiada por la sorpresa.

—Será mejor que volvamos con nuestra familia, Ben, pero algún día deberíamos ir a cazar. Puedes contarme qué más me he perdido. —Les hizo un gesto con la cabeza a ambos y luego tomó a Margareth del codo. Su paso despreocupado hizo que a Margareth le picaran las palmas de las manos, que se cerró en puños para ocultar su vergüenza. Sintió como si todos la estuvieran observando, como si fueran conscientes de que su matrimonio había sido un rotundo fracaso. Mantuvo la mirada fija en el suelo.

—Por cierto, Ben —dijo su hermano, que se dio la vuelta de repente, obligándola a detenerse en

su retirada. Se giró en el sitio, sonriendo a la feliz pareja por encima del hombro de él. Sus labios se sentían rígidos y esperaba que pareciera más sincero de lo que era. A juzgar por la sonrisa burlona de la señorita Figueroa, no fue así.

Señor Lopez asintió una vez hacia Homero, alentándolo a continuar:

—Estoy tratando de identificar un anillo de sello. ¿Ha tenido algún trato con un hombre cuyo emblema tenga una «J» curvada? —dibujó el diseño en el aire con el dedo, pero su amigo ya estaba negando con la cabeza—.

—No que yo recuerde.

Su hermano sonrió, le dio las gracias y le ofreció el brazo a Margareth mientras se daban la vuelta para alejarse nuevamente. Margareth cometió el error de levantar la mirada mientras se movía, solo para toparse con la sonrisa victoriosa de la señorita Figueroa enmarcada por las miradas de extraños. Margareth se dio la vuelta rápidamente y le dio una palmada discreta en el brazo a su hermano con la mano libre. Estaba segura de que sus mejillas estaban lo suficientemente rojas como para confundirse con la fruta. «Homero, ¿cómo es posible que no supieras que estaba comprometido?», susurró entre dientes apretados, tratando de no llamar más la atención sobre su vergüenza.

Homero vio a Antonio al otro lado de la habitación y los guió hasta allí. «Lo siento, Margareth, pero ¿cómo iba a saberlo? Ocurrió la semana pasada».

No parecía que quisiera disculparse, así que Margareth se mordió la lengua y lo miró con enojo. Cuando llegaron donde se encontraba Antonio, él les sonrió con esperanza.

—¿Cómo te fue? —preguntó.

Los dientes de Margareth rechinaron y pensó que podría gritar si se le aflojara la mandíbula. Sintió que Homero la miraba fijamente. «Nos presentó a su prometida».

Los ojos de Antonio se llenaron de compasión al instante y extendió una mano para agarrarla del brazo y consolarla. La ira de Margareth se duplicó. ¿Por qué estaba tan dolida por esto? ¡No es como si hubiera desarrollado un vínculo con el caballero! Él era solo el primero de una corta lista de posibles pretendientes, ¡pero ella sería la que elegiría! No había razón para sentir lástima por ella.

De repente, Fidel se unió al grupo y bebió un vaso de ponche rojo intenso. Miró a sus hermanos y les preguntó: «¿Y bien?».

Antonio tosió torpemente y soltó el hombro de Margareth. —Está... eh... prometido —murmuró esto último en voz baja, como para proteger a Margareth de la noticia.

Su orgullo se estremeció, más aún cuando Fidel empezó a reírse:

—Bueno, hermana, ¡te moviste demasiado lento!

Antes de que ella pudiera responder, Homero agarró el codo de su hermano menor y rápidamente transfirió su mano al hueco, apartándose del camino con una ceja levantada hacia el hombre más joven.

—No sé por qué te ríes —dijo en voz baja, cruzando los brazos sobre el pecho. La próxima presentación es tuya.

Margareth se sintió ofendida, pero el cambio abrupto en el humor de Fidel disminuyó un poco el impacto.

—¿Marriaga? —preguntó él a su lado, antes de soltar un gemido de dolor—. ¡Bien! Pero si nos topamos con su hermana, te abandonaré y me marcharé corriendo. —Esto último iba dirigido a Margareth.

Ella asintió con firmeza. —¡Bien!

Fidel tardó apenas un momento en localizar el plumaje que indicaba la ubicación de Señor Anthony Marriaga. Mientras se acercaban, Margareth no podía evitar sorprenderse. Del sombrero flexible que le cubría la frente y un ojo sobresalían largas plumas de pavo real que, cada vez que se inclinaba para evaluar el resto de su atuendo, amenazaban con cegar a alguien. Su disfraz (y ese era el nombre más amable para su atuendo) consistía en una chaqueta y unos pantalones cortos de un morado terriblemente brillante, ambos de gran tamaño y fruncidos a la cintura con un llamativo cinturón dorado. Sus medias eran de un blanco roto que comenzaba en los pantalones cortos y desaparecía en unos zapatos azules muy elaborados.

Margareth miró alarmada a su hermano. —Está mejor de lo que parece, ¿no? —respondió Fidel, recuperando el sentido del humor y encogiendo los hombros. «Recuerda que no fui yo quien lo agregó a tu lista».

Esperaba que simplemente la estuviera tomando el pelo. A medida que se acercaban aún más, Margareth intentó recordar que la apariencia y el estilo no lo eran todo. Su búsqueda había comenzado con el simple reconocimiento de que no era la mujer más atractiva que buscaba marido, por lo que no sería justo esperar que la belleza misma quisiera casarse con ella. ¡Tal vez él fuera amable! —¡Oh, Hugen! —exclamó, saludando a su hermano con una inclinación de cabeza dramática. Margareth se sorprendió de que el sombrero no se le cayera.

—¡Esta noche tienes un aspecto bastante feo! ¿Estás bien?

Fidel ignoró la pregunta y un músculo de la mandíbula se le contrajo. —Marriaga, permíteme presentarte a mi hermana, Lady Margareth Hugen. Margareth, este es el Señor Anthony Marriaga.

La mirada del hombre la recorrió tan rápidamente que no estaba segura de si la había mirado siquiera. —Estoy encantada, estoy segura. —No parecía encantada. Miró más allá de ellos rápidamente y la sonrisa le volvió de repente al rostro.

—¡Arianny, ven aquí!

Ahora la incomodidad de Fidel era evidente, pero cuando hizo ademán de apartarse, Margareth apretó más su agarre en su brazo.

—¡No sufriría esto sola! De repente, apareció una jovencita vestida de manera igualmente discordante al otro lado de Fidel, colocó ambas manos sobre su hombro y le apretó con demasiada fuerza. Margareth pensó que era guapa, pero era difícil de decir bajo la ropa extravagante y el rubor que cubría sus mejillas. Su hermano hizo todo lo posible por no retroceder.

—Señor Fidel —canturreó la mujer, pestañeando y pasando un dedo por el antebrazo de Fidel—. Ha pasado demasiado tiempo desde la última vez que te vi.

Margareth sintió que Fidel temblaba, pero no creía que fuera por la razón que la mujer quería.

—Uh, Lady Arianny Marriaga, mi hermana Lady Margareth, uh, Hugen —dijo Señor Marriaga, que se había acercado más. La visión de Margareth estaba ahora completamente llena de los colores brillantes y la ropa llamativa de los hermanos Marriaga, y no pudo evitar desviarse. «Hugen, ¡creo que le debes un baile a mi hermana! Casi desapareciste en el último baile». Margareth disimuló su risa con una tos leve, lo que le valió una mirada de enojo por parte de su hermano. Sin embargo, no tuvo más remedio que soltar a su hermana y ofrecerle el brazo a Arianny.
—Hacen una linda pareja, ¿no? Margareth no apartaba la vista de la figura de su hermano que se alejaba y se sorprendió al encontrar la boca de Señor Marriaga tan cerca de su oído. Cuando se apartó, casi podía sentir el aliento a alcohol y arrugó la nariz involuntariamente. Trató de ocultar su reacción con una sonrisa y añadió:
—Tu hermana es muy... sorprendente.
Se ajustó el sombrero con delicadeza. «Nuestra familia es muy talentosa en ese aspecto».
En retrospectiva, Margareth se dijo a sí misma que ese fue el momento en que Anthony Marriaga fue tachado de la lista de sus posibles pretendientes, aunque la verdad es que podría haber sido cualquiera de los comentarios que hizo en los diez minutos que conversaron. Opinó sobre el corte del vestido de cada mujer que pasó, quién tenía muy poco busto o demasiada cintura, y criticó todo lo que las rodeaba, desde las decoraciones hasta la comida. Tenía más positividad para los hombres y se regocijó mucho por la increíble puntería de Señor Ascot y la fantástica fortuna de Señor Wilson.

—Uh, Lady Arianny Marriaga, mi hermana Lady Margareth, uh, Hugen —dijo Señor Marriaga, que se había acercado más. La visión de Margareth estaba ahora completamente llena de los colores brillantes y la ropa llamativa de los hermanos Marriaga, y no pudo evitar desviarse. «Hugen, ¡creo que le debes un baile a mi hermana! Casi desapareciste en el último baile». Margareth disimuló su risa con una tos leve, lo que le valió una mirada de enojo por parte de su hermano. Sin embargo, no tuvo más remedio que soltar a su hermana y ofrecerle el brazo a Arianny.

—Hacen una linda pareja, ¿no? Margareth no apartaba la vista de la figura de su hermano que se alejaba y se sorprendió al encontrar la boca de Señor Marriaga tan cerca de su oído. Cuando se apartó, casi podía sentir el aliento a alcohol y arrugó la nariz involuntariamente. Trató de ocultar su reacción con una sonrisa y añadió:

—Tu hermana es muy... sorprendente.

Se ajustó el sombrero con delicadeza. «Nuestra familia es muy talentosa en ese aspecto».

En retrospectiva, Margareth se dijo a sí misma que ese fue el momento en que Anthony Marriaga fue tachado de la lista de sus posibles pretendientes, aunque la verdad es que podría haber sido cualquiera de los comentarios que hizo en los diez minutos que conversaron. Opinó sobre el corte del vestido de cada mujer que pasó, quién tenía muy poco busto o demasiada cintura, y criticó todo lo que las rodeaba, desde las decoraciones hasta la comida. Tenía más positividad para los hombres y se regocijó mucho por la increíble puntería de Señor Ascot y la fantástica fortuna de Señor Wilson.

—¿Terminó? —Margareth se acercó un poco más al hombre para silbar en voz baja:

—Su marido murió.

Suspiró, pero la tristeza que se sentía no era para Rosemary.

—Y se llevó toda su belleza, diría yo. Mira qué tez tan cetrina tiene, qué hundidas sus mejillas... El negro tampoco le favorece. No deberíamos permitir que las mujeres bonitas se lamenten; es demasiado desagradable para el resto».

Margareth estaba demasiado furiosa para hablar. Su boca se abría y cerraba como la de un pez, pero ni siquiera sabía qué decir si pudiera.

—Aun así —continuó Señor Marriaga, deslizando la mirada hacia un lado para escrutar su vestido—, supongo que todavía luce mucho mejor que algunas.

Ella se alejó.

Lágrimas furiosas le lamieron los ojos; en parte se sentía ofendida por el insulto y en parte se molestaba por sentirse ofendida por el insulto. Se unió a su prima, enlazó sus brazos con los de esta y su tía, y rápidamente las escoltó fuera del campo de visión de Señor Marriaga.

El resto de la velada transcurrió en un torbellino de rabia y tristeza. Cuando sus hermanos le preguntaron por Señor Marriaga, les dijo que lo borraran de la lista. Echaron un vistazo a su atuendo y no insistieron. Ni siquiera Fidel se burló de ella, probablemente marcado por sus propias interacciones con un Marriaga, y ella no sintió la necesidad de extenderse en las cosas desagradables que había dicho el hombre patán.

Pronto, pero no lo suficientemente pronto para Margareth, se subieron al carruaje de camino a casa. Mientras entraban, Antonio le ofreció a Margareth su brazo para ayudarla a subir las escaleras. Su ira había sido tan abrumadora que Margareth casi había olvidado la invitación de Enrique, pero todo volvió a ella en un momento y se encontró dudando y sonrojándose en el vestíbulo. Estaba agradecida de que las sombras ocultaran sus mejillas.

—Uh... Apartó la mirada de su hermano y respondió:

—Gracias, sí, pero seguiré mi propio camino. Quiero recoger un... —Eh... un libro. —Le sonrió —. Del salón.

Su ceño estaba ligeramente fruncido, pero asintió con la cabeza. —Está bien. Nos vemos por la mañana, Margareth». Subió las escaleras a toda prisa, ansioso por irse a la cama, y tan pronto como estuvo fuera de su vista, Margareth se dirigió a las dependencias de los sirvientes. Llamó suavemente a la puerta antes de entrar y cerrarla con firmeza. La vela que sostenía no temblaba, iluminando la habitación con su resplandor constante. Se dio la vuelta y vio a Enrique pasándose una mano por la cara.

—Oh, te he despertado. —Por alguna razón, esa posibilidad nunca se le había ocurrido y sintió cómo la vergüenza le ardía en las mejillas. Se dio la vuelta para irse—. —Lo siento, me voy.

—¡No, espera! —Se incorporó en la cama—. Te viniste.

Al mirar hacia atrás, vio que su sonrisa denotaba sorpresa. «Tú me lo pediste». La respuesta fue tranquila, casi un susurro, y ella no estaba segura de si él la había escuchado. No estaba segura de querer que lo hiciera.

Con una mano se apartó el pelo rubio de los ojos y con la otra se posó distraídamente sobre su pierna herida. —¿Cómo estuvo tu velada?

La expresión de Margareth se ensombreció al instante, su delicada frente se frunció mientras exhalaba un suspiro y casi se dirigía a la silla. Se hundió en ella de manera poco elegante, cruzando los brazos sobre el pecho.

Enrique se movió ligeramente en la cama para observarla y su sonrisa se transformó en una mueca de burla. —¿Estuvo bien, ¿no? Al oír la risa en su voz, hizo un esfuerzo por parecer menos petulante. Dejó caer las manos a los lados, jugueteó con las uñas y se negó a levantar la vista. Fidel había recuperado el sentido del humor y se reía de ella por haber ignorado dos tercios de su lista en una noche y por haber hecho que el viaje en carruaje fuera tan incómodo como ella estaba dispuesta a soportar. Ahora se negaba a darle a Enrique más motivos para reírse de ella.

Tras un largo rato, lo oyó moverse de nuevo. «Si quieres hablar de ello, estoy aquí. Y no me voy a ir a ninguna parte». Se rió entre dientes. «¡No puedo!»

Margareth finalmente levantó la vista. ¿Estaba bromeando? Sus ojos eran los más claros que había visto desde que lo conocía; estaba alerta y concentrado en ella.

Ella se puso de pie de golpe. —¡Fue una noche horrible! —exclamó, caminando de un lado a otro al pie de la cama—. ¿Por qué yo...? Se sorprendió a sí misma en medio de la palabra—. ¡La gente tiene que ser tan grosera! —Una vez que empezó, no pudo detenerse—. ¿Es tan difícil ser amable? ¿O al menos amable pasajeramente? Sé que no soy perfecta, pero hago todo lo posible por tratar a los demás con cortesía. Eso es todo lo que busco: ¡amabilidad recíproca! ¿Por qué es tan difícil encontrarla? —Se giró para mirar a Enrique, agitando los brazos y clavándole la mirada.

En su defensa, no parecía ni alarmado ni divertido. Se llevaba la mano a la barbilla, rozando la barba que le había salido, y tenía el ceño fruncido. «Me temo que no puedo responder a eso», dijo finalmente. «Todas las personas que he conocido —o, mejor dicho, todas las que recuerdo haber conocido— han sido extraordinariamente amables conmigo». Ella se resistió a su suave sonrisa. —Oh, lo siento. Aquí estoy, quejándome cuando ni siquiera puedes... —No creía que fuera necesario recordarle sus propios problemas, así que cerró la mandíbula de golpe con un chasquido de dientes. Acercándose más, apoyó las manos en el marco de la cama—. ¿Has recordado algo?

Él negó con la cabeza ante su disculpa y luego ante su pregunta. «Desafortunadamente, no. El médico volvió esta tarde para hacerme un nuevo reconocimiento. Dijo que mi pierna y mis costillas están bien y que puede llevar algún tiempo recuperar la memoria». Margareth se acercó un poco más a la cama y apoyó la mano sobre la de él. —Lo siento. Debe de ser decepcionante oír eso.

El calor irradiaba por su piel y se dio cuenta de que su mano estaba prácticamente sobre su muslo. Hizo ademán de apartarse, pero él giró la palma de la mano para agarrar sus dedos entre los suyos.

—Creo que los agentes estaban más decepcionados que yo. Vinieron esta tarde también, pero sin ninguna información».

Margareth apenas lo escuchó, su mente estaba concentrada en la forma en que su mano se sentía en la de él.

—Espero que después de todo esto resulte ser un hombre adinerado —continuó—, de lo contrario no tendré forma de corresponder a la bondad que me ha demostrado su familia. Ella

hizo una mueca ante eso, pero él la interrumpió. —No, después de escuchar su enfado por la falta de «bondad recíproca» en el mundo, nunca pensaría en no expresar mi gratitud a su familia.

Eso le valió una suave risa, y ella sonrió cuando preguntó: «¿Qué más esperas ser?». Él consideró su pregunta. «No estoy seguro. Una parte de mí no quiere formarse una imagen demasiado fuerte; podría decepcionarme cuando recuerde mi verdadero yo». Estaba mirando hacia la puerta, pero su atención estaba en otro sitio. «Espero... Espero que me guste cómo sea que pase mis días. Y que tenga una familia numerosa, como la tuya».

Margareth sonrió y dijo:

—No desees tener hermanos como los míos. ¡Quizás prefieras la amnesia!

Enrique soltó una risita de sorpresa y apretó su mano. Ella movió la otra mano para tapar un bostezo y él la soltó, señalando hacia la puerta:

—Deberías irte a la cama. Debes estar exhausta».

De pronto, notó que su mano estaba demasiado fría, así que la apretó hasta formar un puño para intentar conservar el calor. —Tú también deberías estarlo, pero pareces más despierto de lo que te he visto en estos últimos cuatro días —comentó, y el hombre se encogió de hombros. —No he tomado gotas para el dolor desde primera hora de la tarde.

—¡Oh! ¿Por qué no? —Los buscó por toda la habitación—.

—¡Deberías llevártelos!

—Lo haré. Sacó el pequeño frasco de debajo de la almohada y se lo mostró para que ella pudiera verlo. Ella se detuvo de repente y lo miró confundida. No quería dormir durante tu visita.

Margareth se dio cuenta de que se le ponían las mejillas coloradas y simplemente asintió con la cabeza. «Buenas noches, Enrique». «Buenas noches, Margareth».

El calor de su rostro se extendió hasta su pecho al oír su nombre y abrió la puerta tan silenciosamente como pudo. Se detuvo de espaldas a él mientras él continuaba:

—No estoy segura de lo que te dijeron esta noche ni de quién fue cruel contigo, pero si te insultaron por tu apariencia, mintieron. Si usaron una palabra que no fuera «hermosa», mintieron».

Ella todavía estaba sonriendo cuando salió de la habitación, pero en el momento en que entró en el vestíbulo se detuvo y dejó escapar un chillido alarmado hacia la figura oscura que estaba sentada en las escaleras.

Capitulo 9

La sombra se puso de pie y Margareth dejó escapar un suspiro de alivio al reconocer a su hermano mayor:

—¡Oh, Simón! ¡Me has asustado! —dijo ella riendo levemente al final.

Antonio no parecía muy divertido. La luz de la luna que brillaba a través de las ventanas del vestíbulo iluminaba la mitad de su rostro, mostrando una ceja fruncida y la inclinación decidida de su boca hacia abajo. Su sonrisa también se desvaneció en respuesta. Sin decir una palabra, le hizo un gesto con la mano para que lo siguiera, se dio la vuelta y subió las escaleras con determinación.

Se le secó la boca y no pudo evitar mirar hacia la habitación de Enrique. ¿Antonio la había visto salir? Volvió a mirar a su hermano y lo encontró parado en lo alto de las escaleras observándola:

—Ahora, Margareth. El tono era tan poco natural para Antonio que ella prácticamente corrió tras él. Caminaron en silencio hasta su oficina, donde él abrió la puerta y la dejó entreabierta para que ella pudiera entrar primero. Había una vela parpadeante sobre el escritorio, la cera goteaba constantemente sobre el candelabro, y ella fijó su mirada en ella mientras se sentaba. Antonio cerró la puerta con fuerza y ella se estremeció. No habló hasta que estuvo detrás del escritorio.

—Margareth —la interrumpió él, pero las palabras se le escaparon de la boca antes de que pudiera detenerse. —¡Simón, no es lo que piensas!

No le sentó bien. Apretó con fuerza las manos sobre los brazos de la silla, la piel alrededor de los nudillos se puso blanca y hizo un evidente esfuerzo por controlar su voz cuando habló:

—Creo que acabo de ver a mi hermana soltera salir a escondidas de la habitación de un desconocido a las tres de la mañana. Miró el reloj que había sobre la repisa de la chimenea. Sus cejas estaban tan arqueadas que se perdían en su pelo. —¿Qué parte estoy pasando por alto?

—Pero yo no... Yo nunca... —Lo miró, con el labio inferior ligeramente tembloroso—. ¡Simón! Se suavizó un poco, pero la mirada de sus ojos era de hierro. —Lo sé, Margareth, pero las mujeres jóvenes se han arruinado por mucho menos. Se pasó una mano por el pelo, despeinando sus rizos, y preguntó:

—¿Cuántas veces lo has visitado?

Margareth cerró los ojos y se le llenaron de lágrimas. Nunca lo había visto tan decepcionado con ella. —Es la única vez —sus palabras eran tranquilas, pero no estaba segura de que no se convertirían en sollozos si alzaba la voz—, aparte de leer por las tardes.

Él asintió. «Tal vez eso debería terminar por el momento». Ella levantó la cabeza bruscamente y lo miró con los ojos muy abiertos. «¿Qué?»

«Es mi responsabilidad asegurarme de que no te pongan en ninguna situación comprometedora y, en mi opinión, leer solo a un extraño es justamente eso».

Ella se puso de pie rápidamente. «¡No! ¡No es tu responsabilidad, Antonio, es mía!». Él la imitó, apoyando las manos contra el escritorio. —Tal vez, pero ahora mismo no puedo confiarte esa

responsabilidad. —Se alejó de ella rápidamente, moviendo las manos para sostener su cabeza. Le habló de espaldas: Nunca he intentado ser tu padre, Margareth. Nuestros padres hicieron un buen trabajo en eso, pero yo soy tu tutor. Según la ley, eres mi responsabilidad y estás bajo mi protección. —Se dio la vuelta lentamente, apoyándose contra la pared—. Y no te fallaré.

La ira de Margareth se atenuó al ver el dolor reflejado en sus ojos y se acercó a él, rodeándole la cintura con los brazos. Él le devolvió el abrazo con un profundo suspiro. Tras un momento, ella se apartó:

—No me has fallado, pero tienes razón, me he fallado a mí misma. Una lágrima solitaria se desprendió y corrió por su mejilla, pero la secó con el dorso de la mano.—No volverá a suceder, sí, te lo prometo. Pero, por favor, no me prohíbas leer con Enrique; ese momento es... —No sabía cómo decir que era la mejor parte de su día sin decir eso.

Él le puso una mano en la cabeza; toda la ira había desaparecido de sus ojos. En su lugar, vio preocupación. «Tu apego hacia él me preocupa», comentó en voz baja.

Ella se apartó bruscamente, notando un ligero rubor en las mejillas. «No estoy apegada a nadie», respondió ella, ignorando su negativa. «No sabemos quién es, Margareth».

Ella le dio la espalda, se acercó a su escritorio y jugueteó con las tapas de los frascos de tinta. «Habla como si fuera un noble». Su hermano había perdido la energía para discutir. «Solo ten cuidado, hermana mía. Y no más visitas después del anochecer». Ella asintió y le dedicó una ligera sonrisa. Cuando se fue, él se hundió en la silla y echó un vistazo al retrato de sus padres que colgaba en la pared.

«¿Hice lo correcto?»

Como de costumbre, no recibió respuesta.

Tras una noche agitada y sin respuestas, Antonio encontró a Vinicius en la biblioteca temprano a la mañana siguiente:

—Buenos días, Vin. Necesito tu ayuda un momento, si no estás demasiado ocupado».

Su hermano negó con la cabeza y dejó el libro que estaba leyendo. Simón siguió hasta las dependencias de los sirvientes y entró en la habitación de Enrique. Si Vinicius estaba sorprendido o confundido, no lo demostró.

El herido ya estaba despierto. «Buenos días», dijo con un tono de voz que delataba su sorpresa. Los hermanos Hugen habían decidido ir a verlo todos los días, pero rara vez se quedaban y nunca iban en grupos. Y Simón nunca frunció el ceño.

—¿Cuáles son tus intenciones con nuestra hermana?

Vinicius abrió mucho los ojos y miró a Antonio con sorpresa. Enrique, en cambio, parecía confundido y bajó la mirada hacia el otro lado de la cama.

—Se refiere a su otra hermana —dijo el comentario irónico antes de que la cabeza lo hiciera, y Phil apareció de repente cuando ella se levantó del suelo. Sonrió a modo de saludo a sus hermanos antes de volver su atención a Enrique.

—Se refiere a Margareth.

Como era habitual en Phil, Antonio no sabía si enfadarse o divertirse. Sin embargo, se inclinó

por la apreciación al ver cómo el color desaparecía del rostro de Enrique con satisfacción.

—Oh —dijo el hombre, tragando saliva con dificultad—, esa hermana. Respiró profundamente para fortalecerse, hizo una mueca de dolor al notar que le tiraba de las costillas heridas y luego le devolvió la mirada a Antonio con calma. Lady Margareth es encantadora. —Observó que Antonio tomaba aire para interrumpirlo, así que continuó rápidamente—. Pero no sé quién soy. Ni mi posición, ni mi profesión, ni mi familia. No estoy en posición de hacer promesas ni de tener intenciones.

Enrique sabía que esta conversación sería incómoda; que, si se llevara a cabo en cualquier otra circunstancia, sería como si Antonio lo hubiera llamado la atención, pero no lo sintió así. A pesar del tono de Antonio, se sintió como un recordatorio amistoso de que todo lo que estaba comenzando a codiciar podría estar más lejos de su alcance de lo que podía imaginar.

Antonio parecía satisfecho con su respuesta y asintió con la cabeza cuando se oyó un fuerte golpe en la puerta principal. Vinicius asintió a los dos hombres y luego se volvió para investigar. Era demasiado temprano por la mañana para recibir visitas y el personal todavía estaba preparando la casa, así que no se sorprendió al no encontrar ni al señor Gilberto ni a un lacayo en el vestíbulo. Los golpes se oyeron de nuevo justo cuando llegó a la puerta. La abrió con el ceño fruncido, pues el hombre que estaba afuera estaba enmarcado por la luz de la mañana y Vinicius entrecerró aún más los ojos. Para su propia comodidad, dio un paso atrás hacia el vestíbulo y abrió el brazo para invitar al hombre a entrar. Lo hizo, luciendo sorprendentemente a gusto por ser un desconocido. Y cuando Vinicius lo evaluó, confirmó que, en efecto, era un desconocido. Su piel oscura y bronceada se extendía sobre un cuerpo delgado y Vinicius pensó que tal vez eran de la misma altura. En esta casa, en comparación con sus hermanos, eso significaba que eran bajos. Sus botas de montar estaban muy gastadas, pero sus pantalones y camisa estaban limpios y no llevaba abrigo, solo un chaleco bordado. Vinicius supuso que era un noble y que posiblemente vivía o se alojaba cerca. Cuando su mirada se elevó hacia el rostro del hombre, apenas unos segundos después de que este entrara, Vinicius se dio cuenta de tres cosas. En primer lugar, se dio cuenta de que los ojos de ese extraño eran los más oscuros que había visto nunca: casi completamente negros. En segundo lugar, mientras lo evaluaba, él también lo estaba haciendo con él. Y, en tercer lugar, ambos habían llegado a la misma conclusión al mismo tiempo, con la mirada fija.

Vinicius sintió que la vergüenza aumentaba y rompió el contacto visual de inmediato con una tos incómoda.

—No has dicho nada —dijo el hombre, mirándolo ahora con curiosidad por la extraña declaración y el curioso tono en que había sido pronunciada.

El hombre continuó:

—Frotándome la barba oscura que me cubre la mandíbula, dijo con voz baja. «O eres un mayordomo muy inadecuado o un anfitrión muy malo». Vinicius puso los ojos en blanco. Solo cuando sonrió se dio cuenta de lo sombría que había sido su expresión. El rostro del otro hombre se iluminó en respuesta.

—Eso está mejor —dijo Vinicius, pero no sabía qué decir ante eso, y rara vez sabía qué decir ante algo. Justo cuando empezaba a pensar en la mejor manera de formular una pregunta sobre la identidad de ese hombre, Antonio y Phil salieron de las dependencias de los sirvientes.

Al instante, Antonio pareció confundido. «Hola. ¿Quién eres?» Su hermano menor dejó escapar un pequeño suspiro y dejó que la puerta que sostenía se cerrara mientras el extraño se giraba para mirar al que hablaba. Phil lo miró de forma extraña, pero no se movió del lado de Antonio.

El hombre hizo una mueca ante su tono, otra emoción que Vinicius no supo interpretar, y volvió a ser el turno de Antonio de suspirar.

«Perdone mi brusquedad, pero es demasiado temprano para una visita social inesperada de un extraño».

—Ah —dijo el hombre, levantando un dedo y girando ligeramente el cuerpo para quedar frente a los dos hermanos—. Pero esta no es una visita social. Son negocios. Antonio arqueó una ceja, pero el hombre se volvió hacia Vinicius. —¿Puedes hablar?

Su hermano lo interrumpió:

—Ése es mi hermano Vinicius y yo soy Antonio Hugen. ¿Quiénes son ustedes y por qué están aquí?

Vinicius volvió a mirar al hombre, buscando alguna señal que explicara su visita. No llevaba bolso ni bolsillos aparentes y sus manos estaban vacías, salvo por el anillo que llevaba en el dedo meñique de una mano. Antes de poder contenerse, Vinicius dio un paso adelante.—Él... Él... Miró hacia arriba, buscando a su hermano, pero lo suficientemente cerca del extraño como para verlo solo a él y sus ojos incoloros. Tu anillo de sello es una «J».

El hombre parecía extrañamente feliz de que Vinicius hubiera hablado. «En realidad, es una "T"». Le tendió la mano a Vinicius. —Mi nombre es Jack Thorne y creo que tienes algo que me pertenece —le dijo, y con el rabillo del ojo, Vinicius vio que Antonio le susurraba algo a Phil antes de que la niña saliera corriendo escaleras arriba.

Tomó la mano de Jack, dándole un apretón firme, y luego la retiró rápidamente.

—El... Cuando... —El hombre lo observó con una mirada extraña, pero afortunadamente no dijo nada sobre las palabras que había balbuceado—. ¿Cómo se enteró del anillo?

Era difícil de decir debido a su tez oscura, pero Vinicius pensó que tal vez el hombre se sonrojó. En ese momento, Margareth apareció en lo alto de las escaleras, bajando con entusiasmo.

-Phil dice que hay novedades sobre Enrique? -De pronto se dio cuenta del extraño y se detuvo. Ladeó la cabeza ligeramente, como si intentara identificar un rostro. Jack le hizo una pequeña reverencia. "Lady Margareth". Ella se sobresaltó sorprendida: "¿Nos han presentado?" De nuevo, parecía un poco más sonrosado de lo que Vinicius hubiera esperado. "Uh, no exactamente..." Su sonrisa se tornó irónica. "Puede que haya escuchado algunas cosas en el baile de anoche". Margareth estudió al extraño hombre más de cerca. Sus rasgos oscuros eran inusuales en ese lugar tan al norte y, si lo hubiera visto, seguramente debería haberlo hecho... jadeó. -Estabas escuchando a escondidas nuestra conversación con Señor Lopez. -Fue su turno de sonrojarse. Jack se encogió de hombros levemente. -No diría eso; simplemente estaba... escuchando. -Se inclinó hacia delante y bajó el tono para que sólo ella pudiera oír-. Lopez habría estado mucho mejor contigo que con esa arrogante señorita Figueroa. Margareth soltó una risa sobresaltada y luego se tapó la boca con la mano para contener la risa. Sus hermanos estaban preocupados, pero ella sonrió y asintió con la cabeza al extraño hombre. "Gracias, eh..." "El señor Jack Thorne." "Gracias, Señor Thorne. -Escuchó pasos en las escaleras detrás de ella, pero no se giró, sino que

preguntó-: Por casualidad, ¿has perdido a alguien? Por primera vez desde que había entrado, Jack parecía inseguro. Miró a Vinicius, pero el hombre estaba observando todo lo que sucedía con bastante calma. "Uhh, ¿no?" Antonio tosió levemente, atrayendo la atención de todo el vestíbulo. "Ahora que estamos todos aquí, tal vez deberíamos ir a hablar con Enrique."

El paciente seguía sentado en la cama y miró hacia arriba con curiosidad mientras entraban en la habitación uno por uno. En realidad, la habitación no estaba diseñada para albergar a tanta gente, pero Phil se subió a la cama, teniendo cuidado con la pierna de Enrique, y se colocó a su lado. El pecho de Margareth se calentó al verlo apartar un brazo y colocarlo detrás de ella, listo para atraparla si se arriesgaba a caerse de la cama. Lo hizo sin apartar la vista de los adultos. Su última mirada se posó en Margareth, pero cuando hicieron contacto visual, ambos apartaron la mirada a toda prisa.

Sabiamente, Juan se dirigió a Simón: «¿Ha sucedido algo?».

La única persona que parecía más confundida que él era Jack, quien estaba más cerca de la puerta, como si quisiera escapar fácilmente.

El hermano mayor de Margareth sonrió con aire reconfortante. «No es así. ¿Podríamos volver a ver tu anillo, Enrique?» Con un brazo detrás de Phil, Enrique se encogió de hombros y le ofreció la otra mano a la chica para que pudiera sacar el anillo. Una vez que ella lo tuvo en la mano, lo examinó rápidamente y luego se lo ofreció a Jack:

—¿Es igual que el tuyo?

Enrique la vio entregárselo con los ojos muy abiertos. Jack tardó solo unos instantes en confirmar que así era. Miró a Enrique con curiosidad y desconfianza. «¿De dónde lo sacaste?» Su voz tenía un dejo de acusación que hizo que Enrique se erizara. «¿Dónde conseguiste el tuyo?»

—¡Yo te lo pregunté primero! Jack tenía ahora una expresión juguetona y su respuesta infantil hizo que Phil pusiera los ojos en blanco. De hecho, ninguno de los hermanos Hugen estaba particularmente impresionado. Jack enarcó las cejas y murmuró algo sobre la «falta de sentido del humor». —Disculpas —dijo finalmente, devolviéndole el anillo a Enrique a través de Phil como un gesto de buena voluntad—. El anillo lleva el símbolo de la finca Thorne, de la que mi padre es duque. Fíjate en las púas que sobresalen de la inscripción; son espinas. El diseñador pensó que era gracioso, pero el anillo no es una J, sino una T.

Margareth se acercó un poco más y se inclinó hacia Enrique para examinar el anillo ella misma. —¡No es una «J», es una «T»! —exclamó Enrique, inclinándose para mirarla y sonriendo a pesar de sí mismo. «¿Eso significa que debemos cambiar mi nombre?» Su sonrisa respondió antes de que pudiera hacerlo, pero luego recordó a los demás en la habitación y se alejó rápidamente.

Jack seguía confundido. «Entonces —dijo después de una larga pausa—, ¿de dónde sacaste el anillo?». Enrique se rió entre dientes, envolviendo su mano alrededor del anillo, aunque no hizo ningún movimiento para volver a ponérselo. «Me temo que no lo sé».

Homero les contó rápidamente cómo habían descubierto a Enrique y luego Jack los encontró a todos mirándolo expectantes.

—¿Sabes cómo alguien pudo haber llegado a tener en su poder el anillo de tu familia? —preguntó Phil, con una mirada seria y serena.

La mayoría de la gente subestimaba a Phil, o al menos no le tomaba en serio, pero Jack la miró fijamente a los ojos y suspiró. Luego se dejó caer en la cama, junto a ella, y cruzó los brazos sobre el pecho. Enrique se estremeció de sorpresa y se apresuró a acercarse para dejarle espacio al hombre.

«¿Amas a tus padres, pequeño?». La sala se quedó quieta, pero Jack no se dio cuenta. O, al menos, no lo hizo. Phil frunció el ceño ante el apodo. «Sí, pero están muertos», asintió con la cabeza, mostrando una sabiduría que no dejaba lugar a dudas de que no se sentía apenado. «Mi madre también está muerta. Mi padre, sin embargo, está vivo. Pero no le tengo mucho afecto».

«¿Lo odias?»

«A veces».

Phil asimiló eso con un triste asentimiento.

El resto de la sala observó con gran atención y no poca confusión cómo se desarrollaba toda esta conversación.

—Otra pregunta, pequeña. Jack cruzó una pierna sobre la otra y las unió por las rodillas, la viva imagen de la indiferencia.

—¿Sabes lo que es un bastardo?

Hubo reacciones muy diversas detrás de ellos. Margareth se quedó boquiabierta, Fidel comenzó a reír, Enrique curvó la mano en señal de protección y Homero dio un paso adelante con los puños apretados a los costados. Vinicius y Antonio negaron con la cabeza en dirección a Jack y Phil, respectivamente. Ninguno estaba particularmente preocupado, solo resignado.

Phil lanzó a sus parientes una mirada de desdén y respondió:

—Sí, un niño nacido de padres solteros.

—Mmm —dijo Jack sacudiendo suavemente la cabeza—, ojalá siempre fuera así. Tienes razón en que los padres no están casados entre sí, pero eso no significa que no lo estén con otra persona.

Por primera vez, la chica se tomó un momento para procesar las cosas. Se quedó mirando las sábanas, pensando en lo que había dicho, y luego a Jack, a Enrique y, por último, al anillo que Jack llevaba en el dedo. «Entonces, ¿mientras tu padre estaba casado con tu madre, tuvo un hijo con otra mujer?». El hombre se inclinó hacia delante con aire conspirador. «Muchos niños». Ella frunció el ceño. «No es muy agradable».

«Por eso no me gusta», asintió Phil, entendiendo. «¿Podría ser Enrique tu hermano?»

Todos, con excepción de Vinicius, que también había comenzado a considerar la posibilidad, se estremecieron de sorpresa.

Jack hinchó el pecho, intentando parecer tan ancho como Enrique. «¿Nos parecemos?» Ella los miró de reojo antes de fijar su mirada escéptica en él. «¿Ya eres adulto?»

6Fidel soltó una carcajada detrás de ellos.

«Desafortunadamente, sí», negó ella con la cabeza. —Esa es mi suposición también. Al concluir su conversación, Jack se dio una palmada en los muslos y se puso de pie con un gruñido, volviéndose hacia los demás con solo una pizca de cautela en sus ojos. Así respondió a la

pregunta de si era consciente de que estaba abordando temas inapropiados con una niña de 8 años. Nadie lo atacó, así que continuó:

—Mi padre tiene la costumbre de dejar a sus... —Esta vez obedeció la mirada aguda de Antonio —... con anillos de sello. No para reclamar a los niños, entiendes, sino solo para... —El asco se le dibujó en el rostro—. Para marcar su territorio. Se burló de su propio anillo, pero no se lo quitó.

—Pero ¿no crees que sea posible que yo sea uno de esos niños? ¿No podría parecerme a mi madre? Margareth ansiaba poner una mano sobre el hombro de Enrique para consolarlo, pero no se atrevió. En cambio, Jack se acercó a Phil y le dio una palmada en el brazo. —Lo dudo, viejo. Todos los hijos bastardos que he conocido se parecen mucho a... —Antonio tosió de nuevo—. Mi padre. La piel más oscura, los ojos oscuros, el pelo oscuro.

—¿Por qué...? —Todos se giraron para esperar a Vinicius—. ¿Conociste a tus medios hermanos?

Jack asintió. —Todos los que he podido encontrar. —Se encogió de hombros—. No hicieron nada para merecer a ese hombre como padre que yo. No puedo reprochárselo. Con un guiño, se volvió hacia los demás. Además, ¿quién crees que es mayor entre nosotros dos?

Todos miraron a Enrique y a Jack, notando las arrugas adicionales alrededor de los ojos del primero y la madurez siempre presente. La madurez de Jack parecía fluctuar.

—Juan —respondió rotunda.

—Nunca he conocido a ningún otro niño que no fuera más joven que yo —respondió Antonio pensativo. «Él estableció a su heredero primero».

La sonrisa de Jack volvió a aparecer. «Y una de repuesto; yo soy la de repuesto». Su sonrisa se desvaneció de repente. «Pero dudo que fuera algo que me restringiera o que fuera sabroso».

Parecía que Phil estaba a punto de hacer preguntas cuando Antonio juntó las manos. «Creo que ya hemos agotado a Enrique lo suficiente por esta mañana. Dejémoslo descansar un rato». Fijó la mirada en Enrique, que asintió con la cabeza para indicar que comprendía. —Uh, Phil, ¿podrías hacerme un favor y traerme un libro de la biblioteca? Cualquiera de tus favoritos servirá. Necesito algo que hacer mientras descanso».

Distraído, Phil salió corriendo de la habitación, escabulléndose entre las piernas de los adultos. Cuando ella se fue, se volvió hacia Jack. «Si no soy el hijo de tu padre, ¿por qué tendría uno de sus anillos?» El joven meneó la cabeza en señal de disculpa. —Me temo que no sé más que tú. Preguntaré por ahí y veré qué puedo averiguar. ¿Quizás conozcas a alguno de ellos?». Enrique asintió y le tendió el anillo, pero Jack se negó. «Gracias, pero el que tengo ya es uno de más».

Todos se fueron antes de que Phil regresara y se reunieron en la puerta principal. Jack miró a Homero y a Fidel, y Antonio hizo las presentaciones que se habían perdido en la emoción anterior.

Jack observó a Fidel con atención. «Creo que ya nos conocemos», reconoció el hermano menor. «Ah, sí, en el club», respondió.

—Bueno —dijo, volviéndose hacia cada uno de ellos y asintiendo levemente con la cabeza—, ha sido un placer inesperado con un misterio muy intrigante. —Miró a Margareth por última vez, tomó su mano y le dio un beso. Ella se rió y sus hermanos pusieron los ojos en blanco. —Muchas gracias, lady Margareth. ¿Puedo ir a almorzar la semana que viene? —preguntó.

La pregunta de Margareth tomó a este por sorpresa y le invadió un temor repentino de que estuviera coqueteando con ella. El hombre era guapo, sin duda, pero le resultaba demasiado... inusual... para su gusto. Tragó saliva y sonrió lo mejor que pudo. —Uh, por supuesto. Seguro que se puede... —Se puede arreglar.

—¡Excelente! —Abrió la puerta él mismo, para gran confusión del lacayo que ahora estaba allí —. La puerta se cerró bruscamente, dejando a los hermanos Hugen adultos de pie en el vestíbulo con una mezcla de expresiones que incluían incomodidad, confusión y diversión irónica.

—Entonces —dijo Fidel con una sonrisa hacia Margareth—, ¿lo agregamos a tu lista?

Capitulo 10

La visita de Jack generó más preguntas que respuestas y los hermanos Hugen parecieron dispersarse por toda la casa para procesarlas. La mañana de Margareth transcurrió como un borrón hasta que se sentó a la mesa del comedor, tratando de comer su almuerzo e ignorar las mariposas en su estómago. Cada bocado de sopa era una batalla contra sí misma. Cuando logró llevarse la cuchara a los labios por tercera vez, la comida estaba fría, así que la bajó a la mesa con un suspiro.

—Se aseguró a sí misma que solo estaba nerviosa por volver a ver a Enrique después de su conversación con Antonio en las primeras horas de la mañana. Si su hermano pensaba que sus visitas diarias eran una equivocación, ¡entonces era justo que estuviera preocupada! ¿En qué estaban pensando sus otros hermanos? ¿En el personal? ¿Y Enrique? Ignoró el rubor que se apoderó de sus mejillas y se levantó. Le pidió a la criada de la cocina que le transmitiera sus disculpas al cocinero y salió al pasillo, decidida a mostrar en el exterior lo que estaba pensando en ese momento; eso estaba bien.

La puerta de la habitación de Enrique ya estaba entreabierta, pero ella llamó con suavidad y metió la cabeza. Tuvo que contener una risita tapándose la boca con una mano cuando vio a Enrique sentado en la cama, con un libro en alto mientras leía y la cabeza de su hermana dormida apoyada sobre su mano. Su pierna herida ocupaba la mitad de la cama, con una barricada de almohadas en medio, y el resto parecía pertenecer mayoritariamente a Phil. Ella estaba enredada en sus sábanas, boca abajo con la cabeza apoyada en su pecho. Y Enrique le acariciaba el cabello.

Él levantó la vista al oírla y su sonrisa instantánea hizo que ella también sonriera antes de que pudiera evitarlo. Sus miradas se cruzaron y se sostuvieron, sin que ninguno de los dos pudiera apartar la vista. Margareth recordó una vez más lo guapo que era.

Phil resopló mientras dormía, retorciéndose ligeramente, pero la distracción fue suficiente.

Enrique tosió suavemente y miró a la niña. «Creo que he aprendido algo más sobre mí mismo».

Margareth observó el suelo con atención mientras entraba en la habitación y se sentaba deliberadamente en el sillón. «¿Ah, sí?»

—Sí —su tono era tan suave que ella tuvo que levantar la vista—. Le estaba sonriendo a su hermana. Creo que me llevo bien con los niños.

Margareth se negó a ponerle nombre a los cosquilleos que sentía en el estómago. —Phil no es precisamente un niño normal —dijo Enrique con una sonrisa. «Me he dado cuenta. Pero aun así ya somos buenos amigos», señaló con la cabeza, cómo estaba acostada sobre su cama.

—Tal como somos —dijo antes de poder detenerse, sin saber si quería abordar esa conversación o no. Bajó la barbilla casi de inmediato y se concentró en sus manos, pero la miró de reojo. La mano que se movía se congeló y dejó el libro sobre la cama.

—Por supuesto.

El momento se prolongó incómodamente hasta que ambos hablaron a la vez:

—Simón señaló...

—Tu hermano crió...

Ambos se detuvieron de golpe y Enrique soltó una carcajada, apartándose el pelo de la cara con una mano. «Supongo que Antonio nos dio a ambos versiones diferentes del mismo sermón».

La sonrisa de Margareth parecía forzada y frágil. No estaba segura de cómo se sentía respecto a que Antonio hablara con Enrique. «¿Qué te dijo?», preguntó en voz muy baja.

Enrique esperó un momento, escuchando el subir y bajar de los pulmones de su hijo en su regazo, para confirmar que la niña seguía dormida. «Me recordó que no estoy en posición de hacer promesas. ¿Y a ti?» Su mirada volvió a caer sobre su regazo, pero logró mantener la curva de sus labios en su lugar. —Dijo que mi reputación es su responsabilidad. —Hizo una pausa y puso los ojos en blanco—. Pero se equivoca, es mía. No puedo ponerme en situaciones comprometedoras, no importa cuán bien intencionadas sean, si quiero una pareja como la que tuvieron mis padres.

Enrique permaneció en silencio durante un largo rato, pero Margareth no pudo levantar la vista. Había una tensión entre ellos que no había existido la noche anterior y que le hacía querer retorcerse en el lugar donde estaba sentada. Solo años de entrenamiento en conducta la mantenían quieta y erguida en su silla.

—¿Qué les pasó? Me refiero a tus padres. Phil mencionó esta mañana que habían muerto en un accidente de carruaje».

Margareth levantó la vista para comprobar que su hermana pequeña seguía durmiendo, pero su mirada se posó en la bondad de los ojos de Enrique. —Fue un accidente de carruaje. Cerró los ojos suavemente y su sonrisa adquirió un matiz ligeramente amargo. O, mejor dicho, eso es lo que me dijeron mis hermanos. Supongo que es lo más sincero que podían decir. Se dirigían a casa una noche, en su carruaje, cuando fueron atacados por unionistas. Nadie sabe exactamente cómo comenzó el incendio, pero cuando alguien se dio cuenta ya era demasiado tarde.

Enrique suspiró. —Lo siento. Esperó a que ella tomara aire para tranquilizarse y abrió los ojos.

—Si nunca te lo dijeron, ¿cómo te enteraste?

Su sonrisa se hizo aún más triste y él se arrepintió de haber preguntado. —Pasaron solo unos meses antes de que yo cumpliera la mayoría de edad. Nos retrasamos por el período de luto, pero cuando me presentaron, todo el mundo hablaba de eso. Creo que ya había oído la historia completa, así como media docena de teorías, cuando llegué al primer baile. Hizo una pausa y se pasó una mano por la falda. Eso fue hace cuatro años y medio, ¿no? Miró a Phil con ternura. Era poco más que un bebé cuando sucedió.

Acarició nuevamente el cabello de la niña. «Una muestra del amor de tus padres».

La sonrisa de Margareth se volvió genuina por primera vez en la conversación. —¡Eso es lo que siempre he pensado! —De pronto se dio cuenta de lo inapropiado de ese comentario y tosió de manera poco elegante—. Pero basta de eso, déjame leerte. Alargó la mano para coger el libro y se sonrojó cuando se dio cuenta de que se había olvidado de traerlo. Se levantó de golpe—. Me voy... Enrique le hizo un gesto con la mano y recogió el libro que estaba sobre la cama. —Por

favor, dejemos de leer poesía náutica por un momento. Tu hermana me ha traído esta novela. Además —le sonrió y ella movió la mano automáticamente para apoyarla sobre su estómago, como para tratar de calmar las mariposas que revoloteaban en su interior—, creo que es mi turno de que me leas.

Margareth no sabía muy bien qué decir, pero asintió suavemente y se dejó hundir en el sillón para disfrutar del suave tono de la voz de Enrique mientras le leía las aventuras de la novela.

La familia Hugen siguió siendo notablemente inmune a las interrupciones que se producían cuando hombres extraños llamaban a su puerta. Unos días después, se encontraron en el almuerzo de verano de su tía Jennifer respondiendo perplejos a las preguntas de su curioso conocido. Sus parientes se comportaban un poco mejor, pero eso probablemente se debía a que ya habían obtenido toda la información que deseaban de sus visitas casi diarias. Su tía incluso había estado a punto de convencer a Margareth para que le presentara a Enrique, con la esperanza de que ella pudiera reconocerlo, pero Antonio había intervenido rápidamente y había argumentado a favor de la privacidad del hombre. Si todavía no conocían su identidad cuando se pusiera de pie, la tía Jennifer tenía permiso para presentarlo a todo el mundo.

Después de casi una hora intentando comer un sándwich de pepino entre preguntas sobre Enrique, Margareth se disculpó y fue a buscar más comida. Encontró a Fidel en la esquina con un plato de sándwiches y decidió unirse a él en lugar de regañarlo. Cuando su estómago dejó de gruñir, negó con la cabeza en dirección a la habitación y preguntó:

—¿Por qué de repente todo el mundo sabe lo de Enrique? Ni siquiera lo mencionaron en el baile de Quentin. —le robó otro sándwich a Fidel de la bandeja, mientras él la miraba con el ceño fruncido.

—Se encogió de hombros. «¡No tengo ni idea! ¿Quizás los chismes finalmente se extendieron lo suficiente? ¿O su coraje se fortalece en este entorno más íntimo?»

Margareth observó que se trataba de una reunión mucho más reducida. Quizás solo había veinte personas en la sala, ¡y su familia por sí sola representaba más de una cuarta parte de esa cantidad! —Hablando de intimidad... Margareth se quedó paralizada, sin atreverse a mirar a su hermano. ¿Se había dado cuenta Antonio? ¿Estaba a punto de abordar el tema de Enrique allí, precisamente? —Ahí viene Antonio —dijo, y Margareth notó cómo su corazón empezaba a latir con fuerza y temió que se le fuera a salir del pecho. Su hermano mayor apareció a su lado y su sonrisa la tranquilizó un poco. Era demasiado sensato como para hablar de su relación con Enrique allí. Aunque, por supuesto, no había ninguna «relación» de la que hablar...

—¿Estás listo para tu próxima presentación?

Margareth no se había dado cuenta de que había estado conteniendo la respiración hasta que suspiró y sus dos hermanos la miraron con distintos grados de preocupación. Le sonrió a Antonio con demasiada intensidad. «¡Mucho!» Y no mentía. Tras unos días de recuperación, había aceptado los dos desastres anteriores y no habían empañado su ánimo; ¡ahora solo quedaban dos candidatos que no podían competir con ella! Su entusiasmo era contagioso y Antonio le devolvió la sonrisa, enredando su brazo con el de ella.

—¡Excelente! Empezaron a caminar por la habitación con la suficiente determinación para disuadir a cualquiera de hacerles preguntas, pero sin llegar a parecer que buscaban a alguien. De hecho, con tres de los hermanos Hugen apartados de la multitud, casi toda la atención de la

habitación estaba puesta en Homero. Parecía incómodo, lo que significaba que parecía estoico, pero a gusto para cualquiera que no lo conociera bien. Vinicius, por supuesto, no estaba por ninguna parte.

—Ampliamos la lista después de lo de la otra noche. Por supuesto, fue culpa nuestra, no tuya. —Antonio no sería Antonio si no hubiera intentado consolarla—. Este es Señor William Sparrow. No tiene título, pero es de buena familia. Es el benjamín de tres hermanos. Yo estuve con él en la escuela.

Salieron de entre la multitud y encontraron a un hombre apoyado contra la pared, atento a lo que Homero estaba diciendo. Sus ojos se dirigieron a Antonio cuando los vio acercarse y se enderezó al instante.

—Hugen —dijo a modo de saludo, ofreciendo una pequeña reverencia—. Antonio le devolvió el saludo. —Sparrow, permíteme presentarte a mi hermana —dijo sucintamente, antes de desenredarse suavemente de Margareth y volverse ligeramente hacia Homero. No era del todo grosero, pero demostraba claramente que su atención estaba dividida.

Hasta ahora, Simón era el mejor en esto. No le vino mal que el hombre al que le había presentado fuera increíblemente guapo. Tenía la mandíbula firme, la nariz prominente y el pelo, que se inclinaba un poco hacia el rojo, estaba cortado en rizos cortos. Vestía colores apagados que no desentonaban y los puños de su camisa estaban ligeramente desgastados, como si trabajara con las manos; era un hombre de acción, no alguien que se alimentara de chismes y comentarios mordaces. Y estaba solo, sin ninguna novia desagradable acechando en las sombras. ¡Hasta ahora, Antonio era el mejor en esto!

—¿Cómo va su semana, lady Margareth? Su voz era rica, casi en desacuerdo con sus rasgos brillantes, pero al final de la pregunta ella quedó cautivada.

—Muy bien, gracias —respondió ella con una sonrisa, pero él continuó antes de que ella pudiera preguntarle algo a cambio.

—¿Y estás disfrutando de esta velada? —preguntó Margareth, y asintió tranquilamente. «¡Oh, mucho! Mi tía tiene mucho talento para organizar este tipo de eventos».

«En efecto, lo es, aunque estoy seguro de que uno podría decir lo mismo de usted».

Ella protestó, pero Señor Sparrow se limitó a inclinar la cabeza y a sonreír con complicidad. «Bueno, tal vez cuando te cases tendrás muchas oportunidades de practicar».

Los ojos de Margareth se posaron en él al oír la mención del matrimonio, pero se dio cuenta de que él la observaba atentamente. Una oleada de dudas la invadió. —No estás casado, ¿verdad, Señor Sparrow? ¿O estás comprometido?

Él no se rió de sus absurdas preguntas. «No, no lo estoy». Sus ojos comenzaron a brillar. «Y nunca he estado tan agradecido por ello». Margareth no tuvo que responder a ese comentario un tanto escandaloso, ya que Antonio tosió profundamente para recordarles a ella y a Señor Sparrow que seguía allí y que los estaba escuchando. Para su crédito, el hombre se sonrojó levemente, apretando los labios hasta casi desaparecer. Tras un momento para recomponerse, le sonrió suavemente:

—¿Tiene usted alguna afición, lady Margareth?

Ella le devolvió la sonrisa. «Me gusta bordar y tocar el piano». En cuanto lo dijo, deseó no haberlo dicho. ¿Qué joven de sus conocidas no podría decir lo mismo? ¡Sonaba tan... aburrida!

—¡Estoy seguro de que eres excelente en ambas cosas!

Su cumplido cayó en saco roto mientras Margareth se reprendía a sí misma: ¿de verdad era tan aburrida? Pasaba la mayor parte de sus días ocupándose de la casa y, aunque suponía que era diferente a la mayoría de las mujeres solteras de su edad, no consideraba que fuera un pasatiempo. Sin embargo, lo disfrutaba. Disfrutaba teniendo que mantener el equilibrio mental entre fechas, números y circunstancias, consultando con personas que sabían más, hasta que su casa familiar funcionó como una máquina bien engrasada. Antonio se ocupaba de las finanzas y de los inquilinos, pero todo lo demás estaba bajo su control.

—Y así es como pasaba el tiempo, aparte de con J... —dijo de repente, sacudiendo la cabeza sorprendida por sus propias palabras.

Miró a Señor Sparrow con los ojos muy abiertos, pero el hombre se limitó a asentir afablemente.

—No creo haber conocido nunca a una mujer con ese interés en particular. —Fue más una observación que un cumplido, pero Margareth resplandeció de todos modos—. ¿Tienes alguna favorita?

En realidad, lo hizo. «No recuerdo el nombre del poeta, pero me gusta el verso: "Oh, sol, arena y mar, no sé cuándo te entregué mi corazón. Algunos confunden tu majestad con crueldad, pero yo lo veo claramente como la mitad que falta en mí». Ella le sonrió feliz.

Parecía casi tan impresionado con ella como ella lo estaba consigo misma, casi como si él no hubiera esperado que ella supiera realmente nada. Eso le dolió un poco, pero lo dejó de lado.

—Eso suena muy bonito, aunque no puedo decir que entienda su significado. No soy muy dada a la poesía, me temo».

Margareth sabía lo que eso significaba. Ella y Enrique no solían hablar de la poesía que leían, pero de vez en cuando se hacía largas pausas en las que cada uno reflexionaba sobre los versos. Después de leer esas cuatro líneas, Margareth se detuvo quizá demasiado tiempo. Para ella, el autor estaba describiendo un amor tan duradero que no se podían encontrar sus orígenes: un amor por algo, alguien, que muchos no lograban comprender, pero que la completaba perfectamente. Se trataba del amor verdadero.

—En verdad, muy hermoso —dijo en voz alta.

Después de un momento, le devolvió la pregunta, preguntándose cuáles eran sus pasatiempos e intereses. Él le describió su amor por la caza, los caballos y los perros, pero le confesó que no soportaba la caza.

—¡No puedo soportar ver morir animales! —opinó ella, pensando que era una excelente opinión, ya que nunca había aprobado particularmente ese deporte. Afortunadamente, ninguno de los miembros de la familia Hugen sentía un especial apego por esa actividad.

—Creo que sería mucho mejor dejarlos en paz —dijo Margareth al oír esa palabra y sonrió. Señor William Sparrow era amable, guapo y noble. Era todo lo que ella buscaba y tenía mariposas en el estómago para demostrarlo.

Capitulo 11

Señor Sparrow visitó a Margareth a la mañana siguiente. Apareció en el salón con las mejillas sonrosadas por el esfuerzo y una elegante sonrisa en el rostro, mientras blandía un bastón tallado y un sombrero de copa muy usado en la otra mano.

—Buenos días, lady Margareth —proclamó desde la puerta, inclinándose profundamente ante ella. Por encima de su hombro, Margareth vio que el señor Gilberto le hacía un gesto con la cabeza mientras desaparecía para buscar a uno de sus hermanos. Estuvieron solos solo un segundo antes de que un lacayo entrara rápidamente en la habitación, de pie contra la pared con una expresión neutral.

Se enderezó sin saber aparentemente lo que hacían sus sirvientes. —¿Cómo estás hoy? —preguntó él.

—Muy bien, Señor Sparrow. ¿Y usted?

—¡Mejor aún por haberte visto!

Margareth se rió levemente y sacudió la cabeza. Nunca había tenido un hombre que coqueteara con ella de forma tan audaz y no estaba muy segura de cómo responder.

Él simplemente sonrió y preguntó:

—¿Vamos a dar un paseo?

Fidel apareció en la puerta, poniéndose un guante de montar negro. —¡Sí, deberías! Louis puede acompañarte. —le dijo al lacayo, que asintió. —Por supuesto, señor.

Margareth miró a su hermano con el ceño fruncido. —Creo que me lo estaba preguntando, Fidel. —Su expresión se volvió dulce hacia Señor Sparrow—. Me gustaría mucho eso.

La finca Granulia había pertenecido a la familia Hugen durante generaciones y, tras su fallecimiento, pasó de su padre a Antonio, junto con el título de duque. A pesar de su antigüedad, la propiedad estaba notablemente bien conservada y los jardines, mantenidos por un equipo completo, eran particularmente espectaculares. Margareth sintió que una pequeña burbuja de orgullo le subía al pecho mientras caminaban por los senderos de grava y recordó las numerosas horas que había pasado discutiendo diseños con los jardineros. Habían hablado de todo: desde qué plantas prosperarían mejor en las condiciones climáticas hasta la orientación óptima del columpio para evitar el resplandor del verano.

—Pareces bastante contento aquí —observó Señor Sparrow después de un rato.

Se apartó un mechón de pelo de la cara y se lo colocó detrás de la oreja mientras sonreía. «Sí, ayudé a diseñar algunas de las secciones actualizadas, así que cada nueva flor trae su propia alegría».

Se detuvo junto a un rosal y lo señaló con las cejas levantadas. «¿Tú plantaste esto?»

—No, no —se rió—. Confieso que yo misma puse solo una o dos plantas en la tierra. Ayudé a organizar todo. —Se había reído con ella, pero ahora parecía un poco confundido. Margareth avanzó y esperó hasta ponerse a su lado para explicarle:

—Tengo dos hermanos particularmente inteligentes que me han enseñado que las mejores ideas nunca se materializarán sin un poco de planificación. —Pensó principalmente en Vinicius, pero no tenía dudas de que Phil se le uniría cuando ella madurara—. Y esa es la parte que disfruto: encontrar a personas con ideas, reunirlas y simplemente... —Bueno, escuchar. —Se encogió de hombros—. Supongo que suena tonto, ahora que lo he dicho en voz alta.

Con el rabillo del ojo, vio que él también se encogía de hombros. «Todas las mejores cosas son tontas». Margareth se sintió un poco ofendida por eso (había esperado que él dijera que todo tenía sentido y que no era tonto en absoluto), pero logró evitar que se le formara el ceño fruncido.

—Yo prefiero el azar, el destino, como quiera llamarlo. Me encanta cuando las cosas se dan sin planificación, como cuando se tiran los dados o se juega con las cartas». A Margareth eso le pareció una tontería, pero se limitó a asentir. «No me has dicho que te gustan los juegos de azar. ¿Cómo está tu suerte?». Una oleada de tensión recorrió sus hombros y, tras un momento, la miró con bastante intensidad. —Me siento absurdamente afortunado en este momento —dijo en voz baja.

Margareth solo pudo sonreír.

Señor Sparrow la visitaba todas las mañanas durante el resto de la semana. Paseaban por los jardines charlando inofensivamente sobre sus amigos y familiares y señalando algunas de las flores particularmente bonitas que habían comenzado a florecer. Por las tardes, Margareth regresaba a la habitación de Enrique y leía todo tipo de materiales, pero por lo general terminaba con algunos versos de poesía náutica. Y, finalmente, durante la cena, Margareth contaba con todo detalle a sus hermanos las conversaciones que había mantenido con Señor William Sparrow. Ellos, a su vez, fluctuaban entre la irritación por las historias interminables y la autocomplacencia por haber puesto a un posible marido en el camino de su hermana.

Cuando Margareth y Señor Sparrow terminaron su paseo por la cuarta mañana y regresaron al frente de la casa, se pudo ver otra figura acercándose por el camino de entrada. Margareth levantó una mano para protegerse los ojos, aunque no le cabía duda de quién era el hombre.

Su compañero la miró con el ceño fruncido, quizá por primera vez desde que se conocían. —¿Esperas compañía? —preguntó él, y ella asintió. —Sí, lo son. Señor Jack Thorne ha venido a almorzar». No sintió la necesidad de añadir que había sido por invitación suya.

Jack detuvo su caballo no muy lejos de ellos y se bajó de un salto antes de acercarse a Margareth. Dejó las riendas atadas al pomo de la silla, pero el caballo parecía contento de quedarse quieto y recuperar el aliento. No apartó la vista de los de Margareth mientras se acercaba y se inclinaba en una reverencia exagerada para ofrecerle la mano. Ella no pudo evitar reírse de su excentricidad y dejar que le tomara la mano para darle un casto beso en la espalda. Desde su posición inclinada, la miró, con el rostro protegido por el ala del sombrero de Señor Sparrow, y le guiñó un ojo.

A su lado, Sparrow se retorció. Margareth apartó la mano de Jack, puso los ojos en blanco ante sus payasadas y se dispuso a hacer las presentaciones. Pensó que su apretón de manos parecía demasiado firme.

—Lady Margareth, estoy muerto de hambre —anunció Jack, ignorando por completo al otro hombre—. Espero que no haya olvidado mi visita.

—No, de hecho, Señor Thorne... —intervino él, insistiendo en que lo llamara Jack, y ella creyó

ver que Sparrow apretaba los puños a sus costados. Ella le lanzó a Thorne una mirada de reproche, que él ignoró—. El cocinero ha preparado un verdadero festín. Supuso que no podía estar demasiado enfadada con Jack, ella también estaba siendo tonta. Los celos de Señor Sparrow, si esa era la razón por la que se estaba comportando de manera tan extraña, le resultaban bastante halagadores.

—Oh, me alegro —se inclinó ligeramente y bajó el tono—. Yo mismo he estado contando los días que faltaban para volver a verte.

La pregunta de si Señor Jack Thorne estaba o no interesado en ella románticamente fue respondida con mucha claridad por su escandaloso coqueteo: no lo estaba. Margareth no podía estar más aliviada. En todo caso, Jack comenzaba a sentirse como un hermano mayor para ella.

De pronto, se volvió hacia Señor Sparrow. —¿Le pido al lacayo que traiga su caballo, Señor Sparrow?

El rostro del otro hombre se contrajo, pero ignoró la burla y se enfrentó a Margareth. «Gracias por otra excelente mañana, lady Margareth. Espero volver a verla pronto». Hizo una reverencia, pero se marchó antes de que Margareth tuviera tiempo de levantarse. Jack le sonrió y dijo:

—¡Creo que está celoso!

Ella negó con la cabeza, aunque también estaba sonriendo. Tomó el brazo que él le tendía y dejó que la acompañara al interior. —Debería ser amable, Señor Jack. Ese hombre podría ser mi futuro esposo.

Sus cejas se alzaron cuando llegaron a la puerta principal y, con delicadeza, le soltó el brazo para dejarla entrar primero. —¿Él? Parece tan... aburrido».

—¡Solo le has conocido cinco minutos! Margareth casi se sintió ofendida, no por Señor Sparrow, sino simplemente porque alguien pudiera pensar tan mal de un hombre que había despertado su interés.

Jack se encogió de hombros. «Es casi el mismo tiempo que he pasado con tu familia y estoy seguro de que ninguno de ustedes es aburrido».

Ella no pudo evitar sonreír. «Sí, bueno... hasta un reloj roto da la hora correcta dos veces al día».

El almuerzo fue sorprendentemente bien, teniendo en cuenta que se trataba de un hombre al que apenas conocían. Jack Thorne era, como era de esperar, un hombre ingenioso y mordaz que solía decir cosas inapropiadas simplemente porque lo eran. Margareth supuso que le recordaba a Fidel, aunque su desenfado parecía surgir con menos naturalidad que el de su hermano. Era más propenso al análisis y observaba con mucha atención sus reacciones. Tal vez se parecía más a Vinicius.

Cuando se retiraron los últimos platos, Jack se reclinó en su silla, haciendo girar su vaso de agua en una mano. Al otro lado de la mesa, Vinicius suspiró, atrayendo la atención de todos hacia él. Hizo un gesto al personal para que se fueran:

—Entonces... —¿Qué...? —Dio un sorbo rápido a su bebida—. ¿Qué has decidido? ¿Somos dignos de confianza?

Margareth parpadeó sorprendida y miró a su invitado, pero él no parecía alarmado ni avergonzado. En cambio, parecía complacido. Le sonrió a Vinicius y le dijo:

—Creo que es posible que así sea, hasta yo creo que hay algunas cosas que no se deberían decir delante de los niños, a pesar de lo madura que parece tu hermana pequeña.

Antonio había organizado que Phil pasara el día con su tía Jennifer, y Margareth se preguntó si eso era solo una coincidencia. Se despertó de ese pensamiento al encontrar a los cinco hombres en la habitación mirándola, y frunció el ceño a la defensiva.

—Me quedo —trató de decir con firmeza, sin derramar ni una sola lágrima.

Antonio asintió, todavía con una expresión algo preocupada, mientras Fidel ponía los ojos en blanco y bebía un sorbo de oporto. Ni Vinicius ni Jack parecían sorprendidos por su decisión. Solo Homero frunció el ceño.—No se andará con rodeos por tu bien, Margareth —le advirtió—. Ella se erizó, tratando de recordar que él estaba intentando protegerla, no insultarla. Se sintió irritada, pero se apartó de él y centró su mirada en Jack de nuevo. «Por favor, continúe, Señor Jack». Le guiñó un ojo y obedeció. —He estado tratando de determinar cómo Enrique pudo haber obtenido uno de los anillos de mi padre —dijo, levantando la mano para detener las expresiones emocionadas que se estaban formando—, y antes de despertar esperanzas en alguien, lamento decir que todavía no tengo idea. Pero todavía hay algunas cosas sobre mi familia que deberías saber: mi padre, Señor Edward Thorne, duque de Thorne, es un imbécil egoísta y manipulador. Mi hermano mayor, Henry, es su heredero y su imagen en todos los sentidos. Mi madre... Bueno, puede que haya sido amable en su juventud, pero los años que pasó a la sombra del duque y bajo su puño le quitaron toda clase de luz de los ojos. Afortunadamente, lleva muerta casi una década».

Margareth estaba decidida a no reaccionar, pero no podía controlar la sangre que se le escapaba del rostro. Jack parecía casi divertido, y el contraste con sus horribles palabras le puso los pelos de punta.

El hombre se echó el pelo hacia atrás y miró la sala como si evaluara a su audiencia. —La semana pasada mencioné que no había encontrado a ningún bastardo mayor que yo y mi hermano. También insinué que no creo que esto sea casualidad, pero conozco el carácter del duque lo suficiente como para saber que sus aventuras amorosas no habrían comenzado después de su matrimonio con nuestra madre. —Su mano se movió desde su cabello hasta su mandíbula, limpiando la expresión de disgusto que se había formado en su rostro—. Eso me lleva a creer que es capaz de cosas peores de las que le he dado crédito.

Vinicius se inclinó hacia delante y apoyó los codos sobre la mesa. —Sí... ¿Cómo crees que tu padre mató a algún contendiente al ducado?

Margareth no fue la única que se sorprendió por su directa pregunta; se hizo un silencio audible en la sala.

Jack emitió un sonido indeciso. —O que orquestó sus muertes, sí. —Emitió un resoplido de risa sin humor—. El único cumplido que le haré a ese hombre es que es muy inteligente. Endiabladamente inteligente. Puede que el ducado haya pertenecido a la familia Thorne durante generaciones, pero la fortuna era prácticamente inexistente cuando lo heredó. Era un segundo hijo que pasó su juventud construyendo negocios y conexiones comerciales, y tras la muerte de su hermano restauró la riqueza de la finca. Un hombre así no se arriesga a ensuciarse las manos con un asesinato.

La palabra quedó flotando en el aire hasta que Homero habló: «¿Y crees que esto tiene relación

con Enrique?»

El otro hombre se encogió de hombros. «Me temo que realmente no lo sé».

—Entonces, ¿por qué nos cuentas todo eso?

La sonrisa de Jack se tornó repentinamente traviesa. —Quería que comprendieras completamente a los Señors Thorne antes de presentarte mi plan. —Metió la mano en el bolsillo de la chaqueta, sacó un sobre color crema y lo agitó suavemente—. Se levantó, se estiró sobre la mesa y se lo ofreció a Margareth.

Los ojos de la sala la observaron mientras lo tomaba y rompía el sello. Examinó el contenido rápidamente. «Una invitación a...» Levantó la mirada abruptamente. «¿Un baile en la finca Thorne?» El hombre estaba dando saltos en su silla. «¿Qué te parece si le damos un empujón a la bestia?»

Capitulo 12

Por sugerencia de Jack, trasladaron la conversación del comedor a la habitación de Enrique. El hombre bajó el libro que estaba leyendo y llamó la atención al ver que llamaban a la puerta y entraban.

—Bienvenido de nuevo —dijo, con los ojos arrugados por el humor, pero brillando de curiosidad.

La sala se volvió hacia Jack. «Mi padre va a dar una fiesta en un par de semanas y creo que todos deberían asistir». Margareth se acercó, saludó a Enrique con una sonrisa y le ofreció la invitación. Él la aceptó, miró rápidamente la inscripción y luego volvió a mirar a Jack. «¿Por qué?».

«Si el duque o Enrique te dieron el anillo, entonces te reconocerán, e incluso podrían saber tu verdadera identidad».

Homero se cruzó de brazos. —Pero ¿nos lo dirían? Al parecer, tu familia no estaría dispuesta a darnos información de buena gana.

El hombre más joven sonrió:

—Ah, tienes razón, no lo harían. Sin embargo, estoy... Estoy acostumbrado a su confusión, secretismo y rabia, así que sus reacciones cuando te vean me dirán lo suficiente».

Enrique arqueó las cejas. —¿Yo? —Señaló su pecho, como para confirmar que todos estaban de acuerdo—. No he salido de esta cama en, ¿qué?, ¿dos semanas? Margareth asintió. —¿Cómo crees que puedo asistir a un baile?

Jack hizo un ruido y agitó la mano con indiferencia. «Donde hay voluntad, hay un camino».

—Tengo una manera. Todos en la sala, con excepción de Enrique, se giraron sorprendidos hacia la puerta al ver a Phil de pie detrás de ellos con los brazos cruzados. Levantó una ceja mientras evaluaba a sus hermanos y finalmente posó su mirada en Antonio con un movimiento de cabeza.

—¿De verdad creíste que podrías mantenerme alejada?

Él soltó una risa reticente, la tomó del hombro y la abrazó.

—Pensé que podía intentarlo. ¿Nuestra tía Jennifer al menos sabe que has regresado?

—No me he ido nunca —dijo con un dejo de orgullo. Esta mañana le escribí a tía Jennifer para decirle que no me encontraba bien. Le dije que quizá me estuviera llegando la regla por primera vez y que era mejor que me quedara en casa.

La sala estaba dividida sobre cómo responder a eso. Enrique, Vinicius y Margareth se sentían avergonzados y miraban fijamente el techo, las paredes o el suelo. Fidel y Jack estaban divertidos, riéndose a carcajadas. Antonio también soltó una risita. Y Homero, como de costumbre, simplemente sacudió la cabeza y aceptó lo que había dicho: «Eres un poco joven». Con la muerte de sus padres, había aceptado su papel de padre de Phil. Su inteligencia había hecho innecesarias las conversaciones incómodas, pero eso no significaba que no se hubiera preparado para ellas, tanto con conocimiento como con fortaleza emocional.

La niña se encogió de hombros. «Fue una falsa alarma».

Su hermano asintió sabiamente. «Entonces, ¿cuánto escuchaste del almuerzo?» Por primera vez, parecía su edad y una sonrisa pícara le atravesó el rostro. En lugar de responder, se limitó a sonreír ampliamente.

Con un suspiro y una pequeña sonrisa, Antonio le dio un golpecito en la mejilla antes de mirar el resto de la habitación. «Bueno, entonces, ¿dónde estábamos?» Enrique suspiró y se frotó distraídamente la pierna herida con una mano. «Si Phil sabe cómo puedo asistir a la fiesta, entonces estoy de acuerdo. Necesito saber quién soy y si tu familia puede darme esa respuesta, entonces necesito estar allí».

Jack parecía a punto de aplaudir de alegría. «¡Excelente!».

El plan de Phil tardó casi una semana en hacerse realidad. Durante ese tiempo, llamaron al médico para confirmar si a Enrique le haría daño estar en posición vertical. El doctor Williams estaba muy a favor de la idea y sugirió que, siempre que Enrique hiciera pausas regulares y mantuviera la pierna en posición vertical, podría hacerle mucho bien un poco de ejercicio. Incluso podría ayudarle a recuperar la memoria.

En cuanto el doctor se fue, Enrique soltó una carcajada y sacudió la cabeza. «Parece que todo puede devolverme la memoria, pero nada lo hace nunca». Margareth no pudo evitar extender la mano y acariciarle la suya con suavidad. «Es mejor intentarlo y fracasar que dejar de intentarlo». La miró sorprendido y asintió a pesar de sí mismo. «Sí, supongo que tienes razón. Y el barco encalló y la tripulación se desesperó porque el capitán dijo que nunca volvería a flotar. Y tramaron sus planes, pero no se atrevieron a llevarlos a cabo, porque el capitán había dicho que nunca volvería a flotar».

«Me gusta esa», dijo suavemente, mirando hacia abajo, al lugar donde sus pieles aún se tocaban.

—Yo también —respondió Margareth, y de pronto recordó que no estaban solos. Alzó la vista y se encontró con la expresión casi de disgusto de Fidel. Se apartó rápidamente, con el estómago revuelto de miedo. ¿Había malinterpretado...? ¿Poesía náutica? —Hizo un ruido de repulsión y se dirigió a la puerta—. Odio la poesía náutica... William Sparrow también siguió siendo atento y no se dejó intimidar por la conducta hostil de Jack; Margareth pensó que era un punto a favor de su carácter. Sus intenciones también se estaban volviendo claras para aquellos fuera de la familia inmediata de Margareth.

Una mañana, Margareth entró en la sala de estar y se encontró a sus dos tías sentadas en el sofá con expresiones decididas en el rostro. Era tan inusual encontrarlas juntas sin sus familias que una oleada de náuseas la recorrió el estómago y no pudo evitar dudar, agarrándose al marco de la puerta por si necesitaba apoyo.

—Tías, ¿pasa algo? ¿Están todas bien? —preguntó.

Ambas mujeres le pusieron los ojos en blanco, lo cual a ella le resultó extrañamente reconfortante.

—No hagas un escándalo, querida Margareth —dijo la tía Delia, haciéndole señas para que se acercara al hueco que habían dejado deliberadamente entre las dos mujeres mayores. Su sobrina hizo lo que le habían ordenado, sin dejar de mirarlas a ambas con preocupación.

Lady Jennifer Hugen, condesa viuda de Humper, y la actual señora Ofelia Gittens, en su día lady Quentin, formaban una pareja muy extraña. Mientras que Jennifer era dulce, rubia y brillante, Ofelia era angulosa, morena y escéptica. Pero a las dos les gustaba el amor y la risa, y se

dedicaban por completo a la familia, algo por lo que los hermanos Hugen siempre estarían agradecidos. Y ahora Margareth estaba sentada entre ellas, mientras la miraban con expresiones opuestas pero idénticas.

Ella se inclinó ligeramente hacia atrás, alisando la falda sobre los muslos. «¿Hay algo que pueda hacer por ustedes, tías?». La tía Jennifer, emocionada, la agarró suavemente del brazo. «¡No intentes hacerte la tímida con nosotras, querida!». Margareth miró a su otra tía en busca de una aclaración.

—Hemos oído que hay un hombre en tu vida. —La expresión de la tía Delia seguía siendo mesurada y su ceja se arqueó delicadamente conforme Margareth permanecía más tiempo en silencio. Ella lo negaría, pero el primer pensamiento de Margareth fue para Enrique. No entendía por qué la tía Jennifer estaría tan emocionada por su... —¡Oh, señor Sparrow! —exclamó la cara de Jennifer se arrugó de alegría. «¡Mira cómo se sonroja cuando dice su nombre, Delia!». Margareth no tenía mejor excusa para el calor en las mejillas, así que les dejó creer eso.

—¡Tranquilízate, Jennifer! Las palabras fueron duras, pero el tono era casi risueño cuando una tía se inclinó detrás de ella para darle una palmada en el hombro a la otra.—¿Cómo vamos a sacarle detalles si te estás riendo como una colegiala? La credibilidad de la tía Delia decayó aún más cuando ella también se rió.

Abrumada por la emoción, Margareth se puso rápidamente de pie y se movió un poco por la habitación. Aprovechó el momento para respirar profundamente y, luego, se dio la vuelta bruscamente. Se habían sentado uno al lado del otro y se abrazaban en lugar de ella.

—Tías, no os dejéis llevar —les advirtió, levantando las manos como si intentara calmar a un animal enfadado. La excitación de las mujeres era, en efecto, bestial.

—¡Solo ha venido a visitarnos unas cuantas veces!

Las cejas de Delia se alzaron sobre la línea del cabello. «¿Unas cuantas veces? ¡He estado aquí todas las mañanas durante más de una semana!»

Las manos de Margareth volaron a sus caderas y resopló: «¿De quién es la autoridad?». Los labios de su tía se curvaron en una sonrisa. «De tu hermana».

—¿Y confías en la palabra de una niña de 8 años?

—Cuando esa niña de 8 años es Alicent, sí lo hago.

Las tres mujeres se rieron y Margareth dejó caer las manos frente a ella. Tendría que recordar pagarle a Philip por esta «amabilidad» algún día. Por ahora, simplemente dejó que la emoción que vio en sus tías aumentara en su propio pecho.

—Ha venido a visitarnos todos los días —dijo un poco demasiado rápido, apretando los labios después de hablar. Sin embargo, la reacción a sus palabras fue instantánea: ¡los tres estallaron en gritos de alegría!

Margareth se calmó, extendió los brazos para calmar la excitación de las otras mujeres y miró hacia la puerta; lo último que necesitaba era que irrumpiera uno de sus hermanos. Se sentó con cuidado en el sillón frente a sus tías y agarró el respaldo con las manos. Cuando se mordió el labio, intercambiaron una mirada.

—¿Qué tienes en mente, Margareth? —preguntó tía Jennifer, con evidente preocupación en el

ceño fruncido.

Su sobrina se movió en el lugar, pero fue demasiado lenta para responder. Se miraron nuevamente, esta vez con expresión cómplice, y tía Jennifer preguntó:

—¿Estás preocupado por tu lecho nupcial?

—¡No! —dijo Margareth, que no quería que sus tías le explicaran qué era la intimidad física y su respuesta brotó de su boca casi con desesperación—. Me preocupa el amor. Si lo siento o si lo sentiré alguna vez. Si debo esperar a casarme para sentirlo o si soy demasiado mayor para esas consideraciones. Si es necesario para tener un matrimonio feliz o si simplemente complica las cosas... Ninguna de las dos mujeres se rió de ella, como temía Margareth, sino que la tía Delia asintió con seriedad. «Son preocupaciones muy serias, en verdad».

La conversación se interrumpió brevemente cuando llegó una doncella con el té. La tetera estaba sobre la mesa baja que había entre ellas, pero Margareth le hizo un gesto con la mano para que se fuera, ansiosa por distraerse. Cuando salió de la habitación, Margareth comenzó a servir y sus tías continuaron:

—Bueno, tus padres se enamoraron desde el momento en que se vieron —dijo la tía Jennifer en voz baja, aceptando con delicados dedos la taza que le ofrecían—, y tuvieron una vida muy feliz. Pero tu tío Fidel y yo apenas nos conocíamos cuando nos casamos y, sin embargo, nos quisimos profundamente.

Ofelia asintió mientras tomaba un pequeño sorbo de té. —Sí, en realidad no hay ningún patrón. Mi primer marido y yo también nos casamos por compromiso. Fue una unión feliz porque le di hijos, pero nunca llegamos a ser especialmente unidos. Cuando encontré el amor, mi posición social era inferior, pero me trajo verdadera felicidad».

Margareth asintió lentamente y colocó su taza de té sobre su regazo. Inhaló el vapor que ascendía con la esperanza de que le limpiara la confusión mental. —Entonces, ¿estás diciendo que si comienzas con amor, este solo puede volverse más fuerte, pero que casarte sin él significa arriesgarte a tener un matrimonio infeliz?

La tía Jennifer dudó. —Tal vez, pero ni siquiera el amor es garantía. Piensa en Rosemary; su amor no pudo salvar al pobre Finley. Y ahora sufre aún más por ese amor.

La mujer más joven cerró los ojos con fuerza y su expresión denotaba tensión. —Entonces, ¿no hay una forma correcta de hacerlo?

—No.

Afortunadamente, Margareth no tuvo que pensar demasiado en esa respuesta inútil, ya que el plan de Phil se hizo realidad esa misma tarde. Su hermana menor, inteligente, abrió las puertas del salón con los brazos abiertos y lo anunció con una expresión de gran satisfacción. Luego le ordenó a Margareth que la siguiera hasta la habitación de Enrique. Una vez más, todos sus hermanos estaban reunidos dentro, junto con Jack, que había reaparecido.

Phil entró el último, llevando un gran palo.

Margareth no era la única que estaba confundida:

—¿Por qué tienes un palo tan grande, Phil? —preguntó Fidel en voz alta. Estaba recostado en el

sillón, con una ceja levantada y girando el oporto con la otra mano. Margareth frunció el ceño al ver el licor, pero cuando él se dio cuenta, solo tomó un sorbo. Phil dejó escapar un suspiro demasiado agobiado para su edad. «No es un palo, Fidel; es una muleta».

El rostro de su hermano se iluminó de alegría. «¿Dijiste crot-?» —¡Muleta! —Sacudió la cabeza y se volvió hacia Enrique—. Leí sobre ella en una revista médica. Imagínela como un bastón largo que puede colocar debajo del brazo. Soporta su peso y ocupa el lugar de la pierna hasta que pueda volver a usarla. —Nadie estaba particularmente entusiasmado y ella frunció el ceño—. ¡Lo confirmé con el doctor Williams! Antonio le revolvió el pelo. —Por supuesto que lo hiciste.

Ella se apartó rápidamente y su expresión se oscureció. Gruñendo en voz baja, se abrió paso a través de la habitación llena de gente, llegó a la cama de Enrique y le tendió el instrumento. Era bastante alto, obviamente diseñado para llegar a su hombro, y tenía una barra horizontal en la parte superior. Estaba cubierto de tela, una modificación que Phil había exigido para tratar de disminuir la incomodidad.

Enrique lo tomó con vacilación, pero rápidamente sacó su pierna sana de la cama. Durante las últimas dos semanas había estado usando los camisones de sus hermanos, ya que le resultaban fáciles de poner y quitar y le permitían acceder fácilmente a sus heridas para que el médico las viera. Ahora, cuando retiró la sábana, la ropa dejó al descubierto gran parte de su pierna. Margareth miró rápidamente al techo, ignorando el rubor en sus mejillas. Solo miró hacia abajo cuando los hombres a su alrededor dejaron escapar gruñidos impresionados.

Enrique estaba erguido, tambaleándose levemente, pero erguido. Sonreía de oreja a oreja. «¿Puedo salir?»

Capitulo 13

Habían pasado casi tres semanas desde que Margareth encontró a Enrique en la puerta de entrada de los Hugen. En algún momento de ese tiempo, todos se habían involucrado emocionalmente en la recuperación del desconocido. Jack Thorne observó a la familia Hugen desde la puerta de la habitación mientras observaban al paciente bajar las piernas de la cama. La pierna lesionada todavía estaba en un aparato ortopédico, lo que dificultaba los movimientos, pero nadie se movió para ayudarlo. Era como un pajarito que sale de su cascarón y no se lo puede molestar.

Una vez de pie, con la muleta apoyada en el suelo para sostener el peso de su cuerpo en lugar de la pierna lesionada, Enrique pidió salir inmediatamente. Su entusiasmo fue recibido con aplausos y carcajadas por parte de los Hugen, y Fidel llegó al extremo de darle una palmada en el hombro. Un movimiento que casi hizo que el hombre cayera y arruinó el momento antes de que empezara.

Jack decidió que todos eran personas inusuales por ser tan... ¿Amables? ¿Compasivos? No estaba seguro de cuál era la palabra, pero se dio cuenta de que estaba frunciendo el ceño cuando su mirada se cruzó con la de Vinicius. El hombre lo miraba con indiferencia; era la única persona en la habitación que no observaba a Enrique dar sus primeros pasos vacilantes, y su mirada era tan intensa que Jack sintió la necesidad de disimular. En cambio, dejó que su sonrisa relajada se deslizara por su rostro, apretando una mano contra su pecho y fingiendo emoción:

—¡Oh, me siento como una mamá gallina orgullosa!

Fidel fue el único que se rió.

Margareth se dirigió hacia la puerta con un movimiento de cabeza y guió a Jack, Fidel y Vinicius hacia ella. Enrique la siguió, moviéndose con la infinita paciencia de un hombre que sabe lo doloroso que sería caerse, y luego salieron en fila el resto de los hermanos Hugen. Phil parecía un poco exaltado; seguramente sus pasos superaban en número a los de Enrique diez a uno, mientras ella se movía de un lado a otro alegremente:

—¡Phil, ten cuidado! —le advirtió Margareth, alarmada por los pies de la niña, que bailaban alrededor del hombre, que se encontraba en precario equilibrio.

No estaba sola en su preocupación. La siguiente vez que pasó junto a él, Homero extendió un brazo, la agarró por la cintura y la puso boca arriba sobre su hombro sin esfuerzo. Phil se rió, agitado, en un débil intento de escapar. Margareth sacudió la cabeza y sonrió; era incomprensible que esa misma niña leyera revistas médicas por diversión.

Enrique se movía despacio, pero no tuvo dificultades para bajar los pocos escalones que bajaban del pórtico. Allí se apoyó en el hombro de Antonio y mantuvo el equilibrio mientras bajaba a saltos. Luego se detuvo y respiró:

—No puedo decirlo con certeza —dijo después de un largo minuto—, ¡pero dudo que alguna vez haya sido tan feliz al aire libre en mi vida!

Los demás se rieron y sonrieron, y Margareth se llevó las manos al corazón, intentando retener el calor que había florecido. Enrique se volvió lentamente, desorganizado, y observó la casa y el camino de entrada. Margareth intentó ver lo que él veía: la finca Granulia era antigua, pero

estaba muy bien conservada. La mansión estaba construida con piedra de color beige, con gruesas columnas que se extendían desde el pórtico hasta la parte superior del segundo piso. Casi cada dos metros de la fachada frontal tenía una ventana y, cuando soplaba una ligera brisa, las cortinas ondeaban elegantemente.

El viento le arrancó algunos mechones del pelo y se los lanzó a los ojos. Se giró ligeramente y, aprovechando la brisa, se acomodó los mechones detrás de las orejas cuando se encontró cara a cara con la entrada de los jardines. Sus jardines. Desde donde estaba, lo único que podía ver era el arco de hierro cubierto por los inicios de una enredadera de marfil, que estaban parados uno al lado del otro, ya fuera porque ella se moviera o porque Enrique lo hiciera.

—¿Qué hay ahí? —preguntó en voz baja, moviendo la cabeza hacia el arco.

—Los jardines.

Podía sentir sus ojos sobre ella. Finalmente, él avanzó alejándose de ella cojeando. —¿Adónde vas?

—A los jardines.

Margareth agarró sus faldas y corrió para alcanzarla.

—¿Vienes por aquí a menudo? —preguntó Enrique al pasar bajo el arco.

Sintió que se le subía la sangre a las mejillas. Aunque él no tenía forma de saberlo, había pasado más tiempo en los jardines con Señor Sparrow en esa última semana que desde que los construyeron. Tragó saliva y decidió no mencionarlo.

—Lo intento. —Aunque se le entrecortó la respiración al pronunciar esas palabras, Enrique no se dio cuenta. Miraba a su alrededor asombrado.

—¡Esto es precioso! —exclamó Margareth, llena de orgullo. Cada jardín de esa zona estaba rodeado por un seto bajo que hacía las veces de valla para evitar que las flores se desbordaran. La multitud de colores era brillante, casi demasiado, pero de alguna manera no lo era.

—Gracias.

Su tono, un cierto nivel de propiedad, hizo que él la mirara más de cerca. —¿Tú hiciste esto? —preguntó Margareth frunciendo el ceño. «¿Dudas de que pueda?», le preguntó Enrique, y siguió avanzando por el sendero. Las piedras eran una superficie difícil para que la muleta mantuviera el equilibrio, por lo que se movió con más cuidado que antes. Tras un largo silencio, se volvió hacia ella. «No lo dudo ni un instante», pensó Margareth de repente, y se dio cuenta de que se estaba atribuyendo demasiado mérito. —¡No lo hice sola! En realidad, yo solo hablé, escuché y reuní a las personas adecuadas. Es difícil de explicar... Recordó exactamente la misma conversación que había mantenido con Señor Sparrow y, antes de que tuviera tiempo de detenerse, su boca se movió y dijo:

—Supongo que suena tonto cuando lo digo en voz alta.

—¡Oye!

La reprimenda fue suave, pero Margareth lo miró de repente. Enrique la miraba con el ceño fruncido. La gente cree que la piedra o el vidrio son los materiales más difíciles de trabajar, pero se equivoca. Lo más difícil son las personas. ¡No subestimes tus logros solo porque alguien más

podría no entenderlos!

El calor reapareció de repente en su pecho. Enrique volvió a señalar con la cabeza el jardín y la animó a que lo alcanzara. «Ven y muéstrame tu parte favorita».

Su rutina diaria se adaptó cuando Enrique pudo moverse. Por las mañanas, Margareth paseaba por los jardines con Señor Sparrow y, por las tardes, ella y Enrique se acercaban hasta el columpio para leer. Cada vez que salía de casa era como si fuera la primera vez y disfrutaba del suave resplandor del sol. Margareth se había ofrecido a llevarlo a una habitación con ventanas, pero él se negó, ya que tenían muchas habitaciones de invitados disponibles. Esas habitaciones estaban todas en el segundo piso y, como ya le resultaban bastante difíciles los tres escalones de la parte delantera de la casa, no quería subir también la gran escalera todos los días.

La verdad es que a Margareth le gustaron mucho esos días, fueron muy agradables, pero lo que no le gustaba era no tener con quien hablar de ello. Sus primos estaban en plena planificación de la boda y no se atrevía a contarles nada a sus tías sobre su... ... ni de su amistad con Enrique. ¡Y en cuanto a todos sus supuestos amigos! Todos eran recién casados, estaban embarazadas o tenían bebés recién nacidos. Margareth no se atrevía a entrometerse en su felicidad con sus mezquinos sentimientos. Se había quejado demasiado a Fidel, quien finalmente estalló. «Si necesitas un nuevo amigo, ¡ve y hazte uno!», dijo, bebiéndose el último trago de brandy con demasiada fuerza. «Me voy a la ciudad. Encontraré a algunos de mis amigos en el club».

Margareth ignoró su arrebato. —¿Este es el club que compartes con Jack Thorne? —preguntó con curiosidad.

Su hermano menor se detuvo en la puerta. —No, ¿por qué lo preguntas? —Miraba por encima del hombro con el ceño fruncido. Casi parecía... ¿Estaba preocupado? Era una emoción extraña la que se reflejaba en su rostro.

Su hermana se sobresaltó. —Eh... —¿Ninguna razón? —No pretendía que fuera una pregunta —respondió. Solo me preguntaba dónde lo habías conocido.

El brillo reapareció en sus ojos. «Te lo dije, ¿puedo añadirlo a la lista si quieres?» Ahora era el turno de Margareth de mirarme con enojo. «Oh, vete».

Dejada sola, consideró lo que él había dicho antes: ¿quizás podría buscar un nuevo amigo?

Fue Homero a quien convenció para que la acompañara a la ciudad al día siguiente. No porque tuviera un poder de persuasión abrumador, sino porque él tenía asuntos que atender de todos modos. A ella no le importaba; le hacía ilusión tener un compañero de viaje. El pueblo más cercano a ellos daba servicio a todas las propiedades de los alrededores, incluidas las casas de sus primos y tías, con un carnicero, un herrero e incluso una tienda de ropa. Rara vez tenían motivos para viajar más lejos y, como la ciudad estaba a más de una hora en autobús, a menudo se las arreglaban para quedarse cerca de casa. Antonio y Homero eran los que tenían más probabilidades de hacer el viaje para reunirse con abogados y contables que los ayudaran a administrar sus propiedades, tal como lo estaba haciendo Homero ese día.

A mitad del viaje, Margareth dejó el libro en su regazo, harta del agradable silencio.

—¿Homero? —gruñó en señal de reconocimiento, con la cabeza enterrada en el periódico que estaba leyendo.

Margareth entrecerró los ojos. —Homero.

Su hermano suspiró y guardó el periódico. Cruzó los brazos y se movió ligeramente en el asiento para tratar de ponerse más cómodo en un espacio que no estaba diseñado para un hombre de su tamaño. Tenía las piernas tan estiradas como podía, lo que le hacía cortarse diagonalmente el carruaje y casi enredarse en las faldas de ella. Sus propios pies descansaban en el asiento frente a ella; no era propio de una dama, pero le brindaba algo más de espacio. Lo menos que podía hacer era hablar con ella.

Él le levantó una ceja. «Sí, Margareth».

—¿Qué piensas de Señor Sparrow? —En verdad, Margareth no sabía qué pregunta iba a hacer en concreto, y había más sorpresa en su rostro que en el suyo. No es que Homero fuera propenso a mostrar emociones. Si tuviera que asignarle un animal a cada uno de sus hermanos, Homero sería un camaleón. Podía pasar de ser tranquilo y reflexivo a locuaz y agradable con solo pulsar un interruptor.

Simón sería un perro.

Vinicius, un ratón.

¿Y Mateo? Mateo sería una comadreja.

Su hermano camaleón, ajeno a lo que sucedía en su cerebro, consideró su pregunta con atención. «No lo conozco lo suficiente como para responder adecuadamente», pensó.

—Pero ¿estuviste en la escuela con él, con Antonio?

Homero asintió. —Sí, pero él era del año de Antonio. No tuve mucho que ver con él. Nunca escuché nada que me preocupara; de hecho, si no recuerdo mal, era muy querido tanto por los profesores como por los alumnos.

Margareth asintió en silencio.

«Creo que la pregunta más importante», dijo su hermano después de una larga pausa, «es "¿qué piensas de Señor Sparrow?"».

Margareth movió la mano para acariciar el calor repentino de su mejilla. No estaba fisgoneando, de hecho, era más una afirmación que una pregunta, pero aun así se sentía incómoda. "Me gusta bastante", susurró, con la mirada fija en su regazo, donde su otro mano se agarraba un hilo suelto de su falda. "Y ha sido muy atento".La única respuesta de Homero fue un gruñido..A las 10 en punto, los hermanos Hugen estaban siendo escoltados a un salón extranjero por un mayordomo rígido que ni siquiera pestañeó ante su llegada.El conde de Humper y lady Margareth Hugen -anunció en un tono que Margareth casi consideró aburrido. La mano de Homero en su espalda la empujó suavemente hacia la habitación, dándole espacio para ponerse a su lado y ofrecerle una ligera reverencia. -Buenos días, baronesa Estevez, Lady Valeria -Homero había vuelto a sonreír sociablemente y parecía un joven afable.Para no quedarse atrás, Margareth sonrió delicadamente.Las dos mujeres que estaban en la habitación se levantaron rápidamente. La baronesa Estevez era una mujer pequeña y rubia que parecía más que un poco sorprendida de tener un par de hermanos Hugen en su casa. Su sorpresa se tornó crítica cuando miró a Homero, como cualquier madre responsable haría cuando un soltero codiciado estuviera a la vista. Cuando los miró a los ojos, estaba sonriendo feliz."Buenos días, Earl Humper, Lady Margareth. Es un placer inesperado volver a verlas hoy".

Valeria asintió con la cabeza. Era más alta y más ancha que su madre, pero había una sinceridad

en sus ojos que no tenía comparación. Por eso había venido Margareth.

Homero aceptó con un gesto de la cabeza y se disculpó de inmediato. —Me temo que mi visita será imperdonablemente breve esta mañana; tengo asuntos que atender en la ciudad y estoy simplemente acompañando a mi hermana. —Se volvió rápidamente hacia Margareth—. Nos veremos en la oficina de mi abogado esta tarde. —Y con la misma rapidez, volvió a los Estevez —. Mis disculpas, señoritas, pero debo irme. Que tengan un lindo día.

La baronesa Estevez protestó, pero Homero simplemente hizo una reverencia, sonrió y prometió vagamente volver a visitarlo pronto. La mujer mayor se sintió claramente molesta después de que él se fue, y casi tan pronto como tomó asiento, indicando una silla para Margareth, se puso de pie nuevamente, declarando su intención de ir a consultar algo con la ama de llaves.

Margareth intentó no tomárselo como algo personal.

Todo salió bien, ya que después de menos de cinco minutos en la casa de Estevez estaba sentada sola con Valeria. La niña no parecía inmutarse por el ajetreo de su madre y estaba sentada con sencillez, con su vestido amarillo de día y las manos entrelazadas en el regazo. A la luz de la mañana, su cabello tenía un tinte casi rojizo, pero aparte de eso parecía exactamente como Margareth la recordaba.

Excelente.

—Lamento muchísimo haberla visitado sin avisar, Lady Valeria —dijo. La verdad es que estaba un poco avergonzada de haberla visitado sin avisar, pero la sugerencia de Fidel había sido tan excelente (algo poco común con ese hermano en particular) que no podía sacarse la idea de la cabeza, ni siquiera el tiempo suficiente para escribir una carta.

—¡Por favor! —dijo la chica más joven, casi interrumpiendo a Margareth mientras levantaba las manos para interrumpirla—. Estoy tan feliz de que hayas venido. Disfruté mucho hablar contigo en el baile de Quentin.

Margareth sonrió radiante. —¡Yo también! —Se arrastró hacia adelante en su silla, luchando contra el impulso de inclinarse físicamente hacia Valeria—. Lady Valeria...

Esta vez la chica la interrumpió, aunque sólo para insistirle a Margareth que la llamara Valeria. Margareth le devolvió la insistencia y luego continuó.

—Valeria, esperaba que fuéramos amigos. —Fue un poco brusco, pero serviría.

En su defensa, Valeria solo arqueó levemente las cejas y su sonrisa se ensanchó. "Me gustaría mucho. ¡Es tan agradable conocer a alguien que no esté obsesionada con conocer las últimas modas o con echarle el ojo a los caballeros más codiciados o con casarse a toda prisa!"

Margareth se quedó helada. Trató de recordar lo que ella y Valeria habían discutido en el baile, pero había estado tan nerviosa por conocer a posibles pretendientes esa noche que apenas podía recordar nada. Las había presentado un conocido en común, se habían casado recientemente y habían formado parejas con sus amigas solteras como si tener eso en común fuera suficiente para la amistad. Valeria había elogiado el vestido de Margareth, Margareth había elogiado el cabello de Valeria y luego habían hablado... Por más que lo intentaba, Margareth no podía recordarlo. Todo lo que sabía era que había disfrutado de la conversación y de la disposición dulce pero firme de Valeria.

Mientras su memoria daba vueltas, lo único que Margareth logró decir en voz alta fue: "Oh".

Valeria debió haber notado su tono. "Uh, pero... ¡Si quieres discutir cualquiera de esos temas, estoy más que de acuerdo! Solo quise decir... No quise dar a entender..." Respiró profundamente, soltándolo en una rápida bocanada de aire y esbozando una sonrisa avergonzada. "¿Vestidos o caballeros?"

Margareth ya estaba sacudiendo la cabeza. "No, de verdad, si quieres hablar de algo más, ¡entonces estaré más que feliz! Te prometo que me gustaría ser amiga por más razones que 'vestidos o caballeros'". No pudo evitar sonrojarse ante la brusquedad de su frase.

Ahora Valeria sacudía la cabeza. —¡No, en serio! Me encantaría hablar sobre lo que te trajo aquí hoy. —Un pequeño destello apareció en sus ojos y frunció los labios para ocultar una sonrisa—. Supongo que no es un vestido.

Margareth sintió que el calor subía a sus mejillas y no pudo evitar que sus manos lo siguieran.

La otra chica se rió, una risa profunda y genuina que la hizo inclinar la cabeza hacia atrás por la fuerza, pero cuando volvió a mirar a Margareth no había malicia, solo alegría. "¡Oh, díselo a Margareth!"

No necesitó más palabras de aliento. Se levantó rápidamente de su silla, cruzó la habitación y se sentó en el sofá junto a Valeria, acercando sus cabezas y bajando la voz. —Estoy segura de que has oído hablar del hombre que se aloja con nosotros y que ha perdido la memoria. Bueno, él y yo hemos entablado una… eh… amistad. —Por suerte, el rubor de Margareth no pudo aumentar más, incluso cuando Valeria arqueó una ceja—. Es todo bastante inocente… —Margareth no estaba segura de que Valeria le creyera—, pero hay otro caballero que ha empezado a llamar y… bueno, ¡no puedo evitar compararlos!

Valeria, que parecía mucho mayor que sus dieciocho años, asintió sabiamente. —¿Y el caballero aparece con carencias?

—¡No! —Margareth inclinó la cabeza torpemente—. Bueno, sí, quizá un poco. Aunque son personas muy diferentes. —Se hundió en su rincón de la silla, con una postura encorvada de una manera muy poco femenina—. No sé qué hacer con el caballero.

Su nueva amiga copió su postura, con el ceño fruncido por la concentración mientras juntaba las manos en su regazo. "¿Te gusta?"

Margareth respiró profundamente y pensó en los atractivos rasgos de Sparrow, su risa fácil y sus ojos brillantes. "Sí".

Valeria asintió una vez más y luego se quedó allí sentada, con los labios apretados. Margareth miró hacia la puerta, preocupada de que alguien más pudiera haber entrado; todavía estaban solas. Volvió a mirar a la chica más joven, que ahora también fruncía el ceño suavemente. El momento se alargó.

—Oh, lo siento —empezó a decir Valeria de repente—. No me había dado cuenta de que estabas... Bueno, ¡eso es bueno! Que te guste es bueno... —Hizo otra pausa, moviendo ligeramente la boca sin emitir ningún sonido—. Lo siento, Margareth, no sé muy bien cómo ayudarte. No tengo mucha experiencia con los hombres.

Margareth sonrió levemente, casi con simpatía. "Tengo un problema muy parecido..."

El silencio regresó, no del todo incómodo, pero cargado de preguntas sin respuesta.

Valeria se acercó a ella un poco y estiró la mano para agarrar suavemente el antebrazo de Margareth. Le dio un apretón. —¿Qué necesitas escuchar de mí? —se amplió antes de que Margareth pudiera controlar su ceño fruncido—. Quiero decir, a veces solo necesitamos escuchar algo dicho en voz alta, y no solo dejar que resuene en nuestras cabezas. ¿Hay algo que pueda decirte o hacer que pueda ayudarte ahora mismo?

Margareth pensó que esa oferta era muy dulce y, lo que es más importante, muy útil. Respiró profundamente y cerró los ojos un momento para mirar dentro de sí misma, para encontrar lo que *necesitaba* oír, la respuesta a lo que más la preocupaba... No tenía por qué haber buscado tanto: la pregunta salió a la superficie casi al instante.

—Creo que necesito... —comenzó lentamente, con la mirada fija en la alfombra que tenían delante—... alguien que me diga que estoy siendo sensata, que estoy tomando la decisión correcta: encantadora y apropiada en lugar de tierna e imposible.

Valeria le dio otro apretón en el brazo. Margareth levantó la vista y se sorprendió al ver que parecía casi arrepentida. —Quizá debería haberte preguntado más sobre tu pregunta antes de prometer... —Respiró hondo y sonrió—. Sí, estás siendo sensata. El matrimonio *necesita* ser sensato.

Su mejilla se crispó.

Margareth frunció el ceño nuevamente. —Entonces, ¿por qué pareces tan dolida?

Ella hizo una mueca. "Bueno, yo..." Valeria suspiró. Habló encogiéndose de hombros: " *El matrimonio* debe ser sensato. Pero, ¿quizás *el amor* requiere una cierta cantidad de... insensibilidad?"

Capitulo 14

Con la excepción de esa observación inútil, Margareth disfrutó mucho de su charla matutina con Valeria. La chica más joven no era ruidosa ni autoritaria, pero tampoco era tímida ni retraída. Un excelente equilibrio para una nueva amiga. Una nueva amiga a la que Margareth vería en la próxima hora en el baile. El baile de Thorne.

Su estómago se revolvió nerviosamente.

Margareth se apretó el abdomen con una mano enguantada, evaluó su reflejo y trató de ignorar la importancia de la fiesta para la que se estaba preparando. Su vestido era un poco carmesí, con mangas ajustadas que le llegaban hasta los hombros y se unían en el centro del pecho para lograr un escote conservador. Sus guantes y la cinta que atravesaba su cabello eran blancos. Margareth arqueó ligeramente una ceja, casi impresionada consigo misma. Entonces se escuchó un golpe en la puerta y la doncella asomó la cabeza para advertirle de que los carruajes estaban preparados y de que «Señor Fidel» ya estaba amenazando con dejarla atrás. Margareth frunció el ceño. —¡Me gustaría verlo intentarlo! —masculló en voz baja mientras recogía la parte delantera de su falda con ambas manos y avanzaba hacia la puerta. Hizo todo lo posible por no pisar fuerte y, a pesar de sus gruñidos, se movió rápidamente, pues no quería hacer esperar demasiado a nadie. Bajó las escaleras lo más rápido que pudo sin pisar ningún dobladillo. Justo antes del último escalón, levantó la vista con la esperanza de ver el carruaje que todavía esperaba en la entrada, pero se encontró cara a cara con Enrique.

Ella chilló, perdió el equilibrio en el escalón y se estiró para apoyarse en el objeto más cercano, que resultó ser Enrique. Con una mano, él agarró la muleta para mantenerlos a ambos en posición vertical y, con la otra, la agarró por la cintura. Cuando todos se quedaron quietos, se apretaron el uno contra el otro, y las puntas de las zapatillas de Margareth rozaban el escalón mientras ambos respiraban con dificultad. Margareth no se había dado cuenta antes, pero los ojos de Enrique eran de un hermoso tono gris verdoso. La hinchazón y los moretones habían desaparecido hacía tiempo, dejando solo un corte en proceso de curación en su frente y algunas manchas rojas en el párpado blanco de su ojo. Por un momento, se tambaleó más cerca de él.

Luego, con suavidad pero de forma abrupta, Margareth fue bajada al suelo. Ella soltó otro jadeo de sorpresa, pero Enrique mantuvo una mano sobre su brazo para que no se cayera.

—Lo siento mucho por haber... —empezó a decir Enrique, pero la interrumpió con un movimiento de cabeza. «Por favor, el error fue mío. Estaba distraído». Sus ojos se apartaron de su rostro por un breve instante y la observó de pies a cabeza. Tragó saliva con dificultad.

Margareth sintió que se le enrojecían las mejillas y miró a otro lado, lo que le dio la oportunidad de sorprenderse con su vestimenta.

—¡Oh! —jadeó ella, y su mano se deslizó distraídamente hasta la tela de la manga de él. Su abrigo era de un color oxidado, sobre un chaleco a juego y una camisa blanca con menos volantes de lo que estaba de moda en ese momento. Él también se miró a sí mismo. «Mis hermanos tuvieron la amabilidad de prestarme algo para ponerme». Margareth miró su propia manga y notó, con el ceño fruncido, que su ropa no combinaba esa noche. Aunque, por supuesto, eso no importaba, dijo rápidamente para distraerse.

Ella no se dio cuenta de que se le ruborizaban levemente las mejillas. Se aclaró la garganta. «Pareces...»

Un gemido proveniente de la puerta los interrumpió y ambos giraron la cabeza para mirar a Fidel. Enrique se apartó de Margareth, aunque mantuvo su mano sobre su brazo por si acaso.

Su hermano se apoyaba dramáticamente contra el marco de la puerta. «Por favor, se lo ruego a ambos, ¿podemos irnos ya?». Margareth negó con la cabeza, pero se apartó de Enrique para subirse las faldas. «¿Por qué estás tan ansioso por llegar a tiempo?», preguntó.

Fidel se incorporó, se frotó las manos con un brillo característico en los ojos y se acercó a ellos. «¡Porque esta noche hay intriga!».

En realidad, la finca Thorne se encontraba a varias horas en coche de la casa de Hugen, pero esa no era la ubicación de la reunión de esa noche. Jack les había dicho que su padre había comprado recientemente una «finca sureña» en la zona y había decidido celebrar la velada allí. Se habían enviado invitaciones a todas las familias adineradas de la zona; las suyas acababan de entregarse en mano.

Mientras descendía del carruaje, Margareth se preguntaba por qué ninguno de sus hermanos conocía el apellido Thorne. «¿Y nunca has tenido tratos con el duque Thorne?» Antonio le ofreció el brazo mientras negaba con la cabeza. —No que yo recuerde, pero por lo que he podido averiguar, la mayor parte de su dinero proviene de los textiles y la industria. ¿Recuerdas que Jack dijo que su padre reconstruyó la fortuna familiar? Margareth asintió. —Bueno, como puedes imaginar, no solemos involucrarnos en esas industrias.

Su hermana tragó saliva; todavía echaba mucho de menos a sus padres.

Se escuchó un grito ahogado detrás de ellos, seguido de una suave disculpa, y la pareja se giró para ver a Fidel salir tambaleándose del carruaje.

—¡Ten cuidado con el palo, viejo! —espetó, enderezando sus colas.

Homero y Vinicius aparecieron por un costado, pues habían viajado en el mismo transporte que Antonio, y ambos ignoraron a su hermano menor a favor de ofrecerle sus hombros a Enrique. Su figura ancha emergió de la puerta, con la muleta por delante, y aceptó la oferta de Homero con una sonrisa de agradecimiento, descendiendo del carruaje con relativamente poca dificultad.

Margareth echó un vistazo rápido a todos los hombres y se mostró satisfecha con su aspecto. Todos iban vestidos de manera formal, pero modesta, siguiendo la moda sin ser demasiado modernos. Tuvo cuidado de no posar la mirada en Enrique demasiado tiempo.

Afortunadamente, se escuchó un fuerte aplauso a su izquierda. «¡Qué bien se ven todos!», dijo Jack, que había salido de entre las sombras, y les sonrió con sorna. Llevaba las mangas arremangadas hasta los codos, el abrigo le colgaba de un hombro y la corbata estaba desatada y sujeta por el cuello rígido. Era la viva imagen de la indiferencia.

Fidel soltó una carcajada. —¿Ya te vas? Eso no augura nada bueno».

El hombre sacudió la cabeza y luego se apartó los rizos oscuros de la cara. «Al contrario, todavía no me he atrevido a entrar. ¿Es tan aburrido sin nosotros aquí para animar las cosas?». La sonrisa de Jack era tensa. —Algo así. —Con el rabillo del ojo, Margareth vio a Vinicius moverse en su sitio, inclinando la cabeza hacia un lado. Tal vez él vio algo en la expresión de Jack que ella no

había visto. Cuando volvió a mirarlo, su expresión se había aclarado. —¿Vamos? —dijo, y dio un paso hacia la casa.

—Um —dijo Margaret, levantando una mano para detenerlo—. Tal vez deberías volver a vestirte primero.

Se miró a sí mismo, casi sorprendido, y luego le sonrió:

—Ah, como siempre, tienes razón, lady Margareth. Comenzó a ponerse el abrigo. «Te seguiré en un momento», les dijo, y los Hugens asintieron, dirigiéndose hacia la casa. Margareth iba del brazo de Antonio y sus otros hermanos detrás. Homero estaba en la parte de atrás, caminando lentamente junto a Enrique. Margareth miró hacia la parte superior de las escaleras y vio al hombre herido frunciendo el ceño, concentrado, dolorido o preocupado, pero no podía saberlo.

El lacayo de la puerta aceptó la invitación de Antonio y los pasó a otro lacayo para que los escoltara hasta el gran vestíbulo. Y, en efecto, era muy grandioso. Margareth había estado en muchos salones de baile elegantes y en muchas casas elegantes a lo largo de los años, pero nunca había visto decoraciones tan suntuosas. Las barandillas estaban adornadas con coronas de hojas oscuras y flores pintadas de oro, conectadas por cintas del mismo color, y cuando pasaron bajo un arco de acceso al salón de baile, Margareth tuvo que contener la respiración. El espacio era opulento, por decir lo menos, con una enorme lámpara de araña suspendida sobre la multitud. Las paredes estaban empapeladas con un dorado brillante y los muebles, desde las mesas con pasteles y ponches hasta los sillones que acunaban a las matronas observantes, estaban todos construidos con caoba oscura.

Antonio le apretó el brazo para advertirle de que los caballeros se acercaban y Margareth cerró la boca de golpe. El calor se apoderó de sus mejillas y luchó por mantener la sonrisa.

—Buenas noches. —No cabía duda de que el hombre mayor que habló era el padre de Jack. Llevaba el pelo corto y canoso en las sienes, y era un poco más alto, pero, dejando de lado esas diferencias, podrían haber sido gemelos. El hombre que estaba a su lado era más joven y más alto, pero tenía el mismo pelo, ojos y piel oscuros; era su hermano. Permítanme darles la bienvenida. Soy Edward Thorne, duque de Thorne, y este es mi hijo, Henry.

Los hombres hicieron una reverencia, y Margareth también.

—Gracias por su invitación, duque Thorne. Soy Antonio Hugen, duque de Granulia, y ella es mi hermana Margareth Hugen». Margareth volvió a mover la cabeza, pero no habló mientras continuaban las presentaciones.

—Permítanme presentarles también a mis hermanos —dijo, señalándolos uno por uno—. Homero, conde de Humper; Vinicius y Fidel.

Margareth se dijo irónicamente que eran un grupo bastante intimidante como para conocerlos a todos a la vez; independientemente de sus títulos o apariencias intimidantes, ¡había tantos nombres!

Sin embargo, el duque Thorne no parecía inmutarse. Les sonrió a todos uno por uno, escrutándolos rápidamente de pies a cabeza. La sonrisa no parecía genuina (Margareth podía disculparlo; seguro que todo el mundo se cansaba de saludar a los invitados en un baile), pero lo que la hizo sentir incómoda fue el brillo en sus ojos. Era casi... calculador.

Ella luchó contra el impulso de darse la vuelta y encontrar a Enrique.

—Ah, padre, veo que has conocido a mis nuevos amigos. —Jack apareció de repente a su lado, pero su sonrisa no llegó a sus ojos mientras se ajustaba el puño—. Son encantadores, ¿no?

Con los tres hombres parados uno al lado del otro, el parecido era aún más claro; no había prácticamente ninguna posibilidad de que la misma sangre que fluía a través de estos tres estuviera presente en Juan.

El labio del duque Thorne se torció casi imperceptiblemente mientras se volvía hacia su segundo hijo. —No me había dado cuenta de que los conocías. ¿Cómo...? —De nuevo, la pausa fue tan breve que Margaret casi la pasó por alto. —Qué bien.

Jack ignoró a su padre y extendió el brazo para señalar la parte trasera del grupo. «¿Y conoces a su amigo en particular, Enrique?»

Los hombres de Hugen se separaron al instante, abriendo un camino directo hacia el hombre en cuestión. Enrique no pareció sorprendido y avanzó cojeando rápidamente, listo para hacer una ligera reverencia. «¿Cómo está, duque Thorne?» Como si todos sus movimientos se hubieran reducido a incrementos, el padre de Jack inclinó la cabeza un poco. Parecía ajeno a las miradas de los hermanos Hugen, quienes analizaron su rostro en busca de signos de reconocimiento. Margareth, en cambio, miró a Enrique. A pesar de la muleta, parecía estar más erguido y sostuvo la mirada de hierro del duque.

—¿Y quién es ese amigo en particular? No recuerdo haberle hecho ninguna invitación. —Su tono había perdido toda apariencia de cortesía. Margareth se apartó antes de poder evitarlo. Detrás de ella, Homero le puso una mano firme en el brazo para consolarla. Tal vez para que se quedara quieta.

—Me temo que estamos cometiendo un error, señor Thorne. Enrique se está quedando con nosotros en este momento y pensamos que un invitado más no supondría una molestia demasiado grande para su hospitalidad». Para Antonio, eso fue casi de mala educación.

El rostro del hombre se obligó a esbozar una sonrisa educada. —Por supuesto. —Su mirada, que había examinado a Enrique de pies a cabeza, se dirigió a Jack—. ¿Tu amigo tiene otro nombre?

La sonrisa de Jack se hizo más amplia. «Es curioso que lo preguntes, ahora mismo no lo hace. Solo le llamamos Enrique». Se inclinó hacia delante. «¿No te resulta familiar?»

Esta vez, el Duque frunció el ceño. —Prefiero no conocer a tus amigos —susurró a Jack en voz baja, aunque todos lo oyeron; el resto del grupo permaneció ajeno a la tensión.

Solo la mano de Homero mantuvo a Margareth en su lugar.

El primero en actuar fue Fidel. Se acercó a Jack, le puso una mano sobre el hombro y le tendió la otra al duque. Deliberadamente dejó que la muñeca se relajara; un apretón de manos poco atractivo. «Tal vez yo pueda ser el primero».

El duque se erizó visiblemente y se apartó de la rama extendida con un gruñido de disgusto. «Una palabra, Jack». Prácticamente escupió al alejarse de ellos. Se alejó caminando con fuerza, pero conservaba la imagen del decoro, asintiendo con la cabeza a los invitados mientras se iba. En su ausencia, Jack soltó una carcajada:

—Bueno... —Se volvió hacia ellos con las cejas arqueadas. Sin embargo, cuando su mirada se posó en Fidel, frunció el ceño, y el hermano menor de Margareth se apartó rápidamente de él.

«Me disculpo si me excedí, solo...».

—No, no. —Jack le hizo un gesto de despedida, luciendo más confundido que ofendido—. —Estaba... quiero decir, gracias. Ha pasado mucho tiempo desde que alguien... —El hombre, que parecía un niño triste, confundido y sorprendido, se encogió de hombros—. —dijo Jack, sacudiendo los hombros y desechando cualquier emoción que pudiera haber en él. Les guiñó un ojo y se fue. «Bueno, supongo que será mejor que me vaya y que me riñan. Los buscaré a todos más tarde para avisarles si se le escapa algo».

Se alejó caminando en la dirección en la que su padre había desaparecido, dejando a Hugens y a Enrique parados torpemente en la puerta.

Después de un largo rato, Fidel suspiró. «¡Maldita sea! ¿Es este el final de la intriga?»

Capitulo 15

El grupo se quedó allí, dentro del salón de baile, sin saber muy bien qué hacer. Aunque el resto de los invitados no se habían percatado de la conversación en voz baja con los Thorne, las miradas empezaron a desviarse hacia ellos. Ahora los hombres se movían, incómodos por una razón completamente diferente.

Fidel fue el primero en ceder. «Maldita sea», gruñó en voz baja, ganándose una mueca de reproche de Margareth. «Voy a buscar el whisky de Thorne». Se marchó dando tumbos, bordeando el salón de baile. Vinicius abrió la boca, se lo pensó mejor y terminó asintiendo con la cabeza en dirección a su hermano menor. Luego la siguió.

Si no estuvieran a la vista de tantos conocidos, Margareth habría puesto los ojos en blanco.

Antonio la agarró del codo. —¿Quieres bailar, hermana mía? —preguntó en voz baja. Sus ojos eran tiernos (después de todo, era Antonio), pero también miraban fijamente a la multitud, seguramente llena de madres desesperadas y sus hijos sonrientes. Su oferta era tanto por él como por ella.

Margareth siempre estaba dispuesta a ayudar. «Por supuesto».

Ella tomó su brazo y dejaron a Enrique al cuidado de Homero. Ninguno de los dos hizo ningún comentario, así que se dio la vuelta para echar una última mirada por encima del hombro y asegurarse de que estaban bien. Llegó justo a tiempo de ver a Homero esbozar su sonrisa extrovertida, una felicidad resplandeciente que iluminaba sus ojos con tanta claridad como si hubiera construido un foso. Casi inmediatamente, vio a alguien que conocía al final de la multitud y se acercó para hablar.

Enrique no la siguió y ella desvió la mirada para ver por qué; él la estaba mirando.

Ella se giró rápidamente y vio que Antonio era un excelente compañero de baile, así que no se quejó cuando, al final del primer baile, la llevó inmediatamente al segundo. Una dama de aspecto maternal que estaba al final de la multitud frunció el ceño tan profundamente hacia Margareth que ella supuso que él podría estar evitándola.

—¿Quién es ese? —susurró, desviando la mirada rápidamente hacia un lado, pero el gemido ya se había escapado. —Lady Hawkins. Le compré caballos a su marido el año pasado y cometí el error de aceptar una invitación para tomar el té. Ahora me persigue.

Margareth lo miró a la cara y confirmó que estaba frunciendo el ceño:

—¿Hawkins? —Pensó por un momento—. ¿Lady Winona Hawkins?

—Es su hija —confirmó con gravedad.

Puede que fuera un hermano diferente, pero aun así quería poner los ojos en blanco. «Winona es encantadora, podrías haber sido mucho peor». Tampoco mentía; la chica que había conocido era menuda, rubia y recatada.

Antonio hizo un ruido de disgusto entre dientes. —¡Es una niña, apenas tiene dieciocho años! —exclamó Antonio, contrariado.

El baile requirió un breve cambio de pareja y Antonio se la pasó a un caballero mayor que no paraba de dar los pasos. Margareth no se preocupó demasiado y se concentró en lo que Antonio había dicho. Al parecer, era una excusa bastante endeble. La chica llevaba un año saliendo y muchos de sus conocidos se habían casado con una diferencia de edad mucho mayor. ¡Antonio solo tenía 27 años! Una diferencia que no era precisamente notable.

Regresó junto a Antonio justo a tiempo para mirarlo con una ceja enarcada. «Al final tendrás que casarte, ¿sabes?».

Su postura se enderezó levemente. —Soy muy consciente de mi deber, Margareth. Las palabras fueron lo suficientemente cortantes como para hacerla estremecer.

—No quise decir... —suspiró—. Solo quiero que seas feliz.

Con una sincronización casi perfecta, los músicos tocaron las notas finales de la canción y todos los bailarines se separaron para ofrecer un suave aplauso. La sonrisa de Antonio, siempre indulgente, regresó: «Primero te veremos feliz».

Apenas había dejado la pista de baile cuando Homero la arrastró hacia otro baile. Intentó retenerla un segundo, pero ella se negó.

—Sobrevivirás un momento con las madres —susurró—, pero yo no sobreviviré sin un vaso de agua.

Encontró una jarra y un mayordomo junto a los ponches y aceptó un vaso con un gesto de agradecimiento. Una mirada rápida le indicó que allí no había whisky y se preguntó por un momento dónde habrían desaparecido sus otros dos hermanos. Se giró para mirar, sin demasiado interés en encontrarlos por si también querían usarla como escudo contra mujeres jóvenes y solteras. En cambio, encontró a Enrique.

—¡Oh, hola! —dijo ella sobresaltada, salpicándose los guantes con agua—. Hola.

Él simplemente le sonrió.

Margareth tomó un sorbo rápido para intentar calmar su pulso; por alguna razón, latía más rápido que cuando había estado bailando. Se quedó quieta mientras pensaba en lo que el baile podría haberle hecho a sus mechones perfectamente peinados y una mano nerviosa se deslizó hacia su frente para comprobar si tenía algún pelo suelto.

Su boca empezó a moverse por sí sola. «Espero que no os hayamos abandonado esta noche. Mis hermanos parecen decididos a mantener a raya a las posibles esposas».

Enrique se rió entre dientes y negó con la cabeza. —No, han sido muy buenos. —Se acomodó en su muleta, inclinándose ligeramente hacia adelante. Su rostro esbozó una sonrisa secreta que atrajo a Margareth. Aunque tal vez hubiera sido mejor concentrarse menos en traerme físicamente y más en qué decir cuando llegáramos; no hay un solo invitado aquí dispuesto a aceptar «Señor Enrique» como una presentación completa.

Margareth no pudo evitar soltar una carcajada y se llevó una mano a los labios. «¿Qué has estado diciendo?».

«Por suerte, no depende de mí. Solo miro a uno de tus hermanos y espero su respuesta. Hasta ahora he sido un viejo amigo de la escuela, un primo segundo por parte de tu madre y creo que Homero hizo algún comentario sobre «alguien que trajo la tormenta»».

Se rió al imaginarse a Antonio y a Homero teniendo que improvisar las historias. No podía decir si Enrique había tenido suerte o no; Fidel habría sido perfecto para el trabajo, ideando una historia intrincada sobre la marcha, sin duda, pero Vinicius... Bueno, tal vez su público no se habría molestado en esperar la historia y podrían resolver el problema de esa manera».

«Creo que me hubiera gustado ver eso», dijo, poniendo una mano sobre su brazo.

El contacto repentino la sacudió y se apartó bruscamente, consciente de repente de lo cerca que estaban en el abarrotado salón de baile. Una rápida mirada alrededor de la sala le indicó que nadie los había notado y tragó saliva con dificultad, dándose la vuelta para devolverle rápidamente su copa al lacayo.

—Deberíamos regresar... —empezó, con las manos fuertemente entrelazadas frente a ella para evitar más errores.

Enrique habló por encima de ella, y sus palabras casi se le escapaban:

—¿Bailarías conmigo?

—Sí —respondió Margareth, quedándose paralizada al darse cuenta de que había hablado. Un rubor le llenó las mejillas, que se profundizaron aún más cuando Enrique le sonrió.

—Quiero decir... —dijo, haciendo un gesto hacia su pierna—. ¿Tu pierna? No encontró las palabras adecuadas para formular su pregunta, pero estaba implícita.

Como si la orquesta estuviera escuchando, la música pasó a ser un vals lento. Detrás de ellos, las parejas aparecieron en la pista de baile para participar en un baile casi demasiado íntimo.

Enrique se encogió de hombros. «Entonces no es un baile, ¿quizás un balanceo?»

El cuerpo de Margareth respondió antes que su mente y ella asintió.

Él cambió de lado y le ofreció el brazo que no sostenía su peso, y juntos se abrieron paso entre la multitud. Muchos habían aprovechado la oportunidad para refrescarse, comer o beber algo, dejando afortunadamente al público que observaba a los bailarines con bastante espacio. Una parte de su cerebro le decía que la gente se quedaría mirando y que, tal vez, bailar con un completo extraño delante de todos sus conocidos no era la mejor de las ideas, pero esa parte de su cerebro no estaba tomando decisiones en ese momento.

Cuando Enrique los detuvo, frunció el ceño por un momento, mirando entre su pierna herida, la muleta y Margareth. Se metió el extremo de la muleta debajo del brazo, doblando el codo.

—¿Lady Margareth? —preguntó suavemente.

Margareth colocó su mano sobre la de él, tratando de no pensar en el calor que brotaba de sus dedos, y levantó la mano izquierda para apoyarla sobre su hombro. Su brazo derecho se acomodó en su espalda, justo debajo del omóplato.

Luego se enderezó, acercándolos aún más y adoptando una postura adecuada.

Margareth jadeó y el aliento adicional empujó sus pechos hasta tocarlos, y entonces soltó una carcajada nerviosa. Sin embargo, Enrique no se estaba riendo, simplemente la miraba a través de sus pestañas mientras comenzaba a balancearlos a ambos de izquierda a derecha.

—Creo que estaba demasiado aturdido para decírtelo antes —dijo suavemente, sus palabras revoloteando en la mejilla de Margareth—, pero te ves absolutamente hermosa.

Margareth estaba agradecida de tener los pies bien plantados, de lo contrario podría haber tropezado. Su rubor regresó con toda su fuerza, esta vez comenzando en su pecho y moviéndose en todas direcciones, y no podía encontrar nada que decir o hacer. ¡Seguramente esto era demasiado íntimo para un salón de baile! Quería apartarse, pero en lugar de eso sus manos lo apretaron con más fuerza.

Cometió el error de mirarlo a los ojos mientras abría y cerraba la mandíbula, pero su mirada pareció derretir lo que quedaba de su cerebro y no la ayudó a encontrar las palabras. Le ardían. Y luego se posaron en su boca.

Margareth nunca había besado a un hombre, pero de repente era lo único en lo que podía pensar. ¿Qué se sentiría? ¿Qué sabor tendría? ¿A qué sabría Enrique?

Enrique apartó la mirada de repente, se aclaró la garganta y la mantuvo a raya. Tragó saliva una vez, dos veces, antes de poder hablar:

—Lo siento, eso fue... uh... —Tragó saliva de nuevo.

Margareth se sintió muy aliviada al saber que no era solo su mente la que parecía estar perdida. Buscó un tema de conversación más seguro en toda la habitación. Respiró aliviada cuando vio a Jack y se lo dijo a Enrique, agradecida de poder hilvanar una frase. Él la siguió con la mirada. «Me alegro de verlo ileso». Margareth frunció el ceño levemente. «¿Estabas preocupada por él?»

Se tambalearon por un momento mientras Enrique dudaba qué decir, inclinando la cabeza de un lado a otro. «Tal vez no esté preocupado, solo... cauteloso. Su padre parecía tan insensible como había prometido». Dicho esto, habló en un tono bajo para que no lo escucharan, pero su ceño se frunció aún más. «¿Tienes algún recuerdo de él?» Enrique negó con la cabeza, pero no dijo nada más. Margareth no quería entrometerse, así que miró a Jack y se sorprendió al verlo de pie, exactamente donde había estado. Estaba en la parte trasera de la multitud, sin interactuar con nadie y casi totalmente ensombrecido por el balcón de arriba. Miraba hacia arriba, al otro lado de la habitación, con una mirada firme.

Casi para sí misma, Margareth dijo: «¿A quién está mirando?».

Enrique volvió a mirarlo, pero la forma en que estaban posicionados hacía que no pudiera ver hacia dónde miraba Jack. Lo mejor que podía hacer era girarse ligeramente para ofrecerle a Margareth una mejor vista de su ancha figura. Su mirada se dirigió hacia arriba, hacia el balcón, buscando a alguien que pudiera estar haciendo algo desagradable que mereciera una observación tan inflexible por parte de su nuevo amigo. Había algunas matronas disfrutando de la vista de sus jóvenes a su cargo y de sus parejas, y una pareja mayor hablando mientras se apoyaban contra la barandilla. De repente, Margareth se inclinó hacia un lado para protegerse de la vista de Enrique. El hombre la agarró con más fuerza y la preocupación se reflejó en su rostro al ver la sorpresa en su rostro. Margareth palideció de manera espectacular; todos los restos de rubor habían desaparecido por completo y su respiración era superficial.

—Margareth, ¿quién es? —preguntó Enrique en un susurro áspero, con la preocupación acentuando su tono. Hizo como si fuera a darse la vuelta para mirar por sí mismo, pero las manos de Margareth se movieron rápidamente para agarrarle los hombros.

—No, no lo hagas —prácticamente espetó—. Nos está mirando.

A pesar de lo que decía la ley, Enrique la acercó más a su pecho, la mano en su espalda,

hundiéndose ligeramente hacia su cintura. «¿Quién? ¿El duque Thorne?» Ella negó con la cabeza y levantó la mirada hacia él. En lugar de sus ojos verdes, vio unos ojos oscuros que la miraban fijamente. Parpadeó para apartarlos.

—Señor Henry Thorne —tragó saliva—, el hermano de Jack.

Enrique se quedó quieto de repente. —¿Su hermano? —Sacudió la cabeza—. Tampoco me resultaba familiar. Pensé que al menos reconocería a la persona... quiero decir, a quien fuera...

Margareth lo apretó de nuevo, aunque esta vez para sacudirlo un poco. «No sabemos si está involucrado o, si lo está, de qué manera», dijo Margareth, desconcertada al verlo observándolos. Estaba apoyado en la barandilla con tanta naturalidad que casi podría haberlo confundido con Jack, pero su mirada oscura no era jovial. Incluso desde esa distancia, había algo inquietante en ella que le hizo temblar.

Enrique asintió de repente y apartó las manos de ella. Margareth sintió frío de repente y luchó contra otro escalofrío.

—Creo que a los dos nos vendría bien un vaso de ponche —afirmó con un gesto de la cabeza. En lugar de ofrecerle el brazo, le hizo un gesto para que se moviera primero. Ella se sintió aliviada, porque aunque no pudo evitar mirar hacia atrás para comprobar si Henry Thorne todavía los observaba, no quería volver a ver esa expresión oscura. En cambio, solo vio a Enrique, y recibieron algunas miradas extrañas cuando salieron de la pista de baile (en medio de la canción y ambos lucían más que ligeramente alarmados), pero Margareth señaló el pie de Enrique y trató de parecer comprensiva. «Solo espero que no se haya hecho más daño», le dijo con una sonrisa burlona a una matrona a la que dirigió una mirada particularmente arqueada. Eso pareció satisfacerla y rápidamente se encontraron nuevamente en la mesa de las bebidas. Margareth rechazó el ponche y aceptó un vaso de agua del lacayo. Aunque el pie de Enrique era una excelente excusa para salir apresuradamente del vals, lo miró de nuevo y se preguntó si realmente le dolía. Se inclinó hacia delante para preguntarle mientras él se enderezaba del ponche, pero una tos profunda la distrajo. Al darse la vuelta, se encontró cara a cara con una mata de rizos cortos y rojizos que ya formaban una profunda reverencia. El cabello se alisó para revelar la figura del señor Sparrow.

—Buenas noches, lady Margareth.

Oh querido.

"Te ves absolutamente encantadora esta noche."

¡Oh querido!

Capitulo 16

Margareth se sintió como uno de los barcos de los poemas, arrastrado por una tormenta y navegando a paso firme hacia las rocas hambrientas. Su estómago se revolvió mientras se obligaba a hacer una reverencia temblorosa:
—L-Señor Sparrow. Margareth se lamió los labios, que de repente estaban secos. Al recordar el agua que tenía en la mano, la levantó demasiado rápido y derramó un poco sobre sus faldas. Soltó una risita forzada mientras se limpiaba las gotas. Agresivamente, Margareth se quedó quieta de repente, respiró profundamente y parpadeó durante un buen rato, y luego miró a Sparrow con la sonrisa gentil y recatada que le habían enseñado al terminar la escuela. «Qué lindo volver a verte». Él le devolvió la sonrisa. «Ha pasado demasiado tiempo, querida». El estómago de Margareth, que ya estaba revuelto, se revolvió ante esa expresión cariñosa y ella agarró su mano con fuerza para protegerla. Sintió que le subía el calor a las mejillas y agachó la cabeza para ocultarlo, mientras él sonreía aún más.
—Usted nos visitó ayer, señor Sparrow —le recordó en voz baja, tanto por vergüenza como porque era profundamente consciente de la presencia que tenía detrás.
Sparrow se acercó más, casi en un tono de incorrección social. —Demasiado tiempo —dijo en un suspiro, y Margareth no pudo evitar dar un paso atrás. Chocó contra un cuerpo cálido. Se giró un poco y se encontró con la mirada de Enrique, cálida y ligeramente preocupada. Su corazón latió con fuerza una vez, dolorosamente, y miró de nuevo a Sparrow y luego a Enrique.

—Oh, eh... —Sus manos se unieron frente a ella, con los dedos enguantados moviéndose nerviosamente—. —Señor Sparrow, este es J... —Tragó saliva—. Señor Enrique. Es un... Es un amigo de la familia.

Los hombres se saludaron torpemente con una reverencia: Enrique porque no podía doblarse del todo alrededor de la muleta y Sparrow porque no parecía querer apartar la mirada de Enrique. Su mirada se había endurecido desde que la miró y recorrió a Enrique de la cabeza a los pies. En particular, se centró en el espacio que había entre Margareth y Enrique. O más bien, en la falta de uno.

Margareth se alejó rápidamente, y el rostro de Sparrow recuperó su habitual sonrisa. «Espero que cualquier amigo de la familia Hugen sea amigo mío en el futuro».

Ninguno de los presentes se perdió la insinuación cuando el hombre volvió su cálida mirada hacia Margareth. Luego apartó la mirada y fijó su atención en Enrique, aunque su mirada era decididamente más fría.

—¿Conoces a la familia Hugen desde hace mucho tiempo? —preguntó.

Enrique sonrió cortésmente. «Es difícil recordar exactamente cuánto tiempo hace que los conozco».

Margareth no pudo evitar el pequeño bufido que se le escapó ante su diplomática media verdad, aunque lo ocultó con una delicada tos.

Sparrow le ofreció su pañuelo al instante con un gesto, pero ella lo rechazó:

—Ah, no se me ocurriría olvidar ni un solo momento de mi conocimiento de ellos.

—Estoy seguro de que.

Margareth no estaba muy segura del tono de voz de Enrique en ese momento, y Sparrow también pareció notarlo. Sus siguientes preguntas fueron decididamente menos educadas:

—¿De dónde eres?

—No soy local.

"¿Tienes alguna profesión?" "¿No en este momento?" "¿Estás prometido?"Enrique soltó una carcajada que sorprendió a Margareth por su falsedad. -Ah, Sparrow, no creo que nos conozcamos lo suficiente como para dar detalles tan íntimos.Sparrow entrecerró los ojos, pero volvió a sonreír. -No será el matrimonio una cuestión difícil?"Creo que dependería a quién le preguntes".Margareth no podía estar completamente segura de lo que estaba sucediendo ahora. La conversación se había deteriorado, estaba segura, pero había una tensión en sus voces que no podía explicar. Se sobresaltó cuando Sparrow se enderezó de repente.-Iré a buscar a Señor Hugen. Hay... esperanzas que deseo discutir con él. -Su mirada era acalorada y parecía inmovilizar a Margareth-. ¿Quieres que te acompañe?Parpadeó y dudó. -Gracias, no. Creo que debería tomar un poco de aire, la habitación se está volviendo terriblemente sofocante. -El estrés de intentar seguir la conversación la había abrumado y realmente se sentía muy acalorada. Si la conversación que Sparrow pretenía tener con su hermano se parecía en algo a lo que ella sospechaba... Bueno, esa era otra razón para evitar regresar con él. No estaba segura de cómo se sentía con respecto a esa conversación.Tras mirar fijamente a Margareth y saludar con la cabeza a Enrique, Sparrow se dio la vuelta y atravesó el salón de baile a grandes zancadas. No miró hacia atrás.Algo en Margareth le impidió mirar a Enrique y, en lugar de eso, se dio la vuelta y se dirigió hacia el balcón, aunque con un ritmo lento.

—No sabía que estuvieras cortejando a alguien —dijo Enrique de repente detrás de ella. Su voz era baja, pero eso no explicaba del todo el tono tenso.

—¡No lo soy! —Margareth no quería pensar en por qué su negativa había llegado tan rápido. Quiero decir, el señor Sparrow ha estado de visita, pero nosotros no... no hemos hablado de... —Creo que esa discusión se llevará a cabo esta noche —murmuró, mirando hacia el otro lado de la habitación, donde podía ver a Antonio estrechando la mano del señor Sparrow a modo de saludo. Trató de tragarse el nudo que se le formó en la garganta, pero fue en vano.

—No me gusta la forma en que te mira —la frase se le escapó sola cuando cruzaron el umbral hacia el balcón. Sin embargo, no fue el aire frío lo que puso nerviosa a Margareth, sino que se dio la vuelta rápidamente, después de mirar a su alrededor para asegurarse de que no había nadie cerca lo suficientemente como para oírlos, y puso las manos en las caderas. «¿Ah, sí? ¿Y cómo me mira exactamente?» La mano de Enrique se tensó sobre su muleta, deseando no haber dicho nada. Margareth parecía feroz en la penumbra; los mechones de cabello que le cubrían el rostro se agitaban con la brisa. Ella lo miró con el ceño fruncido, como alguien tan bondadoso como Margareth podía ser. «Como... como un pirata mirando...»

—¡Basta de náutica! —le espetó, interrumpiéndolo. Él la miró sorprendido, pero eso solo avivó aún más su ira. Si tienes algo que decir, dilo claramente o no lo digas. —Fue un desafío mantener el tono de voz bajo y se acercó a él a pesar de su irritación para asegurarse de que la escuchara.

Enrique suspiró y cerró los ojos con fuerza. —No intento ofenderte ni herirte, Margareth. Solo quiero advertirte. Cuando la miró de nuevo, ella seguía frunciendo el ceño. Te mira como si hubiera algo para él. Como si pudiera jugar contigo. Ignoró el atisbo de calor en sus mejillas.

Ella parpadeó. —¿Sugieres que estamos cortejándonos y luego te preocupas de que esté jugando contigo? ¿Quizás quiere seducirme o quedarse con mi dote? Porque, si no, ¿por qué un hombre así me miraría así...? —dijo, alzando las manos en el aire y acercándose aún más para que nadie la escuchara. Lo miró furiosa, esperando que las lágrimas que podía sentir no fueran visibles para él.

—¿Con qué? ¿Con interés? ¿Deseo? ¿Alguna vez has considerado la posibilidad de que la persona que está «en esto por él» podría ser yo? —Una lágrima se desprendió y corrió por su mejilla, y la secó rápidamente con el dorso de la mano enguantada.

La expresión de Enrique se desmoronó, la culpa y el dolor brillaron en sus ojos mientras levantaba su mano libre hacia el rostro de ella. «Oh, Margareth, yo no...». Ella se apartó de su toque, poniendo una distancia respetable entre ellos una vez más. «No lo hagas».

Sin que su corpulencia le impidiera ver el salón de baile, Margareth se sorprendió al ver a alguien de pie detrás de Enrique, merodeando en la puerta con el ceño fruncido. Tragó saliva con dificultad y dijo:

—Señor Thorne. No sabía si el gorjeo en su tono era aprensión por este hombre o los restos de la conversación anterior, pero esperaba que fuera solo ella quien lo escuchara.

El señor Henry Thorne no respondió a su saludo; su mirada severa estaba fija en Enrique mientras el hombre se giraba tan rápido como podía.

—¿Por qué estás aquí? —Su tono era más oscuro que sus ojos; las palabras casi gruñeron entre sus dientes. Para un hombre que se parecía tanto a Jack, sus caracteres no parecían tener nada que ver. Su rostro estaba surcado de arrugas, tal vez debido a toda una vida de ceño fruncido, y su labio superior se crispaba. En Jack, eso podía tener un toque de humor oculto; en Henry, era siniestro.

Enrique no pareció inmutarse y miró a Margaret por encima del hombro. Luego se desplazó ligeramente hacia la izquierda, colocándose entre ella y Thorne. Si ella no se sintiera todavía insultada por sus comentarios, tal vez se hubiera sentido protegida.

Volvió a mirar a Thorne. «Estoy aquí para disfrutar de la hospitalidad de tu padre y de la conversación de mis amigos».

El otro hombre hizo un ruido de frustración y levantó una mano para señalar a Enrique. —¡No te hagas el tímido conmigo! Ambos sabemos que no estás aquí de forma inocente. ¿Qué quieres? ¿Dinero, eso es todo?

Thorne pareció ignorar la sorpresa de su audiencia y dio un paso adelante para sisearle a Enrique:

—¡No seremos chantajeados por gente como tú, bastardo conspirador!

El ácido en su tono hizo que Margareth jadeara.

Por primera vez, Enrique reaccionó. Se inclinó hacia delante y me miró con dureza. —Te agradecería que tuvieras cuidado con lo que dices delante de la dama —le dijo Thorne.

Thorne la miró y abrió la boca. Lo que fuera que estaba a punto de decir (y Margareth no estaba dispuesta a pensar que hubiera sido cortés) fue interrumpido.

—¿Está todo bien aquí afuera?

Margareth decidió que era una noche en la que los hombres aparecían detrás de la gente, aunque una oleada de alivio la invadió. De pie en la puerta, con los brazos cruzados sobre el pecho y una educación exagerada, estaban Antonio y Homero.

El labio de Thorne se torció, pero no se giró.

—Solo me estaba despidiendo.

—¿Te vas?

—No —dijo, apartándose bruscamente de Enrique y pasando junto a sus hermanos—. Pero todos ustedes sí. Ninguno de ellos (aunque suponían que se trataba de Enrique) había sido expulsado de un evento, y todos se quedaron en silencio por un momento. Margareth supuso que debería haberse sentido avergonzada o, tal vez, apenada, pero en cambio se sintió aliviada; por un momento, pensó que Henry Thorne podría haberles levantado la mano.

Se le escapó un suspiro y Enrique se giró. —¿Estás...? Sin mirarlo, pasó rápidamente y aceptó el brazo de Antonio sobre sus hombros sin ver la mirada de sorpresa que su hermano lanzó en dirección a Enrique. Homero había desaparecido, presumiblemente para recoger a los otros Hugens.

Antonio le frotó el hombro. —Deberíamos irnos, antes de que Thorne decida expulsarnos por la fuerza. Miró a Enrique por encima de ella y preguntó: —¿Qué hiciste para molestarlo tanto?

Se encogió de hombros, demasiado cansado para responder. Le dolía la pierna, al igual que el brazo donde descansaba la parte superior de la muleta, y sentía como si un burro le hubiera dado una patada en el centro del pecho cada vez que Margareth evitaba su mirada. Antonio pareció comprender algo de lo que estaba sintiendo y volvió a dirigir su atención a su hermana mientras bordeaban el salón de baile. «La noche estuvo llena de acontecimientos en otro sentido, hermana mía, uno que creo que podrías preferir mucho más: ¡el señor Sparrow ha pedido cortejarte!». El burro volvió a patear.

Capitulo 17

Enrique se había equivocado. Eso se hizo evidente cuando pasó todo el día siguiente y no vio ni rastro de Margareth. La había herido. No, había hecho algo peor que eso: la había insultado a ella y a su... pretendiente. Al oír esa palabra, Enrique se estremeció. Al caer la tarde, ya no pudo soportarlo más. Enrique agarró la muleta que estaba apoyada contra la pared, salió cojeando de la habitación en busca de la mujer en la que no podía dejar de pensar. Llegó al vestíbulo antes de ver a uno de sus hermanos.

—Buenas tardes, Simón, ¿has...? —El hombre levantó la vista de su conversación con el mayordomo y le ofreció su habitual sonrisa amistosa. —¡Ah, Enrique! Me alegro de verte de nuevo despierto», dijo alegremente, interrumpiendo al hombre. «Ahora que te mueves mejor, deberías comer con nosotros si quieres. Estamos a punto de sentarnos a cenar, si tienes hambre».

Era una extraña yuxtaposición ver a un hombre tan amable y gentil como Antonio ostentando un título, en el que estaba acostumbrado a que lo obedecieran; significaba ofertas muy educadas que eran casi imposibles de rechazar. No es que Enrique estuviera dispuesto a decir que no.

—Gracias —dijo, siguiendo la dirección del brazo extendido de Antonio. Lo estoy. —No, pero tendría hambre si eso le diera la oportunidad de hablar con Margareth.

Aunque toda la familia estaba sentada en el comedor, Enrique la encontró al instante con la mirada. Estaba sentada en el otro extremo de la mesa, frente a su hermana pequeña, y en el momento en que él entró, ella levantó la vista y vio la comida en su regazo. La habitación no estaba lo suficientemente cálida como para explicar el rubor en sus mejillas, y Enrique tragó saliva nerviosamente.

Nadie pareció notar a ninguno de ellos, excepto uno. Alicent se retorció en su asiento y se puso de rodillas para pedirle: «Enrique, ¿quieres venir a sentarte a mi lado?». Él desvió la mirada hacia ella con dificultad. —Sería un honor, Phil.

Los hombres que estaban en la sala sonrieron o asintieron con la cabeza; Vinicius fue la excepción, ya que levantó la vista de su libro con sorpresa, aparentemente sin haber notado la entrada de Enrique, pero, por lo demás, no dijeron nada mientras lo aceptaban en medio de ellos. Mientras Enrique se sentaba en el asiento que le había indicado Phil, apareció otro plato ante él.

Inmediatamente, ella comenzó a preguntarle sobre la muleta: ¿funcionaba?, ¿era cómoda?, ¿sentía que estaba afectando a la curación de su pierna? Enrique hizo todo lo posible por responder, pero no pudo evitar mirar a Margareth. Ella lo evitaba cuidadosamente cada vez.

Mientras la comida empezaba a enfriarse, Antonio le recordó irónicamente a Phil que «dejara que el hombre comiera», lo que le permitió a Enrique unos momentos de tranquilidad mientras ella devoraba su propia comida. Por supuesto, miró a Margareth. Llevaba el pelo recogido en un moño suelto en la nuca y mechones castaños le caían sobre las mejillas. La cinta que la rodeaba era del mismo azul suave que su vestido de día, un color que combinaba a la perfección con su piel cremosa.

Enrique apartó la mirada rápidamente. —Margareth, por favor, déjame... Se puso rígida mientras él hablaba, pero ninguno de los dos sabría nunca si lo había escuchado. El señor Gilberto

apareció en la puerta, emitiendo una tos suave pero clara que debía de haber sido enseñada a todos los mayordomos de buena reputación. La sala lo miró rápidamente.

—Perdóneme, Su Gracia —dijo, adentrándose en la habitación para dirigirse a Antonio—. Tiene una visita.

Margareth levantó el cuello de golpe y miró fijamente la puerta. Enrique juraría que podía leer un nombre en ellos: Sparrow. Aunque se sentía mal por su comportamiento grosero con Margareth la noche anterior, no podía cambiar de opinión sobre su pretendiente. Sparrow había sido demasiado atento, no había quitado los ojos de ella ni un momento. Y no parecía haberlo hecho de una manera cariñosa. Parecía una queja insignificante, pero era su queja de todos modos.

Aunque la sola idea de que Sparrow entrara en ese momento le irritaba sobremanera, se prometió en silencio ser cortés y decente, independientemente de sus sentimientos personales al respecto. No haría más daño.

Nunca se había sentido más aliviado al ver a Jack Thorne.

El hombre audaz pasó por detrás del mayordomo y le dio una palmada en el hombro al perturbado anciano con su habitual sonrisa encantadora. «Vamos, vamos, Gilberto. Te dije que no te preocuparas por anunciarme. ¡Vaya, si prácticamente soy de la familia!». Como era de esperar, esto provocó una multitud de miradas de disgusto y bufidos en la sala. Antonio le hizo un gesto al mayordomo para que dejara que el intruso se quedara y este salió de la habitación con una última mirada de soslayo a Jack.

—¿Quieres unirte a nosotros? —El tono de Antonio sonaba risueño, pero la oferta era genuina mientras señalaba la mesa.

El joven frunció el ceño. «No me importa si lo hago».

La mesa no estaba preparada para tanta gente, pero, mientras caminaba hacia el extremo sin decoración, Phil se deslizó de su asiento.

—Toma, Jack, puedes sentarte en mi lugar. —Al mismo tiempo, le dio un golpecito en el hombro a Enrique y esperó a que se inclinara un poco hacia atrás antes de subirse a su regazo. Y allí se quedó, mirando al resto de la sala mientras esta la miraba a ella.

Enrique estaba tan sorprendido como su familia, pero cuando Antonio pareció querer regañarla, sacudió la cabeza. Decisiones impulsivas como esa eran lo más parecido a actuar como un niño que había visto hacer a Phil. También se sentía más que honrado de que ella lo quisiera tanto.

Como de costumbre, Jack parecía ajeno a la tensión, aunque sus ojos escudriñaban la habitación por debajo de sus cejas mientras le hacía una reverencia de agradecimiento a Phil. Estaba vestido de manera sencilla una vez más: pantalones sencillos metidos en botas canela, una camisa oscura casi oculta bajo un abrigo rojo oscuro; una mezcla confusa de artículos de alta calidad y sencillez que no se veía comúnmente en la nobleza. Muy propio de Jack.

Cuando tomó el asiento de Phil, sonrió:

—Entonces, ¿pasaron todos una velada tan agradable como la mía?

El único ruido que se escuchó en la habitación fue un pequeño golpe cuando Vinicius dejó el tomo sobre la mesa. Jack lo miró con una sonrisa en el rostro, pero con una oscura intensidad en los ojos. —¿Está bien, eh? —Antonio se aclaró la garganta para llamar la atención de todos.

Hizo un gesto con la cabeza a los lacayos. «Gracias, los llamaremos si los necesitamos».

Cuando la puerta se cerró con firmeza tras el último sirviente, Jack se reclinó en su silla y miró a los presentes con una sonrisa firme y sardónica. Tras un largo rato, se volvió hacia Enrique. «Bueno, creo que podemos suponer que Henry te conoce».

Se oyó un ruido proveniente de Margareth: había golpeado su vaso contra el plato al oír el nombre de su hermano. Enrique ansiaba acercarse a ella para consolarla, pero dudaba que fuera bien recibido. En cambio, puso a Phil sobre sus rodillas y se encontró con el ceño fruncido de la niña:

—¿Qué pasó? —preguntó ella, ladeando la cabeza—. ¿Lo reconociste?

Enrique podía sentir la curiosidad del salón quemándole. Sacudió la cabeza rápidamente. «No, me temo que no. Pero estaba muy enfadado conmigo».

—¡Ja! —Jack estaba sonriendo—. ¡Eso es un eufemismo! He hecho muchas cosas para enfadar a mi hermano y no creo que él haya estado nunca tan furioso. Se inclinó ligeramente hacia Enrique y bajó la voz:

—Cuando recuperes la memoria, tendrás que contarme cómo lo lograste.

Fidel y Vinicius intentaron hablar a la vez, pero este último cedió con un gesto de la mano. Fidel estaba apoyado sobre los codos, con un vaso de oporto en una mano y la emoción brillando en sus ojos grises. —¿Y qué hay de tu padre? ¿Viste algo en su comportamiento?

—No. La ira del duque era solo por mí. Tras un momento, levantó la mirada hacia Vinicius y esperó.

—¿Qué... cómo...? ¿Alguno de ellos te dijo algo con respecto a Enrique?

—No. Lo único que vi fue reconocimiento, y luego Henry los observó a todos como un halcón durante el resto de la velada.

—¿Y a ti? —Esto iba dirigido a Enrique.

—Me preguntó por qué estaba allí. Y luego se negó a creerme cuando le dije que simplemente había ido al baile. No sé qué pensó...». La verdad es que Enrique no había pensado mucho en lo que había sucedido con Henry. Su mente estaba concentrada en otra cosa: «Chantaje...». Enrique giró la cabeza hacia un lado y miró sorprendido al otro lado de la mesa. Margareth tenía la mirada fija en su plato y una pequeña arruga entre sus cejas.

—¿Qué fue eso, Margareth? —Antonio era el que estaba más lejos y apoyó los codos sobre la mesa, inclinándose hacia delante para escuchar la palabra que se había perdido. Ella tragó saliva y levantó la vista, pero evitando cuidadosamente mirar en dirección a Enrique. —Señor Henry dijo que creía que Enrique estaba allí para chantajearlo.

En la mesa se alzaron las cejas y todos los ojos se posaron en Enrique. Phil se dio la vuelta para mirarlo solemnemente.

Enrique intentó ignorar la sensación de malestar que se formó en su estómago, pero al final tuvo que expresarla:

—No sé qué es más desconcertante: la idea de haber olvidado algo tan importante o que yo sea el tipo de persona capaz de chantajear...

Jack le dio una palmada en el hombro. «No me quitaría el sueño de pensar en lo que mi hermano cree que eres capaz de hacer».

Eso me provocó una pequeña sonrisa. —Sí. —Vinicius miraba su libro—. Nos has hablado de tu padre, pero ¿y de tu hermano? ¿Crees que podría estar involucrado en todo esto?

Jack se apartó el pelo oscuro de la cara y se dejó caer ligeramente en el asiento con los brazos cruzados sobre el pecho. Lo observó durante un largo rato hasta que Vinicius finalmente levantó la vista. —Siempre haces las preguntas difíciles, ¿no?

La boca de Vinicius se movió ligeramente, tratando de encontrar palabras para una respuesta, pero Jack lo desestimó con un gesto. —Mi hermano... —se encogió de hombros—. Henry es muy parecido al duque. Tiene la misma codicia, el mismo deseo de poder, los mismos... —soltó una breve carcajada, pero no era humor—... prejuicios. No hay mucho que no haría por él si le fuera útil. Y nada que no haría por el duque.

Margareth estaba haciendo un trabajo notablemente bueno evitando a Enrique. Había pasado una semana desde el baile de Thorne y la mayor parte del tiempo que había pasado con él había sido durante la cena. Él había intentado hablar con ella algunas veces, en voz baja mientras se inclinaba hacia delante sobre la mesa, pero ella había adquirido la costumbre de sentarse cerca de Phil o Fidel, con quienes podía entablar una conversación rápida y fácilmente. Rara vez escuchaba lo que tenían que decir, pero era una forma eficaz de silenciar a Enrique. Su pierna herida también jugaba a su favor: al final de la comida, podía levantarse y salir de la habitación antes de que Enrique la viera apoyarse en la muleta.

A lo largo de la semana, también tuvo tiempo de pensar por qué lo evitaba tan cuidadosamente. Había muchas respuestas (se sentía herida, estaba enfadada con él, no era apropiado pasar tiempo a solas con él), pero tal vez la más importante era esta: solo podía tratar con un hombre a la vez. Y, en ese momento, el señor William Sparrow exigía ser ese hombre.

La había buscado al día siguiente del baile y la había encontrado junto al columpio del banco, hablando con el jardinero jefe. Hablaban sobre el cambio de estaciones y sobre la mejor manera de satisfacer la petición del cocinero de ciertas hierbas y raíces sin alterar el equilibrio del jardín. Margareth tenía previsto tener la misma conversación con el cocinero más tarde por la tarde.

Sparrow lo interrumpió con una reverencia, quitándose el sombrero y rozándolo casi con las piedras en un solo movimiento. Si no fuera por su pelo brillante, Margareth podría haber tenido problemas para reconocerlo.

—Buenas tardes, lady Margareth. Qué lindo es verla de nuevo, tan radiante y saludable a pesar de lo tarde que ha pasado».

Margareth estaba un poco abrumada por la rapidez con la que le habló (aunque todavía era capaz de reconocer para sí misma que su velada no había terminado tan tarde después de todo) y sonrió al ver su figura encorvada.

—Hola, señor Sparrow. Espero que te hayas recuperado de lo de anoche. —Hizo un gesto cortés de despedida al jardinero, tomando nota mental de encontrarlo más tarde y convencerlo de que el orégano no sería una plaga para su jardín.

Sparrow finalmente se enderezó. Era evidente que estaba muy feliz. Tenía las mejillas sonrosadas, los ojos brillantes y le sonreía de manera muy amistosa. Margareth no pudo evitar

devolverle la sonrisa. Solo vaciló un poco cuando él le ofreció la mano.

Una rápida mirada alrededor le mostró que el jardinero había encontrado trabajo cerca; lo apodó «chaperón» y colocó sus dedos sobre los de Sparrow.

—Me he recuperado muy bien, gracias. De hecho, anoche fue una de las mejores noches que recuerdo. —La condujo con delicadeza hacia el columpio con la otra mano a la espalda. Como siempre, iba vestido de forma práctica, con ropa de buena calidad que parecía muy usada. En cierto modo, le recordaba al vestuario de Jack, aunque el suyo tal vez estaba diseñado para ser sutil en lugar de estar un poco desgastado. A ella le gustaba eso de Sparrow (bueno, de los dos en realidad): no quería un dandi como marido que pasara más tiempo preocupándose por la ropa y la moda que por las cosas importantes. Recordó brevemente el sombrero de plumas de pavo real de Anthony Marriaga y se le puso la piel de gallina.

Sparrow la miró y dijo: «Sí, tenía la sospecha de que tal vez supieras por qué».

Se tomó un momento para acomodarse en el columpio y la conversación volvió a ella. Se sonrojó profundamente. Eso había estado rondando por su mente, alternando con su enojo hacia Enrique.

—¿Tu hermano mencionó nuestra conversación?

Estaba de espaldas al sol, pero de una manera que obligó a Margareth a protegerse los ojos. Aun así, asintió.

De repente, Sparrow se sentó a su lado. —Adorable Lady Margareth. —No estaba segura de si alguna vez habían estado tan cerca. Se tomó un momento para estudiar su rostro, que era atractivo. Tenía la nariz fuerte y recta, sus mejillas estaban salpicadas de pecas y una leve barba delineaba su mandíbula angular. Sus ojos eran oscuros, tal vez marrones, y en ese momento la miraban con atención. Me gustaría conocerte mejor. Eres encantadora y guapa, y nos llevamos bien. Por favor, permítenos cortejarte y profundizar en nuestra relación. No tenía motivos ni deseos para negarse. —Me gustaría mucho, señor Sparrow.

Por un momento, pareció pensar en besarla y Margareth notó que se le aceleraba el pulso en la garganta. No podía negar su curiosidad, pero la voz en su cabeza que le decía que eso era inapropiado era muy poderosa. No quería tener que negárselo, pero él no lo intentó y ella se evitó la vergüenza.

Después de que se confirmara su noviazgo, Sparrow siguió siendo un caballero atento que la visitaba casi a diario. Margareth disfrutaba de sus conversaciones, sobre todo cuando hablaban de la familia y los conocidos mutuos. Sin embargo, había una parte de ella que vacilaba. Después de las palabras de advertencia de Enrique, Margareth no pudo evitar desconfiar de la mirada de Sparrow. Era un caballero, no intentaba seducirla ni convencerla de que dejara de mirarla a los ojos a su acompañante. Sin embargo, al mismo tiempo, la miró y ella se sonrojó. Pero después de las palabras de Enrique... Por primera vez, trató de no pensar en lo que le inspiraban sus miradas, sino en los sentimientos que le inspiraba. Había algo de humor, un poco arrugado en los bordes, y cierta medida de atracción, pero no pudo evitar pensar que Enrique tenía razón: había algo más que no podía recordar. Le recordaba vagamente a una conversación que habían mantenido, pero no podía recordarla ni por asomo.

Sin embargo, Margareth estaba decidida a ignorar sus dudas. Quería casarse y tener todo lo que ello implicaba: felicidad, un propósito y niños. Sparrow era el único hombre dispuesto a ofrecérselo (el único hombre apropiado, le dijo una voz en el fondo de su mente) y, hasta que él

hiciera algo para ganarse su antipatía, no lo cargaría con sus propias imaginaciones.

Cuando se fue el segundo viernes, estaban hablando de niños.

—Me gustaría tener algunas —dijo Sparrow, con expresión pensativa mientras miraba las molduras de la corona del vestíbulo—. Quizás hijas. Algo dulce que se parezca a su madre. —Su mirada se posó en la de ella y ella se sonrojó. Hasta ese momento, la conversación había permanecido en el terreno teórico. Margareth hizo lo correcto e ignoró el último comentario. «¿Solo hijas? ¿No quieres un hijo y heredero?» El hombre se pasó una mano por el pelo, más bien para acomodar los rizos que para rasurarlos, y se encogió de hombros. —No tengo necesidad. Mi hermano es el heredero. Y su heredero. Su mandíbula se tensó de repente.

—¿Qué tendría yo para darles a mis hijos?

Al más puro estilo de Sparrow, su expresión se aclaró al cabo de un momento y volvió a hacer una profunda reverencia. Esta vez, le cogió la mano y presionó los labios contra el dorso en un casto beso. Seguramente habló y se despidió, pero Margareth no escuchó ni una palabra. En cambio, se quedó mirando su mano, tratando de averiguar si el contorno ardiente de sus labios era una sensación agradable.

—Entonces, tú y Sparrow están cortejándose. —La observación vino desde atrás de Margareth, que se sobresaltó. Se giró rápidamente, levantó la vista y vio a Enrique de pie en el rellano, con una mano en la barandilla y la otra agarrando la muleta. Vestía de manera informal: camisa blanca abotonada y metida en unos pantalones canela, con un sencillo chaleco azul marino. Este último estaba desabotonado y, por un momento, consideró si se trataba de una elección o si la prenda, sin duda prestada de uno de sus hermanos, simplemente no le quedaría bien en su ancho pecho.

Él se dirigió hacia las escaleras y la preocupación se apoderó de ella. «Ten cuidado», insistió, dando un paso adelante. Él la miró y sonrió.

Dos cosas sucedieron casi simultáneamente en el pecho de Margareth. Primero, se quedó sin aliento. Era guapo y le sonreía, y no pudo evitar sentir un cosquilleo debajo de su pecho. Luego, la ira se apoderó de ella, obligándola a quedarse sin aliento y a dejar de sentir atracción.

—De todos modos, ¿qué estás haciendo? Apretó los puños y se negó a dar un paso más mientras él bajaba lentamente las escaleras.

Enrique mantuvo la mirada en sus pies, principalmente para evitar caerse, pero también —le daba un poco de vergüenza admitirlo— para evitar ver resplandecer su ira hacia él.

—He estado explorando tu casa. Podría haberla dejado allí. Debería haberla dejado allí. «Dado que mi visitante habitual ha estado ocupado últimamente». Sintió, más que vio, que Margareth se erizaba ante su tono. «No soy tu cuidadora».

Enrique hizo una pausa. Levantó la mirada con el ceño fruncido. «No, pero pensé que tal vez eras mi amigo».

—¡No te hagas la víctima, Enrique! —Más tarde, Margareth se sentiría avergonzada por haber dado un pisotón. Esta tensión entre nosotros no es culpa tuya. Tú eres el que dijo... que insinuó... —La «tensión», como tú dices, ya existía entre nosotros mucho antes del baile de Thorne, Margareth. —Se sentía agradecido de estar quieto, ya que así podía fijar su mirada ardiente en la de ella y esperar que ella pudiera ver una fracción de lo que ardía en su interior. Margareth era

bondadosa, dulce y encantadora. Era perfecta. Y él la deseaba.

Ella se acercó vacilante a él, con las mejillas acaloradas, y tragó saliva con dificultad. Fijó la mirada en el mármol que había a sus pies. —Eso es inapropiado, y le agradezco que no mencione ese tipo de cosas, J... —Señor Enrique —siguió avanzando hacia ella—. —Creo que esta es mi última oportunidad de mencionarlo, lady Margareth. Ahora estás cortejando a alguien. Quizá pronto te prometan algo». Las palabras le provocaron una sensación incómoda en el pecho.

Margareth se pasó las manos por la parte delantera de la falda, alisando las arrugas invisibles. —Ya hemos hablado de esto. O, mejor dicho, ya hemos hablado de lo inapropiado que sería hablar de esto. Hasta que sepamos quién eres, no podemos... no hay...».

—¿Por qué no te casas conmigo si soy pobre?

Si antes había estado enfadada, ahora estaba furiosa. Parte del cabello que le rodeaba la cara se había soltado de la trenza y la enmarcaba con un halo brillante. Tenía los ojos muy abiertos, pero no de miedo, y lo miró con una mirada que podría haber derretido una piedra. Pero eso detuvo a Enrique en seco y lo dejó a solo un par de escaleras del vestíbulo:

—¿Cómo te atreves? —Lo interrumpió con un gesto cuando él intentó intervenir—. ¿Cómo te atreves a acusarme de ser una cazafortunas? No puedes pertenecer a la nobleza, porque si lo fueras, no habrías olvidado el deber que tiene una joven hacia su familia. Mi matrimonio no solo es mío. Afectará a las oportunidades y los matrimonios de mis hermanos e, incluso, al de Phil algún día. No tengo el lujo de casarme únicamente por... —vaciló, y parte del fuego se apagó en sus ojos—, sino por mis sentimientos.

Ella tragó saliva y el tono de su voz se repitió en su cabeza: «¿No te casarías conmigo si soy pobre?». Su furia se reavivó.

—Además, ¡no solo es tu riqueza o tu posición social lo que nos resulta desconocido! ¿Qué hay de tu familia? ¿Dónde resides? ¿Cuál es tu temperamento normal? Teniendo en cuenta algunas cosas que me has dicho, ¡podrías ser un... un... bruto». Nada de lo que dijo era mentira, pero eso no significaba que no le doliera. Sus palabras salieron con más calma de lo que pretendía. «¿De verdad piensas que soy tan malo?»

En ese momento, la muleta de Enrique se rompió. El palo de madera no podía con la resbaladiza escalera de mármol y se le escapó de las manos. Afortunadamente, su peso se desplazó hacia atrás y no cayó muy lejos. Al bajar, su cabeza golpeó la barandilla, lo que provocó un crujido reverberante, y aterrizó en las escaleras sin aliento. La muleta, tras escapar, se deslizó el resto del camino, girando sobre el suelo brillante y deteniéndose a los pies de Margareth, que dejó escapar un jadeo mientras saltaba hacia delante. —Enrique, ¿estás bien? Se arrodilló a su lado y agitó torpemente las manos sobre su brazo y hombro, mientras él levantaba el otro hacia su cabeza. Ya se estaba formando un moretón, pero la piel no estaba cortada.

Él ofreció un pequeño gruñido como respuesta, entrecerrando los ojos.

Margareth lo miró rápidamente, preocupada por sus otras heridas. No vio sangre que le filtrara a través de la ropa ni ningún hueso que sobresaliera. Por un segundo se sintió inmensamente agradecida, pero, por primera vez, se sintió decepcionada al ver que estaban solos. Sin que nadie se lo pidiera, pensó en la total falta de acompañamiento, a pesar de las protestas de Antonio de que tal vez se estaba poniendo en una posición comprometida con Enrique. Se reservó ese gruñido para más adelante.

—¿Podría venir alguien, por favor? ¡Necesitamos ayuda! Estaba orgullosa de que su voz no temblara. Bajó la mirada al ver que había algo a su lado. Enrique la miraba, todavía agarrándose el cráneo. «¿Por qué tengo que hacerme daño cada vez que quiero pasar un momento a solas contigo?». A pesar del dolor que se arremolinaba vagamente en sus ojos, estaba sonriendo.

Margareth no se atrevió a devolverle el gesto y sacudió la cabeza ligeramente. «Lo siento», dijo, y atrapó su mano. —Por favor, no te disculpes. Haría cosas mucho peores por mucho menos tiempo. Su pulgar rozó sus nudillos, pero esa fue solo una parte de la razón por la que Margareth miró hacia otro lado. Preferiría que aceptaras mis disculpas.

La chica se quedó helada. Una parte de ella insistía en apartar la mano y marcharse donde habíamos quedado. ¡Tenía derecho a estar enfadada y él no tenía derecho a quitársela! Una parte mucho más grande exigía que se quedara; necesitaba oírle retirarla, decirle que se había equivocado y que Sparrow estaba claramente enamorado de ella y que ella merecía ese afecto. En verdad, podría haber sido un poco exagerado para una disculpa.

Enrique claramente tomó su silencio como un estímulo. Su mano continuó rozando la de ella. «Lo siento. De verdad. No debería haber dicho lo que dije; no te conozco a ti ni a él... Casi se perdió la pausa... «Relación contigo». Pero, sobre todo, lamento que lo que dije te hiciera dudar de ti misma. Eres amable, inteligente y hermosa...».

«No soy "bella"».

Margareth se mantuvo firme en su postura de no mirarlo. Si lo hacía, podría perdonarlo en el acto. Pero había algo más que necesitaba saber.

—Entonces, ¿por qué? ¿Por qué dijiste que él... que yo...? —Tragó saliva con dificultad—. ¿Por qué?

Enrique suspiró; no sabía cómo responder a esa pregunta. —No lo sé. No puedo retractarme; creo que parece... —sacudió la cabeza—. No lo diré ahora. No podía soportar la idea de que alguien menos que tú te mirara como si él… como si pudiera tener una oportunidad como tú.

—¿Estás celosa? —La pregunta salió rápidamente, sin que nadie la pidiera, y Margareth se llevó la mano a los labios como para comprobar que las palabras habían salido de ella.

Enrique dudó un momento. Miró sus dulces ojos castaños, el ceño fruncido por la sorpresa, el matiz de rojo en sus mejillas, su elegante cuello, la curva de su... Apartó la mirada de repente, para no distraerse. La respuesta llegó con facilidad y sin vergüenza. «Sin duda».

La ira que quedaba en Margareth se desvaneció, dejando un pequeño espacio en su pecho que lentamente se llenó de un tipo diferente de calidez. Ella lo miró a los ojos y la calidez desapareció. Al mirar más de cerca, vio que no se parecía en nada a lo que vio en Sparrow. Los ojos de Enrique eran amables, sinceros y tenían algo en el centro que le dio un tirón en el estómago. De repente, se le secó la boca y se lamió los labios. Enrique la observó.

Unos pasos detrás de Margareth indicaron la llegada de un lacayo. El hombre se detuvo, tambaleándose, aparentemente sorprendido por encontrar a la pareja tendida en la escalera. —¡Lady Margareth! —Quizá lo hubiera dicho como una pregunta.

Le costó un poco apartarse de Enrique y un poco más obligar a su rostro a adoptar una expresión de compostura. Todavía podía sentir el calor en sus mejillas, pero no podía hacer nada para controlarlo. O sus ojos brillantes o su pelo ralo... Si la hubieran encontrado en ese estado en un

rincón oscuro de una fiesta, todos pensarían que estaba arruinada.

Ese pensamiento no hizo nada por aliviar su rubor.

—Sí, gracias, Louis. ¿Podrías ayudarme, por favor? —pidió Margareth.

La mano de Margareth, que todavía estaba atrapada entre la de Enrique y su antebrazo, quedó atrapada de repente en una especie de tenaza. Con un pequeño jadeo (de sorpresa y dolor), se volvió hacia él y lo encontró más pálido que antes, mirándola con los ojos muy abiertos. Su cabello oscuro le caía sobre la frente, pero no hizo ningún esfuerzo por moverlo.

—Dilo otra vez. —La petición fue tranquila, pero el tono algo desesperado la convirtió en una orden. Margareth estaba más que feliz de obedecer, si tan solo supiera a qué se refería.

—¿Qué dices, Enrique? ¿Estás bien?

El hombre ya estaba sacudiendo la cabeza, lo que hacía que su cabello se despeinara aún más. Antes de que pudiera evitarlo, Margareth levantó la otra mano y colocó algunos de los mechones más largos detrás de la oreja. Él también agarró esa mano y los sujetó con fuerza sin apartar la mirada de ella.

—No —dijo, tragando saliva. No es «Enrique».

Su boca, ya ligeramente abierta, se congeló al intentar articular palabras. La intensidad de sus ojos, la forma en que la agarraba con... ¿Esperanza? Miró rápidamente al lacayo y, cuando volvió a mirar a Enrique, este le estaba sonriendo. Ampliamente. Era su turno de apretarle las manos.

—¿Tu nombre es Louis?

En respuesta, él la atrajo hacia sí, ignorando su grito de sorpresa, y la envolvió con sus brazos. Estaba sonriendo, abrumado por la alegría. Era una nimiedad poder recordar el propio nombre y, sin embargo, allí estaba. Una pizca de decepción se apoderó de él cuando no encontró nada más: ningún otro nombre, ninguna familia, ningún otro recuerdo.

Margareth se apartó con una risita. «Esto es maravilloso, Jo...». Se rió de nuevo. «Quiero decir, Louis. ¡Realmente maravilloso!». Los últimos vestigios de ira e incomodidad se habían desvanecido y, por un momento, él era solo un hombre que sostenía a una mujer en sus brazos. Luego, ella se lamió los labios y el tono cambió.

Afortunadamente (o no, según a quién le preguntaras), Antonio y Homero aparecieron en lo alto de las escaleras en ese momento. Margareth los vio de reojo y se apartó de él rápidamente. Sin embargo, mantuvo sus manos unidas. Antes de que ninguno de los dos hermanos pudiera censurarlos o protestar, como predecían sus ceños fruncidos, los llamó:

—Ven a ayudarme, ¿quieres? Enrique se resbaló. —No pudo evitar que se le escapara una risita. Bueno, en realidad... Louis también se resbaló. —Enrique, bueno, Louis... —resopló confundida —. ¡Se acordó de su nombre!

Sus hermanos ya se habían puesto en movimiento a petición suya y estaban a ambos lados ayudándolo a ponerse de pie cuando se dio la noticia. El lacayo Louis rondaba nervioso al pie de las escaleras, dispuesto a ayudar si era necesario. Le dieron una palmada en el hombro al hombre recién nombrado:

—¡Es una noticia excelente, Enrique! Antonio sonrió ampliamente.

—Louis —dijo Margareth suavemente.

Homero, siempre sabio, felicitó a los presentes con más preguntas:

—¿Recuerdas algo más? ¿Recuerdas de dónde eres? ¿Hay alguien con quien podamos ponernos en contacto para obtener más información?

Su indagación hirió a Enrique (en realidad, a Louis, se recordó), pero se negó a permitir que su continua ignorancia lo deprimiera. Mientras Margareth pensara que era maravilloso, él también lo pensaría.

Capitulo 18

Cuando descubrieron su verdadero nombre, se desató una oleada de actividad en toda la casa. Antonio y Homero enviaron cartas a sus agentes para que hicieran averiguaciones sutiles sobre cualquier hombre desaparecido que se llamara «Louis». También se lo contaron a la policía, pero Louis no pudo recordar nada más y estos se llevaron una decepción.

Una noche, sentado en una cama nueva en la habitación de invitados con la pierna herida apoyada sobre una almohada, Louis intentó describirle a Margareth el problema de su memoria. Tomó una pieza del rompecabezas en el que estaba trabajando con Phil y la apretó suavemente entre el índice y el pulgar.

—Es como si mi mente fuera un rompecabezas —anunció, con la mirada fija en el pequeño cuadrado— y me faltan todas las piezas de los bordes. No sé cómo ni por dónde empezar».

Margareth bajó el libro que había estado intentando leer (lo que le resultaba más difícil cuando Louis se mostraba dulce y tierno con su hermana) hasta su regazo e inclinó la cabeza hacia él. Era difícil ofrecerle palabras de consuelo por algo que no podía comprender. Olvidar a la familia, a los amigos, la vida... debe de ser algo profundamente inquietante.

Phil, que estaba tumbado boca abajo sobre la cama con las faldas recogidas alrededor de las rodillas mientras ella movía las piernas de un lado a otro, agarró rápidamente la pieza que sostenía y soltó una risita mientras ella la colocaba en su lugar en el diseño que estaban creando. «¡No todos los bordes!», dijo, cogiendo una pieza de la esquina y colocándola en su mano, ahora vacía. «Ahora sabes que eres Louis».

Louis respondió con una sonrisa amable y se lanzó hacia adelante para desordenarle el pelo. La niña saltó de la cama con un chillido y corrió detrás de la silla de Margaret con una amplia sonrisa. Su hermana mayor le ofreció una almohada del diván que estaba a su lado, alentándola a tomar represalias, lo que dejó a la habitación en un estado de alegría y olvidó para siempre el rompecabezas.

También mandaron a buscar a Jack Thorne, después de que Louis recordara su nombre. Tal vez podrían haberlo contactado por carta, pero el hombre parecía haberse instalado cerca de ellos, apareciendo para tomar el té y disfrutar de su compañía cada vez que le apetecía, y parecía demasiado impersonal confiar esta noticia al periódico, cuando sin duda estaba tan cerca.

Así las cosas, el lacayo enviado a llamar a Jack regresó con él en menos de una hora. El hombre recibió la noticia del nuevo nombre de Louis (o del antiguo, según el caso) con un mero gesto de consideración. Inclinó la cabeza hacia un lado y se dio unos golpecitos con el dedo en el labio inferior.

—Creo que te queda mejor —dijo después de un largo rato—. La sala —Louis, Margareth, Antonio y Vinicius— solo parpadearon.

—Me refiero al nombre. Creo que pareces más un «Louis» que un «Enrique». Jack le dedicó un suspiro a Margareth. —¡En serio, Margareth, estoy seguro de que podrías haberlo adivinado desde el principio! ¿«Enrique»? ¡En serio!

Al final lograron obtener una respuesta directa de Jack; el nombre no ayudó, todavía no

reconocía a Louis.

Entre todas estas discusiones, la tensión entre Margareth y Louis se había calmado un poco. O, mejor dicho, no había tenido tiempo de manifestarse. Esto se debía a que la boda de Victoria le quitaba más tiempo a Margareth que la revelación de Louis.

La verdad es que no había mucho que hacer antes del gran evento: se encargaron las flores y los vestidos, se hizo la tarta, se leyeron las amonestaciones... La única preocupada era la novia. Margaret dedicó gran parte de su energía en los días siguientes a intentar calmar a su joven prima, junto con Rosemary, la tía Jennifer y otros miembros de su extensa familia.

Todos se sintieron aliviados cuando llegó el día y, al anochecer, lo peor ya había pasado, por lo que pudieron sentarse a la mesa para la cena nupcial. El nuevo marido de Victoria era Charles Hutton, conde de Lancaster, y lucían bastante resplandecientes sentados juntos en la parte delantera de la sala. Lancaster era un muchacho muy apuesto, aunque tal vez su seriedad fuera exagerada en comparación con la alegría de su esposa. También puede que se debiera a la edad: si Margareth recordaba correctamente, Lancaster había estado un año por delante de Antonio en la escuela, por lo que Victoria tenía casi una década más que él. Tal vez los próximos diez años verían a Victoria asentarse un poco y dominar la serenidad por la que Lancaster era famoso. Margareth no lo esperaba.

Margareth se sobresaltó cuando un tenedor golpeó un vaso y Lancaster se levantó para pronunciar un discurso. Los faldones de su chaqueta eran largos, elegantes, pero de ninguna manera extravagantes; casi demasiado sutiles para un hombre de su riqueza. Le haría bien ahorrar donde pudiera, pensó Margareth con una sonrisa, dirigiendo su atención a su prima. Victoria... Bueno, parecía extravagante. Su corpiño era modesto, subía hasta las mangas abullonadas en los hombros y luego se ceñía firmemente a sus brazos. Cuando levantó su copa, con la mirada fija en su marido con cierta adoración, se pudo ver que el puño se estrechaba hasta una punta delicada a lo largo del dorso de su mano, lo que hacía que sus dedos parecieran más largos y delicados. Margareth no pudo evitar que sus propios dedos enguantados se curvaran dentro de su vestido.

Margareth se llenó de vítores de felicitación y ella se unió rápidamente, esperando que nadie se hubiera dado cuenta de su retraso. Una rápida mirada alrededor de la mesa reveló que nadie la miraba; ni sus hermanos ni Jack y Louis (a quienes se les había enviado invitaciones de último momento con solo un atisbo de ansiedad por parte de Victoria) la miraban.

Eso cambió cuando empezó la música y se escuchó una tos sutil a su lado.

Sparrow le ofreció la mano. —¿Me concedes este baile, lady Margareth?

Margareth aceptó rápidamente, contenta de dejar atrás sus pensamientos y la mesa.

Se unieron a la pista a tiempo para pasar a bailar un vals. Se quedaron para bailar más de lo apropiado en cualquier otra ocasión y, después de que todo su cuerpo comenzara a moverse con la fuerza necesaria para respirar, se echó a llorar. Se puso muy contenta cuando Sparrow sugirió que se dieran una vuelta por los jardines:

—¡Oh, sí! Mi tía tiene una fuente preciosa que debes ver.

—Estaría encantado.

La cena se estaba celebrando en casa de su tía y sus primos, y Margareth tenía muchos recuerdos

entrañables de aquel lugar. Corría por el laberinto con Rosemary y Victoria, salpicaba agua a sus hermanos mientras sus padres observaban desde la terraza. A veces, a Margareth le sorprendía recordar que Homero había heredado esta propiedad. Un día, serían sus hijos los que retozaran entre los setos y libraran guerras contra sus primos alrededor de la fuente.

Se apartó de los recuerdos y se preparó para disculparse, pero se dio cuenta de que Sparrow también miraba hacia allí. Bajaron las escaleras y avanzaron hacia el césped bien cuidado. Margareth decidió romper su silencio.

«¿Estás bien, señor Sparrow?». Parpadeó lentamente, sus ojos se llenaron de lágrimas por un momento y luego le sonrió: «Absurdamente bien, lady Margareth». Ella no pudo evitar devolverle la sonrisa. «¿Puedo preguntar qué te preocupa?».

Parpadeó de nuevo. «Estaba pensando en el destino. O, más bien, en nuestro destino». Margareth se sonrojó y miró hacia otro lado. Llegaron a la fuente y se separaron para situarse a cada lado del amplio círculo, admirando la sirena tallada en el centro. Volvieron a caminar juntos en un silencio amistoso —extraño, pero no desagradable— hacia los bordes del laberinto.

Soplaba una ligera brisa que le arrancaba mechones de pelo a Margareth y le enfriaba el sudor hasta ponerle la piel de gallina. Tal vez se estremeció, pero su mirada se posó en las estrellas mientras caminaban.

—Oh, no lo había hecho... —Dejó escapar un suspiro de asombro—. ¡Qué noche tan hermosa y clara! —Los diminutos puntos parpadearon y se movieron muy por encima de ellos, observándolos—. ¿Quizás usted siente predilección por las estrellas, señor Sparrow? Después de todo, a menudo se las ha visto como indicadores de suerte y destino.

—Lady Margareth… —Margareth bajó la mirada al oír su tono urgente y su meditación se ahogó de repente, estremeciéndose hacia atrás por la sorpresa al encontrarse con él cerca—. Estoy abrumada.

Margareth entrecerró los ojos en la penumbra y se dio cuenta de dos cosas. En primer lugar, notó que tenía los ojos brillantes y las mejillas sonrosadas, y que la preocupación aumentaba. Parecía un cambio repentino con respecto a su comportamiento apacible de momentos antes. En segundo lugar, habían avanzado más de lo que ella pensaba, habían pasado por la fuente, se habían alejado de las velas y estaban fuera de la vista de la casa principal.

Ella sonrió con dulzura, aunque dudaba que él pudiera verla, y dio un paso atrás por donde habían venido. «Volvamos con los demás, señor Sparrow. Tal vez un asiento o un vaso de agua le ayuden a recuperarse».

Él ya estaba sacudiendo la cabeza. Un mechón de pelo le caía sobre la frente, pero no se molestó en apartarlo. Siguió caminando, manteniéndolos cerca. —No servirá de nada, milady. Es mi corazón el que me duele.

Margareth sintió un golpe violento en el pecho. Se apartó de nuevo. —Seguramente sentarme... —se interrumpió con su propio jadeo cuando Sparrow le agarró las manos, que revoloteaban en el aire, y la empujó hacia delante para sujetarlas contra su pecho. Margareth se tambaleó y solo se enderezó empujándose contra su cuerpo. El calor inundó sus mejillas.

—¿No lo ves? ¡Solo hay una cosa que puede curarme!

Margareth no sabía si quería que hablara más bajo o más alto. Si bien sus palabras exuberantes

podían atraer a alguien, no estaba segura de querer encontrarse en una posición tan comprometedora.

—¡Señor Sparrow, por favor! —insistió, intentando en vano liberarse—. Volvamos a la fiesta. Seguro que me prometiste otro baile.

El hombre se comportaba de manera muy extraña. Margareth esperaba que, cuando estuviera con su familia, llamaran a un médico o molestaran a Phil, que sin duda estaba en la cama, pero no dormido, en la habitación de invitados de su tía, para que atendiera a Sparrow.

—¿No me preguntas qué me curará? ¡Oh! —echó la cabeza hacia atrás, mirando el cielo nocturno sin que su presa se debilitara—. Oh, bella Margareth, tal vez esa sea la elección sabia. Pero ya no puedo ser sabio. ¡Te lo ruego, sácame de esta miseria y cásate conmigo!

Margareth sintió un zumbido en los oídos, como el estruendo de las olas al chocar contra la piedra. Los labios de Sparrow seguían moviéndose, pero ella no oía nada. Lo único en lo que podía concentrarse era en el zumbido y en el nudo que se le había formado en el estómago. El vacío albergaba la certeza de que, apenas unas semanas antes, se habría sentido encantada de recibir una propuesta de matrimonio, especialmente de un hombre tan apuesto y encantador como William Sparrow.

El ruido se evaporó con un pop, dejando a Margareth mirando al hombre que acababa de proponerle matrimonio con la boca abierta. «Señor Sparrow...». Se lamió los labios; el calor se elevó en sus mejillas mientras él seguía el movimiento. Una vez más, intentó poner algo de distancia entre ellos, pero fracasó. O bien él no se había dado cuenta de que ella se resistía, o no le importaba. «Señor Sparrow, esa es la pregunta más amable...» Nadie había sentido nunca la necesidad de enseñarle a Margareth a rechazar una propuesta de matrimonio, y eso le molestaba.

—¡Pero si apenas hemos empezado a cortejarnos! Me gustaría mucho seguir estrechando lazos, pero temo que el matrimonio ahora no sería adecuado...

Se quedó sin palabras en el mismo momento en que vio que la emoción en sus ojos cambiaba. No era el cambio que cabría esperar en un hombre rechazado, sino que el brillo en sus ojos solo aumentó. Él también apretó sus manos, apretando los dedos de una manera que comenzó a doler. Margareth jadeó levemente. «Mi señor, me está lastimando...». «Tendremos todo el tiempo del mundo para profundizar en nuestro vínculo mientras estemos casados, Margareth». Los buenos modales que le habían inculcado al terminar la escuela se afianzaron y Margareth frunció el ceño: ¡cómo se atrevía a tomarse libertades con su nombre! Lo habría dicho si el hombre no hubiera seguido hablando:

—Pero quizá tu vacilación sea de doncella. Sus párpados se entreabrieron—. Estoy seguro de que podría convencerte.

Cuando su rostro descendió hacia el de ella, Margareth reunió nuevas fuerzas. En lugar de intentar liberarse, ella empujó. Sparrow se tambaleó hacia atrás, se agarró al seto y se llevó uno de sus guantes. Margareth se alejó varios pasos, respirando con dificultad, y no solo por el esfuerzo.

—¡Por favor, señor! ¡Se ha olvidado de sí mismo! Se acomodó la parte delantera de la falda, parpadeando ante la extraña sensación de tener una mano enguantada y otra sin guante, y respiró profundamente para consolarse.

—Regresaremos ahora. Mis hermanos me estarán buscando. Podemos hablar de todo esto con ellos a la luz del día.

No sintió la necesidad de decir que esa discusión no sería a favor de Sparrow. Le había dado todas las oportunidades, había dejado de lado todas las dudas (ya fueran suyas o de Louis), pero por fin tenía pruebas de que no era apto para él. No habría confusión si ella renunciaba a esta relación, ninguna acusación (por su parte) de que estaba tomando una decisión imprudente o parcial. No, Sparrow se había revelado y eso era todo.

Margareth se enderezó y se dio la vuelta, decidida a regresar a la fiesta, cuando recordó el guante. Extendió el brazo preparada para pedirle a Sparrow que se lo devolviera, cuando golpeó accidentalmente su estómago.

—Oh, perdóname, yo... —no tuvo oportunidad de terminar su disculpa cuando la empujaron contra el seto y se quedó sin aire cuando un antebrazo se posó sobre su garganta. Las ramas y las hojas la pincharon a través de la fina tela de su vestido, arañándola y clavándole las garras mientras se rascaba y arañaba el brazo que le impedía respirar. Por primera vez desde que se conocían, Sparrow no esbozó la menor sonrisa. De hecho, su boca estaba retraída en una mueca fea que transformó todo su rostro, pasando de ser encantador a amenazador al instante. Sus ojos, todavía brillantes, parecían negros bajo la luz de la luna.

—¡No! —gruñó—. ¡Te casarás conmigo! ¡Dime que te casarás conmigo!

Margareth no reconoció al hombre que tenía delante. Y, mientras su visión se nublaba, una parte de ella se preguntaba cuál creía él que sería el resultado de todo esto. No había nada que le impidiera cancelar el compromiso cuando regresaron a un lugar seguro, especialmente cuando su familia vio el moretón que sin duda se estaba formando en su garganta.

Con eso en mente, ella asintió torpemente.

Sparrow se retiró tan repentinamente como la había atacado, dando un paso atrás con una brillante sonrisa:

—¡Oh, querida Margareth! ¡Me has hecho tan feliz esta noche!

Margareth se desplomó hacia delante, cayendo de rodillas mientras se agarraba la garganta con las manos. Le sorprendía poder respirar a través de la tráquea, pues seguramente estaba aplastada e inservible, pero logró emitir jadeos sibilantes y dolorosos. Mientras se arrodillaba en la hierba húmeda, con pequeños hilos de sangre que se abrían paso desde sus hombros y cuello hasta el escote y con la garganta dolorida, que prometía un hematoma, un pensamiento irrefutable entró en su mente: Sparrow estaba loco, lo que hizo que todo resultara aún más aterrador cuando se arrodilló frente a ella. Margareth se apartó, mirando a Sparrow con cautela mientras él le extendía la mano. Consideró brevemente gritar, pero no estaba segura de que su voz pudiera resistirlo.

«Sellemos el compromiso...» Tal vez Margareth debería haberlo oído venir «con un beso», pero no lo hizo. Y cuando las palabras de Sparrow fueron seguidas por el inmediato agarre de su rostro y el contacto de sus labios con los de ella, no tuvo tiempo de reconsiderar su decisión de no gritar.

Hubo un momento de asombro, seguido inmediatamente de disgusto, cuando Margareth se dio cuenta de que era su primer beso. Sus labios eran cálidos y se movían sobre los suyos mientras

ella luchaba por mantenerlos apretados. Quería que no hubiera confusión, ya que no le gustaba. Su aliento olía a whisky, tan fuerte que creyó sentir su sabor, y cuando su lengua tocó sus labios, sintió náuseas.

Ahora bien, crecer con hermanos tenía muchas ventajas y, si bien Margareth nunca había estado muy interesada en las peleas, había aprendido algunos trucos con el tiempo. En concreto, en una pelea todo valía.

Su zapato, que ya estaba ligeramente torcido por la caída al césped, estaba a su alcance y lo buscó a tientas. Se le había enganchado en los dedos del pie, pero al final lo sacó, agarrándose al cuerpo de la prenda.

Entonces ella se balanceó, sintiéndose más agradecida que nunca por haber sido su doncella quien la había convencido de usar tacones.

Se escuchó un golpe resonante cuando el zapato hizo contacto, lo que sobresaltó a Sparrow y lo sacó de un beso que, de alguna manera, estaba disfrutando. Se tambaleó hacia atrás, se llevó una mano a la sien y abrió la boca como para protestar.

Entonces apareció un palo resistente, que luego se identificaría como una muleta, y lo golpeó en la cabeza.

Capitulo 19

Margareth se sentó sobre sus talones, con el vestido arremangado de tal manera que dejaba al descubierto una de las rodillas, y miró a Louis. Se llevó una mano a la garganta, sus dedos danzaron suavemente sobre la piel y tenía la boca entreabierta. Podía sentir algunos mechones de cabello rozando sus hombros, pero estaba segura de que había más que se le habían escapado y que no podía sentir. En general, ciertamente parecía espantosa. Por el contrario, Louis se parecía a un ángel vengador. Margareth no podía verle la cara debido a la tenue luz que había detrás de él. No estaba segura de si quería hacerlo. Tal como estaban las cosas, estaba erguido, con el peso ligeramente hacia un lado de su pierna sana, con la muleta agarrada con la mano derecha al revés. El travesaño, que normalmente se encontraba debajo de su hombro, descansaba sobre la encogida figura del hombre que yacía entre ellos. Margareth apartó la mirada rápidamente. Su respiración era rápida y movía todo su torso, y ella dejó escapar un suspiro tembloroso para acompañarlo.

Él le tendió la otra mano, y Margareth intentó tomarla con la mano que aún sostenía su zapato. En el fondo de su mente bullía la idea de que acababa de intentar entregarle su zapatilla, escapándose de sus labios como una risita desquiciada. Se convirtió rápidamente en un sollozo y apartó la mano de su cuello para cubrirse la boca.

Con un gruñido, Louis se levantó y se acercó a ella. Margareth no supo decir de qué, Louis arrojó la muleta detrás de él. Margareth la observó con los ojos muy abiertos, sin apenas sentir cuando él le quitó el zapato y luego tomó su mano con delicadeza. Solo miró hacia atrás cuando él la ayudó a ponerse en pie.

Luego la levantó. La mente de Margareth todavía no funcionaba del todo, o tal vez hubiera protestado. En cambio, aprovechó el momento para acurrucarse en su cuerpo sólido y tranquilizador, disfrutando brevemente de la sensación de ser acunada y protegida mientras él se alejaba cojeando... Ella se apartó de él por un momento, tratando de zafarse de su agarre. —¡Tu pierna, Louis! —Su voz sonaba ronca y chillona, pero ninguno de los dos tenía ganas de reír. Louis gruñó y la acercó más para que no se cayera. «Un momento más», se dijeron, y se dieron la vuelta de repente, entraron en el laberinto y pusieron un muro de setos entre ellos y el hombre inconsciente que habían dejado atrás. Louis la apretó con fuerza una última vez y luego la bajó gradualmente hasta la hierba. Ella estaba de espaldas a las hojas y él estaba de pie muy cerca de ella, pero, a diferencia de la escena similar de hacía unos momentos, no tenía miedo. Louis la miró, y desde tan cerca finalmente pudo ver la emoción en sus ojos. Apartó la mirada y la fijó en su corbata.

—¿Estás bien, Margaret? Su voz era baja y engañosamente tranquila mientras sus brazos se levantaban para agarrar el seto a ambos lados de ella, protegiéndola del mundo que los rodeaba. Sin confiar en su voz, ella asintió:

—¿El ba...? —Sacudió la cabeza ligeramente, más para quitar el enojo de su tono que por otra razón—. ¿Te lastimó?

Esta vez ella sacudió la cabeza y dejó que sus dedos subieran y jugaran distraídamente con el nudo que tenía en el cuello. No sabía quién se lo había atado, pero lo habían hecho bastante bien. O tal vez todas las corbatas se hacían así y ella nunca se había atado tan de cerca para

inspeccionar una.

La mano de Louis se elevó hasta su garganta y se apoyó en su hombro para pasar el pulgar por su piel. La zona estaba sensible y el suave toque dolía, pero esa no era la razón por la que el contacto dejaba un rastro de fuego a su paso. Su movimiento se invirtió, moviéndose hacia el centro, y mientras pasaba el pulgar por un punto particularmente dolorido, Margareth no pudo evitar estremecerse.Su mano se retrajo instantáneamente, formando un puño furioso.-Debería matarlo. -Por primera vez, la dulzura de Louis desapareció por completo de su tono. Margareth tuvo que levantar la vista, un poco asustada y un poco curiosa por lo que vería en su rostro. Sin embargo, tenía los ojos cerrados.Él se alejó de ella, tal vez para poner espacio entre ellos, tal vez para regresar a Sparrow, pero la mano de Margareth se disparó hacia adelante para agarrar su brazo antes de que ella supiera lo que estaba haciendo.-Quédate. -Él asintió y permanecieron juntos durante un largo momento, simplemente respirando.El silencio se rompió con una confesión de Louis, encogiéndose de hombros: "No sé qué deberíamos hacer a continuación".Margareth suspiró. Ella tampoco. "Nunca me habían arruinado antes".Sus manos se movieron instantáneamente de los arbustos para agarrarla por la cintura. "¡No estás arruinada! Lo que él hizo... esa excusa de caballero... "Ella no pudo evitar reírse levemente, frotando una mano con dulzura sobre su pecho. Ignoró el pensamiento del músculo duro que podía sentir debajo de las capas de ropa. "Yo soy para la sociedad. Mírame, si parezco la mitad de desaliñada de lo que me siento, entonces me acusarán de...". Fue su turno de encogerse de hombros.

Y tenía razón, parecía que la hubieran abordado. Sus hombros, que habían estado cubiertos por delicados tirantes, ahora estaban desnudos, uno desgarrado y el otro colgando sobre su brazo. Su cabello estaba notablemente recogido, pero despeinado y escondía más de unas cuantas hojas. La parte de atrás de su vestido tenía rasgaduras que ella no podía ver, y la parte de adelante tenía manchas de hierba y barro.

Louis interrumpió su sombría autocrítica con una pequeña sonrisa. "¿Podríamos decirles que intentaste luchar contra el seto?"

Margareth resopló a pesar de sí misma.

Louis miró hacia la casa y suspiró. —¿Les gustaría volver a la fiesta? Estoy seguro de que podemos encontrar a uno de ustedes, hermanos, lo suficientemente rápido.

Ella ya estaba sacudiendo la cabeza. —Todavía no. No... todavía no. —Respiró profundamente para tranquilizarse y se colocó el pelo suelto detrás de las orejas—. ¿Caminarás conmigo?

En un momento, él recuperó su muleta, le puso el zapato y se adentraron en el laberinto, cogidos del brazo. Tal vez no fuera la decisión más sabia, tal vez comprometiera aún más su reputación, pero a Margareth no le importaba. Necesitaba tranquilidad para pensar.

Y creo que lo hizo.

Si volvían a la fiesta con Margareth con ese aspecto, no habría preguntas, solo acusaciones. Si se atrevía a explicar lo que había sucedido, algunos podrían insistir en que se casara con Sparrow (una acción que ella ya no estaba *considerando*), pero si no se casaba en el plazo de un mes, su reputación se hundiría. Incluso si de la supuesta unión no saliera ningún hijo, no habría ninguna presunción de inocencia. Ella estaría arruinada.

Una pequeña chispa de felicidad se encendió en su pecho al pensar en su familia. Estaba segura de que no la abandonarían. Antonio y Homero creerían su historia al pie de la letra. Incluso Fidel

podría no molestarla, aunque tal vez se burlarían de ella con el tiempo. Vinicius lo pensaría todo y finalmente decidiría que sus palabras eran ciertas. Y Phil todavía era demasiado joven para entender lo que significaba todo esto. O tal vez sí lo era.

Incluso con su apoyo, su reputación los hundiría a todos. Algunos no querrían casarse con un miembro de la familia ni relacionarse con ella si lo hacían. Sus amigos podrían rechazarla o verse obligados a hacerlo por sus maridos o sus padres. Los rumores la perseguirían en los salones de baile y en las fiestas de los jardines, y sería rechazada en la alta sociedad. Ya no habría más presentaciones. No tiene un marido decente ni un hogar donde criar a sus hijos. No tiene una casa que organizar y gestionar. No tiene jardines exuberantes donde pasear.

Fue la imagen de un bebé lo que hizo que una lágrima rodara por su mejilla. Aunque no hizo ruido, Louis se dio cuenta y puso su mano sobre la de ella.

—¿Estás realmente bien?

—Lo soy. —Ni siquiera creía en mis propias palabras. Solo estoy pensando.

Después de un instante en el que ella no dio más detalles, Louis le apretó la mano y preguntó con más atención:

—¿Sobre qué?

—Lo que he perdido esta noche.

Doblaron otra esquina y se dirigieron hacia la casa, pero Louis los detuvo. La agarró del brazo y se colocó de forma que ella no tuviera más opción que mirarlo fijamente a los ojos. —No has perdido nada. Es él quien sufrirá después de esta noche. Perderá su reputación, sus amigos... perderá la oportunidad de ser amado por una mujer tan amable y encantadora como tú. —La sacudió suavemente—. No has perdido nada.

Era difícil no sonreír ante un apoyo tan sincero. Tal vez su conocimiento de la sociedad se había perdido junto con sus recuerdos del pasado, pero a los hombres se les perdonaban las indiscreciones con mucha más facilidad que a las mujeres. Ella se soltó de él (fácilmente, porque no la sujetaba con fuerza) y empezó a caminar. Él se puso a caminar a su lado.

—Es una idea feliz, pero no creo que tengas razón. Estoy arruinada. —Cuanto más pronunciaba esas palabras, más perdían todo significado. Estaba empezando a pronunciar la frase con un dejo de felicidad—. Tal vez podría casarme con un simple granjero. A él no le importaría lo sucia que fuera mi reputación —meditó en voz alta.

Louis negó con la cabeza, lanzándole una pequeña sonrisa y mirándola sutilmente con el rabillo del ojo. "Tu reputación no puede ser tan sucia como la de sus cerdos".

Margareth se rió entre dientes, imaginándose corriendo detrás de los animales de la granja. En su mente apareció un marido granjero, persiguiéndola con una amplia sonrisa y una camisa blanca abierta en el cuello. Era imposible ignorar que el hombre tenía el rostro de Louis, y eso la hizo reflexionar.

Lo que ella había estado ignorando era que ser rechazada por la sociedad significaría ser rechazada por Louis.

Su ruina ficticia acompañaría la ruina real de su corazón.

Margareth hizo una pausa, su mente se puso a trabajar a toda velocidad. Si ya estaba arruinada...

Louis, tras darse la vuelta para ver qué la había detenido, sonrió. Allí había más luz, más cerca de la casa principal, y ella podía ver las sombras danzando a través del pelo que le cubría la frente. Caía sobre unos amables ojos verdes (los más amables que había visto nunca) que se arrugaban en los bordes con humor, a pesar de la pesadez de la noche que había detrás de ellos. Y más abajo, unos labios regordetes, tal vez demasiado regordetes para un hombre, y normalmente fijos en una dulce sonrisa. En ese momento estaban separados, y mientras ella los observaba, se apretaron mientras él tragaba.

—Margareth... —Su nombre fue una advertencia, pronunciado en voz baja. Ella lo miró a los ojos y se mordió el labio.

Louis se rió entre dientes, con una risa grave, gruñona y quejumbrosa, mientras se pasaba la mano por la cara. Tenía los hombros tensos y no se relajaban ni siquiera cuando dejó caer la cabeza hacia atrás. Sin pensarlo conscientemente, ella volvió a colocar la mano en el centro de su pecho, tratando de calmarlo. Nunca se había movido tan rápido, bajó la cabeza para mirarla con fuego en los ojos.

"No deberíamos..."

La vergüenza descendió sobre Margareth como un sudario. Había asumido... oh, era una tonta. Trató de retirar su mano, pero él la atrapó fácilmente. En lugar de alejarse, la atrajo hacia él hasta que sus pechos se tocaron. La sensación del borde de sus pechos rozando su calor envió una ola de emoción a través de ella.

"No me malinterpretes", susurró, levantando la otra mano para acariciar su mejilla, "pero después de la noche que has tenido..."

Una parte de Margareth sabía que él estaba hablando con sentido, pero al resto no le importaba. Ella lo dijo. "Necesito que algo haya salido bien esta noche. Algo que no... me duela". Trató de secarse las lágrimas que brotaban, pero él las atrapó con su pulgar. Le sonrió, con mucha dulzura, mientras su cabeza se acercaba a la de ella.

"Lo que sea por ti."

Los ojos de Margareth se cerraron, la expectación la hizo respirar entrecortadamente mientras esperaba que sus labios tocaran los suyos para borrar el dolor de la última hora. Esperó un beso... que nunca llegó.

En cambio, sintió un golpe y escuchó un silbido en el aire. Al abrir los ojos, vio que la muleta caía al suelo y luego miró hacia arriba para ver que Louis era apartado de ella. Por un momento pensó que era uno de sus hermanos que la protegía. No era así.

El hombre que estaba detrás de Louis vestía telas oscuras y tenía el rostro protegido por una capucha. Tomó a Louis desprevenido y logró alejarlo de Margareth. Cuando pasó tambaleándose, el extraño le lanzó un puñetazo en la mandíbula.

Louis gruñó.

Margareth jadeó. Y luego aprendió de su error y gritó.

El hombre se volvió hacia ella brevemente, frunciendo el ceño desde debajo de una capucha. Su mirada se profundizó cuando un tacón lo golpeó de lleno en la frente y soltó un grito. El segundo

fue más difícil de alcanzar y Margareth perdió el equilibrio, cayendo al pasto mientras buscaba a tientas. El hombre se acercó, claramente enojado, y metió la mano en su abrigo mientras se cernía sobre ella. El revólver que sacó brilló a la luz de la luna.

Y luego desapareció cuando lo derribaron al suelo. Louis aterrizó sobre el hombre, levantando un puño para golpearlo una vez, dos veces en la cara. El hombre debió haberle dado una patada en la rodilla herida, lo que provocó un gemido de dolor en Louis, que perdió la lucha por un momento. Cuando el hombre le dio un rodillazo en el estómago a Louis y un codazo en las costillas, Margareth logró liberar el zapato. Se puso de pie, incapaz de apartar los ojos de la figura de lucha de Louis, y se abalanzó más cerca. Agarró su talón como el arma que sabía que era y lo golpeó en la sien.

Luego gritó de nuevo: "¡Ayuda! ¡Homero, Antonio! ¡Ayuda!"

Vio el revólver, tirado a sus pies, y lo recogió. No lo usaría, no tenía idea de cómo, pero si estaba con ella, no estaba con el hombre que intentaba lastimar a Louis.

Volvió a mirar la pelea a tiempo para ver a Louis darle un cabezazo decisivo al extraño. El hombre se desplomó hacia atrás, aturdido, con una mano agarrándose la cabeza. Por su parte, Louis parecía sorprendentemente impasible.

—¿Margareth? —La llamada provenía de un lugar cercano, quizá uno o dos setos a su izquierda —. ¿Dónde estás?

—Aquí, Homero. Estamos aquí. —Observó al hombre que gemía en el suelo y se movía vacilante hacia Louis—. ¡Apúrate, por favor!

Se sorprendió, pero no se sorprendió, cuando la enorme figura de su hermano atravesó el seto a toda velocidad , dejando un hueco muy irregular con forma de hombre en el follaje. Se detuvo tambaleándose y evaluó a los tres que vio con ojos rápidos y firmes. El resto de sus hermanos atravesaron el agujero tambaleándose tras él, reuniéndose a su alrededor para contemplar la escena que se había desarrollado.

Antes de que alguien pudiera comentar nada, Homero ya estaba al lado de Louis, quitándole de encima al hombre que quedaba y arrojándolo al suelo. Una vez allí, Homero lo sujetó con una bota sobre el pecho. Vinicius, por su parte, se acercó rápidamente a Margareth y le tendió la mano para coger el arma que ella todavía agarraba como un pescado podrido. No la consoló (eso no era su estilo), pero sí guardó el revólver en su abrigo para que Margareth ya no tuviera que mirar el horrible dispositivo. Ella se sintió agradecida.

—¿Qué diablos pasó aquí? —Como era de esperar, fue Fidel quien hizo la pregunta en voz alta, con la boca abierta mientras veía a Louis ponerse de pie torpemente.

El hombre jadeaba y miraba a los hermanos y a Margareth. Se lamió los labios y habló rápidamente, las palabras casi se le salieron de las manos. —Nos atacó. Arrojó a Margareth contra el seto y la mantuvo allí. Su garganta... —hizo un gesto en su dirección.

Antonio se acercó a ella al instante, sin darse cuenta de su expresión de sorpresa. —¿Estás bien, Margareth? ¿Puedes hablar? Llamaremos al médico de inmediato.

Margareth miraba a Louis por encima del hombro. Él dijo... Pero eso significaba... El hombre era un genio. Una sensación cálida se apoderó del pecho de Margareth, reemplazando el temor que se había instalado en su vientre desde la violación de Sparrow.

Antonio le sujetó el rostro con suavidad entre las manos y dirigió su mirada hacia él con más fuerza. Su preocupación era evidente, el ceño fruncido y los ojos fijos en el mismo sitio durante mucho tiempo mientras la examinaban de pies a cabeza. —Pareces molesta, ¿quizás deberías sentarte?

Margareth no sabía cómo explicar que el rubor de sus mejillas no tenía nada que ver con ninguno de los dos hombres que habían estado en el suelo esa noche. Tomó sus manos entre las suyas y las apartó con firmeza de su rostro. —Estoy bien, Si, de verdad. —Se sintió aliviada de que su voz no se quebrara—. Pero alguien debería ocuparse de la pierna de Louis.

El hombre desestimó las miradas de preocupación que recibió y todos dirigieron su atención nuevamente al tipo desconocido que yacía aturdido debajo de Homero.

"¿Quién es él?"

Si no se estuviera preguntando exactamente lo mismo, Margareth le habría gritado a su hermano menor. Después de una noche muy larga y ardua, sus emociones estaban tensas y el siguiente evento seguramente la haría perder el control.

—No tengo ni idea. —Louis recuperó su muleta y se estabilizó con un pequeño suspiro de alivio —. Pero creo que podría conocerme.

Una cabeza oscura asomó por el agujero del laberinto, con una expresión cargada de humor. "¿Esto siempre estuvo aquí?". La alegría de Jack se desvaneció un poco cuando vio a la gente reunida en el interior. "¡Caray!".

—¿Podrías ir a buscar a algunos sirvientes, Thorne? Y pedirle a la condesa de Humper que llame al alguacil de inmediato. —Antonio, seguro de que su hermana estaba bien, había empezado a dirigir los acontecimientos.

Se escuchaba más ruido desde la casa, que se acercaba a medida que los invitados curiosos bajaban las escaleras en busca de la intriga. Antonio le hizo un gesto con la cabeza a Fidel y el hombre giró obedientemente sobre un talón y se agachó para atravesar el laberinto e interrumpir su avance.

Su característico acento se oía por encima de los setos: "Buenas noches a todos. No pasa nada. Mi hermana simplemente vio una araña y se sintió abrumada".

Margareth lo miró fijamente a través de los arbustos, chupándose los dientes y prometiéndole que lo vengaría más tarde.

Louis se acercó a ella cojeando, atrayendo su preocupada atención. "¿Crees que te conoce?", preguntó en voz baja.

Sonrió, pero la sonrisa no llegó a sus ojos. "Espero no ser el tipo de hombre al que los extraños atacan".

Jack lo escuchó y volvió a subir al claro que ocupaban. Arqueó una ceja. —O sus empleadores podrían hacerlo.

La mano de Louis se deslizó hacia la parte baja de la espalda de Margareth mientras ella se balanceaba.

Con la grave sugerencia de Jack, llegaron los lacayos y, siguiendo las instrucciones de Antonio,

levantaron al hombre del suelo agarrándolo por la chaqueta y lo llevaron a la fuerza en dirección a la casa. La organización de los sirvientes aparentemente había desviado la atención de la casa nuevamente y, mientras los demás intercambiaban miradas, Fidel se dio la vuelta para comenzar a arrear a los invitados no invitados.

Una exclamación lo detuvo.

"¡¿Louis?!"

Al unísono, los reunidos se giraron hacia la recién llegada, con una mezcla de confusión, sorpresa e interés en sus rostros. La mujer que había hablado era hermosa, alta, esbelta y rubia, y los miraba desde otra abertura preexistente en el laberinto. Su vestido era de un suave color verde azulado, y caía en cascada sobre sus caderas en capas hasta rozar la hierba donde se encontraba. Sus rasgos eran majestuosos y angulosos, tal vez altivos si no hubiera estado en una pose tan conmocionada que se quedó boquiabierta.

La mirada de Louis se dirigió brevemente a Margareth, antes de volver a fijarse en el extraño. "Perdóname, ¿te conozco?"

De alguna manera, fue posible que su boca se abriera aún más. "¿Me conoces? ¿ *Me conoces?* " Todos los hombres se apartaron inmediatamente de sus gritos.

Fidel, que todavía tenía un vaso de algo en la mano, emitió un sonido de impaciencia. "Bueno, ¿lo hace?"

Antes de que la mujer pudiera responder, y por encima de la risita de Jack, Antonio intercedió: "Perdónanos, mi señora. Nuestro amigo Louis está teniendo problemas de memoria últimamente. ¿Sería tan amable de decirnos quiénes son ustedes el uno para el otro?"

Como era de esperar, la mujer adoptó una expresión altiva. Cerró la boca de golpe, levantó un poco la barbilla y sus ojos se clavaron en el punto de contacto entre Louis y Margareth.

"Soy su prometida."

Las palabras tenían un peso terrible y sofocante, y volvieron a provocar un zumbido en los oídos de Margareth. Todo lo que podía sentir del mundo era el lugar donde la mano de Louis, que hacía un momento la había tranquilizado, ahora la quemaba con algo parecido al dolor. Se apartó. Si hubiera estado concentrada en la mujer, tal vez habría notado la desagradable curva que se formó en sus labios.

Desde su lugar más cercano, Jack se dio cuenta. Podría haber dicho algo también, haber devuelto la niña a su lugar, si otra figura no se hubiera interpuesto entre ellos en ese momento. La mujer – mayor, más baja, más regordeta, pero todavía altiva– hizo chasquear el abanico en su mano.

—Ahh, Clarissa. Ahí estás. —Miró alrededor del círculo improvisado que habían formado, su mirada mostraba desagrado mientras los recorría a todos—. ¿Qué estás...? —Se quedó congelada.

Louis la miró, todavía desconcertado por lo que la muchacha (Clarissa, aparentemente) había dicho. Era algo que no podía comprender. No le resultaba familiar ni le despertaba ningún sentimiento, en particular en contraste con la encantadora y dulce mujer que en ese momento se alejaba de él. Y ahora miraba a esa mujer mayor, esperando que pudiera ofrecerle alguna aclaración sobre lo que estaba sucediendo...

Parpadeó. Entrecerró los ojos. Parpadeó otra vez.

Luego se apartó bruscamente y una máscara de inexpresividad cubrió sus rasgos. Aquellos que lo habían conocido durante las últimas semanas podrían haber notado que vieron al hombre que conocían desaparecer ante sus propios ojos.

Este nuevo hombre respiró profundamente y ofreció una única y tranquila palabra de saludo.

"Madre."

Capitulo 20

Margareth estaba exhausta cuando se retiró a dormir y se arrastró fuera de la biblioteca con el rostro bañado en lágrimas y los ojos entornados. Sus hermanos la vieron irse, aliviados de que su doncella estuviera allí para escoltarla, y luego se sumieron en un pesado silencio cuando ella se fue.

—Lo mataremos, ¿no? —La pregunta de Fidel era muy seria.

Jack, el único forastero que quedaba en la casa de los Hugen, arqueó ambas cejas, pero prudentemente no dijo nada. Se limitó a tomar un largo sorbo de su bebida.

Antonio suspiró, un sonido que parecía cargar con el peso del mundo, y se apartó el pelo de la cara. "No podemos *matarlo* , Fidel. Es ilegal".

El hombre más joven se apoyó en el respaldo del sillón que, por su agitación, no podía ocupar, y sus dedos dejaron profundas huellas en el tapizado. —Atacó a nuestra hermana, Antonio. ¡Debemos hacer algo! —Empujó el sillón con demasiada fuerza y éste chirrió en señal de protesta.

—¡No hay duda de eso! —Antonio miró fijamente a su hermano, dejando de lado cualquier duda de que el hombre no estuviera furioso por lo que había sucedido esa noche—. Pero Margareth ya ha sufrido bastante y *no* le haremos pasar más atándonos las sogas al cuello.

Fidel dejó escapar un gemido de frustración, pero se dio la vuelta y se alejó de su hermano; no era con Antonio con quien estaba enojado. La confesión de Margareth había comenzado durante el viaje en carruaje a casa, llenando la cabina con el vago esbozo de una historia terrible. Antonio y Vinicius la habían escuchado y luego la habían escoltado directamente al estudio a su regreso, acosando a cada hermano para que se sentara antes de que pudieran protestar. Luego todos escucharon mientras Margareth contaba su desventura con todo detalle.

No dudaron de ella ni un instante. Para empezar, estaba hecha trizas, física y emocionalmente. Una rápida mirada a su espalda hizo que Antonio llamara al médico a pesar de sus protestas, con la esperanza de que el hombre pudiera cortar cualquier infección antes de que comenzara en los rasguños. La piel de su garganta ya estaba adquiriendo un desagradable tono amarillento. Y su corazón, bueno... ninguno de sus hermanos necesitaba ser médico para ver que estaba destrozado.

Cada hermano le había ofrecido su apoyo de la mejor manera que sabía. Antonio la había abrazado, dejándola llorar en su collar y la mecía suavemente de un lado a otro. Homero se había acercado, dispuesto a mecerla si Antonio se cansaba, y le había dicho que nadie sospecharía nada, gracias a la rápida mentira de Louis cuando llegaron. La historia del ataque a Louis y Margareth ya había dado dos vueltas alrededor de la boda en la media hora que les había llevado partir.

Los hermanos menores también ayudaron. Fidel se enfureció con su relato, pero le sirvió un sorbo muy corto de whisky para calmarla y luego ocultó su enojo detrás de sonrisas y cejas arqueadas. Unas cuantas veces ella captó su sonrisa antagónica y él vio que su columna se enderezaba ligeramente. Estaba ayudando y nadie podía convencerlo de lo contrario. Vinicius se

dirigió de inmediato a su estante de libros de leyes, sacó uno y comenzó una búsqueda exhaustiva de las formas en que podían procesar al hombre que había atacado a su hermana.

Lo que ninguno de ellos había reconocido todavía era la culpa.

Antonio fue el primero, apartó la mirada de Fidel y le tomó la cabeza entre las manos. "Los presentamos".

Homero estaba recostado en una silla, sosteniendo una taza de licor oscuro en su frente como si esperara que se absorbiera más rápido. El hombre no bebía rápido, pero después de los acontecimientos de la noche todos se habían servido un vaso. "No lo sabíamos".

El hermano mayor gruñó. —¡Ni siquiera sabemos lo que no sabíamos! —Se incorporó de repente—. ¿Estaba borracho? ¿La locura corre por su familia? ¿Por qué la atacaría y exigiría matrimonio? ¿Y cómo no sabíamos que era de ese tipo de personas?

"No podemos saberlo todo."

"¡Por nuestra hermana deberíamos al menos intentarlo!"

Ninguno estuvo en desacuerdo con la afirmación.

—Nosotros... él... —Vinicius, sentado en el escritorio del otro lado de la habitación, había levantado la cabeza y sus gafas de lectura estaban torcidas sobre el puente de su nariz. Tenía el ceño fruncido—. La culpa es solo de Sparrow. Su acción, su culpa.

Eso tranquilizó un poco a los hermanos, que lo dijeron en voz alta, aunque todos seguían frunciendo el ceño ante sus bebidas. Fidel miró a su alrededor, incómodo al ver a su familia desanimada. Bebió de un trago el último trago de oporto y se esforzó por sonreír.

"Bueno, eso nos lleva perfectamente al tema de Louis".

Jack le sonrió y Vinicius pareció confundido. Se acercó a su hermano, sacudiendo su cabello y riendo.

—Seguro que lo has notado, Vinny. ¡Ya están medio enamorados! —Movió las cejas.

El hombre lo pensó. "Oh, bueno... si... Eso está bien".

Se oyó una carcajada y la sala se volvió hacia Jack, que sonreía sin pedir disculpas a Vinicius. "¿Lo es?" No había enojo ni desacuerdo en su tono, solo humor desconcertado. Esa fue la única razón por la que los hermanos no salieron en defensa de Vinicius.

Con ojos confusos que recorrieron toda la habitación, asintió forzadamente.

—Está bien —Jack seguía sonriendo, pero se volvió hacia el resto de la sala—. ¿Qué hacemos con Louis?

—Bueno, ahora ese hombre tiene una madre y una prometida... —Antonio bebió un sorbo de su bebida y un ojo le tembló levemente mientras el líquido le quemaba el esófago—. Tal vez no hagamos nada.

Esto fue recibido con rotundos movimientos de cabeza, empáticos por parte de Fidel.

"El pobre desgraciado ha sido arrojado a un mundo que no recuerda, ¡un mundo de *mujeres* ! No podemos abandonarlo sin más".

Jack negó brevemente con la cabeza para sí mismo. Esos hombres eran... no estaba seguro de cuál era la palabra, pero era un cumplido. Estaban dispuestos a declarar la guerra por un hombre al que conocían desde hacía apenas unas semanas, simplemente porque le tenían cariño. Y porque él podría amar a su hermana y ser amado por ella a cambio. ¡Pero esa ni siquiera había sido la pregunta que Jack había estado haciendo! Los redirigió rápidamente.

—¿Y qué hay del hombre que los atacó? —inclinó la cabeza ligeramente—. Me refiero al segundo.

Esto provocó una multitud de miradas sorprendidas y divertidas.

"Realmente fue una noche llena de acontecimientos, ¿no?", comentó Fidel en voz baja.

Homero tomó la iniciativa: "Mañana llamaré a los agentes para ver si ese cabrón está consciente".

"Me uniré a ti, si no te importa".

Homero negó con la cabeza hacia Jack, sin oponerse a la compañía.

—Entonces iré a ver a nuestra tía Jennifer. Ella debería saber algo sobre las invitadas de esta noche, y menos aún sobre dónde podemos encontrar a Louis —dijo Antonio. Habían dejado que el hombre se las arreglara solo en algunos aspectos, aunque él les había dicho que estaría bien.

La habitación asintió.

—¿Qué, nadie quiere acompañarme? —estaba medio bromeando, mirando a su alrededor con una pequeña sonrisa.

Fidel dejó escapar un suspiro largo y dramático. "Iré. Pero sólo porque claramente no se puede confiar en ti sola".

Un libro de contabilidad, uno delgado, fue arrojado en dirección a su cabeza, dejando la habitación con una actitud mucho más liviana que la que tenía la discusión al comienzo.

.

Antonio fue el primero en irse y el primero en volver al día siguiente, arrastrando a un Fidel gruñón y reacio con él. Entraron al comedor y encontraron a sus hermanas; una masticando felizmente una tostada, la otra revolviendo sus gachas con indiferencia. El poco color que le quedaba a Margareth se desvaneció, mientras Phil palmeaba el asiento a su lado, invitando a Antonio a sentarse. Sin embargo, fue Fidel quien se sentó en la silla, dando la vuelta a su hermano y sentándose con una expresión inocente.

Phil dejó escapar un pequeño y paciente suspiro, dándole una palmadita en la mejilla y pasándole una rebanada de tostada.

Margareth no se dio cuenta de la interacción y su mirada no se apartó del rostro de Antonio.

Tomó un vaso y una jarra de jugo, y despidió a un sirviente con un gesto de la mano. "La mujer de anoche se llama Catherine Richards". Hizo una pausa para tomar un sorbo.

—¿Catherine? ¿Pensé que se llamaba Clarissa? —La voz de Margareth temblaba a la luz del día, era difícil saber si se debía a la emoción o al dolor. Tenía una delicada bufanda alrededor del cuello a pesar del calor, pero solo ocultaba parcialmente los moretones.

Con la boca llena de tostadas, Fidel dijo: "No, la mujer mayor es Catherine".

Antonio asintió. —Catherine Richards, condesa viuda de Namby.

Margareth parpadeó. ¿ *Condesa* viuda ? Eso lo haría... eso *podría* hacerlo... "¿Tiene hijos?"

—La tía Jennifer fue un poco vaga en ese aspecto —admitió Antonio mientras se hundía en una silla al otro lado de la mesa—. Cuando llegamos, ella todavía estaba en la cama y nos llevó un momento asegurarle que no había sucedido nada terrible. Ella pensó que se había mencionado un hijo, ¿posiblemente distanciado? Fueron invitados a la boda como parientes de Señor Lancaster, así que... —Se encogió de hombros y frunció el ceño en señal de disculpa.

Margareth cerró los ojos con fuerza. Su primera emoción fue simpatía por Louis. Si esa era su madre, esa no era la familia que había estado esperando. Sin hermanos, sin padre y una madre con la que no hablaba. Pero había otra palabra que le quemaba el pecho. "¿Ellos?"

—Ah, sí. —Fidel se inclinó hacia delante apoyándose en los codos, cogiéndose la barbilla con las manos para pestañear—. La magnánima y esnob *señorita Clarissa Holt* ... La tía Jem tenía más que suficiente que decir sobre ella. —Relajó su pose con un resoplido, hundiéndose en el asiento y aceptando otra tostada de Phil—. Nunca he sabido que tenga una mala opinión de nadie, pero se acerca mucho a la señorita Holt. Al parecer, *el señor* Holt hizo una pequeña fortuna, o más bien, una gran fortuna, en el transporte marítimo. Puede que esto no le haya ganado mucho *respeto* de la nobleza —dijo poniendo los ojos en blanco—, pero a él y a su familia se les ha concedido acceso. En particular a los hijos de los nobles que podrían necesitar una dote robusta para apuntalar su patrimonio. —Se inclinó hacia un lado para susurrarle a Phil —: O su hábito de juego.

El niño de ocho años asintió con la cabeza y le pasó la mermelada. "O a su ama".

Margareth, sorprendida, dejó de fruncir el ceño y tomó la servilleta de su regazo para arrojarla sobre la mesa. —¡Alicent! ¡Eso es algo muy inapropiado de decir! —Su indignación no encontró apoyo; un hermano sacudía la cabeza con resignación, el otro se había echado a reír, escupiendo algunas migajas sobre la mesa—. ¿Dónde has oído una palabra como esa? —Miró a Fidel con una expresión que le decía cuáles serían las consecuencias si ella la hubiera aprendido de él. Él levantó las manos en señal de rendición, todavía sonriendo.

Phil hizo un ruido despectivo. "¡Leí sobre eso, por supuesto! Cuando pensamos que Louis podría haber sido un bastardo".

La boca de su hermana se movió sin emitir sonido alguno. Antonio se aclaró la garganta.

—¿Tenías alguna pregunta? —Solo las puntas de sus orejas delataban su incomodidad.

Phil lo pensó un momento, pero finalmente negó con la cabeza. "No en este momento".

Margareth decidió de repente que esa no era su pelea. Volvió a hablar sin rodeos del tema anterior. "¿Y hay alguna palabra de compromiso entre ella y... y alguien?"

Antonio movió la cabeza lentamente y en tono de disculpa. —La tía Jennifer no los conocía muy bien. Lo siento, hermana mía.

Se levantó de repente y soltó una risa tan estridente que le dolía la garganta. —¿Perdón? ¿Perdón? ¿Por qué lo lamentarías? No, no, es mucho mejor que Louis sepa sobre su vida antes de... bueno, antes. —Les ofreció a todos sonrisas falsas, con las mejillas doloridas por el

esfuerzo, e intentó salir de la habitación sin problemas.

Ella llegó a la puerta.

—¿Hemos averiguado dónde está la finca Namby? —Antonio probablemente no había querido que sonara como una pregunta—. Pienso llamarte pasado mañana, si quieres acompañarme.

Margareth se fue rápidamente; esa era una decisión para otro día.

.

El viaje en carruaje hasta la comisaría no fue el más cómodo de la vida de Homero. No tuvo nada que ver con los asientos ni con la calidad de las carreteras, sino con su compañero de viaje. Un día antes, podría haber supuesto que el inconveniente de viajar con Jack Thorne era que no paraba de hablar, pero en los últimos treinta minutos había descubierto que el problema era exactamente el contrario: el hombre estaba completamente callado. Esto en sí mismo puede que no fuera un problema (después de todo, Homero tenía su periódico), pero mientras estaba en silencio, Jack Thorne se quedó mirando. A Homero.

No era la primera vez que Homero le miraba por encima del borde del periódico y lo arrugó sobre su regazo con un gruñido. "¿Y ahora qué, Thorne?"

El hombre sonrió indiferente, sin mostrarse en absoluto ofendido. "Absolutamente nada".

—Entonces, ¿por qué me estás... mirando? —Le pareció una pregunta extraña y Homero intentó ignorar el calor que le acarició las mejillas. No debió haber sido visible, porque Jack no hizo ningún comentario al respecto.

"Estoy aprendiendo. Tienes una familia muy inusual, ¿sabes?"

“¿Inusual?” Entrecerró los ojos.

No había humor ni evasión en los ojos de Jack mientras se inclinaba ligeramente hacia delante para decir: "Lo digo como el *mayor* cumplido".

Homero se sintió apaciguado y un poco curioso. "¿Y qué estás aprendiendo exactamente?"

Su compañero consideró su respuesta. —Eres muy firme, ¿no? Antonio tiene todas las decisiones de la familia, pero tú eres en quien él confía para recibir apoyo. Y luego tienes tus propias responsabilidades. Eres como una roca aplastada por dos montañas. —Hizo un gesto con la mano en dirección a Homero cuando pareció que el hombre iba a protestar por la metáfora—. No te preocupes, Earl Humper, hay quienes dicen que así es como se hacen los diamantes.

Cualquier discusión posterior se interrumpió cuando el carruaje se detuvo. Homero echó una última mirada a Jack antes de concentrarse en la tarea que tenía por delante. No dispuesto a utilizar su título como influencia (no específicamente por razones morales, sino simplemente para mantener a raya los rumores), Homero deslizó una pequeña bolsa de dinero por el banco hasta el jefe de guardias, y pronto los acompañaron por unos escalones oscuros y mohosos. Ya fuera por su tamaño o por la naturaleza del lugar, los estrechos pasillos parecían cerrarse sobre Homero. Jack también parecía incómodo; cuando llegaron a la puerta de la celda que le indicó el alcaide, tosió torpemente.

"Me quedaré en la puerta."

Homero nunca podría culpar a un hombre por miedo, solo por valentía, y asintió una vez.

La puerta se abrió de golpe, revelando una habitación igualmente tenuemente iluminada, y Homero tuvo que agachar la cabeza bajo el marco de la puerta. El hombre había estado sentado sobre una estera de paja, pero ahora se ponía de pie con dificultad; le costaba mucho trabajo ponerse de pie debido a los grilletes que le rodeaban los tobillos. Homero comenzó su evaluación allí. El prisionero no llevaba botas (probablemente no por elección, rodeado como estaba de piedra fría) y sus pantalones estaban bien hechos a medida, un poco estropeados por la suciedad, pero por lo demás en buenas condiciones. Su chaleco estaba desabrochado, dejando al descubierto la camisa manchada de sudor que llevaba debajo.

Pero no fue hasta que Homero levantó la vista hacia el rostro del hombre que pareció que realmente pertenecía a la prisión. No había ni una sola parte que no estuviera manchada por la sangre o la hinchazón. Su ojo izquierdo estaba amoratado e hinchado, cerrado por la hinchazón, y había un bulto en el ángulo de su mandíbula que le daba la impresión de que tenía paperas. Su frente estaba menos hinchada, pero igualmente amoratada, un gran círculo azul con una marcada forma roja en el centro. Tal vez, si Homero hubiera pensado más, se habría dado cuenta de que se parecía en gran medida al tacón de un zapato de mujer.

El hombre los miró con el ceño fruncido desde el otro lado de la celda. "¿Quiénes son ustedes?"

El ceño fruncido de Homero se hizo más oscuro. "Soy yo quien hace las preguntas. ¿Quién eres tú y por qué atacaste a ese hombre ayer?" Sin dificultad, su voz, normalmente baja, se convirtió en un gruñido. Tampoco necesitaba fingir enojo con ese hombre.

El prisionero se apartó un poco, haciendo sonar sus cadenas, pero se limitó a negar con la cabeza. "No voy a responder a eso".

Homero lo observó durante un largo momento. Era delgado, con un pequeño estómago abultado, como si hubiera comido recientemente pero su cuerpo aún no hubiera tenido tiempo de almacenarlo adecuadamente. Su cabello probablemente era de un rubio sucio debajo de la suciedad, pero obviamente era ralo. Homero no podía ver las uñas del hombre (y no quería aventurarse a investigar más cerca), pero supuso que estaban igualmente en mal estado. Todas las señales de un hombre hambriento recientemente saciado. Un perro sin motivos para morder la mano que lo alimentaba.

Cambió de táctica. "Los guardias me dicen que no has ofrecido ninguna defensa. Has atacado a un noble, hay testigos. Sin una explicación podrías enfrentarte a prisión, a la deportación... o algo peor. Déjanos ayudarte. Cuéntanos qué pasó".

Hubo un largo momento de reflexión, de miradas entre la piedra, Homero y la puerta aún abierta. Luego negó con la cabeza con firmeza. "No, no lo haré".

—Bueno —el comentario de Jack sorprendió a Homero, que se giró ligeramente para mirar hacia la puerta en sombras con las cejas arqueadas. El otro hombre estaba apoyado contra el marco, con los brazos cruzados sobre el pecho y el rostro oculto en la oscuridad—. De verdad que no rompes confidencias, ¿verdad?

El prisionero entrecerró los ojos y se llevó una mano a los ojos como si eso pudiera ayudarlo. Después de un momento, se estremeció de repente y se apartó de ambos. "¿Señor Thorne? ¿Eres tú?"

Capitulo 21

Homero se quedó paralizado, con la mirada fija en el prisionero y la expresión más sorprendida de su vida; sus ojos estaban un poco más abiertos de lo normal. El hombre que tenía delante tragó saliva con ansiedad, pareciendo tan incómodo como Homero, mientras ambos esperaban que Jack hablara.

El joven en cuestión se movió levemente, balanceando un pie hacia un lado para cruzar los tobillos. Era difícil ver qué emociones se reflejaban en su rostro.

"Tu silencio es un mérito tuyo. Estoy seguro de que podemos organizar más cosas", levantó una mano y la dejó suspendida en el aire mientras se estudiaba las uñas, " para *que* te quedes callado".

Parte del miedo desapareció del rostro del prisionero. "¡Gracias, mi señor!"

De pronto, Homero se dio cuenta de que estaba conteniendo la respiración. Mientras inhalaba, atrajo la atención de la sala. Su mirada se cruzó con la de Jack, que estaba ensombrecida, y el hombre pareció... ¿parpadear?

—Mi colega aquí —señaló a Homero inclinando la barbilla— tenía menos fe en tu lealtad que yo.

De repente, a Homero se le ocurrió que solo había sido un párpado: ¡un guiño! Fuera lo que fuese a lo que Jack estaba jugando, estaba llevándose a Homero con él. O bien estaba involucrado en este ataque o... estaba fingiendo ser alguien. Tal vez alguien por quien pudiera pasar cuando se quedara atrás en las sombras y bajara un poco la voz. Alguien que ya había demostrado su desagrado por Louis...

Sin darse cuenta de lo que había hecho su compañero, Jack continuó con la farsa que estaba tramando. "Pero ahora pongamos a prueba tu memoria: ¿cuáles fueron exactamente tus órdenes?"

El hombre dudó, aunque era difícil leer los pensamientos o sentimientos en su rostro magullado y golpeado. Cambió el peso del cuerpo al otro pie y las cadenas tintinearon, un ruido que resonó por toda la celda. Finalmente, pareció decidirse a hablar.

—Me dijo, mi señor, que encontrara al tipo que se hace llamar Enrique y que asistiría a esa elegante boda y me deshiciera de él. —El prisionero no podía pronunciar las palabras lo suficientemente rápido.

—¿Cómo deshacerse de él ? —Había una dureza en la voz de Jack que le puso los pelos de punta a Homero. Fuera *cual* fuese el papel que estaba desempeñando (Homero tuvo que asumir que era el de su padre o el de su hermano), se le daba bien. La capa del disfraz se le acomodó tal vez con demasiada facilidad sobre los hombros.

Su tono pareció tener un efecto similar en el hombre al que interrogaban. "¡No le importó, mi señor! ¡Solo dijo que lo quería muerto, eso es todo!"

Las palabras fueron exclamadas en un silencio sepulcral. Entre el revólver y el ataque... una cosa era suponer que el objetivo había sido el asesinato, pero otra muy distinta era oírlo en voz alta.

- ¿Y ahora está muerto?

El prisionero se apartó. —No, mi señor. —La confesión fue casi inaudible.

Jack dejó escapar un largo suspiro mientras examinaba sus uñas nuevamente. "¿Alguna vez te dije por qué lo quería muerto?"

Tal vez esperaba más enojo, porque el hombre pareció relajarse un poco ante la pregunta. Desafortunadamente para Homero y Jack, ya estaba negando con la cabeza. "No, mi señor".

Ambos ocultaron bien su decepción.

"Sólo dijiste que no querías que tu padre se enterara de tu error. Así que fui cuidadoso, mi señor. No se lo dije a ninguno de los muchachos que trabajan para él".

Eso confirmó, al menos, que había confundido a Jack con su hermano Henry.

Jack sonrió, aunque más bien fue una mueca de desprecio. —Bueno, supongo que no hay razón para decírtelo ahora. —Con un resoplido imperioso, giró sobre un talón y desapareció en el pasillo, mientras las sombras lo envolvían por completo. Homero hizo ademán de seguirlo, pero se detuvo.

—¿Y qué pasa con la chica? —A diferencia de la aparente facilidad de Jack para engañar, Homero tuvo que elegir sus palabras con cuidado para asegurarse de no equivocarse.

El hombre se encogió de hombros, visiblemente más relajado con "Henry" fuera de la habitación. "Ella fue testigo". Su mano se deslizó inconscientemente hacia su frente, e hizo una mueca mientras se frotaba la mancha roja en el centro. Por primera vez, su propia expresión se ensombreció. "Sácame de aquí y los mataré a ambos por ti y por mi señor".

Homero se tragó todo lo que hubiera podido decir y se fue de repente. Caminó por el pasillo, reconfortado por el fuerte sonido metálico de la puerta de la celda detrás de él y el tintineo de las llaves del carcelero. Se prometió a sí mismo que ese hombre nunca saldría de la prisión. No le pondría la mano encima a Margareth.

Jack lo estaba esperando al pie de las escaleras, con un frasco que había aparecido mágicamente en una mano. Terminó de beber un trago mientras Homero se detenía y le tendió el frasco mientras hacía una mueca de dolor por el ardor que le bajaba por la garganta.

"Disculpas por irme tan rápido, pero no podía soportar ser Henry ni un momento más. Tendré que beber hasta quedarme atontado esta noche para lidiar con los efectos residuales".

Igualmente conmocionado, aunque tal vez por razones diferentes, Homero aceptó la petaca, la colocó boca abajo sobre su boca y bebió un buen trago. Cuando miró a su compañero y le devolvió el whisky, el hombre le estaba sonriendo.

"Entonces, ¿te preocupé por un momento?"

.

A unas dos horas en autobús de la finca de Hugen, Louis se encontraba en una biblioteca, intentando ignorar el dolor de cabeza que sentía. Miraba fijamente el retrato de un hombre que reconoció vagamente como su padre. El artista había captado una mandíbula dura, probablemente apretada, y unas cejas pobladas que ensombrecían una mirada intensa e inquebrantable. No había ningún atisbo de humor o amabilidad. Louis había estado estudiando el

cuadro y su memoria fragmentada en busca de algún recuerdo de una sonrisa en el rostro del hombre. No tenía ninguna.

Lo que sí podía recordar... Pensó que era un ejemplo perfecto de "ten cuidado con lo que deseas".

Louis apartó la mirada del retrato y atravesó la habitación, cruzó una puerta y entró en el estudio adyacente. Sin duda, esas habitaciones eran para el conde. Eran casi exclusivamente de tonos oscuros (cortinas marrones pesadas, alfombra carmesí gruesa) y muebles de aspecto incómodo. Louis frunció ligeramente los labios al pasar junto a una silla de respaldo alto que no tenía ni la más mínima idea de un cojín.

No recordaba nada de aquella habitación. Al menos, todavía no. Supuso que se debía al tiempo. Los recuerdos que habían vuelto eran más antiguos, en su mayoría de su infancia, y algunos de su adolescencia. No supuso que pasara mucho tiempo en las habitaciones privadas del conde.

Se escuchó un ligero golpe en la puerta, que obviamente no esperaba respuesta, ya que la puerta se abrió de inmediato. Una mujer entró, con una canasta en equilibrio sobre su cadera y sus ojos ya mirando hacia las cortinas. La sorpresa se dibujó en su rostro cuando lo encontró de pie entre ella y las cortinas. Hizo una reverencia al instante.

"Mis disculpas, mi señor. No quise molestarlo. Volveré más tarde".

Era de estatura y peso promedio, con el pelo canoso recogido en un moño en la nuca. Sus ojos, su nariz y sus labios no tenían nada de especial. Sin embargo, había algo en ella que a Louis le llamó la atención. Cuando se disponía a salir por la puerta, sus faldas se agitaron y de repente él pudo imaginar sonrisas y secretos.

Sonrisas y secretos que sabían a...

—Cariño... —murmuró, sintiendo de repente el sabor en la lengua.

La mujer se giró, con movimientos rígidos. —¿Perdón, mi señor?

Louis sacudió la cabeza, como si quisiera quitarse de encima el regusto. "No, perdóneme, señora... eh..."

Todo el personal había sido advertido sobre el daño que esto causaría a su memoria, y ella no parecía particularmente ofendida. En cambio, ofreció una sonrisa forzada pero educada. "Señora Hackett, miSeñor".

—La señora Hackett, por supuesto. —Louis se acercó un poco—. ¿Quizás me dabas dulces a escondidas cuando era niño? —se sintió tonto al preguntar, pero no podía quitarse de la cabeza la idea del recuerdo—. ¿Algo con miel?

Se quedó allí un buen rato, con el ceño ligeramente fruncido, y Louis se sintió como un idiota. Quizá se tratara de otra mujer o, si se trataba de ella, tal vez no lo recordara. ¡Y era igualmente probable que su mente se lo hubiera inventado todo!

La señora Hackett movió la cesta que llevaba en la cadera. —Tortas de miel y limón. La especialidad de la cocinera.

La sonrisa que se dibujó en su rostro los sobresaltó a ambos. Más aún cuando soltó una breve carcajada, cruzando los brazos sobre el pecho. "Pastelitos de miel y limón...", se repitió a sí mismo. Creía poder verlos en su mente, pequeños pastelitos amarillos que encajaban

perfectamente en la palma de una niña, cubriendo las manos con capas de miel pegajosa y motas de cáscara de limón. Pero los dedos pegajosos no importaban cuando uno estaba agachado en un rincón de la cocina, observando el bullicio de actividad que se arremolinaba a su alrededor y riendo mientras la cocinera apartaba las manos de las sirvientas.

El mismo par de ojos que lo observaban en su memoria lo observaban con vacilación fuera de ella. Con una rápida sacudida, Louis se despertó y volvió a la neutralidad. Le hizo un gesto con la cabeza. "No sé si alguna vez dije gracias... quiero decir que no puedo recordar..." Se encogió de hombros torpemente. "Gracias; por entonces y por ahora. Ese es el primer recuerdo feliz que ha regresado".

La frialdad desapareció del rostro de la señora Hackett, pero se limitó a hacer una reverencia y se despidió. Louis ya había dirigido su atención a la pila de papeles que había sobre el escritorio frente a él cuando ella le lanzó una mirada contemplativa por encima del hombro. En cambio, examinó misivas, facturas y libros de contabilidad apilados de forma peligrosa sobre el escritorio. Los de arriba estaban fechados en la última semana, los de más arriba en el último mes, los de más arriba en el último mes...

Louis hizo una pausa antes de examinar la pila con más detenimiento. Los examinó a toda prisa y llegó al final, con solo unas pocas bajas cayendo al suelo. Una de las misivas más antiguas, ligeramente amarillenta en los bordes, estaba fechada (frunció el ceño) hacía seis meses. ¿Dónde había estado durante *seis meses* ?

Unos pasos y el roce de las telas anunciaron la llegada de una visita a la puerta, y Louis levantó la vista justo cuando la condesa viuda de Namby, su madre, emitió una pequeña tos. La tos era prácticamente lo único pequeño que tenía la mujer, lo que habría sido un pensamiento terriblemente desagradable si una de las otras cosas pequeñas no fuera su corazón. Un puñado de recuerdos de la infancia y doce horas en la misma casa hicieron que Louis se sintiera con derecho a esa opinión.

Intentó, sin éxito, evitar que se le formara el ceño. —Madre —inclinó la cabeza a modo de saludo.

La mujer, con un resoplido, entró flotando en la habitación, lo mejor que pudo, con la mirada perdida. La curva de su labio sugería que no le gustaba lo que veía. Louis notó, con una mueca interna, que su expresión no vaciló cuando se volvió hacia él.

"Esta habitación necesita urgentemente atención", dijo, en un tono sorprendentemente carente del desdén que se reflejaba en su rostro. "Le daré instrucciones a la señora Hackett para que se ocupe de ello de inmediato".

Louis se pasó la lengua por el borde de los dientes delanteros. El dolor le sirvió como recordatorio para tener cuidado con sus palabras. "Está bien. Preferiría resolverlo todo sin interrupciones".

La respuesta fue un suspiro de cansancio, pero ningún otro comentario.

Louis frotó el borde de la vieja misiva entre sus dedos. "¿Cuándo estuve aquí por última vez?" Las palabras salieron con más dureza de la que pretendía, así que intentó suavizarlas con una sonrisa y añadió tranquilamente: "¿Madre?".

Se giró bruscamente hacia un lado, moviéndose lentamente de un extremo al otro del estudio,

pero no antes de que Louis viera que su expresión se ensombrecía. "No puedo recordar con precisión", dijo dándole la espalda.

No necesitaba conocerla para saber que estaba siendo evasiva. Louis se inclinó hacia delante, aplastando algunas de las cartas mientras se cernía sobre el escritorio. "Esta correspondencia no ha sido abierta y data del invierno pasado". La pregunta estaba implícita.

Su madre pasó un dedo gordo por un estante, haciendo una mueca al ver la capa de mugre que había acumulado. Luego se volvió hacia él y le dijo: "Bueno, eso lo explicaría. Fue entonces cuando murió el conde".

El conde. Su padre. Un hombre al que no recordaba bien, pero que, por algún motivo, no recordaba con cariño.

Sintió que se le oprimía el pecho. Consiguió coger aire lo suficiente para decir: "Ya veo". Cuando ella pareció no querer continuar, la animó: "¿Y luego?".

Las manos de la viuda se encontraron frente a ella, las figuras se estrecharon delicadamente, y ella lo inmovilizó con su implacable mirada de zafiro. " *Y luego* te fuiste".

La acritud de su tono obligó a Louis a apartarse, tirando más papeles al suelo. Esta era la madre que recordaba de su juventud: un momento desapasionada y distante, al siguiente venenosa. De un modo extraño, el cambio en su comportamiento le dio algo a lo que responder, y un peso familiar se asentó sobre sus hombros. Sin mostrar emoción alguna, se agachó y recogió con calma las misivas dispersas. Se levantó, golpeó un borde contra la madera para alinearlas y luego las dejó suavemente a un lado. Sólo entonces miró de nuevo a su madre.

" *¿Por qué* me fui?"

Una de sus manos regordetas se movió para agarrar el respaldo de una silla, los dedos la envolvieron con tanta fuerza que la sangre se escapó. —Fuiste desagradecida. Y malcriada. No quisiste la responsabilidad del condado y por eso huiste como una cobarde. —La saliva acompañó las palabras mientras salían de su boca, pero ella no se dio cuenta. Estaba demasiado furiosa—. Aceptaste el compromiso con la señorita Holt y luego la abandonaste para... para... ¡sembrar tu avena salvaje!

Louis casi se rió a carcajadas. Si alguna vez había tenido que hacer locuras, se habían esfumado con su memoria; la única mujer que lo conmovía era... Tosió para interrumpir el pensamiento. Pero si lo que su madre decía sobre su locura era mentira... bueno, era un pensamiento que lo aliviaba. Si eso era falso, entonces era posible que más cosas (si no todo) que ella había dicho fueran mentira, y él deseaba eso desesperadamente. No quería ser un hombre que abandonara sus responsabilidades.

Lo que lo llevó a la señorita Holt.

Hizo caso omiso del mal humor de su madre y del malestar que sentía en el estómago y preguntó: "¿Hubo un romance entre la señorita Holt y yo?"

La condesa viuda se alisó el pelo hacia atrás y su expresión era mucho más suave que antes. —¿Quién soy yo para decirlo? Había un... afecto. Y lo que es más importante, ¡había un entendimiento entre ustedes!

"Entonces supongo que habrá un contrato de boda?"

Esta vez la furia que descendió sobre su rostro fue fría, como hielo que crecía y congelaba lentamente cada uno de sus rasgos hasta formar una expresión aterradoramente serena. —¿Un contrato? —dijo en voz baja—. ¿No confías en tu madre?

Louis se tragó la respuesta inmediata. En cambio, esbozó una pequeña sonrisa y asintió con la cabeza. —Perdóname, madre. No quise ofenderte. Estoy seguro de que hay muchos detalles del contrato que debería saber, y sin mi memoria reciente... —Se encogió de hombros—. Estoy seguro de que entenderás por qué debería volver a verlo.

Estaba muy claro que no entendía, pero asintió de todos modos. "Estoy segura de que el señor Holt tendrá una copia que pueda mostrarle".

Él inclinó la cabeza hacia ella.

Tras otro largo suspiro, la viuda se volvió hacia la puerta. Le habló, le dio instrucciones, por encima del hombro: "La señorita Holt vendrá a tomar el té mañana. Estarás aquí".

Ella no necesitaba una respuesta, por lo que él no se la ofreció. Solo se relajó cuando ya no pudo escuchar sus pasos.

Agotado por la interacción, Louis se hundió en la silla más cercana, decepcionado pero no sorprendido de encontrarla profundamente incómoda. Se inclinó hacia delante, cogiendo la cabeza entre las manos y los codos sobre las rodillas, y trató de ignorar la creciente ansiedad en su pecho. Había tantas cosas que todavía no recordaba (que tal vez nunca recordaría) y el peso de todo eso se había instalado en su estómago. Tenía una prometida, una finca, inquilinos y una madre viuda desagradable que manejar, sin conocimientos, experiencia ni ayuda con la que hablar.

Y la única persona que podría haberlo hecho todo manejable estaba a unas dos horas de distancia en autobús.

Capitulo 22

Dos horas eran mucho tiempo en un autobús. Fidel estaba aburrido y sus compañeros de viaje no ayudaban. Antonio admiraba el paisaje, su mirada seguía sin vacilar los árboles que pasaban. Sus dedos acariciaban distraídamente la cabeza que descansaba en su regazo; Phil se había quedado dormido hacía una hora y permanecía acurrucado en el banco a su lado. De vez en cuando suspiraba profundamente, sin siquiera fingir juventud en sueños.

Fidel supuso que podría haber recurrido a su otra hermana para entretenerse, pero no fue tan cruel. Margareth lucía horrible. Estaba pálida y húmeda, su vestido rosa no lograba resaltar el color de sus mejillas y solo contribuía a que se viera más enferma. Sus manos se movían nerviosamente en su regazo, se mordisqueaba las uñas de una mano, luego de la otra y luego volvía a la primera.

Fidel decidió de repente que necesitaba una distracción y estaba más que feliz de proporcionársela.

—¿Crees que la finca Namby será tan *encantadora* —parpadeó— como el propio Louis?

A su lado, Margareth se sobresaltó y giró la cabeza en dirección a él como si no se hubiera dado cuenta de que había estado allí durante todo el viaje. —Perdóname, ¿qué...? —Echó una rápida mirada alrededor de la cabina, evaluando dónde estaban y quién estaba presente, mientras su inquietud se trasladaba al segundero—. ¿Qué dijiste?

—Dije… —Suspiró y sacudió la cabeza—. No importa. —La irritación se apoderó de él y decidió que su hermano no merecía que lo dejaran en paz—. Recuérdame cuál es el sentido de este viaje.

Margareth volvió a moverse nerviosamente hacia la primera mano. "Vamos a ver cómo está nuestro amigo". La declaración fue tan silenciosa que casi no se escuchó por encima del sonido de la grava al crujir entre las ruedas del carruaje.

Simón apartó la mirada del paisaje y asintió. —Y para ver si ha recordado algo pertinente.

Su hermano se inclinó hacia delante, genuinamente interesado a pesar de sí mismo. —Entonces, ¿no has renunciado al misterio de lo que pasó entre Louis y los Thorne? —Con una ceja enarcada, se hundió aún más en el asiento y cruzó los brazos sobre el pecho en desafío—. Habría pensado que tú y Homero lo habrían descartado una vez que Louis nos dejó.

Margareth volvió a concentrarse en la segunda mano mientras Antonio miraba a Fidel con el ceño fruncido. Para decepción del más joven, pareció haber detectado el tono provocador y decidió no morder más el anzuelo. Se limitó a sacudir la cabeza ligeramente.

—No es que vayamos a cambiar nada, pero creo que los Thorne tienen claro que nos hemos alineado con Louis y con Jack. No creo que tengamos otra opción que seguir con esto. Y lo que es más importante, Louis se ha convertido en un amigo para todos nosotros. Nos preocupamos por él —sus ojos se dirigieron rápidamente a Margareth, con apenas una mínima vacilación en su discurso—.

Fidel se dio cuenta con una mueca de dolor que Antonio claramente no había tenido suficiente

práctica como hermano tramposo; sus habilidades de subterfugio no estaban a la altura.

"¿Al menos nos quedaremos a pasar la noche?" preguntó rápidamente.

La pregunta provocó una respuesta predecible de Margareth. "¡Por supuesto que no!", casi gritó, sus manos se detuvieron por primera vez mientras se aferraban a sus faldas. "No le molestaremos y no nos quedaremos más tiempo del debido. Pararemos a tomar el té, comprobaremos que esté bien y luego regresaremos a casa".

Fidel se prometió a sí mismo allí mismo que no haría el viaje de regreso ese día; pasar otras dos horas atrapado con su abatida hermana era completamente inconcebible.

En su visión periférica, vio a Margareth cambiar de nuevo para coger el segundero.

—Oh, por el amor de... —Fidel extendió la mano de repente y puso sus manos sobre las de ella, presionándolas hasta que se quedaron quietas—. ¡¿Quieres dejar de hacer eso?!

Su voz alzada no sólo sirvió para provocar la ira de Margareth, que recuperó el color, sino para despertar a Phil. La muchacha se incorporó lentamente, reprimiendo un bostezo con el dorso de una mano y mirando alrededor del vagón con los ojos vidriosos.

"¿Ya hemos llegado a Louis?" preguntó.

Fidel respondió con una respuesta cortante y Antonio lo interrumpió: "Sí, lo hemos hecho".

Los hermanos miraban por las ventanas con distintos grados de emoción mientras avanzaban a toda velocidad por el camino de entrada a la finca Namby. No había duda de que alguna vez había sido un hermoso edificio. La mampostería tenía ángulos agudos y columnas cuadradas altas, a juego con la fuente que había frente a ella, pero donde alguna vez pudo haber sido una marca oscura e imponente en el paisaje, ahora estaba en mal estado. El color era imposible de descifrar debajo de las capas de suciedad, polvo y barro, cualquier complejidad oculta desde hacía mucho tiempo. La vegetación estaba demasiado crecida o colgaba muerta contra las paredes, y la mayoría de las ventanas estaban tapiadas.

Parecía completamente hostil.

—Entonces... ¿Directamente a casa? —preguntó Fidel en el carruaje, que ya estaba en calma. Ninguno de ellos hizo un movimiento hacia la puerta.

Al final, fue Phil, quien miró a sus hermanos con lo que podría haberse llamado exasperación para alguien mayor, quien salió primero. El conductor ya se había apeado, abrió la puerta y ella agarró sus faldas y saltó. Aterrizó inesperadamente en un charco (no habían visto lluvia en el camino de entrada) y soltó una risita.

Margareth se inclinó hacia delante en su asiento, mirando desesperanzada los zapatos empapados de su hermana y el dobladillo manchado de barro de su vestido. Intentó regañarla, pero la niña ya había salido corriendo hacia la casa.

Y las dos figuras que estaban reunidas en la escalera de entrada.

Margareth reconoció a Louis al instante. Seguía siendo alto, corpulento y apuesto (todos sus moretones ya estaban curados y la única evidencia de sus heridas era la muleta que todavía se balanceaba bajo un brazo), pero había algo diferente en su postura. Su postura era más erguida, menos indulgente... tal vez se debía al peso de su nuevo título.

Cualquiera que haya sido el cambio, desapareció en el momento en que reconoció a Phil. Cuando sus pequeños pies tocaron los escalones y su nombre salió de su lengua en un grito vertiginoso, se agachó y la recibió con los brazos abiertos y una sonrisa. La hizo girar riéndose, y sus pies casi patearon a la mujer que estaba a su lado. Apenas se detuvieron cuando Phil pasó de las risas a la charla.

La mujer que estaba a su lado con el ceño fruncido se parecía lo suficiente a la mujer de dos noches antes como para que Margareth supusiera que era la madre de Louis. Sin eso, no habría supuesto ninguna relación. Era baja y robusta, pálida en comparación con el bronceado claro que Louis había adquirido al cojear por los jardines de Hugen. Y había una diferencia obvia en la actitud, incluso desde la distancia de Margareth; donde Louis observaba y escuchaba a Phil con atento deleite, su madre observaba a la niña con una mezcla de horror y desdén.

Lo cual probablemente fue la razón por la que Simón ya estaba cerrando la brecha entre el carruaje y la casa.

Margareth sabía que debía seguirlo. Tenía *que* hacerlo; después de todo, ¡no podía quedarse sentada en el carruaje toda la tarde! Mientras miraba el escalón, la mano del conductor flotando torpemente en su periferia mientras esperaba para ayudarla, podía oír su corazón latiendo aceleradamente en sus oídos. Era lo único que podía oír. Y cada zumbido le recordaba un hecho aplastante.

No es tuyo. No es tuyo. No es tuyo .

Una mano en su hombro la sacó de la espiral y giró ligeramente la cabeza en la puerta del carruaje para captar la sonrisa reconfortante de Fidel.

"Cuanto más esperes, más difícil será", advirtió con una leve sonrisa.

Margareth asintió, obligando a su boca a devolver el gesto. "No sé qué decirte cuando eres amable; es tan inusual".

Si la broma tenía algo de mordacidad, no se notó en el brillo de los ojos de Fidel. En cambio, dijo solemnemente: "Tienes razón".

Y la empujó fuera del carruaje.

El grito de sorpresa de Margareth se apagó un poco cuando salió a trompicones, inaudible (eso esperaba) debido a las presentaciones que se estaban haciendo en la casa. Afortunadamente, atrapó la mano del conductor, igualmente sorprendido, y un pie calzado con pantuflas tocó milagrosamente el escalón y el otro el suelo sin que se torcieran los tobillos ni se ensuciara el dobladillo. Fue un descenso prematuro y poco elegante, pero no del todo humillante.

De todos modos, sin duda habría regañado a su hermano cachorro si no hubiera levantado la vista y notado que su chillido había llamado al menos un poco la atención; Louis la estaba mirando directamente.

Margareth sintió un calor intenso en las mejillas y por un momento consideró volver a subir al carruaje. Sin embargo, Fidel dio un paso adelante y la tomó del brazo, "escoltándola" con fuerza.

—Recuerda sonreír —susurró con los dientes apretados.

Antonio miró hacia atrás cuando se acercaron. Phil estaba de pie a sus pies con el brazo apoyado en el hombro de ella. Su alegría se había desvanecido y su habitual expresión de cálculo

demasiado adulta había regresado a su rostro mientras su mirada se desplazaba entre los tres adultos que se alzaban sobre ella.

"Lady Richards, permítame presentarle a mi hermano menor, Señor Fidel Hugen, y a nuestra otra hermana, Lady Margareth Hugen".

La viuda no parecía impresionada. De hecho, *no* parecía impresionada en absoluto. Su mirada los examinó uno por uno mientras Antonio los presentaba, sin un atisbo de sonrisa en su rostro. Margareth se preguntó qué veía.

Probablemente Phil no había sido la mejor presentación para su familia. Tal vez la condesa había visto a una niñita ruidosa y grosera que soportaba la carga de crecer sin padres. Antonio, sin duda, le habría devuelto algo de la buena opinión que tenía de la familia Hugen; lucía a la perfección su papel y su título. Era un hombre bien arreglado y cordial y, sin duda, si la mujer tenía alguna conocida en edad de casarse, ya estaba tramando una presentación.

Fidel era una historia diferente. Su cabello deliberadamente desaliñado (a diferencia del desaliñado accidental de Vinicius), su sonrisa sardónica y su ceja que siempre se movía para desafiar a la gente... bueno, probablemente no eran factores atractivos para la viuda.

Y por último, Margareth. Se preguntó qué veía la mujer mayor. ¿Una joven tranquila y respetable con gran... afecto... por su hijo? ¿O una solterona desgarbada y desesperada que no representaba ninguna amenaza para ella ni para su hijo? Porque, ¿cómo era posible que un hombre en la posición de Louis se dejara cortejar por una mujer como Margareth?

Ella parpadeó.

Esa suposición quizá había sido un poco más oscura de lo que ella pretendía.

La viuda no había ofrecido ninguna respuesta a las presentaciones más que una inclinación de cabeza, lo que significaba que Margareth no se había perdido nada durante sus cavilaciones, y ahora era el momento que Margareth había estado temiendo.

Ella miró a Louis.

Él ya la estaba mirando.

Todo lo que se decía a su alrededor se desvaneció por un largo momento, y Margareth se quedó mirando fijamente sus suaves ojos gris verdosos. No había cambiado. Excepto que ahora tenía una prometida.

Margareth miró hacia otro lado rápidamente.

La madre de Louis seguía fría y silenciosa; los ignoraba y la ignoraban a su vez. Antonio le dio una palmada en el hombro a Louis para llamar su atención.

- ¿Cómo estás, Louis? ¿Estás recuperando la memoria?

Les aseguró que estaba bien y luego tragó saliva. —Mi pasado regresa en fragmentos. Puedo recordar gran parte de mi infancia ahora, pero mis últimos años siguen... —se encogió de hombros— borrosos. —Le sonrió a Phil, alborotándole el cabello—. No conoce ningún remedio para eso, ¿verdad, doctor?

Ella se escabulló de debajo de su mano, sonriendo pero pensando: "Tal vez tenga que consultar algunos textos".

Nadie se rió porque no era una broma.

Louis sonrió y señaló las puertas abiertas que tenía detrás. "Pasa, por favor. Podemos tomar un té y te mostraré la biblioteca. Puede que incluso tenga algunos libros que aún no hayas leído".

Una vez más, no es una broma.

Cuando hizo ademán de moverse, la viuda lo agarró del brazo. —¡No! —Se apresuró a controlar su expresión feroz y los miró con fría cortesía—. Fue muy amable de su parte venir a ver cómo estaba mi hijo —dijo de una manera que dejó en claro que no le parecía amable—, pero estamos esperando invitados. Seguramente podrán venir otro día.

Los ojos de Fidel se alzaron hacia el cielo; ¡que lo ayudara si esta desagradable anciana lo hizo regresar a ese carruaje!

Sin embargo, Louis no estaba dispuesto a permitir que eso sucediera. "Madre", dijo con severidad, soltándola con delicadeza, "los Hugen son queridos amigos míos y han viajado desde muy lejos para visitarme. Se *quedarán* a tomar el té. ¿Qué importan unos cuantos invitados más cuando tenemos té más que suficiente para todos?".

Fidel vio su oportunidad. "Eres muy amable, Louis", dijo, sonriendo alegremente y dejando que el remordimiento se desvaneciera gradualmente. "Fue un viaje largo. De hecho, no sé cuánto tiempo nos quedaremos. Tendremos que irnos pronto si queremos regresar a casa antes del anochecer".

La sonrisa victoriosa de la viuda duró poco. —¡Pues entonces debes quedarte a pasar la noche! Por favor, insisto —añadió Louis cuando parecía que Antonio iba a protestar—. Has compartido tu casa conmigo durante tanto tiempo que debes permitirme devolverte el favor.

Antonio miró la sonrisa victoriosa de Fidel y luego la sonrisa ansiosa de Phil, y decidió ignorar la mirada de pánico que Margareth había fijado en los escalones. Asintió. "Gracias, Louis. Nos encantaría quedarnos".

Louis volvió a señalar la casa, pero su avance se vio interrumpido una vez más, esta vez por el traqueteo de las ruedas del carruaje en el camino de entrada.

Con el rabillo del ojo, Margareth vio que Louis se transformaba de nuevo; su postura se enderezó, su sonrisa se evaporó y sus fosas nasales se dilataron. Con un breve destello de curiosidad, se preguntó quién podría haberlo alterado tanto.

El carruaje se detuvo de repente, justo donde había estado el suyo unos momentos antes, y la puerta se abrió de golpe. Chocó contra el cuerpo del carruaje y se abrió de golpe, pero el hombre obeso la atrapó al intentar pasar por la abertura. La hazaña se hizo más difícil debido a su altura. Se desdobló para quedar casi tan alto como Antonio, pero el doble de ancho, con el pelo corto y gris y una barba que le rozaba el cuello. Sus pantalones eran de color canela, abrochados debajo de su abultado estómago, y vestía un elaborado chaleco verde.

Pero quizá su característica más redentora era su sonrisa. Avanzó rápidamente, con la sonrisa clavada en Louis, y los hermanos Hugen se hicieron a un lado para evitar ser pisoteados.

—Ah, Louis, mi muchacho, o mejor dicho, el conde Namby. ¡Vaya, sigue siendo extraño pronunciar ese título y referirme a ti y no a tu padre, bendito sea! —Las palabras fluían con rapidez, con un fuerte acento y se decían con tanta alegría que el oyente no pudo evitar sonreír.

Louis aceptó la mano que le tendía con un apretón de manos, ignorando la fuerte inhalación de su madre. "Señor Holt, supongo. Es un placer conocerlo".

El hombre se apartó bruscamente, con la confusión escrita en su rostro, que desapareció casi tan rápido como yo había llegado. "Ah, ahora recuerdo. Tu querida mamá nos escribió y dijo que tenías algunas dificultades para recordar cosas. Una vez tuve una prima que..."

Margareth dejó de escuchar abruptamente.

Señor Holt.

Bosquecillo.

Su cabeza se giró hacia el carruaje justo a tiempo para ver al cochero que la ayudaba a bajar. Su vestido era de satén rojo intenso, ligeramente caído sobre los hombros para revelar unas elegantes clavículas y unas curvas sugerentes. Se ajustaba a su diminuta cintura, se ensanchaba ligeramente y luego caía en cascada hasta el suelo. Parecía más propio de un salón de baile que de una cena de té. Junto con el pelo rubio sedoso que, de alguna manera, estaba recogido en lo alto de su cabeza y le caía sobre los hombros, era hermosa.

Junto a Margareth, Fidel dejó escapar un pequeño silbido en voz baja. Ella extendió la mano con la intención de golpearlo, pero en lugar de eso, la apretó contra la manga de él. Él le dio unas palmaditas suaves y ella se sintió aún peor.

—... y también dijo que querías ver una copia de esto, así que te la traje para que la examinaras. Te lo voy a pedir de vuelta, ¡no hay forma de que te salgas de este acuerdo! —El señor Holt soltó una carcajada, sin que le afectara el ceño fruncido que se dibujaba en el rostro de Louis mientras aceptaba el rollo de pergamino que le pasaban. En cambio, atribuyó el silencio que lo rodeaba a su hija y se volvió para ver cómo le iba—. Ven, Clarissa, querida. Es hora de que conozcas a tu prometida.

.

Margareth nunca había imaginado que tomar el té pudiera ser tan incómodo. Para empezar, el sofá en el que estaban sentados ella, Phil y Fidel era irregular y tenía que hacer un gran esfuerzo para no moverse. Sus hermanos no tenían la misma capacidad de autocontrol. Así que, mientras Antonio, el señor Holt, Louis y su madre estaban sentados al otro lado de la habitación, ella estaba atrapada con dos niños que se retorcían y la señorita Clarissa Holt, que miraba a Margareth por encima del hombro cada vez que ella tomaba un sorbo de té.

"¿Hace mucho que conoces a Señor Richards?" le preguntó la joven, con palabras dulces incluso cuando rechazó las galletas que le ofreció el sirviente.

Distraída por un momento, Margareth rápidamente detuvo a Phil, que estaba a punto de reclamar toda la bandeja, fijando a Fidel con una mirada que decía que los jóvenes de diecinueve años tampoco deberían llenar sus servilletas con dulces, y luego volvió su mirada nerviosa hacia Clarissa.

—Señor Rich... ah, Dios... —hizo una pausa y esperó que eso la ayudara—. No hace mucho. Solo este último mes o dos.

No hubo más preguntas, sólo un breve sorbo de té y otra mirada de superioridad. "¿Y estás casada?"

Margareth intentó no fruncir el ceño. Los habían presentado. Sabía que era la hermana de Fidel y Antonio y que compartían apellido. ¿Por qué lo preguntaría?

"No, no lo soy."

Otro sorbo de té y una triunfante mueca de sus labios respondieron al 'por qué'.

"Oh, entonces prometido."

La sonrisa de Margareth se congeló en su sitio. Había pasado suficiente tiempo en salones de baile con señoritas coquetas y competitivas como para entender ese comportamiento. Sólo deseaba tener una respuesta feroz que no fuera "No".

Fingida sorpresa, ojos muy abiertos, sin té esta vez. "¿Ah, sí? ¡Seguro que estás cortejando a alguien! ¡Una jovencita tan bonita como tú!"

La condescendencia era tan palpable que atrajo la atención de Fidel. —Sí, lo era —gritó desde el otro extremo del sofá, deteniéndose para lamer un trocito de glaseado de su pulgar—. Pero le dio un puñetazo, así que...

—¡No, por ahora no! —casi gritó Margareth.

Las cejas bien esculpidas de Clarissa se alzaron junto con su taza de té. —Qué lástima. —Bebió un sorbo—. Bueno, debo agradecerte por cuidar tan bien de mi querido Louis. Estaba fuera de mí por la preocupación cuando dejé de saber de él. No pude evitar pensar que una vulgar prostituta lo había engañado para que se casara conmigo, pero saber que ha estado a salvo bajo tu cuidado, bueno... —Sonrió con su deslumbrante sonrisa que hizo que las entrañas de Margareth se convirtieran en polvo—. No te puedes imaginar lo aliviada que estoy.

Fidel se inclinó de repente y empujó a Phil hacia adelante para que pudiera participar en la conversación. Su hermana resopló, pero él hizo un gesto con los dedos hacia Antonio, Louis y el señor Holt, y ella se acercó a ellos con solo el ceño fruncido y la lengua fuera. Aprovechando el espacio, Fidel se acercó a Margareth. Cruzó una rodilla sobre la otra y apoyó la cabeza en su mano.

" *Tengo* curiosidad, señorita Holt, por saber cómo reconoció *al querido Louis* la otra noche. Por lo que he podido deducir, ¿es esta la primera vez que lo ve?"

Su delicada sonrisa no vaciló. "De hecho lo es", dijo, tomando su bolso, que estaba sobre la tumbona a su lado. Sacó una delicada cadena de plata. "Pero él me envió su miniatura, ¿sabes? Nos conocíamos *muy* bien a través de nuestras cartas, ¿sabes?"

Sin embargo, la púa no se dirigió a Margareth, ya que solo podía mirar el pequeño retrato de Louis que colgaba de la cadena. No había forma de negar que era él (el artista tenía talento), pero de alguna manera no se parecía al hombre que ella conocía. Tenía los labios apretados, el ceño fruncido, incómodo.

Por primera vez, se preguntó si el Louis que había conocido era el mismo hombre que había sido antes de su lesión.

"Escribiste muchas cartas, ¿no? ¿Mientras estabas en la escuela?"

Margareth deseaba que Fidel dejara de lado el tema. Cada momento que pasaba en esa conversación se sentía como si le hubieran quitado un año de vida.

La joven se apartó un mechón de pelo sedoso de la cara. "En efecto. Estaba enamorada de él y de sus planes para nuestro futuro".

"¿Planes?"

Si Margareth derramaba el té sobre Fidel, tal vez él detendría su interrogatorio. Tal vez si lo derramaba sobre sí misma, le permitirían abandonar la habitación.

Clarissa asintió y dejó la taza a un lado. Su sonrisa era recatada y fija, sus ojos brillaban cuando se encontró con la mirada de Fidel.

"¿Para casarse?" preguntó.

"Sí."

"¿Y los niños?"

"Sí."

"¿Muchos?"

"Un heredero y una suplente. Quizá una hija que me haga compañía."

"¿Planes para la finca?"

Por primera vez, su expresión cautelosa vaciló y dejó paso a una expresión que parecía genuinamente sorprendida y alegre. "Por supuesto que no", dijo con una risita pintoresca y propia de una dama. "¿Por qué iba a discutir algo así conmigo *?* "

La viuda dejó la taza de té con fuerza, atrayendo la atención de la sala. Era la primera vez que Margareth le estaba agradecida a la mujer.

—Sabes —dijo, dándose golpecitos con un dedo gordo en los labios, la viva imagen de la consideración, si no hacías caso del brillo de sus ojos—. Se me acaba de ocurrir una idea estupenda. ¿Por qué no os quedáis los dos a pasar la noche? Será estupendo poder invitar a tanta gente a cenar. —Se volvió hacia Louis con una sonrisa—. Después de todo, hijo mío, ¿qué son unos cuantos invitados más?

.

Ya era tarde cuando Margareth se disculpó para irse a la cama. Los hombres no se habían reunido con ellos después de la incómoda cena, y ella había estado atrapada en una habitación con la viuda y la señorita Holt durante horas. Afortunadamente, la habían ignorado durante la mayor parte del tiempo, prefiriendo hacer planes de boda entre ellos. De vez en cuando, un comentario más fuerte le llegaba deliberadamente; temores de que los cazadores de títulos se aprovecharan del lapso de memoria de Louis, o lo que les dirían a sus amigos en común sobre cómo había "sufrido" estas últimas semanas.

Margareth hizo todo lo posible por concentrarse en el libro que había cogido y no dejar que sus provocaciones la lastimaran. O al menos, no dejar que el dolor se notara.

Finalmente, el reloj marcó una hora respetable para retirarse y Margareth se disculpó. Ninguno de sus compañeros le dedicó mucho más que un gesto de despedida. Cuando cerró la puerta con suavidad tras ella, Margareth se apoyó en ella y dejó escapar un profundo suspiro, cerrando los ojos. Su alma estaba cansada; había sido un día extraordinariamente difícil. Era bastante duro extrañar la compañía de Louis durante los últimos días, pero luego estar en su casa y sentirse tan

profundamente incómoda... Era agotador.

De repente, una risa estridente estalló en la habitación que estaba detrás de ella y Margareth se apartó bruscamente. Tal vez fuera su ego el que hablaba, pero estaba casi segura de que se estaban riendo de ella. Las lágrimas brotaron mientras se sonrojaba, pero hizo todo lo posible por enderezar la columna y salió corriendo hacia la habitación que le habían mostrado antes. Si podía cerrar la puerta detrás de ella antes de que las lágrimas se derramaran, consideraría el día como una victoria.

Se oyó un ruido, un gruñido, cuando Margareth pasó por una habitación y se detuvo de repente. Echó un vistazo rápido al rellano y no vio a nadie más, así que, tras un momento con los ojos cerrados, se dirigió hacia la puerta entreabierta. El pasillo no estaba lo bastante oscuro como para que pensara en demonios o fantasmas, y estaba segura de que el sonido no provenía de ninguno de sus hermanos. Golpeó con cautela el marco de la puerta, intentando calmar su corazón acelerado.

—¿Está todo bien? —Aunque sabía (o esperaba) que podría encontrar a Louis dentro, verlo la dejaba sin aliento. Estaba encorvado sobre un escritorio, con la muleta apoyada contra el borde, olvidado, con rizos peludos cayendo como una cortina entre ellos. Levantó la cabeza bruscamente ante sus palabras, claramente sorprendido, pero la irritación se suavizó de inmediato.

Se enderezó, y con los hombros bajos, la espalda recta y la sonrisa volviendo, se parecía menos al feroz Conde Namby y más al hombre que ella conocía.

—Margareth —su nombre se le escapó en el aliento sin darse cuenta.

"¿Qué estás…?", preguntó ella al mismo tiempo que él decía: "Lo siento, no lo hicimos…"

Louis le sonrió mientras ambos se separaban y se apartaban el pelo de la cara. Margareth se sintió un poco incómoda y se adentró en la habitación, indicándole con un gesto que continuara.

—Rodeó el escritorio para unirse a ella—. Solo quería decir que lamento que no hayamos regresado contigo y... —una breve pausa—. Las otras damas. El señor Holt se fue a la cama, Antonio quería ver a Phil, Fidel a mi mueble bar y yo, bueno... —se encogió de hombros, cojeando hasta detenerse y apoyándose en el escritorio. En esa posición, sus ojos estaban casi al mismo nivel—. Necesitaba un descanso de mi madre y... —tragó saliva con dificultad, rompiendo el contacto visual con ella por primera vez—. Señorita Holt.

Dos emociones diferentes se enfrentaron en Margareth, arremolinándose en su estómago hasta que no tuvo más remedio que llevarse una mano al abdomen. La primera era furia por la injusticia; sus hermanos, incluso Louis, se habían despedido de esa noche incómoda sin hacer mella en el decoro social. Ella, por otro lado, se había visto obligada a soportar horas de incomodidad y de juicios silenciosos y dolorosos sin que ninguno de los dos pensara dos veces.

Se esperaba de ella.

Pero esperaban demasiado. Sentarse a tomar el té y luego a cenar y después retirarse a la sala de estar con una mujer que obviamente la detestaba y otra que pronto se casaría con el hombre que ella...

Y eso la llevó –más abruptamente de lo que le hubiera gustado– a la segunda emoción: un dolor punzante.

Sin intentar encontrar su mirada, Margareth rodeó a Louis en busca de una distracción. "¿Qué estabas examinando cuando entré? Sonabas muy..."

Justo cuando Louis emitió un sonido de protesta y extendió la mano para rodear suavemente su brazo, Margareth se acercó lo suficiente para leer el título del pergamino que descansaba sobre el escritorio. Estaba entre libros, libros de contabilidad, notas y cartas que probablemente eran todos inofensivos y habrían iniciado una conversación agradable entre ellos. En cambio, ella miró fijamente un documento titulado "Contrato de matrimonio".

Louis la apartó cuando un leve gemido salió de su boca. Ella fue jalada hacia atrás para que lo mirara, con el cuerpo inerte, y él tomó cada una de sus manos entre las suyas. Las sacudió con fuerza hasta que ella lo miró con ojos vidriosos.

—Tenía que saber si era cierto —susurró con urgencia, con los ojos brillantes, algo que Margareth no podía decir—. Si era vinculante o si había una salida honorable del acuerdo. No lo podía creer hasta que vi el contrato con mis propios ojos, pero ahora...

No necesitaba decirlo en voz alta para que Margareth supiera que era verdad. El contrato era vinculante.

A través del rugido en sus oídos, Margareth lo escuchó decir: "Podría romper con esto. Podría alejarme..."

Ella le apretó las manos para detenerlo y se tragó la emoción que le acosaba la garganta. "Tú no eres ese tipo de hombre".

—Oh, hola. —La interrupción desde la puerta los sobresaltó a ambos y se separaron bruscamente, tirando cada uno algunos libros del escritorio mientras lo hacían. Clarissa estaba de pie en la puerta, luciendo deslumbrante a la luz parpadeante de las velas, con una sonrisa ferozmente plácida en su rostro—. Pensé que *te* ibas a la cama. —Lo que le faltaba a su tono de curiosidad, lo compensaba con una acusación.

Para ocultar las lágrimas que le arrancaron los ojos por la aparición de la misma mujer a la que temía, Margareth se agachó rápidamente para recuperar los libros. "Voy en camino", dijo, "solo me detuve para despedirme de Señor Richards".

Alargó la mano para coger el último libro, pero la punta de una delicada zapatilla roja lo acercó un poco más. Margareth levantó la vista y vio a Clarissa, que se alzaba sobre ella con los ojos encendidos. Después de un largo momento, se pasó la lengua por el borde de los dientes y dio un paso atrás; una sonrisa afable se dibujó con facilidad mientras se giraba hacia Louis y pasaba su brazo por el de él.

"¡Qué servicial de parte de *mi prometido* !"

Margareth cerró los ojos ante el recordatorio, se enderezó y volvió a colocar los libros sobre el escritorio. Cualesquiera que fueran los defectos de Clarissa, estaba diciendo la verdad: Louis le pertenecía y Margareth solo se estaba haciendo daño a sí misma estando allí. Les estaba haciendo daño a todos.

La otra mujer se echó el pelo hacia atrás, sobre el hombro, y escrutó con la mirada el cuerpo de Margareth. No había preocupación en sus ojos cuando volvieron a encontrarse con los de Margareth.

—Deberías irte a la cama *deprisa* . Te ves *terriblemente* agotada. —Hubo una pausa justa para que su verdadero significado fuera evidente.

Louis no ignoraba todo esto. La actitud de Clarissa le daba náuseas, pero no había intervenido. Si su prometido (que no estaba acostumbrado a la palabra y le repugnaba un poco) sentía que Margareth tenía que reclamar más derechos , solo empeoraría las cosas para ella . Sin embargo, su última pulla fue ir demasiado lejos.

—Señorita *Holt* —espetó, soltándose con cuidado de su brazo serpenteante—. Le agradecería que cuidara el tono con mi invitada.

La sonrisa burlona de su rostro se desvaneció, pero no fue reemplazada por remordimiento como él podría haber supuesto. En cambio, su boca adoptó una línea neutra y su ceja se alzó ligeramente mientras lo observaba.

Margareth no estaba de ánimos para escuchar su respuesta y la interrumpió rápidamente: "No, tiene razón. Me prometieron que me iría a la cama. Buenas noches a los dos".

Ella hizo la más rápida de las reverencias y salió corriendo por la puerta, con la cabeza cuidadosamente inclinada para ocultar las lágrimas que habían brotado nuevamente.

Louis hizo ademán de seguirla y se dirigió hacia la puerta, pero una mano firme le rodeó el brazo y las uñas se curvaron para dejarle marcas en la piel, incluso a través del abrigo. Giró la cabeza para mirar a la mujer que se había quedado en su lugar. Sin Margareth en la habitación, su ira se había desvanecido. No había malicia en su rostro, ni ira, solo determinación mientras lo sostenía en su lugar, en *su* lugar, a su lado.

Se soltó de nuevo, pero sólo para poner distancia entre ellos. No intentó seguir a Margareth de nuevo. —No éramos un matrimonio por amor, ¿verdad? —Apenas era una pregunta.

Clarissa se burló, puso los ojos en blanco y se dio la vuelta para alejarse de él. "Por supuesto que no", dijo mientras se sentaba en el borde de su escritorio, balanceando un tobillo para cruzar el otro.

Su frivolidad era un insulto para su orgullo y para Margareth. Cruzó los brazos sobre el pecho sin que nadie se lo pidiera. —Entonces, ¿por qué crear la unión?

—Tu familia necesita dinero y la mía, legitimidad. —Se encogió de hombros con delicadeza—. Es una excelente opción.

¿Dinero? Entre los compromisos sociales y el intento de recordar los nombres del personal y las habitaciones de la casa, Louis solo había logrado echar un vistazo rápido a las finanzas de la finca. Con su comentario improvisado, analizar los libros de contabilidad pasó a ser una de sus principales prioridades.

—Eres muy joven para estar tan hastiado —fue todo lo que dijo en voz alta.

Ella echó hacia atrás su radiante cabello y acomodó su cabeza para mirarlo mejor por encima del hombro. "No estoy 'cansada', simplemente soy realista. Y si uno no es realista en su juventud, entonces *estará* cansada en su vejez".

No pudo evitar burlarse. "¿Qué sabes tú de la vejez? Debías estar todavía en la escuela secundaria cuando se firmó esto".

El insulto no le cayó como pretendía y ella se limitó a pestañear. "Sí, lo hice. Pero no temas, no me casaré por poderes, ya que firmé el contrato. Estoy pensando en una boda en otoño; un año entero es demasiado tiempo desde la firma hasta que hacemos nuestros votos".

Dicho esto, se bajó de la mesa y salió de la habitación sin mirar a Louis. Sin embargo, lo que sí le quedó fue la triste certeza de que se casaría dentro de un mes.

A la mujer equivocada.

Capitulo 23

Margareth pasó una noche inquieta dando vueltas en la cama en la habitación que la viuda había dispuesto para ella. Cuando se las mostraron el día anterior, una ceja levantada de Fidel le indicó que no era la única que notaba que estaban ubicadas lo más lejos posible de las habitaciones familiares. Cuando los primeros rayos de sol se asomaron por las cortinas, se sintió agradecida por ello; significaba que no corría riesgo de molestar a nadie mientras se ponía un vestido sencillo y un chal (prestado por una sirvienta) y salía al rellano.

Necesitaba aire fresco y espacio para ordenar sus pensamientos, y en unos instantes se encontró afuera. El jardín trasero de la casa podría haber sido espectacular en el pasado, pero al igual que el delantero, ahora estaba en mal estado. Contrastaba marcadamente con el elegante comedor y las salas de estar en las que habían pasado la noche anterior, todavía completamente amueblados y suntuosamente. Para Margareth, esto decía mucho de las prioridades de los ocupantes.

La parte más bonita, tal vez por accidente, eran las hierbas que crecían y florecían, bordeando el camino de piedra irregular que seguía con toques de rosa y violeta. Más adelante, divisó un pequeño puente, un arco de madera oscura que sobresalía del paisaje, y decidió que ese era su destino.

Y mientras caminaba, pensaba.

Tenía que irse. Hoy. Estar cerca de Louis era doloroso, terriblemente doloroso, y se negaba a soportarlo más. Tal vez habían forjado una amistad (Margareth tragó saliva mientras pensaba en la palabra), pero podrían volver a eso, tal vez, una vez que él estuviera más asentado. Por ahora, el hombre tenía lo que quería: una familia.

Aunque era más pequeño y más frío de lo que le hubiera gustado.

El camino ascendía estrechándose hacia el puente y ella levantó la mirada del suelo para ver cómo era.

Sólo para encontrar a Louis sentado en la cima, con la espalda apoyada contra una barandilla y las piernas estiradas.

El primer pensamiento de Margareth fue retirarse, desaparecer mientras él aún no la había notado y evitar otra conversación terriblemente dolorosa. Desafortunadamente, al apartar la mirada del camino, sus pies se olvidaron de lo irregular que era y se golpeó el dedo del pie.

Fue su siseo de dolor lo que hizo que sus ojos se abrieran de golpe. Giró la cabeza hacia ella, doblando una mano en un intento de levantarse del suelo, pero cuando se dio cuenta de quién era, se quedó quieto. Luego se relajó. Luego se rió entre dientes.

—Hola Margareth —dijo suavemente, mientras se quitaba el pelo de los ojos.

El corazón le latía con fuerza en el pecho, casi dolorosamente, mientras se atrevía a no admirarlo. No podía negar que era un hombre apuesto. Su cabello, dorado a la luz del amanecer, había crecido durante el tiempo que se conocían y ahora estaba enrollado en las puntas en suaves espirales que se balanceaban cuando él se movía. Se combinaba con sus encantadores y amables ojos grises que se arrugaban en los bordes y una mandíbula afilada que contrastaba con unos

labios suaves. Mientras el calor subía por sus mejillas, Margareth se obligó a creer que estaba revisando las heridas que se habían curado desde que se conocieron; los puntos de sutura en la comisura de su boca se habían quitado hacía tiempo, los moretones se habían desvanecido y no quedaba ni un rasguño ni una cicatriz.

De pronto, se dio cuenta de cómo estaba: de puntillas, con los brazos extendidos hacia los lados, como si fuera a huir en cualquier momento. Se obligó a avanzar.

"¿Te levantas temprano?" Esperaba que el problema en sus palabras no fuera evidente.

Louis le sonrió, con los ojos entrecerrados para evitar la luz que brillaba detrás de ella. —Más bien, una noche muy avanzada. —Extendió una mano hacia un costado, quitando la suciedad de la madera, y le tendió la otra—. ¿Me acompañas?

Por supuesto que lo haría.

Margareth aceptó su mano y dejó que la ayudara a bajar y sentarse en el puente, imitando su posición. Dos listones verticales de la barandilla la sostenían y ella colocó los pies debajo de ella para mantenerse en su lugar. El puente cubría un hilo de agua que podría haberse llamado generosamente arroyo y ella fijó su mirada en él en lugar de atreverse a mirarlo.

"¿Pasa algo?" preguntó ella.

Hizo una pausa lo suficientemente larga como para que ella lo mirara, pero se sorprendió por la expresión sardónica en su rostro. Era una mirada que le decía que esa pregunta era una tontería.

—Me refiero a algo en particular —corrigió ella apresuradamente, al encontrar un hilo suelto en el vestido que exigía su atención—. ¿Algo que te impidiera dormir?

Louis dejó escapar un profundo suspiro, la barandilla se sacudió ligeramente mientras dejaba caer la cabeza hacia atrás. Tenía los ojos cerrados mientras se preguntaba cómo responder. La noche había sido... *difícil* , por decir lo menos. Había revisado cada fragmento de documentación que pudo encontrar en el estudio, su estómago se hundía aún más con cada palabra, hasta que bajó la misiva más reciente de un titular de cuenta y se preguntó si estaría a punto de vomitar.

No lo dijo en voz alta. "Hice todo lo posible por no tener expectativas, por no pensar en cómo era mi vida para no decepcionarme al volver a ella".

Sintió que ella se movía a su lado y recolocaba su peso para apoyarse con más fuerza contra la barandilla. El movimiento también hizo que sus brazos entraran en contacto y él se recordó a sí mismo, con fuerza, que no era una conexión íntima y que no debería hacer que su corazón se acelerara.

"¿Pero?" preguntó ella en voz baja.

Suspiró de nuevo. —*Pero* ... fracasé. No tengo una familia tan grande como esperaba, tengo una madre fría y un padre distanciado y fallecido. —Una vez que empezó, no pudo parar, y las palabras brotaron de sus labios—. Estoy comprometido con una mujer que no me importa y que admite libremente que busca un título, un título que no me importa mucho, aparentemente, ya que abandoné todas mis responsabilidades. Y ahora vuelvo a una propiedad que no tengo idea de cómo administrar, solo para encontrarla al borde de la ruina financiera, y tal vez física, sin administrador y apenas inquilinos, ¡y se espera que la arregle! Pero si mi padre alguna vez me enseñó cómo hacerlo, esos recuerdos no han regresado, y por eso estoy atrapado en un círculo

vicioso de fracaso con un pensamiento doloroso resonando en mi cabeza todo el tiempo: ¿qué clase de hombre soy, para… —tragó saliva con dificultad— escaparme?

Levantó la mano para taparse los ojos, decidido a no abrirlos. No soportaba ver la decepción en el rostro de Margareth.

Por su parte, Margareth estaba más sorprendida que otra cosa. Había pensado que él estaba infeliz, lidiando con todos los cambios y el regreso de su memoria, pero sonaba tan... solo.

—Eres un *buen hombre* —dijo ella con énfasis, moviendo la mano para posarla sobre su brazo y reforzar sus palabras con un suave apretón—. No te culpes por acciones que no puedes recordar. Estoy segura de que había una razón, una *buena* razón. —Antes de que él pudiera mirarla, ella apartó la mano y se concentró en el arroyo—. Y en cuanto a la propiedad...

Suspiró levemente. Eso era más complicado. No sabía cómo ayudarlo. Necesitaba a alguien que...

Margareth se sentó de repente. Su repentina partida hizo que Louis abriera los ojos de golpe y extendiera las manos para ayudar con lo que fuera que hubiera sucedido. En cambio, la encontró arrodillada, sentada sobre sus pies y sonriéndole.

—Puede que no tengas la familia tan grande que habías imaginado, pero ahora tienes *muchos* amigos. ¡Déjanos ayudarte! —Abrió la boca, probablemente para protestar, pero Margareth siguió hablando, su entusiasmo crecía a cada momento—. Homero y Antonio tienen años de experiencia en el trato con administradores e inquilinos; nuestro padre les enseñó, nuestros tíos los apoyaron; tienen el conocimiento que nadie te dio nunca. Y estarían más que felices de transmitirlo. También saben algo de finanzas, aunque Phil probablemente será la mejor ayuda con los números, siempre y cuando tu orgullo no sufra cuando un niño de 8 años sepa más de tus facturas que tú. —Estaba aturdida con la idea y se rio de su propia burla. "Podemos llamar a Vinicius para que revise tus contratos y documentos legales. Estará encantado de hacerlo, adora todos esos papeles. Y estoy segura de que encontraremos algo para que Fidel haga. No se lo digas nunca, pero es muy bueno para mantener el ánimo en alto cuando se lo propone. Jack podría incluso venir a ayudar, para no quedarse fuera. No tengo idea de lo que hará, pero estoy segura de que será de utilidad".

Ella estaba sin aliento, sonriendo y jadeando, y lo miraba con la emoción más sincera que él recordaba haber visto jamás. Se resistía a decirle que no.

—Es una oferta extraordinariamente amable, Margareth —odiaba que su sonrisa comenzara a desvanecerse—. Pero no puedo aceptarla. Es demasiado pedirles a todos ustedes, no después de todo lo que han hecho por mí estos últimos meses.

—No lo has pedido, nosotros... bueno, *yo* ... te lo hemos ofrecido. Pero todos queremos verte feliz. —Se acercó más y tomó su mano entre las suyas—. Por favor, Louis, déjanos ayudarte. Puede que no sea tan útil como mis hermanos, pero podría quedarme y hablar con tu personal. Tal vez al jardinero le gustaría algo de ayuda...

"Sí."

Margareth se detuvo de repente y su sonrisa volvió con toda su fuerza. "¿Sí?"

Él asintió y antes de que pudiera reaccionar, ella se abalanzó sobre él y le echó los brazos al cuello. Sin pensarlo conscientemente, las manos de él estaban en su cintura, sosteniéndola más

cerca mientras trataba de convencerse de que esa no era la razón por la que había accedido.

Margareth estaba demasiado contenta como para notar la falta de decoro. Se apartó, se puso de pie a duras penas y extendió una mano para ayudarlo a levantarse. Él también usó la muleta, se puso de pie y sonrió mientras ella bailaba para alejarse de él.

"¡Empecemos!"

Encontraron a Fidel y Antonio en el comedor, terminando de comer la comida que el personal de Louis les había preparado. Margareth era una fuerza a tener en cuenta, tomó a Antonio del brazo e insistió en que fuera al estudio de Louis y hablara con ellos sobre la propiedad de inmediato. Nadie se detuvo a invitar a Fidel, pero su hermano menor no estaba dispuesto a unirse a ellos de todos modos. Jack y Homero podrían haber estado investigando una parte del misterio que rodeaba a Louis, pero él sentía que se había topado con otra; algo andaba mal en este compromiso.

Y Mateo había decidido descubrir qué era.

En parte, por supuesto, lo hacía para evitar el aburrimiento mientras estaban en la finca de Louis, pero si lo hubieran presionado, *podría* haber admitido que también lo hacía por Margareth. Ella había pedido ayuda para encontrar un marido; Fidel se aseguraría de que el hombre no estuviera dispuesto a casarse con otra antes.

Mientras deambulaba por la habitación, Fidel vio una botella de licor oscuro apoyada contra la pared. Se sirvió un trago, lo bebió de un trago y luego, con la ayuda del coraje líquido, fue en busca de las damas de la casa.

Los encontró en el primer lugar donde miró: la sala de estar.

La condesa viuda y la señorita Holt tenían las cabezas inclinadas juntas cuando él entró, y se sentaron de repente al verlo al otro lado de la habitación. El desinterés por excelencia de Lady Richards se reflejaba en su rostro, y solo un leve gesto en su ceja delataba su desagrado por él. Esto no era inusual en Fidel; no era del agrado de todos. De hecho, la mayoría reaccionaba ante él de una de dos maneras: desagrado por sus payasadas o...

Miró a la señorita Holt. Ella le sonreía con sorna, reclinada ligeramente en su silla, de modo que su figura quedaba a la vista. Era innegablemente hermosa, pero era una pena que no hubiera nada más que cálculo detrás de sus ojos.

De dos maneras: desagrado por sus payasadas o atracción divertida.

Hizo una reverencia. "Buenos días, señoritas. Veo que la noche fue muy amable con ustedes".

Lo habían llamado de muchas maneras, y una de ellas, la menos importante, era encantador.

El gesto de Lady Richards se calmó y bajó un poco la barbilla. Clarissa soltó una risa tintineante.

"Oh, señor Hugen, usted es un dulce conversador".

Se acercó a una silla y se quitó el dobladillo del abrigo de encima mientras se hundía en ella. El uso indebido que ella hacía de su título era interesante, pensó. ¿Ingenuidad o un insulto encubierto?

"Es fácil hablar dulcemente cuando los objetos de mis palabras son tan encantadores como ustedes mismos".

Su primera respuesta fue una sonrisa tímida y una mueca agachada, pero no había rubor en sus mejillas. No estaba ni avergonzada ni halagada. "Eres tan coqueta, Mist..."

—Señor . —*El* tono de la madre de Louis era casi tan severo como su peinado, y fulminó a la señorita Holt con la mirada—. ¡Es *Señor* Hugen o *Señor Fidel! ¡No* es un «señor»!

Clarissa se sonrojó al instante y miró a Fidel para ver si había notado su vergüenza. Él fingió fascinación por una pelusa en su puño. Con el rabillo del ojo, vio que su barbilla se elevaba ligeramente, con su orgullo a flor de piel, antes de hundirse por completo.

—Por supuesto que tiene razón, Lady Richards. Perdone mi desliz lingüístico.

La viuda no parecía estar dispuesta a perdonar.

Fidel intercedió. —No tema, señorita Holt, no me siento ofendido. Todos estos títulos pueden ser muy difíciles de manejar. —Se volvió hacia Lady Richards, con los ojos iluminados por una idea —. Digo, Lady Richards, ¿tiene usted un almanaque familiar, por casualidad? Tal vez podría ir a buscarlo y enseñárselo a la señorita Holt a través de algunos de sus parientes. Para evitar errores como este en el futuro, ¿entiende?

Ella lo miró y frunció el ceño con desprecio. "Es *demasiado* delicado".

Él asintió con la cabeza tan sabiamente como pudo. "Entiendo. ¿Quizás un sirviente entonces? ¿Si tienes uno en quien puedas confiar?"

Lady Richards resopló y apartó la mirada. Era una tarea más difícil de lo que Fidel había imaginado y resistió el impulso de poner los ojos en blanco ante la vieja cascarrabias. En cambio, se volvió hacia la señorita Holt.

—No te preocupes, estoy seguro de que tienes mucho tiempo para aprender antes de que te presenten como la esposa de Louis y representante del condado de Namby. Hay muchas, como yo, a quienes no les ofendería que se rompan los protocolos, aunque para algunas personas de alto estatus podría ser una excusa para dar el corte —bajó el tono hasta convertirlo en un susurro *conspirador*— .

La viuda se levantó de repente y las patas de su silla chirriaron en señal de protesta. " *Voy* a buscarlo".

—Es muy amable de su parte, Lady Richards. De verdad, estoy seguro de que le será de gran utilidad... —Sus palabras la siguieron hasta la puerta y, en el momento en que la puerta se cerró tras ella, se quedó callado. ¿Quizá debería dedicarse a la inteligencia secreta?

Se volvió para mirar a Clarissa de nuevo, pero la encontró aún más extendida en el sofá. Tenía las piernas cruzadas, el dobladillo de la falda se elevaba para revelar un tobillo escandaloso y la forma en que sostenía los brazos elevaba su busto en beneficio propio. Fidel contuvo un suspiro cuando se dio cuenta de que, en otras circunstancias, muy bien podría haberse sentido atraído por ella. Por un momento, *muy brevemente* , consideró que tal vez seducirla sería una causa justa para que Louis rompiera el compromiso.

—Y ahora nos encontramos solos, *Señor* Fidel. —Balanceó los párpados y el dobladillo de su vestido se elevó ligeramente.

Rápido, rápido, pensó Fidel, sus palabras fluyeron como le habían ordenado. "En efecto. Aunque como es tu futura suegra quien nos dejó aquí, dudo que haya algún escándalo en ello. ¿Conoces a

su señoría desde hace mucho tiempo?"

La joven le puso los ojos en blanco y se sentó en una posición más adecuada. Sus tobillos estaban cubiertos de forma segura cuando habló. "Desde hace unos meses. Me mandó a buscar cuando volví de la escuela y me invitó a acompañarla a eventos y ocasiones sociales mientras esperábamos el regreso de Louis".

"Seguramente no sabías cuánto tiempo duraría eso".

Ella se encogió de hombros. "Lady Richards estaba segura de que su rabieta terminaría pronto y que volvería para nuestra boda".

Fidel se esforzó por imaginarse al Louis que conocía haciendo un berrinche; era mucho más probable que consolara a un niño que se comportara como tal. Pero se limitó a asentir. —¿Y no tienes idea de dónde estuvo durante todo ese tiempo?

Por primera vez esa mañana, una pizca de irritación se dibujó en el rostro de Clarissa. "No tengo por costumbre seguir a los hombres", espetó.

"¿Incluso cuando las cartas que habéis estado intercambiando cesen repentinamente?"

"No cesaron *hasta* que dejé la escuela. Sólo cuando llegué aquí las cartas no me encontraron", dijo mientras levantaba la barbilla.

"¿No te los enviaron?"

"¡No había nadie para reenviar!"

Cuando se enfurecía, era mucho menos bonita. Sus fosas nasales se dilataban, su boca se fruncía en un gesto de desagrado y lo miraba con el ceño fruncido, como si esperara poder convertirlo en polvo. Lo que no sabía era que muchos lo habían intentado, pero ninguno lo había logrado todavía.

Antes de que Fidel pudiera decir algo que aumentara su furia, la puerta se abrió y el señor Holt entró de golpe, con su sonrisa relajada. Los miró a ambos, pero parecía ajeno (o tal vez inmune) a la ira de su hija.

—¡Ah, señor Fidel, buenos días! —gritó, cruzando la habitación a grandes zancadas para sentarse junto a su hija. Le dio una palmada en la rodilla con buen humor, pero ella aún no había dejado de mirar a Fidel con el ceño fruncido.

—Buenos días, señor Holt —dijo, dirigiendo toda su atención al hombre mayor—. Estábamos hablando del compromiso de la señorita Holt. ¿Fue usted quien firmó como apoderado en su lugar?

—¡Sí, lo hice! —Sus manos se aferraron a las solapas de su abrigo, luciendo aún más orgulloso como un padre—. Los dos padres cumplimos con nuestro deber para con nuestros hijos y aprobamos el matrimonio.

La expresión de Fidel se congeló en su rostro. "¿Louis no estaba allí?"

El hombre sacudió la cabeza y sus mejillas se movieron con él. Fidel parpadeó para intentar quitarse de la cabeza la imagen de un mastín sacudiendo un pez. "No, no. El viejo Señor Richards me dijo que su hijo estaba de viaje de negocios para él, un muchacho muy obediente, así que nos tocó a nosotros, los veteranos, firmar el documento".

El joven asintió con la cabeza. "Muy bien de tu parte, estoy seguro. Pero ¿ya conocías a Louis?"

—¡Ah, sí! Cuando conocí al viejo Señor Richards. El buen muchacho, Louis, pensó en ese momento que podría ser un buen partido para mi Clarissa. Eso debió haber sido, ¿qué? ¿Hace unos dos años? ¿Qué puedo decir? ¡La intuición de un padre nunca falla!

El tic en la mejilla de Clarissa sugería que tal vez esa intuición estaba fallando mientras el señor Holt hablaba, pero ni ella ni Fidel estaban dispuestos a corregirlo.

En otra parte de la casa, la viuda acababa de llegar al estudio cuando el almanaque estaba guardado en un estante. Cuando abrió la puerta, frunció el ceño.

"¿Qué está pasando aquí?", preguntó.

Su tono era quizás más escandalizado de lo necesario. Phil, que estaba más cerca de ella, la miró parpadeando desde una pila de libros de contabilidad en el suelo. Estaba con las piernas cruzadas, llevaba unos pantalones que le había prestado el hijo de la cocinera y una camisa muy pequeña que Louis había encontrado en el fondo de su armario el día anterior. Tenía un lápiz escondido detrás de una oreja y otro en la mano, y si uno miraba de cerca los libros, vería sus anotaciones en las columnas exteriores. Rápidamente decidió que la pregunta iba dirigida a los adultos en la habitación y volvió a mirar los números que tenía delante.

Los tres adultos que se encontraban en la sala estaban reunidos alrededor del escritorio. Antonio estaba sentado y había estado leyendo una carta, mientras Louis y Margareth miraban por encima de sus hombros. Margareth sostenía un bloc en una mano, anotando notas y sugerencias mientras volaban por la sala. Louis tenía una expresión sombría, con un leve rastro de esperanza en sus ojos.

Pero ahora todos miraron a su madre.

"Los Hugens se han ofrecido amablemente a ayudarme a resolver los problemas con la propiedad", dijo, esperando que su tono no admitiera discusión.

Lady Richards se irritó. " *No* creo que sea apropiado que a estos... extraños", obviamente quería decir otra palabra, "se les permita ver los registros personales y la correspondencia de nuestra familia. Les agradeceré a todos que abandonen la habitación".

Phil ni siquiera levantó la vista, simplemente pasó a la página siguiente y continuó con su lectura.

Louis se inclinó hacia delante sobre el escritorio. —No se irán. Han ofrecido su ayuda voluntariamente y no sólo la quiero, sino que... —tragó saliva— la necesito. Sea culpa mía, de mi padre o pura casualidad, no estoy preparado para administrar esta propiedad. Si quieres proteger tu legado, nos dejarás aquí para trabajar.

La mujer resopló y levantó la barbilla. —Está bien, pero no necesitan a la chica ni a la mujer aquí. Vamos, las dos, dejen a los hombres con su trabajo. —Chasqueó los dedos una vez, señalando la puerta.

Los hombros de Simón se tensaron, pero no debería haberse molestado en sentirse ofendido; Louis estaba furioso.

—¿Cómo te atreves a hablarles así a mis invitados? —espetó, cojeando alrededor del escritorio para colocarse entre su madre y ellos—. Son de gran importancia para mí y para la restauración

de la propiedad.

Ella emitió un sonido de incredulidad y señaló con la mano débilmente a Phil. "No es posible que..."

—¿Qué estás haciendo en este momento, Phil? —preguntó abruptamente, con dureza, pero no con la chica.

Ella lo miró con seriedad. "He estado leyendo sobre finanzas durante la última década, aunque puedo remontarme más atrás si lo prefieres".

Miró a su madre a los ojos y le preguntó: "¿Ves? ¡Está mirando documentos más antiguos que ella!".

—Oh, no. —La sala se centró en Phil mientras ella negaba con la cabeza—. Ya terminé con eso. Ya casi estoy en el día de hoy.

Antonio resopló y le guiñó un ojo a su hermana menor cuando ella lo miró.

- ¿Lo ves, mamá? Ella es muy importante.

Las mejillas de la viuda se pusieron coloradas. —¡Bueno, la otra no está haciendo nada! —exclamó con voz entrecortada.

—Su nombre es Lady Margareth Hugen, y te dirigirás a ella como tal. —La ira había desaparecido del tono de Louis, dejando una escalofriante firmeza que hizo que Margareth sintiera escalofríos en los brazos.

Margareth tragó saliva y dejó el lápiz y el bloc sobre el escritorio. No quería ser la causa del alboroto; eso les causaría angustia a todos e interrumpiría su progreso. Podía irse, tal vez incluso viajar a casa y pedirle a Vinicius y Homero que hicieran el viaje y la ayudaran. La finca Hugen probablemente necesitaba su orientación y no quería estorbar en ese momento.

—Está bien —dijo en voz baja, ofreciendo a la sala una débil sonrisa—. No me importa dejarlos a todos con su trabajo. Estoy segura de que...

—No —la respuesta enfática de Louis, seguida de un movimiento del brazo, la interrumpió.

Su madre estaba aún menos contenta que antes. "Pero, ella dijo..."

" *Lady Margareth* se queda. Ella es parte integral de este plan y nadie la echará de esta habitación, de esta casa o de esta propiedad. *¿Entiendes eso* ?"

Fue un largo momento de respiración contenida antes de que Lady Richards asintiera brevemente, inclinando brevísimamente su barbilla.

—Bien. Ahora trae lo que viniste a buscar y déjanos con nuestro trabajo. —Quizás su tono era demasiado duro para su propia sangre, pero a Louis ya no le importaba. Ella no podía ignorarlo durante su infancia, reprenderlo en su adolescencia y luego controlarlo en la edad adulta. Él no lo permitiría. Ya no.

Mientras ella caminaba como un pato por la habitación, él hizo ademán de regresar al escritorio, apenas ahogando un siseo de protesta mientras intentaba apoyar el peso sobre la pierna herida. Margareth se dio cuenta y le dio un codazo a Antonio, colocando la carta en su mano e inclinando la cabeza hacia el hombre que estaba prácticamente varado en el centro de la habitación.

Antonio, siempre dispuesto a ayudar, se levantó rápidamente y se acercó a su amigo. —¿Sabes lo que se supone que dice esto, Louis? —preguntó, ofreciéndole la nota. Se acercó más al hombre y dejó que el brazo de Louis se posara sobre sus hombros. Cuando Antonio alivió parte de su peso, la tensión en su rostro se redujo visiblemente.

Estudiaron la carta en silencio mientras la viuda recuperaba el almanaque y salía apresuradamente de la habitación. Su retirada fue seguida por un suspiro de alivio de los que estaban en el estudio, pero si escucharon con suficiente atención, tal vez detectaron el suspiro de martirio de Fidel cuando le colocaron el almanaque en las manos y se preparó para una tediosa mañana de nombres y títulos.

Capitulo 24

Una mañana ocupada se convirtió en una tarde ocupada y se convirtió en una semana ocupada.

Se mandó llamar a los hermanos Hugen, que llegaron al día siguiente. Llevaban consigo una disculpa de Jack, que había decidido permanecer cerca de su familia y de la prisión por si acaso conseguía averiguar algo más.

—Muy bien de su parte —dijo Louis asintiendo con rigidez y cruzando los brazos sobre el pecho —. Debo agradecerles a ambos por haber venido. Sé que tienen mejores cosas que hacer que...

Homero le dio una palmadita en el hombro con firmeza. "No te preocupes. Estaremos encantados de ayudarte".

Louis sonrió levemente y dejó que el hombre más grande lo adelantara en la casa. Miró a Vinicius. El más joven se ajustó las gafas y lo miró parpadeando. Ambos hombres se sintieron aliviados cuando Phil apareció a su lado y tomó la mano de Vinicius.

"Ven, Vin, necesitamos tu ayuda."

Su hermano dejó que ella lo alejara.

Louis los vio irse y se encontró con que Fidel sonreía desde la puerta. Agarró el hombro de su hermano cuando pasaron, pero esperó a que Louis lo alcanzara antes de moverse.

Louis se humedeció los labios mientras Fidel se ponía a su lado y seguían a los otros dos hasta el estudio a cierta distancia. —Tu hermano es un hombre peculiar.

Fidel soltó una carcajada y se apartó el pelo de los ojos. —Es así, ¿no? Estoy seguro de que hablará contigo cuando encuentre algo más cómodo de lo que hablar.

—¿Lo hago sentir incómodo? —preguntó Louis rápidamente, frunciendo el ceño.

Esta vez, Fidel se limitó a encogerse de hombros. "El mundo hace que mi hermano se sienta incómodo".

A pesar de su constante incomodidad, Vinicius ayudó a Phil a terminar de revisar las finanzas de la finca y también comenzó a examinar algunas de las notas del abogado y del banco. Louis podría haber ayudado, pero Antonio y Homero lo mantuvieron a su lado, hablando de los arrendatarios, los cultivos que cultivaban y el ganado que criaban. Se avergonzaba de no saber mucho sobre ellos, aparte de lo que había leído, y se animaba fácilmente a hacer viajes a los ocupantes de su tierra todos los días. Los conocía, hablaba con ellos, aprendía de ellos y luego regresaba a la casa principal para discutirlo todo con los hermanos Hugen.

"La principal dificultad a la que se enfrentan es no tener suficientes manos para recoger las cosechas", dijo una noche, mientras bebía una copa de vino especiado y observaba el mapa que tenía sobre el escritorio. "Hay demasiada tierra y pierden mucha producción con el cambio de estaciones".

Antonio se pasó una mano por la cara, reprimiendo un bostezo. Era tarde y le costaba concentrarse en las notas que tenía delante. "Supongo que podrías dividir la tierra en partes más grandes o contratar trabajadores para que te ayuden con la cosecha. Eso significaría que podrías

quedarte con una parte de las ganancias y reinvertirla directamente en la finca. Funcionaría siempre y cuando..."

Estaba demasiado cansado para darse cuenta de que Louis hacía rato que había dejado de escucharlo y estaba sentado muy erguido en su silla con el ceño ligeramente fruncido. "¿Dividir la tierra? ¿Los arrendatarios no se sentirían engañados?"

El otro hombre parpadeó lentamente. "No lo creo, sobre todo si lo consultas con ellos. Ellos consiguen un trozo de tierra más manejable y dejan de gastar dinero en cosechas desperdiciadas, y el alquiler que te pagan disminuiría. Conseguirías arrendatarios más felices y más numerosos, lo que también aumentaría tu rendimiento. Nadie debería tener problemas con eso". Reajustó su posición, inclinando la cabeza hacia atrás para apoyarla en el respaldo de su asiento. Las sillas seguían sin ser cómodas, pero si uno estaba lo suficientemente cansado, cualquier cosa serviría.

La mirada de Louis estaba fija en el mapa, imaginando dónde podrían trazarse nuevas fronteras para dar el mismo valor a todos los inquilinos. La idea podría funcionar, pensó con una dosis igual de emoción y culpa. Funcionaría , pero debería haberlo pensado. Y antes. Su mano se deslizó para frotarse el pecho, justo debajo del esternón, donde se encontraba la sensación de vacío. Su memoria no había dado señales de volver más allá; los últimos doce meses o más de su vida estaban perdidos. Nunca sabría por qué abandonó la finca, por qué huyó de su deber, y la culpa había tallado un lugar en su pecho.

Se oyó un tímido golpe en la puerta y, al levantar la vista, vio a una criada, Nancy, rondando en la puerta. Sostenía una bandeja en una mano.

—Buenas noches, miSeñor —dijo suavemente, dirigiendo la mirada hacia Antonio, que ahora roncaba levemente—. La señora Hackett dijo que si todavía estabas en eso a altas horas de la madrugada, debería traerte esto —levantó ligeramente la bandeja.

Habían cenado hacía muchas horas y Louis asintió rápidamente. —Es muy amable de su parte. —La criada atravesó la habitación con cuidado, esquivando pilas de libros y papeles cargados de libros—. ¿Qué sucede?

No hacía falta que preguntara, ya que en el momento en que dejó la bandeja, reveló unos pequeños pasteles amarillos que desprendían un aroma familiar.

"Son pasteles de limón y miel, mi señor."

Sus labios se curvaron en una sonrisa. "En efecto, lo son".

Nancy cambió el peso del cuerpo al otro pie. —¿Hay algo más que pueda hacer por usted, señor?

Louis negó con la cabeza. "No, gracias. Por favor, acuéstese y dígale a los demás miembros del personal que aún estén despiertos que les dije que también deberían retirarse. No podemos estar todos exhaustos al día siguiente".

Ella hizo una reverencia, con una sonrisa de cansado alivio, y luego salió con delicadeza de la habitación. Louis la llamó cuando estaba en la puerta.

—Nancy, ¿puedo preguntarte…? —Miró los pasteles y luego volvió a mirar a la joven—. ¿Sabes por qué la cocinera hizo los pasteles? ¿O por qué la señora Hackett los mandó a traer?

Ella se encogió de hombros levemente. "No lo sé exactamente, miSeñor. La cocinera, la señora Hackett y lady Margareth han estado hablando de todo tipo de cosas. Supongo que esta es una de

las cosas que se les ocurrieron para usted".

Louis no pudo evitar sonreír. Por supuesto, era Margareth. Despidió a Nancy con una sonrisa y se recostó para disfrutar de sus pasteles mientras comenzaba a dividir la finca Namby para los nuevos inquilinos.

Margareth no solo se dedicaba a hacer pasteles. Ella y la señora Hackett mantenían conversaciones casi a diario sobre el funcionamiento de la casa. Sinceramente, la ama de llaves dirigía la casa con mucha disciplina. El personal estaba bien formado y era muy diligente, y tampoco se quejaba cuando Margareth llamaba a algunos a un lado para hablar de las cosas; eran demasiado pocos para una casa de ese tamaño. Mientras seguía a la mujer, escuchando sus sugerencias y críticas sobre el estado de la casa Namby, Margareth se vio envuelta en tareas que normalmente no se esperarían de ella. Ayudó a hacer una cama, a reavivar un fuego que se estaba apagando e incluso arrojó masa en la cocina hasta que se le cayó una y la cocinera la hizo salir corriendo. No estaba descontenta con este cambio, ya que tenía dos propósitos. El primero era que le hacía ganarse el cariño del personal, que estaba más dispuesto a hablar con ella sobre el funcionamiento de la casa. El segundo era que la mantenía alejada de la señorita Holt.

Todas las mañanas, Lady Richards le preguntaba a su hijo si "ellos" se iban ese día, y todas las mañanas Louis le decía que "los Hugens" todavía lo estaban ayudando. Entonces la dama se volvía hacia el señor y la señorita Holt y los invitaba de inmediato a quedarse otra noche. Habría sido cómico si no fuera tan irritante.

Sin embargo, a pesar de lo ocupada que estaba, Margareth se las había ingeniado para pasar solo las horas de comida con ambas mujeres, en las que se sentaba en silencio, con la mirada fija en la comida, y hacía todo lo posible por ignorar sus comentarios sarcásticos. Su comportamiento estaba cansando, pero cada vez que pensaba que debería volver a casa, veía a Louis en su cabeza interponiéndose entre ella y su madre e insistiendo en que ella era importante. Que tenía *un propósito* allí.

Ella no podía abandonarlo cuando él tenía tanta fe en ella.

Sin embargo, podía abandonar la casa. Y eso fue lo que hizo ese día.

Afuera, Margareth caminaba por el sendero que bordeaba la finca Namby, con el viento arremolinándose en sus faldas y en su cabello. Se ajustó el sombrero lo más fuerte que pudo, pero el viento lo agarró tratando de levantarla por la cabeza como si fuera una sombrilla. Se rindió después de un momento y lo desató riendo.

Margareth echó un vistazo por encima del hombro al oír unos pasos rápidos en el camino que había detrás de ella. Fidel prácticamente iba saltando, aunque se calmó al ponerse a su lado.

"¿Evitando el verdadero trabajo en la casa?", bromeó ella, golpeando su hombro contra el de él.

Él sonrió. "Sólo te copio, hermana mía".

Ella decidió ignorarlo. El clima era demasiado perfecto para discutir; el sol asomaba entre delicadas nubes, arrojando una luz cálida sobre su rostro, y las flores bailaban con el viento.

Caminaron en silencio durante unos minutos más, hasta que Fidel se hartó. "Entonces, ¿a dónde nos dirigimos?"

Margareth le lanzó una mirada, sonriendo ante su incapacidad para disfrutar de la tranquilidad.

Luego decidió acabar con su sufrimiento. —El señor Anderson, el capataz, dijo que su cuñado vive justo allí —señaló hacia la derecha, donde se podía ver una pequeña cabaña enclavada junto al camino—. Solía trabajar la tierra, bastante bien, según dijo el señor Anderson, pero se lesionó hace unos años. Espero poder hablar con él sobre la posibilidad de convertirse en el nuevo mayordomo.

La mirada de Fidel permaneció fija en la cabaña. "¿Será de mucha utilidad un mayordomo herido?"

Su hermana respiró hondo, intentando convencerse de que sus palabras no debían dolerle. Era una pregunta inofensiva, curiosa incluso, y no pretendía dar a entender que no sabía lo que estaba haciendo. No era culpa de Fidel que su alma no lo oyera así.

"El señor Anderson dice que el señor Green todavía puede caminar y montar, pero su espalda no aguanta levantar objetos pesados ni agacharse. Se podría esperar que un buen administrador arreglara una cerca aquí y allá, pero creo que ese talento palidece en comparación con el conocimiento de la tierra y su gente".

"No lo sé, Margareth", dijo Fidel encogiéndose de hombros.

Ella resopló. "Oh, por el amor de Dios, Fidel. ¡No voy a ofrecerle trabajo a ese hombre! Solo voy a ver si está interesado y luego Louis, Antonio y Homero podrán entrevistarlo".

Levantó las manos en señal de rendición y caminaron en silencio hacia la cabaña.

Antes de que Margareth pudiera golpear la puerta con los nudillos, esta se abrió y apareció una mujer regordeta secándose las manos con el delantal. Parecía cansada, pero su mirada los abarcó rápidamente e hizo una reverencia.

—¿Es usted la señora Green? —preguntó Margareth, sonriendo ante la respuesta afirmativa de la mujer—. Es un placer conocerla. Somos invitados del conde de Namby y esperábamos hablar con su marido. Estuve hablando con su hermano y me sugirió que el señor Green podría ser el hombre que Señor Richards necesita para la propiedad.

La mujer se quedó callada: "Debería estar en el cobertizo".

Y la puerta se cerró en sus narices.

—Tienes un don con la gente —murmuró Fidel en voz baja. No se quedó callado y Margareth extendió una mano para golpearle el brazo.

Llegaron rápidamente al cobertizo y encontraron a un hombre parado afuera con una escoba y protegiéndose los ojos del sol con una mano. Tenía unos cuarenta y pico de años, todavía era bastante delgado y su rostro curtido denotaba que había pasado mucho tiempo al aire libre.

—Señor Green —dijo Margareth, presentándose a sí misma y a Fidel y repitiendo una vez más el motivo de su visita. Él se quedó allí escuchando, moviendo torpemente la escoba que sostenía, pero parecía interesado en el papel. Margareth sonrió dulcemente y señaló la escoba con la cabeza. —¿Puedo?

Se lo tendió, frunciendo el ceño confundido, y ella lo tomó con cuidado, antes de empujarlo en dirección a Fidel. "Haz algo útil, hermano mío".

Fidel no estaba del todo seguro de si alguna vez había sostenido una escoba. Y la sonrisa burlona

de Margareth lo decía. Aceptando el desafío, esquivó al hombre y desapareció en el oscuro granero, tratando de averiguar si sus manos debían apuntar en la misma dirección o en direcciones diferentes. Al menos sabía que el extremo de paja rozaba el suelo.

¿No es así?

Margareth y el señor Green hablaban en voz baja, comentando el tiempo que el señor Green había pasado en la tierra y lo mucho que sabía sobre la finca Namby. Para la feliz sorpresa de Margareth, era bastante, ya que su padre y el administrador anterior habían sido amigos y el señor Green había pasado gran parte de su juventud haciendo recados para el hombre.

Fidel solo escuchó a medias, pues finalmente había encontrado un ritmo que lo arrollaba. Estaba acumulando un pequeño montón de polvo y suciedad alrededor de sus pies y no sabía qué hacer con él.

Se volvió hacia su hermana, no demasiado orgulloso como para pedirle instrucciones al señor Green, sólo para escuchar el final de su discusión sobre Louis.

—¿Qué? —De pronto se puso a su lado—. ¿Qué dijiste?

El señor Green miraba al joven con preocupación y miraba a Margareth como si estuviera comprobando si estaba a punto de intervenir. Ella también estaba desconcertada por el tono urgente de su hermano.

"Dije que esperábamos que mi señor regresara cuando su padre falleciera, pero no lo hizo. Hasta ahora, por supuesto".

Fidel apretó la escoba con más fuerza hasta que sus nudillos palidecieron y su mirada no se apartó en ningún momento de la del otro hombre. —¿Y cuánto tiempo antes de eso se fue?

El señor Green se rascó la barbilla. "No puedo decirlo con exactitud, miSeñor. Aunque deben haber pasado al menos doce meses antes de eso".

Margareth observó con los ojos muy abiertos cómo su hermano lanzaba la escoba al aire y gritaba. El palo golpeó el techo y cayó quizás más rápido de lo que él esperaba, pero él ya se había apartado bailando. Agarró a Margareth de las manos y la hizo girar en círculos, todo mientras se reía como un loco.

—Oh, Margareth —resopló mientras los detenía—. ¡Si no era ya tu hermano favorito, lo seré ahora!

Su hermana se alarmó. Extendió la mano para ponerla sobre su frente, pero él la apartó. "¿Estás bien, Fidel? ¿Qué te pasa?"

Abrió la boca, pero pareció pensar mejor lo que había estado a punto de decir. "No, no, primero quiero asegurarme de que tengo razón. Ven, volvamos a la casa". Ella no se movió. "¡Rápido, rápido ahora!", le dio una palmada en el hombro al otro hombre. "¡Tú también, señor Green!"

Ahora, silbando, salió de la habitación.

Margareth ya se estaba disculpando con su nuevo conocido. "No sé qué le pasa a mi hermano, pero si no te opones a unirte a nosotros en la casa principal, ¿quizás podamos hablar sobre tu administración con Señor Richards?"

Era imposible pensar demasiado mal de Fidel cuando Margareth era tan educada y encantadora

como ella, y el señor Green aceptó viajar con ellos hasta la finca Namby. El paseo, hermoso antes, ahora era agotador. Cada cien metros Fidel les rogaba que fueran más rápido, avanzando a paso firme y luego postrándose sobre un poste de la cerca para lamentar en voz alta su velocidad. Margareth dejó de disculparse; su hermano era un adulto y podía causar una mala impresión en quien quisiera. Sin embargo, si perdía a Louis, este excelente administrador potencial...

La casa estaba más silenciosa que en los últimos días, y la situación se arruinó cuando Fidel cruzó el umbral y comenzó a maullar. Asustó al mayordomo y a algunas criadas que pasaban cuando llamó a Louis y a sus hermanos, subiendo los escalones de dos en dos.

"Te encontraré en la sala de estar", le gritó a Margareth por encima del hombro.

Margareth esbozó la mejor sonrisa que pudo e invitó al señor Green a que la siguiera. Mientras esperaban a que Fidel reapareciera y se explicara, Margareth se sentó en un sillón y le preguntó amablemente por los hijos del señor Green. Acababa de enterarse de lo de Timothy, un precoz niño de trece años, cuando la puerta tembló.

Se dio la vuelta sorprendida y vio entrar a toda la familia. Primero llegó la viuda, que parecía más que un poco enfadada, con un pulso en la sien que mostraba su furia, y luego el señor y la señorita Holt. Clarissa parecía aburrida, pero su padre estaba jovial como siempre. Luego llegaron los hermanos Hugen restantes, todos con miradas de confusión, exasperación y diversión en sus rostros. Con la excepción de Fidel, que prácticamente estaba saltando.

Como era de esperar, fue la viuda la que habló primero: "¿Qué significa esto? ¡No me gusta que me den órdenes en mi propia casa!".

Fidel la ignoró. —Creo que he hecho un descubrimiento *muy* agradable —anunció, volviéndose hacia la sala como un actor se vuelve hacia el público—. Y si es así, entonces seré tu cuñado favorito, Louis. Margareth se sonrojó, Clarissa hizo una mueca de desprecio y Lady Richards emitió un ruido que se habría descrito como un gruñido si no lo hubiera emitido un miembro de la nobleza.

Fidel no se inmutó y levantó la mano para señalar al señor Holt. —Señor, ¿usted dijo que Louis no estuvo presente en la firma del contrato matrimonial, que su padre le dijo que estaba fuera por negocios?

El hombre asintió vigorosamente. "¡Sí, es cierto! Pensé que era..."

Fidel no tuvo paciencia para dejarle terminar la frase. "¿Y sólo conociste a Louis una vez, dos años antes del contrato?"

"Sí, yo-"

"¿Cuándo usted y el anterior Señor Richards plantearon por primera vez la idea de una unión entre sus hijos?"

El señor Holt tenía una gran ventaja: no parecía molesto en lo más mínimo por las constantes interrupciones. Se limitaba a sonreír alegremente y a responder las preguntas que le hacían.

"Bueno, no debe haber pasado más de un mes o dos antes de que se firmara el contrato. Había algunos detalles que resolver sobre la dote, pero los abogados lo solucionaron todo rápidamente".

La sonrisa de Fidel se hizo más amplia. —Entonces, el matrimonio se discutió hace apenas un año, ¿qué? —no esperó una respuesta esa vez, y se volvió para señalar al señor Green. El

hombre, que había estado confundido e incómodo, lo estaba aún más ahora que la atención estaba sobre él—. Señor Green, ¿cuándo se fue de la finca Señor Richards, el más joven?

El hombre se frotaba los zapatos con las manos a la espalda. —Uh, más o menos un año antes de que falleciera el viejo Señor Richards.

—¡Ah, ja! —Fidel levantó la mano en el aire victorioso, sorprendiendo a la sala. Su sonrisa se desvaneció un poco cuando se encontró con rostros inexpresivos. Sólo Vinicius parecía entender, y con un gesto de la cabeza hacia su hermano salió de la sala—. Todos ustedes son inútiles —Fidel suspiró en voz baja, y continuó antes de que alguien pudiera protestar—. Louis se fue antes de que se discutiera el contrato, y mucho menos de que se creara o firmara. Su familia ha estado mintiendo —esto estaba dirigido deliberadamente a Lady Richards, con los brazos cruzados sobre el pecho y una sonrisa muy satisfecha grabada en su rostro.

La viuda se levantó de golpe. —¡El contrato es válido! Fue firmado por los tutores de ambas familias.

"Sin el consentimiento de Louis."

—¡No tienes ninguna prueba de eso! Él aceptó el matrimonio por carta cuando estaba lejos, de paseo y... y... —Su rostro se puso rojo como un tomate y resopló mientras sus labios temblaban de ira.

En medio de la pausa, Louis sacudió la cabeza, atrayendo la atención de la sala. —No lo creo, madre. Me acusaste de ser un hijo desobediente e ingrato. Seguramente un hombre así no escribe cuando se ha escapado. También dijiste —levantó la cabeza de golpe, con una luz en los ojos que no había estado allí antes— que me fui cuando murió mi padre y que acepté el compromiso *antes de* partir. ¿Estabas mintiendo entonces o estás mintiendo ahora, madre?

La boca de la mujer se movió, pero no salió ningún sonido. Fue en ese silencio que Vinicius reapareció, ofreciéndole a Fidel un libro abierto y señalando una línea.

—Esto es ridículo —anunció Clarissa, poniéndose de pie y alisándose las caderas del vestido—. ¿Qué importa si él lo sabía o no? El contrato está firmado y es vinculante. Vamos a casarnos.

Lo dijo con tal firmeza que Fidel casi no quería volver a hablar.

Casi.

—En realidad —dijo, con un tono tan alegre como su aspecto—, *sí que* importa mucho. Como Louis era un hombre mayor de edad cuando se firmó el contrato, éste no es válido sin su consentimiento. —Cerró el libro de golpe—. En resumen, el compromiso es ilegal.

La sala contuvo la respiración colectivamente.

Louis tenía miedo de mudarse. Parecía un sueño, un sueño feliz y alegre, y si se movía, podría romperse y quedarse con la realidad. La idea de casarse con una mujer a la que no amaba, de estar atado a alguien que no le importaba, lo había asfixiado. En particular, cuando sabía qué o a quién se perdería.

Deseó que Margareth, al otro lado de la habitación, levantara la mirada, pero ella estaba fijada en el suelo frente a ella.

El señor Holt parecía ajeno a la tensión. "Bueno, eso no importa", dijo alegremente. "Podemos

redactar y firmar un nuevo contrato en un abrir y cerrar de ojos".

Louis giró la cabeza hacia un lado. —Es muy amable de su parte, señor Holt, pero me temo que debo declinar la oferta. No puedo casarme con su hija. No lo haré.

En ese momento sucedieron muchas cosas en la sala.

Fidel celebró con un grito, sus hermanos más reservados pero luciendo igualmente complacidos.

Clarissa dejó escapar un ruido enfurecido, algo entre un aullido y un jadeo, y se hundió en el sofá, con la boca abierta por la incredulidad.

El señor Holt emitió un pequeño ruido y sintió que le picaban las mejillas. —Qué lástima —dijo.

La viuda no se mostró tan comprensiva. —No romperás este compromiso —gritó, abriendo peligrosas huellas en el aire con los puños—. ¡Te lo prohíbo! ¡No permitiré que destruyas a esta familia!

—¿Cómo podría destruir a la familia, madre? —El tono de Louis era alarmantemente tranquilo, pero Lady Richards no hizo caso de la advertencia.

—¡Has abandonado tus responsabilidades y ahora estamos cerca de la ruina! Te *casarás* con Clarissa y *utilizarás* su dote para restaurar el honor de nuestra familia. —La saliva le salía de la boca y la vena de la sien estaba roja e hinchada.

—El honor de esta familia se perdió mucho antes de que yo me fuera. Phil me ha mostrado los registros: nuestras arcas llevan generaciones en decadencia. —Se volvió hacia la niña de ocho años, que estaba sentada tan tranquila como podía en el centro de la habitación. En algún momento le habían dado una galleta y ella mordisqueaba los bordes incluso ahora—. ¿Qué dices, Phil? ¿La finca está arruinada sin la dote de la señorita Holt?

Ella lo pensó un momento, frunciendo el ceño con aire pensativo. —No lo creo. Con nuevos inquilinos y un préstamo del banco, solo pasarán un par de años antes de que te quedes sin dinero. —Se encogió de hombros—. Además, si necesitas dinero urgentemente, estoy segura de que la dote de Margareth servirá. —Volvió a prestar atención a la galleta.

La viuda estalló. "¡Lo sabía! Esa arpía se las arregló para entrar en esta casa y prácticamente se arrojó sobre ti, todo para poder..."

Louis estaba seguro de que su madre había dicho algo más, pero no oyó ni una palabra. Estaba mirando a Margareth. De algún modo, sentada allí con la cabeza inclinada, las mejillas sonrojadas y el pecho moviéndose con respiraciones rápidas y superficiales, lucía más hermosa que nunca. Y por primera vez, se permitió imaginar lo hermosa que luciría como condesa de Namby.

Su condesa.

"Margareth y yo vamos a dar un paseo."

Su madre gritó, los hermanos de Margareth intercambiaron sonrisas, pero él no apartó la mirada de ella. No cuando ella lo miró sorprendida, con las mejillas sonrosadas y la boca ligeramente abierta. Cruzó la habitación y le tendió una mano, antes de ayudarla a ponerse de pie con facilidad. No la soltó cuando se fueron.

La viuda hizo ademán de seguirlas, pero Homero se interpuso entre ellas. —No lo creo —dijo

con firmeza. Ella estaba demasiado furiosa como para acobardarse, pero no intentó salir de la sala de estar otra vez.

Fidel dejó escapar un suspiro fuerte y se dejó caer en el sillón que Margareth había dejado libre. Aún sonreía ampliamente y los hoyuelos en la comisura de su boca mostraban la intensidad de su felicidad.

"Aceptaré ahora tus felicitaciones asombradas".

.

Margareth y Louis caminaron en silencio hasta llegar al puente. Seguían unidos de la mano. Sus pisadas resonaron en las tablas de madera, pero no se detuvieron, sino que aminoraron un poco la marcha cuando Louis inclinó la cabeza hacia un lado para mirarla.

"¿Estás bien?", tuvo que preguntar. Su rubor se había desvanecido y estaba preocupantemente pálida.

Levantó la cabeza de golpe y finalmente lo miró a los ojos. Los suyos estaban llenos de lágrimas.

"No estoy segura", dijo suavemente.

Louis los detuvo a ambos y levantó la mano libre para ahuecarla en la mejilla. Le pasó el pulgar por debajo del ojo, preparándose para cuando las lágrimas brotaran.

—Oh, Margareth, lo siento mucho. Mi madre dijo cosas terribles en esa habitación. No puedo imaginarme lo herida que debes estar, pero créeme que yo...

Se detuvo ante el ferviente movimiento de cabeza de ella. "No lo estoy. Me refiero a que estoy dolido. Sólo que..." Se le escapó un pequeño hipo y se le escapó una lágrima. Louis la atrapó. "¿No estás comprometida?"

Se rió. Después de la semana que había pasado, tenía que reírse. O eso o empezaría a llorar junto a ella.

—Aparentemente no. —Le soltó la mejilla y comenzó a caminar de nuevo—. ¡Y no recuerdo haberme sentido nunca tan... aliviado!

Margareth pensó que era una respuesta muy apropiada: "La señorita Holt no parecía ser una mujer muy agradable".

El sendero por el que iban se acercaba a un bosquecillo de árboles cuya sombra apenas se veía traspasada por la luz de la tarde. Ya casi habían llegado cuando Louis los detuvo de nuevo.

—No habría importado si lo fuera, aun así no sería la mujer con la que quiero casarme. —Tragó saliva—. La mujer con la que quiero *casarme* .

El corazón de Margareth dio un vuelco. Una pequeña parte de ella gritaba que la mujer que él quería era ella, que tal vez la amaba casi tanto como ella temía que ella lo amaba a él, pero lo reprimió profundamente. Suponer eso y equivocarse la aplastaría. Acababa de recuperarlo de las garras de Clarissa y no se arriesgaría a perderlo otra vez.

Pero aún así ella esperaba que él la amara.

Ella se lamió los labios.

Su mirada se centró en su boca y se acercó más.

Margareth no podía respirar ni moverse. Sabía que eso era inapropiado, ya que sentía el calor de él a través de la parte delantera de su vestido. Estaban demasiado cerca, demasiado...

Las manos de Louis se deslizaron hacia sus mejillas, rozando suavemente sus pómulos, y se inclinó.

Y de repente vio el rostro del último hombre que había estado tan cerca de ella.

Margareth se apartó de repente y recuperó el aliento con un jadeo entrecortado.

Los ojos de Louis estaban muy abiertos y la boca entreabierta por la preocupación, pero luego la comprensión iluminó su rostro. "Perdóname. Me olvidé por un momento de P..."

—¡No digas su nombre! —interrumpió Margareth rápidamente, apoyando su mano con demasiada fuerza sobre los labios de Louis. Él parpadeó sorprendido, pero no la apartó—. No necesito que me lo recuerdes. —Se aclaró la garganta ligeramente—. De todos modos, estoy decididamente en contra de los besos. No sé por qué todo el mundo arma tanto alboroto.

Louis le sonrió. No fue una sonrisa condescendiente ni despectiva, sino amable. *Era* amable. Muy lentamente, le tomó la mano entre las suyas y la levantó entre los dos. Margareth sonrió levemente a pesar de su ceño fruncido, preparándose para preguntarle qué estaba haciendo. Luego le dio el beso más delicado justo encima del latido de su pulso.

"Él era un sinvergüenza y tú mereces algo mucho mejor".

Tal vez ella hubiera respondido si su cerebro no se hubiera convertido en papilla. Todavía podía sentir la huella de sus labios en su piel, una marca ardiente de afecto.

A pesar de sus mejores esfuerzos, todo el ser de Margareth le decía que ese era el momento, que él le pediría que se casara con él.

.

En ese mismo momento, los hermanos de Margareth corrían hacia el frente de la casa, atraídos por el alboroto de un caballo que galopaba por el camino de entrada y un desmontaje abrupto. Homero, el primero en salir por la puerta, entrecerró los ojos para protegerse de la luz de la tarde.

"¿Tomás?"

El hombre jadeaba y se sacudía los rizos empapados de sudor de los ojos. —¿Dónde está Louis? —preguntó, caminando rápidamente hacia la casa sin preocuparse por saludarlos.

Los hermanos se giraron cuando pasó junto a ellos, la confusión los mantuvo en su lugar en el césped.

Fue Phil quien abrió la puerta: "Le propongo matrimonio a Margareth".

El hombre se acercó a ella y le hizo un gesto de saludo con la cabeza, pero no se detuvo. Sus habituales sonrisas y bromas traviesas habían desaparecido y fueron reemplazadas por un ceño fruncido que parecía claramente fuera de lugar en su rostro moreno. Continuó su camino hacia la casa, mirando a su alrededor con fervor, y los Hugen no tuvieron más opción que seguirlo.

"Tenemos que encontrarlos", se le oyó decir. "¡Ahora!"

—Todo esto es muy misterioso, Jack —Antonio, siempre razonable, levantó las manos en un gesto tranquilizador mientras el hombre pasaba de una habitación a otra en la planta baja,

asomando la cabeza y corriendo a la siguiente—. Tómate un momento para contarnos de qué se trata y tal vez podamos ayudarte.

—¡No podemos perder un momento! —Se dio la vuelta y levantó las manos—. Están en peligro. ¡Ha escapado!

Un escalofrío recorrió la espalda de Homero, y a pesar de estar casi seguro de la respuesta, tuvo que preguntar: "¿Quién escapó?"

"¡El asesino!"

Y entonces oyeron disparos de pistola.

Capitulo 25

Los hombres salieron corriendo.

La mayoría corrió por la casa y se dirigió a la salida trasera. Vinicius, sin embargo, corrió hacia las escaleras incluso antes de que su hermano mayor gritara: "¡Encuentren a Phil!".

El sonido de los pies golpeando el mármol (y luego la piedra cuando se dirigieron al patio) y las respiraciones entrecortadas se vio interrumpido por un segundo disparo. Esta vez sonó apagado, o tal vez más lejano. El ruido le indicó dirección y velocidad a Fidel, que iba en cabeza, y se giró ligeramente para correr por el sendero. Jack iba detrás de él (más lento solo porque no estaba familiarizado con el paisaje) y luego Antonio y Homero.

Estaban todos tan cerca que casi chocaron cuando Fidel se detuvo de repente en lo alto del puente.

Homero se tambaleó hacia un lado, estuvo a punto de chocar contra él y maldijo al estrellarse contra la barandilla. "Maldita sea, Fidel, ¿qué estás...?"

Miró hacia los árboles y vio lo suficiente para que las palabras se le atascaran en la garganta. Había una mujer que se debatía en los brazos de un hombre y otra figura que yacía terriblemente inmóvil en el suelo a su lado. Era difícil distinguirla a esa distancia, pero casi parecía como si hubiera una mancha roja oscura derramándose sobre la hierba junto a la cabeza del hombre.

Homero empujó a su aturdido hermano hacia un lado y salió corriendo con un gruñido, cargando a través de la tierra hacia el hombre que estaba maltratando a su hermana.

Ambas cabezas se levantaron bruscamente cuando el sonido llegó hasta ellas, pero el hombre no se apartó ni se movió en lo más mínimo. Su agarre sobre Margareth pareció apretarse.

Tal vez la ira tiñó la visión de Homero; no fue hasta que estuvo a unos pasos de distancia que se dio cuenta de que el hombre que sostenía a Margareth era Louis. Y que ella no se resistía, solo temblaba en sus pantuflas y se aferraba al hombre en busca de apoyo. Louis, por su parte, estaba pálido, su pecho se movía en respiraciones rápidas y superficiales.

—La pistola... —Louis tragó saliva con dificultad y giró la cabeza para mirar el arma que yacía olvidada junto a un árbol—. Se disparó. Corrí hacia él y él... le dio...

Margareth apretó con más fuerza las solapas de Louis. —Nos protegiste —susurró con voz tranquila, sin que el temblor de su cuerpo se reflejara en su voz.

Homero frunció el ceño sorprendido; parecía que Louis no era el único que ofrecía apoyo.

Homero esquivó a la pareja mientras los otros hombres se acercaban a él a trompicones y se acercaban para examinar el cuerpo que yacía a un lado. Estaba inmóvil, mortalmente inmóvil, una situación que se explicaba por la herida sangrante en la nuca del hombre. Era del tamaño de un puño, con pequeñas motas de corteza (Homero se inclinó para ver con claridad) incrustadas en la carne. Encontró la fuente de la herida en el árbol más cercano, un hilo de sangre que serpenteaba entre los rastros de savia.

Jack estaba a su lado cuando se volvió hacia el cuerpo. Se inclinó, agarró al hombre muerto por

la chaqueta y los pantalones y lo puso boca arriba. Su rostro le resultaba demasiado familiar.

"El asesino", murmuró en voz baja para que sólo él, Homero y el cuerpo lo oyeran.

Los demás no necesitaban la confirmación.

Antonio inclinó la cabeza hacia la casa que estaba detrás de ellos y sus ojos se encontraron con los de Fidel. "Cuéntale a Vinicius lo que pasó y llama al alguacil".

Con expresión sombría, el hombre más joven asintió y salió trotando hacia la casa.

Margareth se giró en el acto y se colocó entre Louis y sus hermanos. Su rostro estaba pálido, pero no tenía lágrimas, y miró a Antonio con ojos brillantes e intensos. —No arrestarán a Louis. —No era una pregunta—. ¡Él nos estaba defendiendo!

Por su parte, Louis parecía sorprendido ante la posibilidad.

Homero ya estaba sacudiendo la cabeza. "No temas, Margareth. Fue en defensa propia y la policía ya conocía al hombre. Deben venir y tomarte la palabra, pero Louis no será arrestado". Parecía más seguro de lo que estaba, pero si arrestaban a Louis, seguro que Vinicius encontraría un resquicio legal.

Sin embargo, sus palabras tuvieron el efecto tranquilizador que esperaba y Margareth cerró los ojos. Respiró profundamente y se apoyó en la mano de Louis cuando esta se posó sobre su hombro. Cuando abrió los ojos, se fijaron en Jack.

"¿Qué *estás* haciendo?"

Las cabezas se giraron al unísono para observar al hombre que se había agachado cerca del cuerpo y estaba rebuscando entre la ropa del muerto. Jack tenía la lengua asomando entre los dientes, tenía un ojo cerrado y sus dedos hurgaban en el bolsillo de un abrigo. Ignorando a su público, sacó un trozo de papel doblado con un gesto elegante y se apartó del cuerpo para examinarlo.

De alguna manera su rostro brillaba con victoria y disgusto mientras leía.

—Sus papeles de liberación —dijo en voz alta después de un breve momento—. ¿Adivina quién los firmó?

Los levantó y Homero tomó el pergamino rápidamente. "No puede ser tan estúpido..."

Jack arqueó una ceja. —El duque no lo haría, pero tú subestimas a mi hermano. —Miró a los demás—. El sello de Thorne está en la parte inferior, claro como el día.

Se levantó, limpiándose las manos en la parte delantera de sus pantalones.

Antonio se rascó la barbilla y ladeó ligeramente la cabeza. "No tienen esa autoridad. ¿Cómo pudieron orquestar su liberación?"

Jack se encogió de hombros y se hizo a un lado para apoyarse en un árbol, que no era el que había asestado el golpe mortal al asesino. Cruzó los brazos sobre el pecho. —Soborno, supongo. Y luego el sello para avalar al tipo como si fuera un delito menor. —Se encogió de hombros otra vez.

Louis dio un paso atrás bruscamente y apartó la mano del hombro de Margareth. Ella se giró al sentir un frío repentino en la manga, al igual que los demás cuando unas cuantas ramitas se

partieron bajo sus pies.

—No se detendrán —dijo en voz baja pero con firmeza, y todos lo oyeron. Levantó la vista y fijó la mirada en Margareth—. Seguirán enviando gente a por mí. No estaré a salvo —tragó saliva y sus ojos grises volvieron a fijarse en el suelo, en un punto aleatorio en medio del claro—. Y nadie que esté cerca de mí estará a salvo.

El corazón de Margareth dio un vuelco feroz, casi doloroso; aquello sonó demasiado como una despedida. No apartó la mirada de él cuando Jack dejó escapar un suspiro de frustración detrás de ella.

"¡Si pudiéramos averiguar qué *creen que* sabéis sobre ellos! Podríamos obligar a esos cabrones a que os dejen en paz... ¡a que os dejen a todos en paz!"

Pero eso era exactamente lo que temían los Thorne, pensó Margareth, recordando la noche en que Henry Thorne los había confrontado. Había acusado a Louis de querer chantajearlos; lo que había visto o descubierto era claramente algo que querían mantener oculto. Y mientras la amenaza de que Louis lo revelara persistiera, nunca lo dejarían en paz.

—¡Es *una* pena que no hayas recordado nada, anciano! —Jack sonaba increíblemente decepcionado, con un atisbo de puchero en sus labios.

—No se ha acordado de nada... —repitió Margareth en voz baja. Y de repente se giró—. ¡Tienes razón, Jack! ¡Louis no se ha acordado de nada!

Los ojos del hombre estaban muy abiertos y se inclinó hacia atrás para alejarse del brazo excitado que ella extendió hacia él.

"Todos hemos intentado comprender qué le pasó a Louis y cuál fue el papel de tu familia en ello, pero tienes razón: no ha funcionado. ¿Qué pasaría si simplemente dejáramos de hacerlo?"

—¿Dejas de intentar averiguarlo? —preguntó Margareth desde atrás, y se volvió con cautela. Su idea, que todavía no había expresado, tenía mérito, pensó, pero también podría molestar a Louis. Se acercó y estiró la mano para agarrar una de sus manos con las suyas.

"No puedo imaginarme cómo es no saber por lo que pasaste", le apretó la mano, "pero es posible que nunca lo sepas. Y mientras sigas buscando, los Thorne seguirán persiguiéndote".

Su rostro era neutral. Sus grandes ojos verde grisáceo parpadearon al mirarla. "¿Cuál es la alternativa?"

Margareth tragó saliva; él no había dicho que no todavía. —Dejaremos de buscar. Admitimos ante los Thorne que no recuerdas nada y les diremos que no intentarás averiguarlo. Aceptamos dejarlos con sus asuntos si ellos nos dejan con los nuestros.

La mente de Louis tropezó con su continuo uso de la palabra "nosotros".

—¿Crees que deberíamos simplemente decirles...? —Jack se rascó la cabeza, haciendo que algunos rizos oscuros se tambalearan—... ¿la verdad?

Margareth no podía apartar la mirada de Louis, pero asintió.

"¡Eh!"

Homero y Antonio intercambiaron una mirada desde el otro lado del claro. —¿Funcionaría eso? —preguntó el más joven, acercándose a Jack—. ¿Tu padre dejaría de perseguir a Louis si ya no

lo viera como una amenaza?

El hombre parecía desconcertado. Se encogió de hombros. "¡La verdad es que no estoy seguro! ¡Nunca antes había intentado decirle la verdad al Duque!"

Ahora era el turno de Simón de acortar la distancia: “¿Tenemos otra opción?”

"Podría irme."

El grupo miró lentamente hacia Louis.

Margareth pensó en protestar, en rogarle que se quedara. No porque fuera su mejor candidato para un marido o porque cumpliera con todos los criterios que les había ofrecido a sus hermanos, sino porque lo amaba. Su amabilidad, su paciencia, la forma en que realmente la escuchaba. Ella lo amaba.

Pero ella no le exigiría que se quedara.

Fue su elección lo que iba a hacer. Tenía que ser *su* elección.

—Podrías... —el tono de Jack sonaba vacilante—. Si el Duque no puede encontrarte, no puede matarte. Y *probablemente* perdería el interés en los Hugens.

A Margareth se le encogió el estómago de repente y quiso apartar las manos de las de Louis, pero él apretó los dedos y los de ella quedaron atrapados entre los suyos.

—Ese es el último recurso —anunció Louis en voz alta—. Probemos la idea de Margareth y sólo si no funciona me marcharé.

.

Jack odiaba ese lugar. Era el único pensamiento que tenía en la cabeza mientras miraba con desprecio el estudio poco iluminado. Para empezar, toda la habitación parecía estar cubierta de un terciopelo oscuro y espinoso que le provocaba escalofríos en los brazos cada vez que lo rozaba. Más importante aún, había albergado a generaciones de hombres a los que despreciaba.

Como si alguien los hubiera convocado, la puerta se abrió y entraron dos de esos hombres.

A Jack siempre le había molestado el hecho de que no hubiera ninguna duda sobre la relación entre él, el duque Thorne y Henry. Todos eran de piel oscura, de estatura y complexión medianas y tenían el mismo mentón puntiagudo. Era un mentón aristocrático, como el duque les había recordado una y otra vez a sus hijos en su juventud.

Ahora, dos barbillas iguales lo apuntaban desde abajo con sonrisas de desprecio.

—¿Qué quieres? —espetó Henry, cerrando con fuerza la puerta del estudio. El movimiento levantó una ligera brisa que bailó con el candelabro que sostenía, creando un siniestro parpadeo en la luz de las velas—. ¡Tenemos invitados!

La sonrisa burlona de Jack se apoderó de ella con facilidad. "¿Les dijiste que el hijo favorito había regresado?"

Era un aguijón que se podía refutar fácilmente, pero su hermano se enfadó rápidamente y le gruñó a Jack.

El duque levantó la mano, haciendo callar a un hijo y llamando la atención del otro. Su mirada recorrió a Jack de pies a cabeza, y el hombre no pudo evitar preguntarse qué veía. ¿Toda la

imagen de Jack era una decepción? ¿O al menos reconocía el buen corte de su abrigo?

Finalmente, los ojos de Edward Thorne se encontraron con los de Jack y le preguntaron: "¿Por qué estás aquí?"

Claramente no le gustaba el abrigo.

—Soy sólo el mensajero —dijo Jack después de un momento, obligándose a relajarse contra el escritorio del duque. Con los brazos cruzados sobre el pecho, argumentó con una falta de respeto informal, no a la defensiva—. El duque de Namby solicita una reunión.

Ambos hombres lo miraron sin comprender, el más joven con un dejo de irritación.

—¿Louis Richards? —suspiró—. ¿El hombre al que echaste de tu fiesta? ¿En aquel momento lo llamábamos Enrique?

Edward frunció el ceño con expresión atronadora. —Tu *amigo* ...

—¿Por qué querríamos reunirnos con él? —preguntó Henry mientras su padre cruzaba la habitación, dando vueltas detrás de su escritorio y hundiéndose en la silla. El movimiento obligó a Jack a darse la vuelta; siempre dudaba en poner a su hermano a su espalda. Afortunadamente, el hombre tenía un resentimiento y se negaba a quedarse fuera de la conversación. Se movió para ponerse detrás del duque, lo que puso a los tres en su habitual disposición adversaria.

Jack se dejó caer, sin que nadie lo invitara, en uno de los sillones que había frente al escritorio. "Oh, no sé... ¿Quizás quieras hablar sobre por qué sigues intentando que maten a ese hombre?", se examinó las uñas.

—Nosotros no... —balbuceó su hermano, pero Jack lo interrumpió metiendo la mano en el bolsillo y sacando la carta de liberación que le había quitado al asesino. La arrojó sobre el escritorio.

—Por cierto, tu hombre está muerto. —Arqueó las cejas y sostuvo la mirada de Henry—. Hoy en día, *no se puede* confiar en la ayuda.

El duque recogió con cuidado el pergamino manchado, sujetándolo entre el pulgar y el índice. Jack supo el momento preciso en que el hombre había llegado al sello de Thorne; apretó más el puño y el papel se arrugó sin remedio. La sonrisa burlona de Jack cobró un nuevo aire y sonrió alegremente.

"Padre, yo..."

—¡Cállate! —dejó el periódico sobre el escritorio y se dirigió a Jack—. ¿Qué quieres?

—Una reunión. Señor Richards se lastimó la cabeza, no recuerda nada de lo que descubrió que estaba haciendo tu hijo idiota —hizo un gesto hacia Henry para que no hubiera confusión— y lo único que quiere es que lo dejen en paz. Reúnanse con él y acepten dejarlo en paz.

Edward lo miró con algo parecido a la curiosidad. Levantó una mano para rascarle el mentón a la familia mientras con la otra arrugaba la carta de liberación hasta convertirla en una bola. "A veces", dijo después de pensarlo mucho, " *casi* eres digno de mi respeto".

Jack negaría hasta su último aliento que esas palabras todavía tuvieran el poder de herirlo. Exteriormente, apretó los labios en una sonrisa sin humor. "No puedo decir lo mismo".

El hombre soltó una carcajada y chasqueó los dedos en dirección a Henry. "Un mapa,

muchacho".

Tomó una pluma, marcó un punto y se la entregó a Jack por encima del escritorio. "Mañana al mediodía. Un minuto más tarde y todos se arrepentirán".

Jack se levantó, intentando no parecer ansioso por irse, y tomó el mapa del escritorio. Lo deslizó en un bolsillo del forro de su abrigo y esbozó una reverencia burlona sin apartar los ojos del duque. —Es un placer hacer negocios con usted.

El hombre le hizo un gesto con los dedos. "Sal antes de que te eche".

Estaba más que feliz de poder hacerlo. Sus manos estaban cerradas en puños cuando se fue, listo para golpear si alguien le ponía la mano encima por detrás, pero llegó a la puerta y luego al rellano sin incidentes.

Se escuchó un rugido de ira desde el interior. "¡Idiota!" y luego el sonido de algo rompiéndose. Con una pizca de compasión que intentó reprimir, Jack se preguntó si Henry ya había aprendido a defenderse.

.

Los demás estaban sentados en silencio cuando oyeron llegar su carruaje. Las cabezas se volvieron rápidamente hacia el sonido, pero solo Margareth se levantó, abrió la puerta y le susurró algo a un lacayo que estaba allí. Dejó la puerta entreabierta y regresó a su asiento, esbozando una sonrisa para Louis, que la seguía con la mirada. Pasó otro momento largo y tenso antes de que entrara Jack.

—Todos ustedes parecen como yo —dijo, aceptando el vaso de oporto que Fidel le ofrecía y bebiendo la mitad. Se lamió los labios y le suplicó a Margareth—: No supondrás que tu cocinero...

Lo interrumpieron unos golpes en la puerta. Entró una camarera con una bandeja con una selección de la cena de la noche. —¿Ha pedido que le traigan comida a Señor Thorne, milady?

—Gracias, Lucy —dijo Margareth, señalando a Jack, quien muy bien podría haber estado salivando en ese momento.

Cuando llegó la comida y la criada se fue, cerrando la puerta con fuerza detrás de ella, la sala observó en silencio cómo Jack engullía unos cuantos bocados. Cuando finalmente decidió masticar, metió la mano en su bolsillo y sacó el mapa, ofreciéndoselo a Louis. "'ish ish da mee'in' ph'oin'".

—Dios mío, hombre. ¿Cuándo fue la última vez que comiste? —Fidel lo observaba con una mezcla de asombro y disgusto, mientras bebía con cautela su bebida desde el otro lado de la habitación, donde estaba a salvo.

Jack se rió entre dientes mientras comía un bocado de comida y tragó saliva con dificultad. "Lo siento. Creo que es mejor ver al duque con el estómago vacío".

Louis había desplegado el pergamino, Homero y Antonio se movieron para situarse sobre sus hombros y él miró al hombre. "¿Qué dijiste que era esto?"

Ya se había metido más pan en la boca, pero hizo un esfuerzo concertado para masticar más rápido. Desde la silla de al lado, Vinicius suspiró.

"Es... El... Dijo, 'es el punto de encuentro'."

Jack le sonrió con los labios fuertemente cerrados.

Louis miró por encima del hombro a Antonio y le dijo: "Todavía no estoy familiarizado..."

El hombre señaló un lugar no muy lejos de la cruz de tinta. "Estamos aquí. ¿Qué?", miró a Homero en busca de apoyo. "¿Solo una hora de viaje?"

Su hermano asintió, se alejó y regresó al asiento que había ocupado antes de que le revelaran el mapa. Sin embargo, no se sentó, prefiriendo apoyarse en el respaldo con los dedos presionando firmemente la tapicería. —Debo preguntar, ¿estamos seguros de que este es el mejor plan? —Su ceño fruncido se encontró con todas las miradas en la habitación, fijándose finalmente en Louis —. No puedo evitar tener mis reservas. Esto podría ser fácilmente una trampa.

Nadie protestó. ¿Qué podían decir? Él tenía razón.

"¿Qué opción tenemos?"

Las palabras de Louis se asentaron en el pecho de Margareth como un peso muerto alrededor de su corazón. Se levantó de repente, aplanando con las manos la parte delantera de su vestido. "Si me disculpan".

Salió apresuradamente. La sala que había detrás de ella estaba dividida: la mitad de los presentes la vieron marcharse con expresiones comprensivas y tal vez un poco condescendientes, y los demás miraron a Louis y esperaron.

No tuvieron que esperar mucho tiempo.

Se levantó de su asiento, se colocó rápidamente la muleta bajo el brazo y salió cojeando de la habitación a un ritmo impresionante. Cuando llegó al vestíbulo, ella ya estaba en lo alto de las escaleras.

—¿Margareth? —No se giró—. ¡¿Margareth?!

En el rellano se detuvo, agarrando con la mano la barandilla hasta que los nudillos se le pusieron blancos.

-Margareth, ¿estás bien?

Finalmente, ella se dio la vuelta. Al principio, no respondió, se limitó a mirarlo durante un largo momento. Su mirada nunca se apartó de su rostro, aunque parecía buscar algo. Finalmente, su expresión, que antes había sido neutral, se quebró y las lágrimas brotaron instantáneamente de sus ojos. Sus manos se apartaron de sus costados y luego se desplomó exhausta contra sus faldas.

"No."

Louis deseó que no hubiera escaleras entre ellos. Dio un paso adelante, dispuesto a ascender hacia ella, pero la mano extendida de ella lo detuvo.

—No, no lo hagas. —Tragó saliva con fuerza mientras una lágrima se le escapaba y le resbalaba por la mejilla—. ¡No te *atrevas* a consolarme!

Con un pie en el siguiente escalón, Louis dudó. Quería consolarla. También quería respetar sus deseos...

—Si dices una sola cosa sobre el mañana... si me das una *sola* garantía... —Sus mejillas

temblaron mientras luchaba por contener los sollozos. Su mano se movió rápidamente para cubrirse los labios y pasó otro largo momento hasta que habló. No pareció notar el paso adelante que había dado Louis—. ¡Mi sugerencia podría hacer que maten a la gente que me importa!

Sacudió la cabeza mientras daba otro paso. "Y eso no sería tu culpa. Nada de esto ha sido culpa nuestra. Los únicos culpables son el duque y Henry Thorne". Otro paso.

—Pero no tienes por qué preocuparte por eso. Esta idea ha sido discutida y debatida desde que la sugeriste, y no tengo ninguna duda de que tus hermanos siguen planeando y contraplaneando mientras hablamos. —Siguió subiendo, acercándose gradualmente a ella—. Mañana habrá una tregua entre nosotros y los Thorne.

—No me prometas nada... —susurró ella cuando él llegó al rellano. El último paso lo acercó un poco más de lo que pretendía. Se quedaron a un palmo de distancia, mirándose fijamente.

" *Prometo* ."

Las lágrimas de Margareth se habían secado en pálidos surcos sobre sus mejillas sonrosadas, y sus ojos brillantes se clavaron en los de él hasta que temió que pudiera ver a través de él. Cuando ella se movió, él esperaba –casi deseaba– que fuera en dirección contraria a él, pero los sorprendió a ambos. Una mano se movió para descansar sobre su pecho, los dedos se curvaron contra los botones y se puso de puntillas. Se tambaleó, pero el movimiento fue deliberado cuando presionó sus labios sobre los de él.

Por un doloroso instante Louis quedó congelado.

Y luego ya no estaba.

Sus labios estaban castamente fijos en los de él y él no quería empujarla. En cambio, inclinó ligeramente la cabeza, ofreciendo un nuevo ángulo, mientras sus brazos se movían hacia su cintura. Ninguno de los dos notó que la muleta caía al suelo y luego se deslizaba por la escalera. Louis la atrajo hacia él hasta que sus pechos se rozaron y una mano se deslizó hasta su mejilla, limpiando suavemente las lágrimas restantes.

Margareth se apartó bruscamente, jadeando en busca de aire. Sus mejillas, que habían estado sonrosadas por la emoción, ahora estaban de un rojo oscuro (Louis esperaba que por una emoción diferente) y sus manos se posaron sobre ellas. Se miraron fijamente por un momento, ambos respirando con dificultad, y luego Margareth se dio la vuelta y huyó.

Louis pensó en llamarla, pero no estaba seguro de qué decir. Su mente estaba en blanco, feliz, pacífica y amorosamente en blanco.

Había desaparecido de la vista hacía rato cuando Louis pensó en volver a la sala de estar. La decisión estuvo marcada por una maldición al notar lo lejos que había huido su muleta.

Capitulo 26

La mañana siguiente estuvo llena de ojos ensombrecidos, un silencio pesado y un miedo tácito de llegar tarde. Esto se agravó cuando Phil insistió en que ella se uniera a ellos. Entonces se convirtió en un miedo muy expresado.

—Llegaremos tarde si no nos vamos inmediatamente, Antonio —dijo Homero desde lo alto de su gran caballo blanco, mirando por encima del hombro a su hermano mayor, que estaba arrodillado en el polvo debatiendo con un niño de ocho años. Los brazos de Phil estaban cruzados firmemente sobre su pecho.

—Ya lo has oído, Homero —dijo ella, intentando esquivar a su hermano—. ¡Debemos ensillar mi caballo de inmediato!

Antonio la agarró por la cintura con facilidad y la colocó frente a él. —Por última vez, Phil, *no* nos acompañarás. —El leve indicio de una grieta en su inconmensurable paciencia se reflejaba en el tono cortante de su voz. Detrás de él, Fidel no pudo evitar sonreír.

Phil también escuchó el tono y entrecerró los ojos. " *¿Por qué no* ?"

A Antonio no le faltaban razones. Si hubiera tenido más tiempo, tal vez le habría dicho que la situación en la que se estaban metiendo podría ser una trampa o que la discusión podría derivar en violencia. Tal vez le hubiera dicho que ese no era lugar para una niña y que tenerla allí los distraería a todos y los expondría potencialmente a más daños.

En cambio, dijo: "Necesito que cuides de Margareth. Está muy alterada hoy y necesito a alguien en quien pueda confiar para que la vigile".

Phil lo miró con los ojos entrecerrados. "¿En serio?"

Él asintió solemnemente.

Él podía notar que ella se estaba ablandando, incluso cuando sus manos se movieron para apretar sus caderas. "¡Más vale que esto no sea porque soy una chica, Antonio!"

La compostura que Fidel había mantenido tras él se disolvió y casi se cayó del caballo con una risa estridente. "¡No puedes venir porque eres un *niño* , tonto!"

Antonio se recordó mentalmente que debía darle una palmada a ese hermano más tarde mientras veía que la tensión volvía a apoderarse de los hombros de Phil. "No es así como lo habría dicho", interrumpió rápidamente antes de que ella pensara en abalanzarse sobre el hombre. "Pero es cierto que eres demasiado joven, Phil. Te prometo que no tiene nada que ver con tu sexo".

Mientras ella lo observaba con atención, Antonio se preguntó si sus palabras eran totalmente exactas. Si ella tuviera la edad de Margareth, ¿se opondría a que los acompañara? Probablemente, le daba algo de vergüenza admitirlo.

Finalmente, Phil asintió. —Está bien. Cuidaré de Margareth. ¡Pero si alguno de ustedes muere, nunca lo perdonaré! —Hubo una breve pausa en la que Antonio pudo ver un leve temblor en su labio inferior, antes de que ella se lanzara hacia adelante y lo envolviera con sus brazos. Con la misma rapidez, antes de que él pudiera devolverle el abrazo, ella se apartó y entró pisando fuerte

en su casa.

Los hombres la vieron irse con diferentes expresiones de afecto y diversión.

Antonio se puso de pie con un suspiro de alivio y se volvió hacia los hombres que estaban detrás de él. —Tal vez sería más prudente que uno de nosotros se quedara atrás. —Su mirada se desvió hacia Vinicius por voluntad propia.

Su hermano lo miró.

Y luego se giró y montó suavemente en su caballo.

Ahora que era el único que no iba a caballo, Antonio se encogió de hombros. "O tal vez no".

El mapa había indicado una parte distante del bosque que bordeaba la finca de Hugen. Les había parecido una elección extraña, pero cuanto más avanzaban, más comprendían. Durante la temporada de caza, los bosques podían estar llenos de actividad, pero en pleno verano estaban abandonados. El terreno era irregular y traicionero, lo que eliminaba la posibilidad de montar a caballo por deporte o placer, y como algunas nubes oscuras se acumulaban en el horizonte, incluso los aventureros más perseverantes preferían quedarse en el interior.

Todo esto para decir que estaban completamente solos.

El lugar exacto que había elegido el duque estaba justo al lado de la intersección de dos caminos prácticamente abandonados. Cuando redujeron la velocidad hasta detenerse al borde de un claro, Louis miró a su alrededor con el ceño fruncido.

"Pensé que me resultaría familiar", dijo, desmontando y conduciendo su caballo hacia el centro del espacio.

Los demás asintieron. Estaban tan cerca de la finca de Hugen que todos habían asumido que Louis había venido de allí la noche en que apareció en su puerta. La memoria de Louis no descartaba esa posibilidad, pero habría sido bueno saber *algo* con certeza.

Vinicius acercó su palomino a la carretera. —Allí... yo... Alguien ha estado aquí desde que tú, Louis. —Bajó la cabeza hacia el suelo—. Hay huellas aquí que no habrían sobrevivido a la tormenta de esa noche.

Jack se unió a él y desmontó. Se arrodilló en el barro y pasó una mano por las huellas de las ruedas. Su ayuda de cámara seguramente estaría agradecido de que hubiera elegido pantalones de color marrón oscuro. "Son nuevos", gritó mientras sus dedos presionaban con facilidad las crestas. "Es evidente que alguien ha usado este lugar recientemente".

Un pequeño indicio de color le llamó la atención y tomó un puñado de tierra en la palma de la mano, raspándola con cuidado hasta que solo quedó lo que alguna vez pudo haber sido una flor. Era de un color violeta pálido, tal vez lavanda, y se extendía casi hasta la longitud de su pulgar. No la reconoció.

Jack se levantó y se acercó a Vinicius. "¿Conoces esta planta?", preguntó, sosteniéndola en alto hacia el hombre que todavía estaba sobre su caballo. A pesar de la torpeza de Vinicius, de alguna manera no desentonó con la bestia y desmontó con facilidad para examinar más de cerca el objeto que Jack tenía en la palma de la mano.

Frunció el ceño y se ajustó las gafas. —No. —Metió la mano en el bolsillo y sacó unos cuantos

trozos de pergamino, evitando con cuidado que un trozo de tiza envuelto en tela se cayera al suelo, y lo abrió. Al principio estaba en blanco, pero en un momento se cubrió de barro cuando colocó la flor entre los pliegues y la guardó para protegerla.

Jack deseaba preguntar por qué demonios el hombre llevaba consigo tiza y papel, pero sintió que no era el momento.

Louis habría estado de acuerdo con él. Miró alrededor del claro, deseando encontrar un recuerdo. No encontró ninguno.

Detrás de él, Homero se movió en su caballo. "Creo que deberíamos discutir lo que está a punto de suceder".

Fidel gimió. "Lo 'discutimos' anoche, Homero. ¡Deja de discutir el plan!"

A su hermano se le contrajo un músculo de la mandíbula. "No estaría discutiendo si realmente hubiera un plan. 'Aparecer y decir la verdad' es una receta para el desastre, *no* un plan".

"Fuiste superado en votos."

—Me ignoraron. —La mirada de Homero podría haberle causado más dolor a Fidel si no estuviera acostumbrado a esa expresión—. Me ignoraron cuando sugerí que algunos de nosotros mantuviéramos la distancia, me ignoraron cuando sugerí que nos armáramos...

Antonio lo miró fijamente. —Pero obedeciste la decisión del grupo, ¿no?

Homero lo miró fijamente sin alterarse, resistiendo el impulso de revisar el revólver que llevaba atado a la espalda. El peso lo reconfortaba y no podía convencerse de que hubiera sido una mala decisión.

"No diría que te *ignoraron* ". Este comentario de Jack redirigió el ceño fruncido de Antonio.

- ¿No trajiste una pistola?

Jack resopló. "No, por Dios. Mis armas son mis palabras".

Louis se acercó al grupo y llamó su atención. "No necesitaremos armas. La única manera de librarnos de esto es llegar a un acuerdo aquí hoy. La lucha no tendrá cabida en ello".

Jack le dio una palmadita en el hombro. "Tu optimismo es adorable".

Cualquier respuesta que se pudiera haber dado se vio interrumpida cuando el sonido de los cascos en el camino atrajo toda su atención. Mientras los demás tenían la mirada fija en el borde del claro, Vinicius levantó la vista. El sol estaba casi en su punto más alto; los Thorne habían llegado justo a tiempo.

Después de unos segundos de pisadas, se hizo evidente que Edward y Henry Thorne no eran los únicos que se encontraban con ellos en el cruce de caminos. Cuando llegaron a su vista, los acompañaban otros diez hombres, todos ellos con camisas remendadas y caras fruncidas que dejaban muy claro su papel en esta conversación: ellos eran la intimidación y la fuerza. El grupo se dispersó a medida que se acercaban, formando un semicírculo que impedía la visión de los caminos y enmarcaba a los Thorne en el centro.

Como se había decidido la noche anterior, los Hugen que permanecían a caballo desmontaron. Se había hablado de ello como un gesto de fe, pero cuando Fidel puso los pies en el suelo y miró al soldado más cercano que se alzaba sobre él, pensó que era una idea terriblemente estúpida.

Entonces, al unísono, todos los hombres supuestamente armados desmontaron también. ¡Ahora Fidel se sentía insultado porque ni siquiera se molestaban en mantener su ventaja!

Louis extendió las riendas en su mano hacia su aliado más cercano, Homero, y dio un paso hacia Edward. Él y Henry habían permanecido a caballo y ambos formaban un espectáculo bastante deslumbrante. Ambos hombres estaban impecablemente vestidos con ricos verdes y púrpuras (sus ayudas de cámara se habían superado a sí mismos) y, montados en magníficos caballos blancos, parecían... nobles.

Louis luchó por mantener su expresión neutral.

Edward Thorne lo miró con enojo desde lo alto de su caballo. —¿Y bien? —preguntó después de un largo momento de silencio—. Él —dijo, y su cabeza se volvió bruscamente hacia Jack— dijo que querías hablar.

Louis era lo suficientemente alto como para no tener el cuello torcido mientras mantenía contacto visual con el duque, pero no ignoraba la decisión del hombre de permanecer sobre su montura. Quería dejar muy claro que no consideraba que se tratara de un encuentro entre iguales. Una parte de Louis quería moverse y sentarse a horcajadas sobre su propio caballo, pero el orgullo lo mantenía en su lugar; no mostraría debilidad ante ese hombre.

—Sí, gracias por aceptar esta reunión. —Inclinó la cabeza un poco.

La única respuesta de Edward fue una ceja levantada.

El corazón de Louis latía con fuerza en su pecho. Había estado ensayando mentalmente esa conversación toda la noche, pero nunca había encontrado las palabras perfectas. Y necesitaba las palabras *perfectas* . Su futuro, su futuro con Margareth, dependía de esa conversación. Tragó saliva y se lanzó a ella.

—Como ya te dijo Jack, he perdido parte de mi memoria. No recuerdo nada de los últimos dos años. Lo que tú creas que sé sobre tus negocios, no lo sé. No hay nada que pueda informar a las autoridades. —Louis respiró hondo y siguió adelante—. Así que puedes llamar a tus perros y dejar de intentar matarme. No tiene sentido silenciar a alguien que no tiene nada que decir.

Henry lo miró con desdén, cada vez más parecido a su hermano. "Excepto para asegurarnos de que no tengan la oportunidad de cambiar de opinión".

—Quizás. —Lo único que Louis podía ver en su mente era a su asesino, ahora muerto, apuntando con una pistola a Margareth—. Pero nunca funcionará mientras sigas siendo incompetente.

—¿Cómo te atreves...? —El temperamento de Henry estalló y su caballo se movió inquieto debajo de él. Fue interrumpido por la mano levantada de su padre.

—Perdona a mi hijo, tiene el orgullo de Thorne a raudales. —Ignoró el resoplido que soltó Jack, con la mirada fija en Louis—. Creo que ninguno de los dos aprecia la implicación de que estamos involucrados en algo indebido.

Vinicius se acomodó las gafas a un lado. Edward Thorne no era un hombre al que se pudiera subestimar. La noche anterior, Vinicius había considerado ponerse en contacto con las autoridades y hacer que estuvieran presentes para que dieran testimonio de las confesiones que hicieran el duque y su hijo. Había decidido no hacer pública esa sugerencia, sabiendo que el

descubrimiento de la policía podría resultar fatal, pero era interesante saber que no había sido él solo quien lo había considerado.

Louis asintió con la cabeza en señal de reconocimiento. "Perdóname, no era esa mi intención". Por supuesto que sí. Pero si el hombre quería ser vago, Louis sería vago. "Como ya he dicho, mi memoria es borrosa. ¿Quizás estaba trabajando contigo en algún asunto?"

El duque inclinó levemente su barbilla para animarlo a continuar. —¿Y quizás quedaron algunos... papeles en mi poder? ¿Papeles que desea que le sean devueltos porque podría perjudicar sus intereses comerciales si no lo hacen? ¿Y quizás son tan importantes que ha intentado contratar hombres para que los recuperen por usted?

El hombre no protestó.

—Y aquí es donde debo disculparme de nuevo —Louis hizo una pequeña reverencia, esperando que sus movimientos no parecieran tan rígidos como se sentían. El mero acto de doblar el cuello le hacía sentir como si estuviera desnudando su garganta a un león hambriento—. Con mi memoria los he extraviado. Temo que los haya perdido.

Mientras se enderezaba, el claro pareció contener la respiración. Louis se preguntó brevemente si los hombres que habían traído los Thorne estaban al tanto de todo esto o si estaban tan a oscuras como él.

—¿Cómo sabemos que dices la verdad? —El tono enojado identificó a Henry sin que Louis tuviera que mirarlo. En cambio, sostuvo la mirada de Edward.

Dio un paso deliberadamente hacia delante, adentrándose más en la tierra de nadie que existía entre las dos partes. "Tendrás que confiar en mí. Y tal vez eso comience por mirarme a los ojos".

No pretendía ser un desafío, pero el tic en el labio superior del duque reveló que lo consideraba así. Levantó un puño para impedir que sus hombres se movieran y pasó una pierna larga por encima de su caballo para desmontar. Luego, lenta y tediosamente, avanzó hacia Louis, deteniéndose solo cuando estaba a unos pasos de distancia.

Se miraron el uno al otro durante un largo momento.

—¿Y qué pasa si un día lo recuerdas? —su voz ahora era más baja y pocos en el claro podían escuchar sus palabras.

En verdad, Louis no estaba seguro de eso. ¿Qué haría si en un año o cinco recordaba lo que había visto esa noche? ¿Si finalmente supiera cuál era el crimen que los Thorne estaban tan desesperados por mantener oculto? Esperaba poder hacer algo al respecto.

Pero también sabía que no podía decir eso.

—Si puedes prometerme que tanto mi familia como los Hugens estarán a salvo, entonces puedo garantizarte que nunca recordaré nada. —Una mentira, pero que estaba más que feliz de decir.

El duque lo miró durante un largo momento. Desde tan cerca, Louis se dio cuenta de que los ojos que lo evaluaban ahora eran casi idénticos a los de Jack; era desconcertante ver los ojos de un amigo llenos de burla.

Finalmente, el hombre mayor se enderezó.

—Parece que tienes la misma lengua de oro que mi segundo hijo. —Todavía no había mirado a

Jack, pero si lo hubiera hecho, tal vez lo hubiera visto poner los ojos en blanco en ese momento —. Lo que propones suena justo y apropiado.

A Louis se le hizo un nudo en el estómago cuando el hombre hizo una pausa.

—Ojalá pudiera creerte. —Con un movimiento fluido, el duque sacó una pistola de debajo de su abrigo; su hijo imitó el movimiento un momento después.

Capitulo 27

Louis se movió al instante. Se lanzó hacia adelante y levantó el brazo, continuando el impulso del brazo del duque y apuntando la pistola hacia el cielo. El hombre agarraba con fuerza, pero sin un momento para ajustarse, no pudo encontrar el gatillo.

Ni un objetivo mientras su brazo se agitaba en el aire.

La rodilla de Louis se elevó hasta su estómago y Edward se inclinó hacia delante, con el hombro tenso por el extraño movimiento. El siguiente movimiento de Louis habría sido tomar la pistola si no lo hubieran atacado de repente por detrás.

Dos de los lacayos del duque lo agarraron, cada uno de ellos agarrándolo por el hombro para apartarlo de su patrón y tirarlo al suelo. Su rodilla golpeó con torpeza, provocando un dolor punzante en su pierna. Edward Thorne se levantó, enderezándose el chaleco con un fuerte tirón mientras su pecho se agitaba con dificultad. Caminó hacia Louis, que yacía algo aturdido en el suelo, con fuego en los ojos.

Los demás que estaban en el claro no se limitaban a observar lo que sucedía. En el mismo momento en que Louis había actuado contra el duque, ellos también habían atacado a su oponente.

En ese momento, Antonio estaba intercambiando puñetazos con uno de los secuaces de Thorne y tratando de evitar quedar atrapado contra un árbol. Fidel luchaba por alcanzarlo, esquivando los puñetazos y bailando entre los árboles al borde del claro mientras los hombres que lo perseguían gruñían de irritación. Cuando uno de ellos apuntó con su pistola, Fidel agarró una rama baja y golpeó, pateando y haciendo volar el arma.

Por casualidad, el arma aterrizó junto a la cara de Homero, que tropezó y cayó al suelo. Ignorando el dolor punzante que irradiaba por su otro brazo, golpeó con la mano el frío metal, rodó y blandió el arma con fuerza. Desafortunadamente para el hombre que estaba encima de él, que había estado sonriendo de emoción ante la perspectiva de golpear más a Homero, el cañón golpeó sus dientes con un estruendo resonante. Homero estaba bañado en sangre y trozos de dientes, haciendo muecas mientras empujaba al hombre que gritaba y se ponía de pie. Se tomó un breve momento para pasarse la mano por el cabello, apartando mechones de cabello que preferiría no saber, antes de retroceder un poco.

Estuvo a punto de ser pisoteado.

Vinicius cargó con su caballo a través del claro, sin preocuparse demasiado por los que se interponían en su camino. Afortunadamente, la mayoría eran enemigos. Su objetivo estaba claro: Jack estaba cerca del cruce de caminos, después de haber sacado a su hermano mayor de su caballo. Aunque el arma había desaparecido, estaba claro que Henry había tomado la delantera, su puño voló repetidamente por el aire y chocó contra la cara de Jack. Cuando Vinicius se acercó, su montura se encabritó, con las patas delanteras bailando peligrosamente en dirección a los hermanos. La amenaza de recibir una patada fue suficiente para hacer que Henry retrocediera a trompicones y le permitió a Jack un momento para recuperar el aliento y formar una idea completa.

Fue entonces cuando Homero miró hacia otro lado y observó la escena en busca de alguien más que necesitara ayuda. Vio que Edward se acercaba a Louis. El duque se quitó un poco de tierra de la pistola que tenía en la mano y luego la apuntó al hombre que estaba en el suelo frente a él.

"Me encanta una solución fácil para un problema tan *problemático* ".

El claro no escuchó eso. Pero todos escucharon a Homero.

"Detener."

El duque miró hacia un lado y, al instante, una mueca de desprecio le arrugó el labio al ver que la pistola que Homero había recogido estaba desenfundada, amartillada y apuntada a su rostro. La confianza en la postura de Homero sugería que dispararía, incluso a más de diez pasos de distancia.

Y ahora el claro estaba en un punto muerto. Los puñetazos se habían congelado en el aire, con todas las miradas de los hombres centradas en el centro. Incluso el caballo de Vinicius estaba quieto, como si percibiera el impasse.

El último sonido que cualquiera de ellos esperaba oír era una risa. Aunque el arma del duque seguía apuntando a Louis, se unió a los demás y lanzó una mirada confusa hacia atrás, hacia donde Jack estaba apoyado contra el caballo de Vinicius. El hombre estaba sonriendo, su cabeza se movía ligeramente de un lado a otro. El movimiento hizo que saliera volando un poco de la sangre que goteaba de su nariz.

—Nunca dejas de sorprenderme —dijo, haciendo una pausa para escupir sangre sobre la tierra. Se alejó lentamente de Vinicius, evitando al duque mientras se acercaba a Louis y Homero. La mejilla de su padre se contrajo, pero el arma no se movió—. O mejor dicho, tu *previsibilidad* me asombra.

La mirada de Louis estaba fija en la pistola que le apuntaba mientras hablaba en voz baja por la comisura de la boca. "Jack, quizás ahora..."

—Sí, escucha a tu *amigo* , Jack —el tono del duque destilaba desdén mientras se burlaba de su hijo menor—. Ahórranos todas tus tonterías lloriqueantes en tus últimos momentos.

—Perdóname, Louis, pero ahora es el momento perfecto. —Jack no tenía buen aspecto. La paliza que le habían dado a su hermano le hacía sangrar por la nariz y la boca, y un ojo ya se le estaba hinchando y cerrando. Pero aun así sonrió—. Es la *previsibilidad* del duque lo que me ayudó a prepararme para esta situación. —Se secó la comisura de la boca mientras se giraba hacia Homero—. Tenías razón, anciano, cuando dijiste que debíamos armarnos.

Homero apretó con más fuerza la pistola que tenía en la mano. —Sí. —Mientras los demás miraban alrededor del claro, no pudieron estar en desacuerdo.

—¡Por eso estoy tan contento de haberlo hecho! —Jack sonrió ampliamente, se le notaba la sangre en algunos dientes, y cruzó los brazos sobre el pecho. En cualquier otra situación se podría haber supuesto que estaba muy satisfecho de sí mismo.

Henry soltó una risa áspera. Se alejó con cautela del caballo de Vinicius, acercándose cada vez más a su padre y a los soldados que se habían reunido a su alrededor, pero una vez que ya no se separaron, fijó su mirada de disgusto en Jack.

"Ah, y deberíamos estar aterrorizados. ¡Es tan probable que te dispares a ti mismo como a

cualquiera de nosotros!"

Jack no creía que eso fuera del todo cierto (al menos, él era un tirador mediocre), pero las burlas de Henry no podían molestarlo. "Qué alivio no haber traído una pistola".

Lentamente, los hombres reunidos regresaban a sus respectivos lados del claro.

—Tal vez deberías ir al grano, Thorne —dijo Homero en voz baja, observando con cautela los movimientos en su periferia.

A Jack lo habían llamado de muchas *maneras* , pero nunca de forma concisa. Hizo lo mejor que pudo. "Oh, sí. Bueno, todas estas armas", movió los dedos en dirección a las pistolas, "pueden herirte o incluso matarte, pero no de una manera que realmente te importe. No le harían nada a tu *reputación* ".

Para un hombre que ya estaba quieto, fue sorprendente ver el momento en que el duque se congeló.

—Escúpelo, muchacho —gruñó con los dientes apretados.

Jack obedeció en un aspecto, escupiendo otro bocado de sangre sobre la hierba a su derecha, pero luego se tomó un momento para ajustarse el chaleco. Cuando finalmente volvió a mirar al hombre que lo había engendrado, había una frialdad en sus ojos que ninguno de los Hugens había visto antes.

"Pensé que sería prudente ponerme en contacto con mi abogado anoche. En caso de que yo resultara herido, desapareciera o muriera, algunos documentos se publicarían en los periódicos. Algunos podrían llamarlos 'Secretos de la familia Thorne'", se encogió de hombros. "Yo los llamo simplemente 'la verdad'".

Edward palideció un poco. —Eso te causaría mucho más daño que a nuestra familia.

—Si me importara, podría serlo. —Se encogió de hombros de nuevo—. Pero eres *tú* el que está tan ansioso por mantener esto oculto. *Tú* eres el que sufrirá la reputación. Después de todo, me pregunto qué dice eso sobre el hombre que me engendró, cuando yo...

—¡Basta! ¡Cállate la boca, muchacho! —Con la furia del duque, el arma que sostenía en la mano tembló. Después de un largo momento en el que sus ojos llenos de ira no abandonaron el rostro de Jack, la bajó por completo—. ¿Qué quieres?

La sonrisa de Jack seguía siendo fría. "Justo lo que Louis estaba negociando. Déjalo en paz, deja en paz a los Hugen. Realmente no es ninguna pérdida para ti; él no recuerda *nada* de ti", su sonrisa se torció por un momento, "bastardo afortunado".

Henry se indignó. "Padre, no puedes..."

—¡Silencio! —Sin otra salida para su frustración, dirigió su ira hacia su hijo mayor, quien se tambaleó bajo la fuerza de su mirada.

La tensión en el claro era aún más palpable que la confusión, y Jack se tambaleó sobre sus talones. —Tal vez, como muestra de buena fe, puedas señalar tu acuerdo haciendo que todos tus lacayos desechen sus armas.

El duque lo miró. En ese momento se hizo evidente que no veía a otro hombre en ese claro. Solo a Jack. Solo al hijo decepcionante, débil y escrupuloso que había despreciado durante tantos

años. Eso no había cambiado.

Su pistola fue la primera en caer al césped.

Poco a poco, los demás hombres los siguieron. Homero era el único del grupo de Hugen que estaba armado, y copió su movimiento sólo una vez que se habían descartado todas las demás armas.

El duque seguía mirando a Jack. De repente, su ceño se despejó y adoptó una neutralidad distante que, de alguna manera, resultaba aún más alarmante.

"No eres hijo mío."

La tensión desapareció de los hombros de Jack, la frialdad de sus ojos y su habitual sonrisa jovial regresaron con toda su fuerza. "Por una vez estamos de acuerdo".

El duque no respondió. En cambio, se dio la vuelta y montó a caballo. Algunos de sus hombres lo imitaron, pero Enrique no.

Con un grito de indignación, el heredero del duque se abalanzó sobre él y recogió del suelo la pistola que había dejado tirada su padre. Tal vez tenía intención de apuntarle a su hermano, a Louis o a cualquier otro de su grupo. Nunca lo sabrían.

En un movimiento fluido, Homero sacó su propio revólver de su lugar en la parte baja de su espalda, lo amartilló y disparó un tiro limpio que atravesó el hombro de Henry y lo hizo caer de espaldas al suelo con un grito de dolor. Varios de los caballos se encabritaron, asustados por el sonido repentino; Vinicius controló rápidamente a su palomino, pero el duque se resistió. Maldijo a la montura y a su hijo.

Edward gritó órdenes a los hombres que estaban a su servicio y estos rápidamente recogieron al quejumbroso Henry y lo colocaron en su caballo. Una mirada aguda de su padre fue suficiente para que el hombre se quedara callado, mientras la sangre arruinaba su túnica de terciopelo.

Sin más comentarios, el duque hizo girar su caballo en un círculo cerrado y se alejó, seguido rápidamente por el resto de su grupo.

Nadie se movió ni habló hasta que el sonido de los cascos se desvaneció. Todos parecieron exhalar como si fueran uno solo.

Jack fue el primero en moverse y se desplomó sin gracia en el suelo. Se quedó tendido boca abajo, cubriéndose la cara con las manos mientras gemía. "Oh, voy a ser horrible durante un mes, ¡al menos! Puedo sentirlo".

Homero se acercó para situarse sobre él. "Normalmente, uno intenta contraatacar".

Sus manos se movieron al instante y fruncieron el ceño al hombre. "¡Estaba tratando con su pistola! Además", arqueó una ceja con humor, "soy un amante, no un luchador".

Un poco más allá, Louis se puso de pie, ignorando el dolor en la pierna mientras cojeaba. "No sé qué hiciste, pero gracias".

Los demás se acercaron más.

La expresión de Jack se tornó seria y se sentó. "No te preocupes por eso".

Antonio le ofreció la mano para ayudarlo a ponerse de pie. "Sea lo que sea con lo que lo

amenazaste, parece que a ti también te haría daño si alguna vez..."

Jack se puso a unos pasos de distancia entre ellos. —Puedes pagarme no preguntándome nada —dijo de repente, interrumpiendo a Antonio. Miró a cada uno de ellos una vez, su mirada no urgente sino... ¿resignada? Finalmente, se posó en Vinicius, cuya boca ya estaba entreabierta e intentaba formar palabras, y suspiró. —Por supuesto, el hombre de las preguntas difíciles.

Vinicius parpadeó. "Tú... Nosotros..." Se encogió de hombros levemente, acariciando con una mano el cuello de su caballo. "Va a llover".

Y apenas lo dijo, el cielo se abrió.

.

Margareth nunca se había sentido especialmente atraída por la biblioteca, pero no pudo apartarse de los ventanales en toda la tarde. No solo le ofrecían la mejor vista de los establos, sino que el vidrio captaba la lluvia maravillosamente y canalizaba su estado de ánimo. No veía ninguna manera de que sus desventuras terminaran bien; o todos recibían un disparo o de alguna manera se las arreglaban para salir airosos y luego Louis se iba a protegerlos. No podía imaginar un mundo en el que el duque de Thorne cumpliera cualquier trato que hicieran.

Cuando vio sus caballos en el borde de los árboles, se puso de pie de un salto y apretó las manos contra el cristal mientras contaba cada montura. Todos estaban allí, cabalgando independientemente, sentados relativamente erguidos.

Un caballo en particular que estaba en el medio le llamó la atención. Había visto a Louis montarlo esa mañana desde esa misma ventana. Ahora, cuando los demás se detuvieron y comenzaron a desmontar, el jinete levantó la vista, aparentemente al ver que ella lo observaba y le sostenía la mirada. Margareth se dio la vuelta y salió corriendo.

Abajo, Louis la vio partir con el corazón dolido de amor. Se dio la vuelta en su silla y llamó a Simón.

—Necesito preguntarte algo —le dijo al hombre, ajeno al clima que soplaba a su alrededor.

Simón, que ya se había movido para refugiarse un poco bajo el techo de los establos, le sonrió amablemente, como solía hacer Simón. Ignoró las miradas cómplices que sus hermanos intercambiaron a su alrededor, al igual que Louis no se dio cuenta de ellas.

Le hizo un gesto con la cabeza al hombre para que continuara.

Ésta fue la segunda conversación importante de la jornada de Louis –posiblemente las dos conversaciones más importantes de su vida–, pero ésta no fue difícil, sino fácil.

—Amo a Margareth —dijo simplemente, encogiéndose de hombros con suavidad—. Sé que las circunstancias son inusuales y que nuestro noviazgo no ha sido oficial, pero estoy enamorado de ella. Es fuerte y amable, y yo... —por primera vez, dudó, pero sólo para tragarse la emoción que tenía en la garganta—. Puede que todavía haya perdido parte de mi pasado, pero sin ella, mi futuro está perdido. —Se encogió de hombros de nuevo y soltó una pequeña risa mientras se apartaba el pelo empapado de la cara—. ¿Puedo tener tu bendición para pedirle que se case conmigo?

No había una sola persona viva que pudiera dudar de su sinceridad. Antonio, que todavía estaba alarmantemente agradecido de estar vivo, era uno de ellos. Se tomó el momento para mirar a sus

hermanos. Vinicius, que estaba sosteniendo a Jack en posición vertical, asintió con seriedad. Homero, con una de sus raras sonrisas genuinas, también inclinó la cabeza. Fidel se tomó un momento, haciendo una mueca de consideración (labios fruncidos, ceño fruncido, golpeteando su barbilla con un dedo) antes de soltar una carcajada.

"¡Por supuesto!"

Louis observó confundido cómo Antonio se volvía hacia él, con los ojos en blanco ante las payasadas de su hermano menor. "Bueno, ahí lo tienen; Señor Louis Richards, conde de Namby, ha sido agregado oficialmente y por unanimidad a la lista".

"¿La lista?"

Antonio le sonrió. —Aunque debo advertirte que no sé si eres lo suficientemente guapo, rico o amable. —Su mirada pasó del hombre a la casa—. ¿Qué dices, hermana mía?

El otro hombre casi se cae del caballo cuando se giró bruscamente en la silla y vio a Margareth de pie al pie de los escalones, empapada. Tenía el pelo pegado a la cara y los hombros y las faldas se le pegaban a las piernas, pero sus ojos estaban lúcidos y fijos en él. Desmontó, le tendió las riendas de su montura a Antonio a ciegas y luego se agachó para pasar por debajo de ellas, cojeando rápidamente para ponerse delante de ella.

Margareth tragó saliva con dificultad cuando él se acercó, incapaz de evitar que una mano se extendiera para agarrar la suya. Necesitaba saber que él era real, que todo esto no era un sueño cruel.

"Estás viva..." Las palabras eran tenues, apenas audibles por encima de la lluvia, pero Louis las escuchó y le apretó la mano.

—Gracias a ti. —Cuando ella frunció el ceño, él se lo alisó con la otra mano y le explicó—: Dijimos la verdad y funcionó. —Más explicaciones esperarían hasta más tarde. En ese momento, tenía preguntas importantes que hacer.

-¿Escuchaste lo que le dije a Simón?

A pesar del aire frío, sintió que se ruborizaba en sus mejillas. Ella asintió.

Él se rió entre dientes, pasando el pulgar que todavía sostenía su rostro por su mejilla. "Este no es el lugar donde pensé que tendríamos esta conversación. Tal vez en algún lugar más lindo, más seco, en algún lugar..."

Margareth había esperado toda su vida que alguien fuera más bonito, pero eso ya no era lo que quería. No le importaba que fuera rico, guapo o con título. Apenas le importaba que fuera amable, salvo para reconocer que Louis lo era. Se preocupaba por él, quería una vida con él, lo amaba.

—¡Te amo! —Las palabras salieron rápidamente, demasiado fuertes y tan abruptamente que Louis se quedó a mitad de la frase. No pareció importarle, una sonrisa se dibujó en su rostro al instante y se acercó.

"Yo también te amo. Muchísimo."

Ella se acercó a él, de puntillas, y se equilibró con las manos entrelazadas. Él tuvo un momento para preguntar antes de que el impulso de besarla destruyera todo el sentido que le quedaba.

"¿Quieres casarte conmigo, dulce Margareth?"

Ella asintió al instante y él le devolvió el gesto. Esta vez fue él quien inició el beso, cerrando el espacio que quedaba entre ellos para juntar sus labios y demostrarle una fracción del amor que sentía por ella. Y la amaba. Amaba su pasión y la forma en que se enojaba ante las malas acciones. Amaba su mente y la forma en que encontraba soluciones a los problemas. Amaba la forma en que se sonrojaba y la forma en que su cabello enmarcaba su rostro, incluso cuando estaba empapado.

Él la amaba.

Una tos fuerte detrás de él lo devolvió a la realidad y se apartó rápidamente de Margareth. Sus mejillas estaban rosadas y sus ojos brillaban de emoción. Se quedaron allí un momento, ambos respirando con dificultad, disfrutando de la promesa de una vida juntos.

—¡Maldita sea, pensé que todavía tenía una oportunidad! —El grito de Jack pareció agotar la mayor parte de la fuerza del hombre, que se tambaleó donde estaba.

La broma fue suficiente para que Margareth y Louis se separaran (aunque no del todo, ya que sus dedos todavía estaban entrelazados) y cruzaran la distancia que los separaba de los hombres que se refugiaban bajo los establos. Cuando ellos también estuvieron cubiertos por el techo, Margareth se secó la lluvia de la cara y los examinó de pies a cabeza.

—Dios mío —anunció Margareth después de mirarlos por un momento—, ¡todos se ven terribles!

Tal vez debería haber tenido más simpatía, pero estaba tan aliviada de verlos a todos allí sanos y salvos, que no pudo esbozar nada menos que una sonrisa.

Fidel señaló hacia el lugar donde habían estado parados momentos antes. "No pudimos oír eso, pero por lo que vimos, supongo que aceptaste la propuesta de Earl Namby".

La sonrisa de Margareth se convirtió en una mueca. Ella asintió. Louis le apretó la mano mientras los hermanos gritaban, le daban palmadas en la espalda y lo felicitaban en voz alta.

Fidel se acercó a ella, intentando alborotarle el cabello mojado. "¡Mira! La lista funcionó a la perfección. Sin un solo problema. Sin ningún problema".

Margareth no pudo evitar reír, todavía estaba demasiado feliz como para considerar darle un golpe en la nuca.

Fidel se volvió hacia los demás. "¿Quién es el siguiente?" Señaló a Antonio. "Eres el mayor, definitivamente es hora de que empieces a pensar en herederos. ¡Seguro que podemos elaborar una lista excelente para que comiences la búsqueda!"

Bailó para hacerse a un lado mientras Antonio lo golpeaba y comenzó a gritar algunos nombres de sus conocidos mutuos.

Mientras todos reían, Louis atrajo a Margareth hacia él y le dio un delicado beso en la sien. "¿Qué es esa 'lista' de la que tanto oigo hablar?"

Margareth se sonrojó colorada.

Epílogo

14 años después

Margareth Julia Richards, de soltera Hugen, no era exactamente vieja, decidió después de estudiar su reflejo en el espejo durante muchos minutos, simplemente ya no parecía particularmente joven. Llevaba el pelo recogido descuidadamente en la nuca y sus ojos estaban rodeados de arrugas que se había ganado a causa de años de reír, fruncir el ceño y mirar al cielo. Su frente estaba casi tonificada por años de levantar las cejas ante los niños traviesos, y sus labios permanentemente curvados hacia arriba por las muchas sonrisas ocultas que le seguían. Su nariz era interesante, pensó, volviéndose de perfil para estudiarla con más detalle. Era la misma nariz que su madre tenía en el retrato del comedor y la misma nariz que su hija apoyaba contra cada ventana que podía encontrar. En general, estaba bastante contenta con su apariencia, y a los treinta y siete años solo podía esperar más mejoras.

Un suave golpe en la puerta hizo que dejara de prestarle atención a su propio reflejo y levantó un poco la vista para ver a su marido mirándola desde la puerta. Se giró en su silla para sonreírle.

"Oh, hola."

Entró en la habitación y miró la tela rosa que colgaba entre los postes de la cama y sobre la bata. "Veo que Dianna ha redecorado".

"Nuestra sobrina tiene un gusto excelente". Era la misma habitación en la que había crecido, ahora ocupada por una nueva generación. Era muy... rosa.

Louis se acercó a ella. Aún cojeaba un poco, pero eso nunca lo había detenido. Apoyándose en el respaldo de la silla de Margareth, inclinó el cuello para capturar su boca en un beso poco casto. Incluso después de casi catorce años de matrimonio, su corazón todavía latía con fuerza cada vez que estaban juntos en la misma habitación.

Un largo gemido a sus espaldas interrumpió el beso y se separaron sonriendo para mirar a su hija parada en la puerta con una expresión de disgusto en su rostro. Leticia, llamada así por la abuela que nunca había conocido, era casi una copia perfecta de Margareth, aunque su altura a los diez años sugería que algún día podría superar a su madre. La única otra diferencia eran sus ojos, de un verde claro como los de su padre, que en ese momento miraban con el ceño fruncido al hombre en cuestión.

—¡Papá! —lo reprendió, apretando sus pequeñas manos sobre sus caderas. Tuvo mucho cuidado de no arrugar su vestido. Era de un azul pálido, que caía suavemente hasta sus tobillos, con delicadas flores bordadas a lo largo de la cinturilla.

Louis se acercó a ella con paso majestuoso, con los ojos brillantes de picardía, y su expresión se transformó en una risita cuando él la levantó en un abrazo. Margareth la observó con el corazón lleno, pero después de un momento sus instintos maternales entraron en acción y dio un paso adelante antes de que Louis pudiera arrojar a su hija sobre la cama.

"¡Ten cuidado con el vestido, Louis!"

Él le lanzó una sonrisa y bajó a Letty con cuidado.

La niña se escabulló rápidamente de su alcance, sonriendo descaradamente a su padre, antes de dirigir una mirada preocupada a su vestido.

"¿Está bien, mamá?"

Margareth le sonrió y se acercó para apartarle un rizo de la cara. "Es perfecto, cariño. ¡Eres una niña de las flores muy bonita!"

Letty la miró con los ojos entrecerrados. "¿La más bonita?"

Margareth había sido madre y tía el tiempo suficiente para saber que no había una buena respuesta a esa pregunta. "Espero que seas la niña de las flores más amable y gentil".

Su hija dejó escapar un bufido, puso los ojos en blanco hacia su madre y salió de la habitación.

Louis le sonrió a su esposa, le rodeó la cintura con un brazo y la atrajo hacia sí. "Eso lo heredó de ti". Le dio un rápido beso en la mejilla.

Margareth podría haber protestado si pensara que no era cierto.

—Seguro que todas las sobrinas son unas niñas de las flores. ¡No pensé que a Phil le interesara siquiera celebrar una gran boda! —comentó Louis mientras seguían a su hija fuera de la habitación.

—No creo que Phil supiera que querría una gran boda —dijo Margareth encogiéndose de hombros. Y no te olvides de todos los sobrinos, no podían quedar excluidos. —Frunció el ceño suavemente—. Hablando de eso... Aumentó el paso y arrastró a su marido hacia el pasillo, llamando a su hija, que ya estaba en lo alto de las escaleras:

—Letty, ¿sabes dónde se ha metido Enrique?

Letty se encogió de hombros con una mirada que le decía a su madre que no era responsable de su hermano mayor. «Creo que están cerca de los establos».

El instinto maternal le frunció el ceño. «¿Haciendo qué?». «Para ver si pueden tener una mejor vista desde el tejado».

Los ojos de Margareth se abrieron de par en par. «¡Podría romperse una pierna haciéndolo!» Letty no se inmutó en absoluto. Esbozó una sonrisa radiante. «¡Entonces caminará como papá!». Bajó las escaleras trotando y dejó a sus padres paralizados. Tras un momento para calmar su acelerado corazón, Margareth le lanzó una mirada a Louis.

—Eso lo heredó de ti —dijo el hombre, con una maldición, y se fue corriendo por el rellano, dejando a su mujer con la boca abierta, sonriendo divertida. Puede que fuera fea y vieja, pero amaba y era amada a su vez. ¿Qué más podría querer?